

RELATO PERSONAL DE LA GRAN
TRAGEDIA EN EL EVEREST

4 Best seller
Más de
0.000.000
de ejemplares vendidos

Jon Krakauer

Mal de Altura



Desnivel
ediciones

MAL DE ALTURA

Título Original: *Into thin air*

Traductor: Murillo Fort, Luis

Autor: Krakauer, Jon

©2008, Desnivel

ISBN: 9788498291452

Generado con: QualityEbook v0.35

INTRODUCCIÓN

En marzo de 1996 viajé a Nepal por encargo de la revista *Outside* con la misión de escribir un artículo sobre una ascensión guiada al Everest. Yo era uno de los ocho clientes de la expedición comercial dirigida por el famoso guía neozelandés Rob Hall. El 10 de mayo coroné el techo del mundo, pero el precio que pagué por ello fue terrible.

De mis cinco compañeros que conquistaron la cima, cuatro, incluido Hall, perecieron en un temporal que se desató de improviso cuando aún estaban en la cumbre. Para cuando volví al campamento base, nueve alpinistas de cuatro expediciones distintas habían muerto ya, y aún habría otras tres víctimas antes de que terminara el mes.

Quedé tan afectado por aquella expedición, que el artículo se me resistía. No obstante, cinco semanas después de mi vuelta de Nepal entregué el manuscrito a *Outside*, que lo publicó en su número de septiembre. Intenté borrar de mi mente el episodio del Everest y volver a la normalidad, pero me resultó imposible. Agobiado por emociones dispares, seguía tratando de entender qué había sucedido allá arriba y reflexionaba obsesivamente sobre las circunstancias en que habían muerto mis compañeros.

Mi artículo para *Outside* fue todo lo preciso que la situación permitía, pero la fecha tope de entrega era inexorable, y la secuencia de acontecimientos, de una complejidad frustrante; además, los recuerdos de los supervivientes estaban muy distorsionados por el cansancio, la merma de oxígeno y el shock sufrido. En un momento dado de mi trabajo pedí a tres personas que explicaran un incidente que los cuatro habíamos presenciado, y no pudimos ponernos de acuerdo acerca de hechos cruciales, como la hora, quién había estado presente y qué se había dicho. Pocos días después de que el artículo entrara en prensa, descubrí que ciertos detalles de mi narración eran erróneos. En su mayor parte se trataba de inexactitudes sin importancia, como las que suelen colarse inevitablemente cuando median las prisas, pero tuve una metedura de pata monumental, con un efecto devastador sobre los amigos y familiares de una de las víctimas.

Por si eso fuera poco, la falta de espacio había dejado mucho material fuera del artículo. Mark Bryant, redactor jefe de *Outside*, y Larry Burke, el editor, me habían dado espacio más que de sobra para contar la historia: tenía un margen de 17.000 palabras, cuatro o cinco veces la extensión de un artículo normal de revista. Con todo, consideraba demasiado abreviado para hacer justicia a la tragedia. La escalada al Everest había removido los cimientos de mi vida, de pronto me resultaba desesperadamente importante narrar los acontecimientos con todo detalle, sin sentirme restringido por un determinado número de columnas. Este libro es el fruto de aquel impulso.

La documentación resultó problemática debido a la poca fiabilidad de la mente humana a partir de cierta altura. Para no tener que abusar de mis propias impresiones, entrevisté a la mayoría de los protagonistas en varias ocasiones y sin límite de tiempo. En lo posible, corroboré también los datos con las grabaciones de radio realizadas por el campamento base, donde la escasez de mentes claras no era endémica. Los lectores que conozcan el artículo de *Outside* descubrirán discrepancias entre ciertos detalles tal como aparecieron en la revista y como ahora se publican en este libro; las revisiones son fruto de nuevos datos que han visto la luz con posterioridad al artículo.

Escritores y editores a quienes respeto me aconsejaron que no escribiese el libro tan rápido como lo he hecho, y me instaron a esperar dos o tres años y poner cierta distancia respecto a la expedición al objeto de ganar en perspectiva. El consejo era muy sensato, pero al final lo desoí, en buena medida porque lo ocurrido en la montaña estaba royéndome las entrañas. Pensé que escribiendo el libro lograría desembarazarme del Everest.

Por supuesto, no ha sido así. Más aún, estoy de acuerdo en que un autor que concibe su obra como un acto de catarsis —y este caso es un ejemplo de ello— hace un flaco favor a los lectores. Pero confiaba en que algo podía ganar escribiendo sobre ello a la zaga de la catástrofe. Necesitaba que mi relato tuviera una suerte de cruda y despiadada sinceridad que yo suponía en peligro de perderse con el paso del tiempo y la disipación de la angustia.

Algunas de las mismas personas que me aconsejaban no escribir con prisas me habían advertido anteriormente que no fuera al Everest. Había muchas y buenas razones para rechazar el encargo, pero subir al Everest es un acto intrínsecamente irracional, un triunfo del deseo sobre la cordura. Cualquier persona que se lo plantee en serio es, casi por definición, ajena a la influencia de lo razonable.

La pura verdad es que, aun sabiendo que no me convenía, decidí ir al Everest. Y de este modo me vi involucrado en la muerte de otras personas, lo cual pesará sin duda en mi conciencia durante mucho tiempo.

JON KRAKAUER
Seattle, noviembre de 1996

DRAMATIS PERSONAE

Monte Everest, primavera de 1996¹

Expedición de Adventure Consultants

Rob Hall	Nueva Zelanda, jefe y guía
Mike Groom	Australia, guía
Andy Harold Harris	Nueva Zelanda, guía
Helen Wilton	Nueva Zelanda, responsable del campamento base
Dra. Caroline Mackenzie	Nueva Zelanda, doctora del campamento base
Ang Tshering	Nepal, sirdar del campamento base
Ang Dorje	Nepal, sirdar de escalada
Lhakpa Chhiri	Nepal, sherpa escalador
Kami	Ídem
Tenzing	Ídem
Arita	Ídem
Ngawang Norbu	Ídem
Chuldum	Ídem
Chhongba	Nepal, cocinero del campamento base
Pemba	Nepal, sherpa del campamento base
Tendi	Nepal, pinche de cocina
Doug Hansen	EE.UU., cliente
Dr. Seaborn Beck Weathers	Ídem
Yasuko Namba	Japón, cliente
Dr. Stuart Hutchison	Canadá, cliente
Frank Fischbeck	Hong Kong, cliente
Lou Kasischke	EE.UU., cliente
Dr. John Taske	Australia, cliente
Jon Krakauer	EE.UU., cliente y periodista
Susan Allen	Australia, senderista
Nancy Hutchison	Canadá, senderista

Expedición de Mountain Madness

Scott Fischer	EE.UU., jefe y guía
Anatoli Boukreev	Rusia, guía
Neal Beidleman	EE.UU., guía
Dra. Ingrid Hunt	EE.UU., responsable del campamento base y médico del equipo
Lopsang Jangbu	Nepal, sirdar de escalada
Nginia Kale	Nepal, sirdar del campamento
Ngawang Topche	Nepal, sherpa escalador
Tashi Tshering	Nepal, sherpa escalador
Ngawang Dorje	Ídem
Ngawang Sya Kya	Ídem
Ngawang Tendi	Ídem
Tendi	Nepal, sherpa escalador
Big Pemba	Ídem
Jeta	Nepal, sherpa del campamento base
Pemba	Nepal, pinche de cocina
Sandy Hill Pittman	EE.UU., cliente y periodista
Tim Madsen	Ídem
Pete Schoening	Ídem
Klev Schoening	Ídem
Lene Gammelgaard	Dinamarca, cliente
Martin Adams	EE.UU., cliente
Dr. Dale Kruse	Ídem
Jane Bromet	EE.UU., periodista

Expedición de IMAX/TWERKS Mac Gillivray Freeman

David Breashears	EE.UU., jefe y director de cine
Jamling Norgay	India, subjefe y actor
Ed Viesturs	EE.UU., escalador y actor
Araceli Segarra	España, escaladora y actriz
Sumiyo Tsuzuki	Japón, escaladora y actriz
Robert Schauer	Austria, escalador y cineasta
Paula Barton Viersturs	EE.UU., responsable del campamento base
Audrey Salkeld	Reino Unido, periodista
Liz Cohen	EE.UU., jefe de producción
Liesl Clark	EE.UU., productor y guionista

Expedición nacional taiwanesa

Makalu Gau Ming-Ho	Taiwan, jefe
Chen Yu-Nan	Taiwan, escalador
Kami Dorje	Nepal, sirdar de escalada
Ngima Gombu	Nepal, sherpa escalador
Mingma Tshering	Ídem

Expedición del Sunday Times de Johannesburgo

Ian Woodall	Reino Unido, jefe
Bruce Herrod	Reino Unido, subjefe y fotógrafo
Cathy O'Dowd	Suráfrica, escaladora
Deshun Deysel	Ídem
Eclmund February	Suráfrica, escalador
Andy de Klerk	Ídem
Andy Hackland	Ídem
Ken Woodall	Ídem
Ticrry Renard	Francia, escalador
Ken Owen	Suráfrica, promotor y senderista
Philip Woodall	Reino Unido, responsable del campamento base
Alexandrine Gaudin	Francia, auxiliar administrativa
Dra. Charlotte Noble	Suráfrica, médico del equipo
Ken Vernon	Australia, periodista
Richard Shorey	Suráfrica, fotógrafo
Patrick Convoy	Suráfrica, radiotelegrafista
Ang Dorje	Nepal, sirdar de escalada
Bemba Tendi	Nepal, sherpa escalador
Jangbu Sherpa	Ídem
Ang Babu	Ídem
Dawa	Ídem

Expedición Alpine Ascents Inter a Tonal

Todd Burleson	EE.UU., jefe y guía
Pete Athans	EE.UU., guía
Jim Williams	Ídem
Dr. Ken Kamler	EE.UU., cliente y médico del equipo
Charles Corfield	EE.UU., cliente
Becky Johnston	EE.UU., senderista y guionista

Expedición comercial internacional

Mal Duff	Reino Unido, jefe
Mike Trueman	Hong Kong, subjefe
Michael Burns	Reino Unido, responsable del campamento base
Dr. Henrik Jessen Hansen	Dinamarca, médico de la expedición
Veikka Gustafsson	Finlandia, escalador
Kim Sejberg	Dinamarca, escalador
Ginge Fullen	Reino Unido, escalador
Jaakko Kurvinen	Finlandia, escalador

Euan Duncan Reino Unido, escalador

Expedición comercial de Himalayan Guides

Henry Todd Reino Unido, jefe

Mark Pfetzer EEUU, escalador

Ray Door Ídem

Expedición sueca en solitario

Göran Kropp Suecia, escalador

Frederic Bloomquist Suecia, realizador

Ang Rita Nepal, sherpa y miembro del equipo de filmación

Expedición noruega en solitario

Petter Neby Noruega, escalador

Expedición malayo-neozelandesa al Pumori

Guy Cotter Nueva Zelanda, jefe y guía

Dave Hiddleston Nueva Zelanda, guía

Chris Jillet Ídem

Expedición comercial estadounidense al Pumori/Lhotse

Dan Mazur EE.UU., jefe

Jonathan Pratt Reino Unido, jefe

Scout Damssey EE.UU., escalador y fotógrafo

Chantal Mauduit Francia, escaladora

Stephen Koch EE.UU., escalador y snowboardista

Brent Bishop EE.UU., escalador

Diane Taliaferro EE.UU., escaladora

Dave Sharman EE.UU., escalador

Tim Horvath Ídem

Dana Lynge Ídem

Martha Lynge EE.UU., escaladora

Expedición nepalí de limpieza al Everest

Sonam Gyalchen Nepal, jefe

Clínica de la Himalayan Rescue Association (en Pheriche)

Dr. Jim Litch EE.UU., medico

Dr. Larry Silver Ídem

Dra. Cecile Bouvray Francia, doctora

Laura Ziemer EE.UU., enfermera

Expedición de la Policía Fronteriza Indotibetana (ascensión por la vertiente tibetana del Everest)

Mohindor Singh India, jefe

Harbhajan Singh India, subjefe y escalador

Tsewang Smanla India, escalador

Tsewang Paljor Ídem

Dorje Morup Ídem

Hira Ram Ídem

Tashi Ram Ídem

Sange India, sherpa escalador

Nadra Ídem

Koshing Ídem

Expedición Fukuoka

(ascensión desde la vertiente tibetana del Everest)

Koji Yada Japón, jefe

Hiroshi Hanada Japón, escalador

Eisuke Shigekawa Ídem

Pasang Tshering Nepal, sherpa escalador

Pasang Karni Ídem

Any Gyalzen Ídem

CUMBRE DEL EVEREST

10 de mayo de 1996 8.848 metros

Es casi como si hubiera un cordón alrededor de estos grandes picos, más allá del cual nadie puede ir. La verdad, por supuesto, radica en el hecho de que a partir de los 7.500 metros los efectos de la baja presión atmosférica sobre el cuerpo humano son tan graves que resulta imposible superar los tramos realmente difíciles, y las consecuencias de una tormenta, incluso benigna, pueden ser letales; que nada salvo las más perfectas condiciones climatológicas brinda la menor posibilidad de éxito, y que en el último trecho de la escalada ningún grupo está en situación de escoger día... No, no es extraordinario que el Everest se resistiera a los primeros intentos de conquista; en efecto, lo contrario habría sido sorprendente y no poco triste, pues no es ése el estilo de las grandes montañas. Quizás; en esta era de conquistas mecánicas nos habíamos vuelto un poco arrogantes con la flamante tecnología de ganchos para hielo y zapatillas de goma. Habíamos olvidado que la montaña sigue reservándose la carta definitiva, y que sólo concede el éxito cuando así le conviene. ¿Por qué, si no, sigue siendo fascinante el montañismo?

*Eric Shipton, en 1938
Upon that Mountain*

Encaramado a la cima del mundo, con un pie en China y el otro en Nepal, limpié de hielo mi máscara de oxígeno, encorvé la espalda al viento y contemplé, abstraído, la enorme extensión de Tíbet. De un modo difuso, con cierto distanciamiento, comprendí que el paisaje que se extendía debajo de mí presentaba una vista espectacular. Había fantaseado mucho sobre ese momento y la oleada de emociones que lo acompañaría. Pero ahora que por fin estaba allí, literalmente de pie en la cima del Everest, no tenía fuerzas para pensar en ello.

Era el 10 de mayo de 1996, a primera hora de la tarde. Hacía cincuenta y siete horas que no dormía. La única comida que había sido capaz de tragar en los tres días precedentes era un bol de sopa de ramen y un puñado de cacahuètes. Semanas tosiendo con violencia me habían dejado dos costillas separadas que convertían en un tormento el mero hecho de respirar. A 8.848 metros, en la troposfera, me llegaba tan poco oxígeno al cerebro que mi capacidad mental era como la de un niño retrasado. En aquellas circunstancias, poca cosa podía sentir a excepción de frío y cansancio.

Había coronado pocos minutos después de Anatoli Bukreev, un guía de montaña ruso que trabajaba para una expedición comercial estadounidense, y justo antes de Andy Harris, un guía neozelandés del equipo al que yo pertenecía. Aunque apenas conocía a Bukreev, a Harris sí había tenido oportunidad de tratarlo en las seis semanas anteriores. Saqué cuatro instantáneas de Harris y Bukreev haciendo poses en la cumbre, di media vuelta y empecé a bajar. Mi reloj marcaba las 13:17. En total, había estado menos de cinco minutos en la cima del mundo.

Pocos momentos después me detuve a hacer otra fotografía, esta vez mirando hacia la arista Sureste, la ruta por la que habíamos ascendido. Mientras enfocaba a dos escaladores que se aproximaban a la cima, advertí algo que hasta entonces me había pasado por alto. Hacia el sur, allá donde una hora antes el cielo había estado absolutamente despejado, un manto de nubes ocultaba ahora el Pumori, el Ama Dablam y los otros picos menores que rodean el Everest.

Tiempo después —después de haber localizado seis cuerpos, después de que los cirujanos amputaran la mano derecha gangrenada de mi compañero Beck Weathers— la gente se preguntaba por qué, si el tiempo había empezado a empeorar, los alpinistas no habían hecho el menor caso. ¿Por qué unos guías avezados siguieron ascendiendo, empujando a una manada de deportistas relativamente inexpertos (cada uno de los cuales había pagado hasta 65.000 dólares para que lo llevaran sano y salvo hasta el Everest) hacia una trampa mortal?

Nadie puede hablar por los dos jefes de las expediciones implicadas en el episodio, porque ambos están muertos, pero estoy en condiciones de asegurar que en la tarde del 10 de mayo nada sugería que se avecinara una brutal tempestad. Mi mente, escasa de oxígeno, registró las nubes que sobrevolaban el gran valle de hielo del Cwm Occidental⁸ como inocuas, tenues, insustanciales. Bajo el brillante sol del mediodía, se asemejaban a los inofensivos vapores de condensación por convección que casi cada tarde se formaban en el valle.

Inicié el descenso muy nervioso, pero mi preocupación poco tenía que ver con el tiempo, sino con el hecho de que al mirar el indicador de mi botella de oxígeno había descubierto que estaba casi vacía. Era preciso bajar, y rápido.

El tramo superior de la arista Sureste forma una estrecha aleta de roca y nieve azotada por el viento que serpentea durante medio kilómetro entre la cumbre y un pico secundario conocido como Antecima o cima Sur. Salvar ese picacho en forma de arista no presenta grandes obstáculos técnicos, pero la ruta es terriblemente peligrosa. Tras abandonar la cumbre, tardé quince minutos de cautelosa andadura al borde del abismo hasta llegar al famoso escalón Hillary, una lisa pared de roca de unos doce metros que requiere cierto dominio técnico. Mientras me sujetaba a la cuerda fija y me disponía a rapelar sobre el borde del escalón, me percaté de un alarmante espectáculo. Nueve metros más abajo, en la base del escalón, había una cola de más de una docena de personas. Tres escaladores habían empezado ya a subir por la cuerda que yo me disponía a utilizar para el descenso. Sólo me quedaba una opción: desengancharme de la vía de seguridad y hacerme a un lado.

El atasco lo formaban alpinistas de tres expediciones: el equipo al que pertenecía yo, clientes de pago dirigidos por el consagrado guía neozelandés Rob Hall; otro grupo, encabezado por el guía estadounidense Scott Fischer y un equipo taiwanés no comercial. Al paso de tortuga que es de rigor por encima de los 7.900 metros la comitiva fue ascendiendo en fila por el escalón, un alpinista detrás de otro, mientras yo me angustiaba, viendo pasar el tiempo.

Harris, que había dejado la cima poco después de hacerlo yo, llegó enseguida a mi altura. Como mi intención era conservar el poco oxígeno que me quedaba en la botella, le pedí que metiese la mano en la mochila y cerrara la válvula de mi regulador. Así lo hizo. En los diez minutos que siguieron me encontré sorprendentemente bien, con la cabeza despejada y la sensación de estar menos cansado que con la válvula abierta. Entonces, sin previo aviso, noté que me asfixiaba. Empecé a ver borroso, la cabeza me daba vueltas. Estaba a un paso de perder el conocimiento.

En lugar de cerrar el oxígeno, Harris, afectado por la hipoxia, había abierto la válvula al máximo, agotando así el contenido de la botella. Sin moverme del sitio, había consumido el oxígeno que me quedaba. En la cima Sur, setenta y cinco metros más abajo, me esperaba otra botella, pero para llegar allí tendría que descender por el terreno más expuesto de toda la ruta sin el beneficio del oxígeno adicional.

Y primero debería esperar a que pasase aquella turba. Me quité la ya inservible máscara, clavé el piolet en el helado pellejo de la montaña y me agaché a la espera. Mientras cambiaba triviales felicitaciones con los que iban pasando, por dentro pensaba, exasperado: «¡Daos prisa,

joder, daos prisa! ¡Mi cerebro está perdiendo millones de células!».

El grueso de los montañeros pertenecía al grupo de Fischer, pero hacia el final de la cola vi llegar a dos compañeros míos, Rob Hall y Yasuko Namba. Recatada y tímida, Namba estaba a cuarenta minutos de convertirse, a sus cuarenta y siete años, en la mujer de más edad en conquistar el Everest y la segunda japonesa en escalar el pico más alto de cada continente, las llamadas Siete Cimas. Aunque sólo pesaba cuarenta kilos, su figura de gorrión disimulaba una firmeza formidable; en gran medida, lo que impulsaba a Yasuko montaña arriba era la inquebrantable intensidad de su afán.

Más rezagado, apareció Hansen. Miembro también de nuestra expedición, Doug Hansen era un empleado de Correos de Seattle con el que había establecido una gran amistad durante la ascensión. «¡Está chupado!», grité al viento procurando darle unos ánimos que yo no tenía. Doug murmuró detrás de su máscara de oxígeno algo que no llegué a entender, me estrechó débilmente la mano y continuó su penosa ascensión.

Cerraba la fila Scott Fischer, a quien yo conocía casualmente de Seattle, ciudad en la que ambos residíamos. La fortaleza y el empuje de Fischer eran legendarios (en 1994 había subido al Everest sin oxígeno), así que me extrañó verlo avanzar tan despacio y su aspecto tan agotado cuando por un instante se quitó la máscara para saludar. «¡Bruuce!», jadeó con forzada alegría, empleando su típico saludo fraterno juvenil. Le pregunté cómo estaba y Fischer fingió que bien: «Parece que hoy me cuesta arrastrar el culo, no sé por qué; pero no es nada». Despejado por fin el escalón Hillary, me enganché a la cuerda anaranjada, dejé a Fischer agachado sobre su piolet y bajé repelando por el paso.

Eran más de las tres cuando llegué a la Antecima. Unos girones de niebla se desplazaban ya sobre la cumbre del Lhotse, a 8.501 metros, lamiendo la pirámide final del Everest. El tiempo había dejado de ser benigno. Conseguí una nueva botella de oxígeno, la conecté a mi regulador y empecé a bajar por entre las nubes. Poco después de abandonar la cima Sur empezó a nevar y la visibilidad se redujo a cero.

Ciento veinte metros más arriba, donde la cumbre seguía bañada por el sol bajo un impoluto cielo azul cobalto, mis colegas perdían el tiempo posando para la posteridad en el ápice del planeta, desplegando banderas, sacando fotos, demorándose. Ninguno de ellos imaginaba la terrible experiencia que estaban a punto de vivir. Nadie sospechaba que hacia el fin de aquel largo día, cada minuto iba a ser decisivo.

DEHRA DUN, INDIA

1852 680 metros

Lejos de las montañas, en invierno, descubrí la borrosa fotografía del Everest en el Libro de las maravillas, de Richard Halliburton. Era una reproducción malísima donde los serrados picos emergían blancos contra un cielo grotescamente renegrido. El Everest, al fondo de los primeros picos, ni siquiera parecía más alto, pero daba igual. Lo era: así lo decía la leyenda. Los sueños eran la clave que permitía al muchacho acceder a la fotografía, pisar la ventosa cresta, subir hacia la cumbre, cada vez más cercana... Se trataba de uno de esos sueños desinhibidos que se emancipan al llegar a la madurez. Estaba seguro de que el mío era un sueño compartido; el punto más alto de la tierra, el inalcanzable Everest, ajeno a toda experiencia, estaba allí para que chicos y grandes codiciaran escalarlo.

Thomas E. Hornbein

Everest: The West Ridge

El acrecentamiento del mito ha oscurecido los pormenores del evento. Pero corría el año 1852 y el escenario fueron las oficinas del Servicio de Topografía Trigonométrica de la India colonial en la estación de Dehra Dun. Según la versión más verosímil, un empleado entró corriendo en las dependencias de sir Andrew Waugh, topógrafo general de India, exclamando que un agrimensor bengalí llamado Radhanath Sijdar, que trabajaba en el gabinete topográfico de Calcuta, había «descubierto la montaña más alta del mundo». Designada tres años atrás con el nombre de Pico XV por los primeros topógrafos que habían medido sobre el terreno su ángulo de elevación con un teodolito de 24 pulgadas, la montaña en cuestión se destacaba del espinazo himalayense en pleno reino prohibido de Nepal.

Hasta que Sijdar compiló las mediciones e hizo los cálculos trigonométricos, nadie había sospechado que el Pico XV tuviera nada de especial. Los seis emplazamientos desde los que se había triangulado la cumbre se hallaban en el norte de India, a más de ciento cincuenta kilómetros de la montaña. Para los topógrafos que realizaron los primeros cálculos, el Pico XV a excepción de su cúspide propiamente dicha, quedaba velado en primer plano por varias montañas que daban la impresión de ser mucho más altas. Pero conforme a los meticulosos cálculos trigonométricos de Sijdar (que tuvo en cuenta factores como la curvatura de la Tierra, la refracción atmosférica y la desviación de la plomada), el Pico XV medía 8.840 metros sobre el nivel del mar², el punto más elevado de todo el globo.

En 1865, nueve años después de que los cálculos de Sijdar fueran confirmados, Waugh puso el nombre de monte Everest al Pico XV en honor de sir George Everest, su predecesor como topógrafo general. De hecho, los tibetanos que vivían al norte de la gran montaña ya le habían dado un nombre bastante más melifluido, Yomolungma, que significa «diosa-madre del mundo», y los nepaleses que vivían al sur lo llamaban Sagarmatha, o «diosa del cielo». Pero Waugh decidió hacer caso omiso de esos apelativos indígenas (así como de la política oficial tendente a fomentar la conservación de nombres locales o antiguos) y en Everest se quedó.

Refrendado el Everest como cima más alta de la Tierra, sólo era cuestión de tiempo el que alguien decidiese que era preciso escalar ese pico. Después de que el explorador estadounidense Robert Peary afirmara haber alcanzado el Polo Norte en 1909 y que Roald Amundsen guiase una expedición noruega al Polo Sur en 1911, el Everest —el llamado Tercer Polo— se convirtió en el más codiciado objeto de la exploración terrestre. Coronar su cima, proclamaba Gunther O. Dyrenfurth, un influyente alpinista y pionero del montañismo himalayense, era «un empeño de carácter universal, una causa que no contempla volverse atrás por más pérdidas que pueda exigir».

Pérdidas, dicho sea de paso, que no serían insignificantes. A partir del descubrimiento de Sijdar en 1852, harían falta las vidas de veinticuatro hombres, los esfuerzos de quince expediciones y el paso de 101 años para que el ser humano pusiera el pie en la cumbre del Everest.

Entre montañeros y otros conocedores de las formas geológicas, el Everest no está considerado un pico particularmente bonito. Demasiado rechoncho, demasiado ancho de manga. Pero lo que le falta en gracia arquitectónica, lo compensa con su grandiosidad.

Frontera natural entre Nepal y Tibet, erguido a más de tres mil seiscientos metros sobre los valles, el Everest es una pirámide triangular de hielo resplandeciente y roca estriada y oscura.

Las primeras ocho expediciones al Everest fueron británicas, y todas ellas atacaron la cima desde la cara norte, la tibetana, no tanto porque fuera el camino menos abrupto cuanto porque, en 1921, el gobierno tibetano decidió abrir sus fronteras a los extranjeros, mientras que Nepal seguía siendo territorio prohibido.

Los primeros expedicionarios se veían obligados a caminar seiscientos cincuenta duros kilómetros de meseta tibetana desde Darjeeling para llegar a las estribaciones de la montaña. Su conocimiento de los efectos letales del exceso de altura era escaso, y su equipo, penosamente inadecuado comparado con el actual. Pero en 1924 un miembro de la tercera expedición británica, Edward Felix Norton, llegó a una altura de 8.560 metros —sólo 288 por debajo de la cima— antes de que la fatiga y el deslumbramiento debido a la nieve lo vencieran. Fue una hazaña asombrosa que probablemente nadie superó en veintinueve años.

Digo «probablemente» por lo que se supo cuatro días después del intento de Norton. Al amanecer del día 8 de junio, otros dos miembros del equipo británico de 1924, Gordon Leigh Mallory y Andrew Irvine, partieron del campamento alto camino de la cumbre.

Mallory, cuyo nombre está estrechamente ligado al Everest, fue el motor de las tres primeras expediciones al pico. Durante unas conferencias que dio en Estados Unidos, acuñó la célebre frase «Porque está ahí» cuando un periodista fastidioso quiso saber la razón que lo impulsaba a subir al Everest. En 1924 Mallory contaba con treinta y ocho años, era maestro de escuela, estaba casado y tenía tres hijos pequeños. Típico producto de la alta sociedad inglesa, era también un esteta idealista con una sensibilidad positivamente romántica. Su aspecto atlético, su trato mundano y su extraordinaria apostura lo habían convertido en favorito de Lytton Strachey y el grupo de Bloomsbury. Acampados en el Everest, Mallory y sus compañeros leían en voz alta fragmentos de *Hamlet* y *El rey Lear*.

El 8 de junio de 1924, cuando Mallory e Irvine ascendían afanosamente hacia la cima del Everest, la niebla empezó a arremolinarse en torno a la cúspide piramidal, impidiendo a los compañeros que estaban más abajo verificar el avance de los dos alpinistas. A las 12:50, las nubes se abrieron momentáneamente, lo cual permitió a Noel Odell, un miembro del equipo, divisar breve pero claramente a Mallory e Irvine en lo alto del pico, con cinco horas de retraso con respecto al tiempo previsto pero «avanzando con rapidez» hacia la cumbre.

Aquella noche, sin embargo, los dos alpinistas no regresaron a su tienda, y ya nadie volvió a verlos. Desde entonces se ha discutido mucho sobre si uno de los dos, o ambos, hicieron cima antes de que la montaña los tragase y se convirtieran en leyenda. La evidencia sugiere que no. En cualquier caso, la falta de pruebas tangibles ha hecho que no hayan pasado a la historia como los primeros en conquistar la montaña.

En 1949, tras siglos de inaccesibilidad, Nepal abrió sus fronteras al mundo exterior, y un año después el nuevo régimen comunista chino cerró Tibet a los extranjeros. Ello obligó a intentar las aproximaciones al pico por su vertiente sur. En la primavera de 1953 un numeroso equipo británico, organizado con el celo y los recursos propios de una campaña militar, se convirtió en la tercera expedición que atacaba el Everest desde Nepal. El 28 de mayo, tras dos meses y medio de prodigiosos esfuerzos, lograron establecer un precario campamento en la arista Sureste, a 8.500 metros de altitud. A primera hora del día siguiente Edmund Hillary, un neozelandés larguirucho, y Tenzing Norgay, un montañero sherpa muy experimentado, partieron rumbo a la cima respirando oxígeno embotellado.

Hacia las nueve habían ganado ya la Antecima y tenían ante sí la cresta increíblemente angosta que conducía a la cima propiamente dicha. Una hora más de camino los llevó a lo que Hillary describiría como «el obstáculo más formidable de la ascensión, un escalón de roca de unos doce metros de alto [...] La roca en sí, lisa y sin apenas agarres, habría sido un interesante pasatiempo dominical para unos alpinistas expertos en pleno Lake District, pero aquí arriba era una barrera imposible de vencer con nuestras menguadas fuerzas».

Mientras Tenzing iba dando cuerda desde abajo, Hillary se afianzó en una oquedad entre la pared de roca y un saliente de nieve vertical. Luego empezó a trepar por lo que más tarde sería bautizado con el nombre de escalón Hillary. La ascensión fue extenuante e imperfecta, pero el neozelandés persistió. Como escribiría después:

Finalmente conseguí llegar arriba y arrastrarme fuera de la grieta hasta salir a un amplio resalte. Me tumbé unos instantes para recobrar el resuello y, por primera vez, experimenté la clara sensación de que ya nada podía impedirnos conquistar la cima. Me afiancé en el saliente e indiqué a Tenzing que subiera. Mientras yo tiraba con fuerza de la cuerda, Tenzing fue trepando por la grieta hasta dejarse caer exhausto arriba, como el pez gigante que acaba de ser izado del mar tras una noche terrible.

A pesar de la fatiga, los alpinistas escalaron la ondulante cresta. Hillary se preguntaba *si nos quedarían fuerzas para llegar arriba. Al rodear otro escollo, vi que la ladera caía a pico, lo que nos permitía divisar Tíbet. Alcé los ojos y justo encima de nosotros había un cono de nieve redondeado. Unos cuantos golpes de piolet, unos cuantos pasos dados con cautela, y Tensing [sic] y yo estuvimos en la cima.*

Así, poco antes del mediodía del 29 de mayo de 1953, Hillary y Tenzing se convirtieron en los primeros hombres en pisar la cumbre del Everest.

Tres días más tarde, la noticia de la ascensión llegaba a oídos de la reina Isabel en vísperas de su coronación, y el londinense *The Times* se hacía eco de la gesta en la primera edición del 2 de junio. El despacho había sido enviado desde el Everest como mensaje radiofónico en clave (para que los posibles competidores no le pisaran la exclusiva a *The Times*) por un joven corresponsal llamado James Morris, que, veinte años después y en posesión de una cierta fama como escritor, cambiaría de sexo y de nombre de pila, haciéndose llamar Jan. Tal como Morris escribía cuatro décadas después de la escalada en *Coronation Everest: The First Ascent and the Scoop that Crowned the Queen*.

Resulta difícil imaginar ahora el casi místico gozo con que fue recibida en Gran Bretaña la coincidencia de los dos hechos [la coronación y la ascensión al Everest]. Saliendo por fin de la austeridad que los había asediado a partir de la Segunda Guerra Mundial, y debiendo afrontar a la vez la pérdida de su vasto imperio y el inevitable declinar de su poder en el mundo, los británicos casi se habían convencido de que la subida al trono de la joven reina presagiaba un renacer, o una "nueva era isabelina", como la prensa gustaba de llamarlo. El día de la coronación, 2 de junio de 1953, debía ser una jornada de simbólica esperanza en la que el patriotismo británico había de hallar un momento de expresión suprema, y, oh maravilla, ese mismo día llegaban noticias procedentes de distintos lugares (de las fronteras del viejo imperio, nada menos) acerca de que un equipo de alpinistas británicos que había conquistado el último objetivo de la exploración y la aventura, la cima del mundo. [...]

El hecho dio pie a un verdadero aluvión de magnas emociones: orgullo, patriotismo, nostalgia por los años perdidos de la guerra y las acciones osadas, esperanza en un futuro rejuvenecido [...] Todavía hay personas que recuerdan como si fuera hoy el momento en que, mientras esperaban bajo la llovizna londinense el cortejo de la coronación, oyeron la mágica noticia de que la cima del mundo era, por así decir, suya, de los británicos.

Tenzing se convirtió en héroe nacional de India, Nepal y Tíbet, dado que los tres países lo reclamaban como ciudadano. Edmund Hillary, nombrado caballero por la reina, vio su imagen reproducida en sellos de correos, tiras cómicas, libros, películas, portadas de revista.. De la noche a la mañana, aquel enjuto apicultor natural de Auckland se había vuelto uno de los hombres más famosos del mundo.

Hillary y Tenzing escalaron el Everest un mes antes de que yo fuera concebido, así que no pude compartir la sensación colectiva de orgullo y asombro que embargó al mundo. Un amigo mío, mayor que yo, dice que el acontecimiento tuvo un impacto comparable a la llegada del hombre a la luna. Pero fue otra ascensión al Everest, una década más tarde, lo que en cierto modo marcó la trayectoria de mi vida.

El 22 de mayo de 1963, Tom Hornbein, un médico de treinta y dos años natural de Misuri, y Willi Unsoeld, de treinta y seis, profesor de teología nacido en Oregón, coronaron la cima del Everest por la pavorosa arista Oeste, que nadie había utilizado hasta entonces. Once hombres, en cuatro ocasiones distintas, habían repetido ya la gesta de Hillary, pero la arista Oeste era bastante más difícil que las dos rutas establecidas previamente: el collado Sur y la arista Sureste o el collado Norte y la arista Noreste. La ascensión de Hornbein y Unsoeld fue —y sigue siendo— considerada con merecimiento una de las grandes proezas del montañismo.

El día en que atacaron la cumbre, los dos estadounidenses tuvieron que escalar una veta de roca escarpada que se desmenuzaba con facilidad, las tristemente célebres Bandas Amarillas. Superar ese escollo exigía una fuerza y una destreza tremendas; nadie había escalado un tramo técnicamente tan difícil a esa altitud. Una vez salvadas las Bandas Amarillas, Hornbein y Unsoeld llegaron a la conclusión de que no podrían bajar por allí, y que la única salida para culminar la empresa sanos y salvos era llegar a la cima y descender por la ruta ya establecida de la arista Sureste, un plan realmente audaz, dado que era tarde, desconocían el terreno y sus reservas de oxígeno disminuían rápidamente.

Hornbein y Unsoeld llegaron a la cima a las 18:15, justo cuando se ponía el sol, y tuvieron que pasar la noche a la intemperie a más de 8.500 metros de altitud —en su momento, el vivac más alto de la historia—. Aunque la noche era fría, por suerte no soplaban el viento. A Unsoeld se le congelaron los dedos de los pies (más tarde hubieron de amputárselos), pero los dos alpinistas lograron sobrevivir.

A la sazón, yo tenía nueve años y vivía en Corvallis (Oregón), donde también residía Unsoeld. El montañero era buen amigo de mi padre, y a veces yo jugaba con el primogénito de Unsoeld, Regon, que era un año mayor que yo, y con Devi, un año más pequeño. Pocos meses antes de que Willi Unsoeld partiera hacia Nepal, conquisté mi primera cumbre —un nada espectacular volcán de 2.750 metros en la Cascade Range, al que ahora sube un telesilla— en compañía de mi padre, Willi y Regon. Como no es de extrañar, mi imaginación preadolescente se alimentó en gran medida de aquella épica ascensión al Everest de 1963. Mientras que mis amigos idolatraban a John Glenn, Sandy Koufax y Johnny Unitas⁴,

mis héroes eran Hornbein y Unsoeld.

Yo también soñaba con subir algún día a la cima del Everest; durante toda una década fue una idea casi obsesiva para mí. A los veintitantos años, la escalada se había convertido en el centro de mi existencia, excluyendo casi todo lo demás. Alcanzarla cima de una montaña era algo tangible, inmutable, concreto. Los peligros intrínsecos del alpinismo daban a esa actividad un rigor de propósito, del que carecía el resto de mi vida. Me emocionaba ante la mera perspectiva que suponía forzar constantemente una existencia por lo demás vulgar.

Escalar daba asimismo un sentido de clan. Ser escalador significaba formar parte de una sociedad rabiosamente idealista e independiente, que pasaba inadvertida y era del todo ajena a la corrupción del mundo en general.

La cultura montañera se caracterizaba por una competencia feroz y un machismo sin ambages, pero la mayoría de los escaladores sólo querían impresionarse los unos a los otros. Llegar a la cima de una montaña se consideraba mucho menos importante que la manera de conseguirlo: para ganar prestigio había que ser muy temerario, atacar las rutas más brutales con el mínimo equipo posible. Nadie era tan admirado como el visionario que ascendía absolutamente solo, sin cuerda ni pertrechos.

En aquella época yo no vivía más que para escalar. Subsistía con cinco o seis mil dólares al año, trabajando de carpintero y pescador de salmones hasta que reunía lo suficiente para la siguiente excursión a los Bugaboos, los Tetons o el Alaska Range.

Pero mediada la veintena, abandoné aquella fantasía juvenil de escalar el Everest. Para entonces se había puesto de moda entre los alpinistas entendidos tachar al Everest de «montón de escoria», un pico sin suficientes desafíos técnicos ni atractivo estético como para que un escalador serio, que era lo que yo aspiraba a ser, se propusiera conquistarlo. El caso es que empecé a mirar la montaña más alta del mundo por encima del hombro.

Semejante esnobismo tenía su raíz en el hecho de que a principios de los años ochenta la vía más fácil para ascender al Everest —por el collado Sur y la arista Sureste— había sido escalada más de un centenar de veces. Mis colegas y yo llamábamos a la arista Sureste la «ruta del yak». Nuestro desprecio no hizo sino afianzarse cuando en 1985 Dick Bass —un rico texano de cincuenta y cinco años y escasa experiencia como escalador— fue conducido a lo alto del Everest por un extraordinario alpinista joven llamado David Breashears, proeza que despertó gran atención y ninguna crítica por parte de los medios informativos.

Previamente, el Everest había sido, por lo general, terreno exclusivo de los escaladores de élite. En palabras del director de la revista *Climbing*, Michael Kennedy, «ser invitado a una expedición al Everest era un honor que sólo recibía aquel que hubiera hecho un largo aprendizaje en picos menores, y el que llegaba a la cima entraba en el firmamento selecto de las estrellas del alpinismo». La ascensión de Dick Bass lo cambió todo.

Al lograr el Everest, se convirtió en la primera persona que conquistaba las Siete Cimas⁵, gesta que, además de valerle renombre internacional, disparó las visitas de escaladores domingueros ansiosos de seguir el rastro de sus botas y forzó la entrada del Everest en la postmodernidad.

«Para un tipo granadito como yo, Dick Bass fue toda una inspiración», explicaba Seaborn Beck Weathers con su marcado acento texano durante el trayecto hasta el campamento base del Everest en abril de 1996. Patólogo de cuarenta y nueve años y natural de Dallas, Beck era uno de los ocho clientes de la expedición que Rob Hall guió en 1996. «Bass demostró que el Everest estaba al alcance de la gente de a pie. El mayor obstáculo, dando por sentado que estás más o menos en forma y dispones de ingresos suficientes, es dejar temporalmente el trabajo y abandonar a la familia durante dos meses».

Según demuestran las estadísticas, para muchos escaladores no ha sido un obstáculo infranqueable robarle tiempo a la rutina diaria ni hacer un gran desembolso de dinero. En los últimos cinco o seis años, el tráfico de escaladores en las Siete Cimas, pero sobre todo en el Everest, ha aumentado de manera vertiginosa. Haciendo frente a la demanda, el número de empresas que ofrecen ascensiones guiadas a las Siete Cimas, y especialmente al Everest, también se ha multiplicado. En la primavera de 1996 había una treintena de expediciones en las faldas del Everest, y al menos diez eran aventuras con afán de lucro.

El gobierno nepalés advirtió que la masiva afluencia de montañeros al Himalaya originaba serios problemas de seguridad, de estética y de impacto sobre el medio ambiente.

Finalmente, los ministros nepaleses dieron con una solución que parecía garantizar la no masificación al tiempo que incrementaba el flujo de divisas fuertes a las exiguas arcas de la nación: aumentar la tarifa de los permisos de escalada. En 1991 el Ministerio de Turismo cobraba dos mil trescientos dólares por un permiso para subir el Everest sin límite de personas; en 1992 la tarifa aumentó a diez mil dólares por equipo de hasta nueve escaladores, y un plus de mil doscientos dólares por cada miembro más.

A pesar de la subida de tarifas, el Everest seguía atrayendo verdaderos enjambres de alpinistas. En la primavera de 1993, con motivo del cuadragésimo aniversario de la primera ascensión, quince expediciones, con un total de 294 escaladores, intentaron atacar el pico por la vertiente de Nepal. Aquel otoño el ministerio subió una vez más la tarifa: la escandalosa cifra de cincuenta mil dólares por un máximo de cinco escaladores, más diez mil por cada montañero adicional hasta un máximo de siete. El Gobierno decretó asimismo que no se autorizarían más de cuatro expediciones por temporada desde las laderas de Nepal.

Lo que el gobierno nepalés no tuvo en cuenta fue que China sólo cobraba quince mil dólares por dejar que un equipo sin limitación de miembros escalara la montaña desde Tibet, y que no limitaba el número de expediciones por temporada. La riada de alpinistas cambió Nepal por Tibet, dejando a centenares de sherpas sin trabajo. Las protestas subsiguientes lograron que en la primavera de 1996 Nepal revocara repentinamente el límite de cuatro expediciones. Y ya que estaban en ello, el Gobierno volvió a subir las tarifas, que pasaron a ser de setenta mil dólares por un máximo de siete escaladores, más otros diez mil por cada escalador extra. A juzgar por el hecho de que dieciséis de las treinta expediciones al Everest de aquella primavera atacaron la vertiente nepalesa de la montaña, no parece que el elevado precio del permiso fuera un gran impedimento.

Antes incluso de lo que acaeció en la temporada premonzónica de 1996, la proliferación de expediciones comerciales durante la pasada década era ya un tema peliagudo.

Los tradicionalistas se echaban las manos a la cabeza. Al comprobar que el techo del mundo estaba siendo vendido a unos advenedizos con dinero, gente que, sin la ayuda de los guías, habría tenido problemas incluso para escalar un pico tan modesto como el Monte Rainier⁶. Para los puristas, el Everest había sido profanado.

Las críticas señalaban también que, gracias a la comercialización del Everest, un pico antaño sagrado había sido arrastrado hasta el pantanoso terreno de la jurisprudencia estadounidense. Después de pagar cuantiosas sumas para que los acompañasen debidamente hasta la cima, ciertos escaladores habían demandado a sus guías por no conseguir su objetivo. «De vez en cuando te sale un cliente que cree haber comprado un billete a la cima —se lamentaba Peter Athans, reputado guía que ha participado en once viajes al Everest, alcanzando su cima en cuatro ocasiones—. Hay gente que no entiende que una expedición al Everest no puede funcionar como los trenes suizos».

Por desgracia, algunos de estos pleitos están justificados. Agencias ineptas o desacreditadas han fracasado en más de una ocasión a la

hora de aportar el soporte logístico crucial prometido (por ejemplo, botellas de oxígeno). En algunas expediciones los guías han subido a la cima sin sus clientes, por lo que éstos han llegado a la conclusión de que sólo habían sido utilizados para pagar la factura. En 1995, el jefe de una expedición comercial se fugó con varios millares de dólares de sus clientes antes de iniciarse el viaje.

En marzo de 1995 un redactor de la revista *Outside* me telefoneó para proponerme participar en una expedición guiada al Everest que debía partir en el plazo de cinco días, y escribir un artículo sobre la drástica comercialización de la montaña y los conflictos intrínsecos. La revista no pretendía que yo escalara el pico; sus directores sólo querían que me quedara en el campamento base e hiciera mi crónica desde el glaciar de Rongbuk, en las estribaciones de la vertiente tibetana. Sopesé la oferta cuidadosamente —llegué incluso a reservar un vuelo y vacunarme de todo lo necesario—, pero en el último momento me eché atrás.

Dado el desdén que yo había mostrado por el Everest durante años, se podría pensar que decliné la oferta por una cuestión de principios. La verdad es que la llamada de *Outside* había despertado en mí un poderoso y bien sepultado deseo. Si dije "no" al encargo fue sólo porque creí que sería muy frustrante pasar dos meses a la sombra del Everest sin subir más allá del campamento base. Si debía viajar a la otra punta del globo y estar ocho semanas lejos de mi esposa y mi casa, quería tener la oportunidad de hacer cumbre.

Pregunté a Mark Bryant, el director de *Outside*, si era posible aplazar un año el encargo (en ese tiempo podría prepararme físicamente para la expedición). Pregunté asimismo si la revista podría apuntarme a una de las agencias de guías más famosas (y correr con el gasto de 65.000 dólares) facilitándome así la posibilidad de llegar a la cima. Yo no esperaba que Bryant aceptase mi plan. En los quince años precedentes había escrito para *Outside* más de sesenta artículos, y el presupuesto para viajes rara vez había superado los dos mil o tres mil dólares.

Bryant me telefoneó al día siguiente, tras haber hablado con el editor de *Outside*. Me dijo que la revista no estaba dispuesta a aflojar sesenta y cinco mil dólares, pero que él y el resto del consejo de redacción pensaban que la comercialización del Everest era una historia que valía la pena. Si yo tenía intención de escalar la montaña, insistió, la revista encontraría el modo de facilitarme las cosas.

Durante los treinta y tres años en que me consideré a mí mismo escalador, emprendí algunos proyectos difíciles. En Alaska había abierto una difícil ruta de acceso a la Moose Tooth y superado un ascenso en solitario al Devils Thumb (tres semanas a solas en un remoto casquete de hielo). Había realizado en Canadá y Colorado unas cuantas escaladas sobre hielo realmente difíciles. Cerca del extremo meridional de Suramérica, donde el viento barre la tierra como «la escoba de Dios», como dicen los lugareños, había escalado el cerro Torre, una aterradora aguja de granito vertical; vapuleada por vientos de cien nudos y cubierta por una capa frangible de escarcha atmosférica, antaño (que ya no) se la consideró la montaña más invencible del mundo.

Pero estas aventuras habían ocurrido años y hasta décadas atrás, cuando tenía entre veinte y cuarenta años. Ahora, a los cuarenta y uno, ya no me encontraba en mi mejor forma, tenía canas en la barba, las encías en mal estado y siete kilos de más adornando mi cintura. Estaba casado con una mujer a la que quería con pasión, y que me correspondía. Tras dar con una profesión más o menos tolerable, por primera vez en mi vida estaba por encima del umbral de la pobreza. Resumiendo, mi avidez por escalar había quedado menguada por una serie de pequeñas satisfacciones que, en conjunto, sumaban algo parecido a la felicidad.

Ninguna de mis ascensiones, por lo demás, me había llevado a alturas realmente grandes. A decir verdad, no había subido a más de 5.250 metros, altitud inferior a la del campamento base en el Everest.

Como voraz estudioso de la historia del alpinismo, sabía que el Everest se había cobrado más de ciento treinta vidas humanas desde la primera visita británica, en 1921 —aproximadamente un muerto por cada cuatro escaladores que habían coronado la cima—, y que muchos de los que allí habían perecido eran más fuertes y poseían mucha más experiencia que yo. Pero descubrí que los sueños infantiles se resisten a morir. A finales de febrero de 1996, Bryant me llamó para decir que me había conseguido una plaza en la próxima expedición de Rob Hall al Everest. Cuando me preguntó si estaba seguro de querer seguir adelante, le dije que sí sin pararme a meditar mi respuesta.

29 de marzo de 1996 9.000 metros

Lo que hice fue explicarles una parábola. Es como si os hablara del planeta Neptuno, les dije, del Neptuno corriente, no del Paraíso, porque resulta que yo no sé nada del Paraíso. Así que esto va para vosotros y nada más que para vosotros. Pues bien, resulta que hay una gran mole de roca allá arriba, y debo advertiros de que en Neptuno la gente es muy estúpida, sobre todo porque cada cual vive atado a su propia cuerda. Y algunos, de ellos quiero hablaros en particular, estaban muy obsesionados con esa montaña. Aunque parezca increíble, a vida o muerte, esas personas habían adquirido un hábito e invertían todo su tiempo libre y todas sus energías en perseguir las nubes de su propia gloria arriba y abajo de las paredes más abruptas de la región. Y hasta el último de ellos volvía exaltado. Y no les faltaba razón, dije, pues era gracioso que incluso en Neptuno se las ingeniaran para perseguirse montaña arriba por las paredes más fáciles. Pero en cualquier caso estaban exaltados, y ello era apreciable tanto en la firmeza de su expresión como en la gratitud que brillaba en sus ojos. Y como ya he señalado, eso ocurrió en Neptuno, no en el Paraíso, donde es posible que no haya otra cosa que hacer.

*John Menlove Edwards
Letter from a Man*

A las dos horas del vuelo 311 de Thai Air entre Bangkok y Katmandú, me levanté de mi asiento y fui hasta la cola del avión. Cerca de los lavabos, en el lado de estribor, me agaché para atisbar por una ventanilla baja con la esperanza de ver alguna montaña.

No quedé decepcionado: a lo lejos, arañando el horizonte, se veían los afilados incisivos del Himalaya. Permanecí embelesado junto a la ventana el resto del trayecto, en cuclillas sobre una bolsa llena de latas vacías y restos de comida, con la cara pegada al frío plexiglás.

Inmediatamente reconocí la enorme y desparramada masa del Kanchenjunga, la tercera montaña más alta de la Tierra, con sus 8.598 metros sobre el nivel del mar. Quince minutos después apareció el Makalu, el quinto pico más alto del mundo, y por último, el inconfundible perfil del Everest.

La negra cuña de su cima piramidal destacaba claramente por encima de los montes circundantes. El pico abría una brecha visible en el vendaval de ciento veinte nudos, produciendo un penacho de cristales de hielo que ondeaba hacia el este cual larguísimo pañuelo de seda. Mientras observaba aquella estela de vapor, se me ocurrió pensar que la cumbre del Everest estaba exactamente a la misma altura que el avión a reacción que me transportaba por los cielos. Que me propusiera subir a la altitud de crucero de un Airbus 300 me pareció, en ese instante, una idea cuando menos absurda. Tenía las manos frías y húmedas.

Cuarenta minutos después pisaba Katmandú. Al entrar en el vestíbulo del aeropuerto después de pasar por la aduana, un joven fornido y bien afeitado reparó en mis dos enormes bolsas de lona y se me acercó. «Usted debe de ser Jon, ¿no?» inquirió con su melodioso acento neozelandés mientras consultaba una hoja con las fotos de pasaporte de todos los clientes de Rob Hall. Me estrechó la mano, se presentó como Andy Harris, uno de los guías de Hall, y dijo que había venido para acompañarme al hotel.

Harris, que tenía treinta y un años, me explicó que en el mismo vuelo de Bangkok debía llegar otro cliente, un abogado de Bloomfield Hills (Michigan) llamado Lou Kasischke. Entre una cosa y otra, Kasischke tardó una hora de reloj en localizar su equipaje, así que, mientras esperábamos, Andy y yo estuvimos charlando sobre algunos picos difíciles que ambos habíamos escalado en el oeste de Canadá y comparando el esquí con el snowboard. Las ansias evidentes de Andy por escalar y su incombustible entusiasmo por las montañas me hicieron añorar la época de mi vida en que el alpinismo era lo más importante del mundo y yo trazaba la ruta de mi existencia en función de las cumbres que había coronado y las que un día esperaba conquistar.

Justo antes de que Kasischke —un hombre alto y atlético de sienes plateadas y circunspección patricia—saliera de la cola de aduanas, pregunté a Andy cuántas veces había estado en el Everest. «En realidad —confesó animadamente—, ésta será la primera, lo mismo que tú. Resultará interesante ver cómo se me da la cosa».

Hall nos había reservado habitaciones en el hotel Garuda, un acogedor y bullicioso establecimiento en el corazón de Thamel, el frenético barrio turístico de Katmandú, situado en una estrecha avenida atestada de rickshaws y vendedores ambulantes. Muy popular entre quienes participan en expediciones al Himalaya, el Garuda tenía sus paredes cubiertas de fotografías autografiadas de alpinistas famosos que habían parado allí a lo largo de los años: Reinhold Messner, Peter Habeler, Kitty Calhoun, John Roskelley, Jeff Lowe... Al subir a mi habitación vi en la escalera un póster a todo color en el cual, bajo el título «Trilogía del Himalaya», se veían el Everest, el K2 y el Lhotse —respectivamente, la primera, la segunda y la cuarta montaña más alta del planeta—. Ante las siluetas de estos picos, aparecía un hombre barbudo y sonriente ataviado con toda la parafernalia alpina. En el pie de foto se leía el nombre de Rob Hall. El póster, que era un reclamo de la agencia de Hall, Adventure Consultants, conmemoraba su gesta de 1994, cuando escaló los tres picos en el espacio de dos meses.

Una hora después conocí personalmente a Hall. Medía cerca de un metro noventa y era flaco como una estaca. A pesar de su rostro de querubín, aparentaba más años de los treinta y cinco que tenía; no sé si se debía a las marcadas arrugas en el raballo de los ojos o al aire de autoridad que transmitía. Llevaba una camisa hawaiana y unos Levis descoloridos con un parche con el símbolo del yin-yang en una de las rodillas. Una mata rebelde de pelo castaño le asomaba a la frente. Su barba necesitaba un buen corte.

Gregario por naturaleza, Hall resultó ser un experto narrador dotado de un cáustico humor típicamente neozelandés. Al final de un larguísimo chiste sobre un turista francés, un monje budista y un yak particularmente lanudo, Hall pronunció la frase clave con un guiño travieso, hizo una pausa teatral y luego prorrumpió en sonoras y contagiosas carcajadas, de tanta gracia que le hacía la historia. Me cayó bien de inmediato.

Hall nació en el seno de una familia católica de clase obrera en Christchurch, Nueva Zelanda. Era el menor de nueve hermanos y aunque tenía una mente despierta y científica, al cumplir los quince dejó los estudios debido a un conflicto con un profesor especialmente déspota. En 1976 entró a trabajar en Alp Sports, un fabricante local de equipo para escalada. «Empezó haciendo un poco de todo, como coser a máquina —recuerda Bill Atkinson, consumado escalador y guía, que, a la sazón, también trabajaba en Alp Sports—. Pero debido a su innata capacidad organizadora, algo que ya se le notaba a sus dieciséis o diecisiete años, pronto llevó él solo la parte de producción de la empresa».

Hall había sido durante años un ávido montañero; por la misma época en que entró en Alp Sports, empezó también a escalar. Aprendía muy rápido, dice Atkinson, que se convirtió en su habitual compañero de escalada. «Tenía la habilidad de asimilar las técnicas de todo el mundo».

En 1980, con diecinueve años, Hall participó en una expedición que atacó la difícil arista Norte del Ama Dablam, un pico de 6.799 metros de incomparable belleza, veinticuatro kilómetros al sur del Everest. En ese viaje, el primero que hacía al Himalaya, Hall visitó también el campamento

base del Everest y decidió que algún día subiría al techo del mundo. Le costó diez años y tres intentos, pero en mayo de 1990 coronó por fin la cima del Everest como jefe de una expedición en la que estaba Peter Hillary, el hijo de sir Edmund. Desde la cumbre, Hall y Hillary hicieron una transmisión por radio que fue seguida en directo por toda Nueva Zelanda, y a 8.848 metros de altitud recibieron la enhorabuena del primer ministro, Geoffrey Palmer.

Para entonces Rob Hall era ya un escalador profesional. Como la mayoría de sus colegas, echaba mano de patrocinadores para poder financiar las costosas expediciones al Himalaya, y era lo bastante listo para comprender que cuanto más hablaran de él los medios informativos, más fácil le sería engatusar a las empresas para que soltaran el dinero. A decir verdad, Hall resultó ser muy hábil a la hora de hacer que su nombre apareciera en la prensa y su cara en la tele. «Sí —concede Atkinson—, Rob tuvo siempre un cierto instinto para la publicidad».

En 1988 un guía de Auckland llamado Gary Ball se convirtió en el principal compañero de escalada de Hall y en su mejor amigo. Ball subió al Everest con Hall en 1990, y a poco de regresar a Nueva Zelanda ambos perfeccionaron un plan para escalar las cumbres más altas de cada continente, un poco a la Dick Bass, pero elevando el listón a siete escaladas en otros tantos meses².

Superado el Everest, la más difícil de las siete, Hall y Ball consiguieron el apoyo financiero de una gran empresa eléctrica, Power Build, y pusieron manos a la obra. El 12 de diciembre de 1990, apenas unas horas antes de que expirara su plazo de siete meses, conquistaron la aguja de la séptima cima —el monte Vinson, en la Antártida— con el subsiguiente revuelo en su país de origen.

A pesar del éxito conseguido, Hall y Ball estaban preocupados por las perspectivas a largo plazo del alpinismo profesional. «Si un escalador quiere seguir teniendo patrocinadores —explica Atkinson—, ha de adoptar la política del más difícil todavía. La próxima escalada ha de ser más espectacular que la anterior. La cosa se va complicando, hasta que al final ya no estás para esos trotes. Rob y Gary comprendieron que antes o después no estarían en condiciones para rizar el rizo, o que tendrían algún accidente y ahí acabaría todo.

»De modo que decidieron cambiar de enfoque y convertirse en guías especializados en alta montaña. Cuando trabajas de guía no realizas las escaladas que más te gustan; el reto consiste en hacer subir y bajar a los clientes sanos y salvos, lo que constituye un tipo de satisfacción diferente. Pero es una profesión más estable que el estar siempre detrás de los patrocinadores. Si sabes ofrecer un buen producto, la reserva de clientes es ilimitada».

Durante su caprichosa hazaña, Hall y Ball concretaron un plan para iniciar juntos un negocio que consistía en guiar escaladas a las Siete Cimas.

Convencidos de que existía un mercado virgen de soñadores con mucho dinero pero insuficiente experiencia para subir solos a las grandes montañas del mundo, Hall y Ball fundaron una empresa a la que bautizaron con el nombre de Adventure Consultants (Asesores de Aventura).

Muy pronto consiguieron un impresionante récord. En mayo de 1992 condujeron a seis clientes hasta la cumbre del Everest. Un año más tarde guiaron a otro grupo de siete hasta la cumbre, la misma tarde en que cuarenta personas coronaban la cima. De regreso a Nueva Zelanda, sin embargo, toparon con las inesperadas críticas de sir Edmund Hillary, quien censuró el papel de Hall en la creciente comercialización del Everest. Las masas de novatos que pagaban para ser conducidos a la cumbre, decía sir Edmund, «estaban engendrando una falta de respeto por la montaña».

Hillary es una de las figuras más reverenciadas de Nueva Zelanda; sus marcadas facciones todavía asoman en los billetes de cinco dólares. Hall se avergonzó de ser reprendido públicamente por aquel semidiós, el superescalador, que había sido uno de sus héroes infantiles.

«En Nueva Zelanda, Hillary es una especie de tesoro nacional —señala Atkinson—. Lo que él diga pesa mucho, y a Rob debió de dolerle que lo criticara. Incluso quiso hacer una declaración pública para defenderse, pero comprendió que oponerse en los medios de comunicación a tan venerado personaje era tener la derrota asegurada».

Cinco meses después de las invectivas de Hillary, Hall recibió un golpe aún más tremendo: en octubre de 1993, Gary Ball falleció de un edema cerebral —hinchazón del cerebro debida al exceso de altura— durante una escalada al Dhaulagiri, con sus 8.172 metros, el sexto pico más alto del mundo. Comatoso dentro de una pequeña tienda de campaña en lo alto del pico, Ball expiró en brazos de su amigo Rob Hall, quien al día siguiente lo enterró en una grieta del glaciar.

En entrevista concedida después de la expedición a la televisión neozelandesa, Hall describió con tintes tétricos cómo tomó la cuerda favorita de ambos y descolgó el cuerpo de Ball a las profundidades del glaciar. «Una cuerda de escalada se supone que sirve para unirse a tu compañero, y uno nunca la suelta —declaró—. Pero yo tuve que dejar que me resbalara entre las manos».

«La muerte de Gary dejó anonadado a Rob —explica Helen Wilton, que trabajó como responsable del campamento base en el Everest en 1993, 1995 y 1996—; pero supo llevarlo con mucha reserva. Así era Rob». Hall decidió seguir adelante en solitario con Adventure Consultants. Fiel a su estilo concienzudo y sistemático, fue puliendo la infraestructura y los servicios de la agencia... sin dejar de acompañar con éxito a clientes aficionados hasta las cumbres de montañas remotas.

Entre 1990 y 1995, Hall fue responsable de llevar a treinta y nueve escaladores a la cúspide del Everest, tres ascensiones más de las realizadas en los veinte años que siguieron a la conquista de sir Edmund Hillary. Justificadamente, Hall anunciaba Adventure Consultants como «la agencia líder en escalada al Everest, con más ascensiones que cualquier otra organización». El folleto que enviaba a posibles clientes rezaba:

¿Está usted sediento de aventura? (Bien! Tal vez sueña con visitar siete continentes o subir a la cima de una gran montaña. En general, poca gente se atreve a vivir sus sueños, y raramente se arriesga a compartirlos o confiesa albergar grandes anhelos.

Nuestra agencia se dedica a organizar y guiar aventuras de escalada. Conocedores de los aspectos prácticos que conlleva hacer realidad un sueño, le ayudamos a alcanzar su meta. No le arrastraremos pendiente arriba (tendrá usted que esforzarse mucho), pero la seguridad y el éxito de su aventura están garantizados.

Para quienes se atreven a encarar sus sueños, la experiencia ofrece algo especial que las palabras no pueden describir. Le invitamos a escalar su montaña con nosotros.

En 1996, Hall estaba cobrando 65.000 dólares por cabeza a quienes guiaba hasta el techo del mundo. Esto es mucho dinero —viene a ser la hipoteca de mi casa de Seattle—, y el precio no incluía el viaje hasta Nepal ni equipo alguno. Ninguna empresa tenía tarifas tan elevadas, algunos competidores incluso cobraban una tercera parte de lo que pedía Adventure Consultants. Pero gracias a su increíble historial de éxitos, Hall no tuvo problemas para completar la lista de su octava expedición al Everest. Si uno estaba empeñado en escalar el pico y se las ingeniaba para conseguir el dinero, Adventure Consultants era la opción más clara.

La mañana del 31 de marzo, dos días después de llegar a Katmandú, los miembros de la expedición de Adventure Consultants al Everest de 1996 cruzamos el asfalto del aeropuerto internacional de Tribhuvan y subimos a bordo de un helicóptero Mi-17 de fabricación rusa al servicio de

Asian Airlines. Reliquia de la guerra de Afganistán, el helicóptero era del tamaño de un autobús escolar, tenía capacidad para veintiséis pasajeros sentados y parecía haber sido montado por alguien en el patio de su casa. Después de atrancar la puerta, el piloto repartió algodones para los oídos, y el monstruoso aparato despegó con un estrépito capaz de reventarle a uno la cabeza.

El suelo estaba cubierto de bolsas, mochilas y cajas de cartón. El pasaje iba sentado en asientos plegables, mirando hacia el interior del aparato y con las rodillas contra el pecho. El ruido ensordecedor de las turbinas imposibilitaba toda conversación. No fue un viaje agradable, pero nadie se quejó.

En 1963, la expedición de Tom Hornbein inició el largo camino hacia el Everest en Banepa, a unos veinte kilómetros de Katmandú, e invirtió 31 días en llegar al campamento base. Como la mayoría de los modernos escaladores del Everest, nosotros habíamos preferido saltarnos buena parte de tan arduo y polvoriento trayecto; el helicóptero debía dejarnos en la remota aldea himalaya de Lukla, a 2.800 metros de altitud. Suponiendo que no nos cayéramos antes, el vuelo reduciría en unas tres semanas la tremenda caminata de Hornbein.

Mientras echaba un vistazo al amplio interior del helicóptero, traté de grabar en mi memoria los nombres de mis compañeros de equipo. Además de los guías Rob Hall y Andy Harris estaba Helen Wilton, de treinta y nueve años y madre de cuatro hijos, que volvía al Everest en su tercera temporada como responsable del campamento base. Caroline Mackenzie, consumada escaladora que aún no había cumplido los treinta, era también el médico de la expedición y, al igual que Helen, no se movería del campamento base. Lou Kasischke, el cortés abogado al que conociera en el aeropuerto, había escalado seis de las Siete Cimas, lo mismo que Yasuko Namba, de cuarenta y siete años, taciturna jefa de personal en la sucursal de Tokio de Federal Express. Beck Weathers, de cuarenta y nueve años, era un parlanchín patólogo de Dallas. Stuart Hutchison, de treinta y cuatro y ataviado con una camiseta estampada de Ren & Stimpy, era un cardiólogo canadiense, cerebral y un tanto inseguro, que había pedido una excedencia en su beca de investigación. John Taske, el miembro más viejo del grupo con cincuenta y seis años, era un anestesiólogo de Brisbane, Australia, que se había aficionado a la escalada una vez retirado del ejército. Frank Fischbeck, de cincuenta y tres, un pulcro y apacible editor de Hong Kong, había intentado escalar el Everest en tres ocasiones con un competidor de Hall; en 1994 había conseguido llegar a la cima Sur, a sólo cien metros por debajo de la cumbre. Doug Hansen, de cuarenta y seis años, era un empleado de Correos estadounidense que había ido al Everest con Hall en 1995 y que, al igual que Fischbeck, había tenido que contentarse con la Antecima.

No sabía qué pensar de mis compañeros de aventura. En actitud y experiencia poco o nada tenían que ver con los alpinistas de línea dura que había conocido en mis escaladas; pero parecían gente simpática y no había ningún gilipollas integral (al menos, ninguno que lo hubiera mostrado a esas alturas de la expedición). Con todo, yo no tenía casi nada en común con ninguno de ellos a excepción de Doug. Era un tipo nervudo cuya cara prematuramente curtida hacía pensar en una pelota de fútbol vieja. Había sido empleado de Correos durante más de veintisiete años y me contó que se había pagado el viaje trabajando en el turno de noche y haciendo de albañil durante el día. Como yo me había ganado la vida como carpintero antes de dedicarme a escribir —y puesto que por nuestros ingresos formábamos una categoría aparte de los otros clientes—, enseguida me sentí a gusto con él, y de un modo distinto de como me sentía con los demás.

En general, atribuía mi creciente inquietud al hecho de que nunca había escalado formando parte de un grupo tan numeroso y compuesto por desconocidos. Sin contar el viaje a Alaska que había hecho veintiún años atrás, todas mis expediciones habían sido en solitario o con la compañía de uno o dos amigos de confianza.

En la escalada es muy importante que uno pueda fiarse de sus compañeros. Lo que haga un alpinista puede afectar a la totalidad del grupo. Las consecuencias de un nudo mal hecho, un tropezón, una roca que se desprende o cualquier otro descuido afectan tanto a quien lo provoca como a sus colegas de cordada. No es de extrañar, pues, que los escaladores sean reacios a embarcarse con aquellos cuya autenticidad no les ha sido demostrada.

Pero la confianza en el compañero es un lujo que les está vedado a quienes se apuntan a una ascensión guiada; por el contrario, hay que confiar únicamente en el guía. Mientras el helicóptero volaba hacia Lukla, sospeché que todos y cada uno de mis compañeros esperaban con el mismo fervor que yo que Hall hubiera descartado a los clientes de dudosa habilidad, y que tuviera los medios para protegernos a todos de las flaquezas de unos y de otros.

31 de marzo de 1996 2.801 metros

Para los que no nos entreteníamos, nuestras caminatas diarias terminaban a primera hora de la tarde, pero casi nunca antes de que el calor y el dolor de pies nos obligaran a preguntar a cada sherpa que pasaba: «¿Cuánto, falta para el campamento?» La respuesta, como no tardamos en averiguar, era siempre la misma: «Sólo tres kilómetros más, sabib...» El resto de la tarde pasaba apaciblemente, mientras el humo se posaba en el aire atenuando el crepúsculo, unas luces titilaban en la cresta donde acamparíamos al día siguiente y las nubes difuminaban el perfil del camino a seguir. Una excitación creciente dirigía mis pensamientos una y otra vez hacia la arista Oeste [... J También había soledad, cuando el sol se ponía, pero las dudas sólo regresaban en contadas ocasiones. Luego sentía una especie de abatimiento, como si toda mi vida quedara atrás. Una vez en la montaña sabía que eso daría paso a la concentración absoluta en la tarea más inmediata, o al menos confiaba en que así fuese. Pero a veces me preguntaba si no había hecho un viaje muy largo para acabar descubriendo que lo que en realidad buscaba era algo que había quedado atrás.

Thomas E Hombein
Everest: The West Ridge

Desde Lukla, el camino al Everest iba hacia el norte a través del cañón del Dudh Kosi, un río repleto de cantos rodados cuyas aguas bajaban de un glaciar. Pasamos la primera noche en la aldea de Phakding, un grupo de seis o siete casas y refugios apiñados sobre una repisa de terreno llano en una ladera que domina el río. El aire se volvió invernal al caer la noche y, a la mañana siguiente, mientras marchábamos sendero arriba, una capa de escarcha cubría las hojas de los rododendros. Pero la región del Everest se encuentra a 28 grados latitud norte —justo encima de los trópicos— y en cuanto el sol ascendió lo suficiente para calentar las profundidades del cañón, la temperatura subió notablemente. A mediodía, después de cruzar una tambaleante pasarela suspendida a gran altura sobre el río —era la cuarta vez que lo atravesábamos ese día — el sudor me goteaba de la barbilla y tuve que quedarme en camiseta y pantalón corto.

Pasado el puente, el camino de tierra abandonaba las márgenes del Dudh Kosi y zigzagueaba por la escarpada pared del cañón, ascendiendo entre aromáticos grupitos de pinos. Las cúspides de hielo espectacularmente estriadas del Thamserku y el Kusum Kanguru horadaban el cielo a más de tres kilómetros de altitud respecto a nuestra posición. El paisaje era majestuoso y su topografía tan imponente como la que más, pero no era un yermo ni lo había sido durante bastantes siglos.

En cada palmo de tierra cultivable podían verse bancales plantados de cebada, trigo sarraceno o patatas. Banderines con ofrendas votivas aparecían colgados de parte a parte de la ladera, y antiguos chorten⁸ budistas y muros de piedra mani² exquisitamente labrada montaban guardia incluso en los desfiladeros más altos. A medida que se alejaba del río, el camino se fue llenando de senderistas, caravanas de yaks¹⁰, monjes budistas y sherpas descalzos que se afanaban bajo increíbles fardos de leña y latas de queroseno o de refrescos.

Una hora y media después de dejar el río, coroné una amplia cresta, pasé junto a un laberinto de corrales abiertos en la roca y, de pronto, me vi en el centro de Namche Bazar, el eje social y comercial de la sociedad sherpa. Situado a 3.445 metros sobre el nivel del mar, Namche ocupa una gran depresión inclinada que recuerda una gigantesca pantalla parabólica. Más de un centenar de edificios se apiñan en la rocosa pendiente, unidos entre sí por un laberinto de trochas y pasarelas. Cerca de la parte baja del pueblo localicé el refugio Khumbu, aparté la manta que hacía las veces de puerta y encontré a mis compañeros bebiendo té con limón en torno a una mesa.

Al acercarme, Rob Hall me presentó a Mike Groom, el tercer guía de la expedición. Australiano de treinta y tres años, con el pelo color zanahoria y la complexión enjuta de un corredor de fondo, Groom era un fontanero de Brisbane que trabajaba como guía sólo de vez en cuando. En 1987, forzado a hacer un duro vivac mientras descendía de la cima del Kanchenjunga, se le helaron los pies y tuvieron que amputarle todos los dedos. Pero este contratiempo no había frenado su carrera en el Himalaya, pues posteriormente escaló el K2, el Lhotse, el Cho Oyu, el Ama Dablam y, en 1993, el Everest sin oxígeno adicional. Hombre circunspecto y absolutamente tranquilo, Groom era un compañero agradable, aunque raramente hablaba a menos que le dirigiesen la palabra y siempre respondía lacónicamente, con voz apenas audible.

Mientras él continuaba hablando en su cenagoso tonillo texano sobre las absurdidades del Estado del bienestar, yo me levanté y abandoné la mesa para no ponerme en evidencia. Cuando volví al comedor, me acerqué a la propietaria y le pedí una cerveza. La menuda y graciosa sherpa estaba tomando el pedido a un grupo de senderistas estadounidenses.

—Nosotros tener hambre —le gritaba en pidgin un tipo rubicundo, parodiando el acto de comer—. Querer pa-ta-tas. Ham-bur-gue-sa de yak. Co-ca Co-la. ¿Haber?

—¿Desean ver el menú? —preguntó la sherpa en un inglés diáfano con ligero acento canadiense—. Tenemos una gran variedad de platos. Y creo que aún queda un poco de pastel de manzana recién salido del horno, si les apetece de postre.

El estadounidense, incapaz de comprender que aquella montañesa de piel morena estaba hablándole en perfecto inglés, siguió echando mano de su cómico argot:

—Menú. Estupendo. Sí, sí, nosotros querer ver menú.

Los sherpas siguen siendo un enigma para el común de los extranjeros, quienes tienden a verlos bajo un prisma romántico. La gente que no está familiarizada con la demografía del Himalaya suele suponer que todos los nepaleses son sherpas, cuando de hecho no hay más de 20.000 de éstos en todo Nepal, una nación que supera los veinte millones de habitantes y cuenta con unos cincuenta grupos étnicos distintos. Los sherpas son gente de las montañas, budistas devotos cuyos antepasados emigraron al sur desde Tíbet hace cuatro o cinco siglos. Hay aldeas sherpas diseminadas por todo el Himalaya al este de Nepal, y aunque pueden encontrarse comunidades de sherpas en Sikkim y Darjeeling, en India, el corazón del país sherpa es el Khumbu, un puñado de valles que desaguan la falda meridional del Everest. Se trata de una región pequeña y asombrosamente accidentada, en la que no se encuentran carreteras ni coches ni vehículos de ruedas.

Cultivar la tierra es difícil en los elevados, fríos y angostos valles, de modo que la economía tradicional sherpa siempre estuvo ligada al yak y al comercio entre Tíbet e India. Luego, en 1921, los británicos pusieron en marcha la primera expedición al Everest, y su decisión de contratar nativos como ayudantes transformó de forma radical la cultura sherpa.

Dado que el reino de Nepal mantuvo cerradas sus fronteras hasta 1949, el primer reconocimiento del Everest y las ocho expediciones siguientes tuvieron que hacer su aproximación desde el norte, cruzando Tíbet, de modo que no tocaron la región del Khumbu. Pero esas nueve

primeras incursiones procedían de Darjeeling, adonde muchos sherpas habían emigrado y donde se habían ganado entre los colonos fama de ser afables, inteligentes y muy trabajadores. Por otro lado, como habían vivido durante generaciones en aldeas situadas entre los 2.000 y los 4.200 metros de altitud, los sherpas estaban fisiológicamente adaptados a los rigores de las grandes alturas. Por recomendación de A. M. Kellas, un médico escocés que había escalado y viajado en compañía de sherpas, la expedición al Everest de 1921 contrató a un buen contingente de éstos como portadores y ayudantes de campamento, práctica que desde entonces ha venido siguiendo la gran mayoría de las expediciones posteriores.

Para bien o para mal, durante las dos últimas décadas la economía y la cultura del Khumbu se han visto vinculadas irrevocablemente a la creciente afluencia de senderistas y escaladores, de los que unos quince mil visitan anualmente la región. Los sherpas que han aprendido técnicas de escalada y han subido hasta lo más alto de los picos —sobre todo los que han coronado el Everest— gozan de gran estima en sus comunidades, pero los que alcanzan el estrellato corren también el riesgo de perder la vida: desde el año 1922, cuando siete sherpas resultaron muertos en un alud de nieve durante la segunda expedición británica, un número desproporcionado de ellos ha perdido la vida en el Everest; en total, cincuenta y tres, lo que significa un tercio de todas las víctimas que se ha cobrado el Everest.

Pese a los riesgos, existe una dura competencia entre los sherpas por los doce a dieciocho puestos de trabajo de una típica expedición. Los empleos más buscados son la media docena de vacantes para escaladores experimentados, que pueden esperar unas ganancias de entre 1.400 y 2.500 dólares por dos meses de duro trabajo, un sueldo apetecible en una nación sumida en la pobreza y con una renta anual per capita de 160 dólares.

El creciente tráfico de alpinistas y senderistas occidentales ha hecho surgir nuevos lodges y casas de té por toda la región del Khumbu, pero donde el auge de la construcción resulta más evidente es en Namche Bazar. Camino de éste me crucé con un sinfín de portadores que venían de los bosques con vigas de madera recién cortada, que debían de pesar más de 45 kilos; por ese trabajo abrumador cobraban unos tres dólares diarios.

Quienes han visitado a menudo el Khumbu lamentan el auge del turismo y el cambio que éste ha producido en lo que los primeros escaladores occidentales consideraban un paraíso terrenal, un Shangri-La. Valles enteros han sido deforestados para hacer frente a la enorme demanda de leña. Los adolescentes que rondan por el centro de Namche es más probable que vistan tejanos y camisetas de los Chicago Bulls que las prendas tradicionales. En las casas, la gente pasa el rato viendo la última de Schwarzenegger en vídeo.

La transformación de la cultura en el Khumbu no ha traído consigo una mejora general, pero no oí que muchos sherpas se quejaron de los cambios. Las divisas que aportan el deporte de la escalada, así como las subvenciones de organizaciones internacionales de beneficencia, han servido para crear escuelas y hospitales, reducir la mortalidad infantil, construir puentes y llevar la energía hidroeléctrica a Namche y otros pueblos. Resulta un tanto paternalista por parte de los occidentales lamentar la pérdida de aquellos buenos viejos tiempos en que todo era mucho más simple y pintoresco en el Khumbu. La mayoría de la gente que habita esta accidentada región no parece tener deseos de que la excluyan del mundo moderno o del aluvión del progreso humano. Los sherpas no quieren, por nada del mundo, que los conserven como especímenes en un museo antropológico.

Un caminante curtido y debidamente aclimatado a la altitud podría cubrir la distancia entre el aeródromo de Lukla y el campamento base del Everest en dos o tres días. Sin embargo, como casi todos nosotros veníamos del nivel del mar, Hall tuvo cuidado de hacernos andar a un paso más lento para que nuestros cuerpos tuvieran tiempo de adaptarse al aire cada vez más enrarecido. Normalmente no andábamos más de tres o cuatro horas diarias. Algunos días, si el itinerario marcado por Hall precisaba de una mayor aclimatación, no nos movíamos de donde estábamos.

El 3 de abril, después de una jornada de aclimatación en Namche, reanudamos la marcha hacia el campamento base. A veinte minutos del pueblo doblé un recodo y divisé un panorama espectacular. Seiscientos metros más abajo, abriendo una profunda grieta en el lecho de roca, el Dudh Kosi parecía un retorcido hilo de plata que surgía de entre las sombras. Tres mil metros más arriba, la enorme aguja del Ama Dablam se cernía sobre la cabecera del valle como una aparición. Y dos mil cien metros aún más arriba, empequeñeciendo al Ama Dablam, se alzaba la cumbre helada del Everest, casi oculta por el Nuptse. Como parecía ser norma, un penacho horizontal de condensación surgía de la cima como humo congelado, delatando la presencia de fuertes corrientes atmosféricas.

Me quedé mirando el pico durante una media hora, tratando de asimilar qué se sentiría en aquel ápice barrido por el viento. Aunque había subido cientos de montañas, el Everest era tan diferente de cuanto había escalado hasta entonces que mi imaginación no pudo ponerse a la altura de las circunstancias. Aquella cima parecía tan fría, remota e inexpugnable que sentí como si participara en una expedición a la Luna. Mientras reanudaba la ascensión, mis emociones oscilaron entre la impaciencia y una casi insuperable sensación de terror.

Aquella tarde llegué a Tengboche¹⁴, el mayor y más importante monasterio budista del Khumbu. El sherpa Chhongba, un hombre irónico y pensativo que se había sumado a la expedición como cocinero, se brindó a concertar una entrevista con el *rimpoche*, «el jefe de todos los lamas de Nepal —nos explicó Chhongba—, un hombre muy santo. Justo ayer ha terminado un largo período de meditación. En los últimos tres meses no ha hablado una sola palabra. Nosotros seremos los primeros en visitarlo. Es un buen augurio». Doug, Lou y yo entregamos cada uno cien rupias (aproximadamente dos dólares) a Chhongba para que comprase unos katas —pañuelos ceremoniales de seda blanca—. Luego nos quitamos las botas y Chhongba nos condujo a una pequeña estancia situada detrás del templo.

Cruzado de piernas sobre un cojín de brocado y envuelto en un hábito color vino tinto, había un hombre pequeño y orondo con una calva reluciente. Parecía muy viejo y cansado. Chhongba hizo una reverencia, habló unos momentos con él en sherpa y nos indicó que nos acercáramos. El *rimpoche* nos bendijo a los tres, por turnos, y nos ciñó al cuello los pañuelos que habíamos comprado.

Después sonrió beatíficamente y nos ofreció té. «Este kata has de llevarlo hasta la cumbre del Everest¹⁵ —me dijo Chhongba en tono muy solemne—. Eso agrada a Dios y ahuyentará los peligros».

Como no sabía de qué modo actuar delante de tan divina presencia, reencarnación viviente de un antiguo e ilustre lama, me daba pánico ofenderlo o dar involuntariamente un irremediable paso en falso. Mientras yo sorbía té dulce, su santidad se puso a buscar en un armario, sacó un libro grande y profusamente decorado y me lo entregó. Me limpié las manos en el pantalón y lo abrí con cierto nerviosismo. Era un álbum de fotos. Resultó que el *rimpoche* había viajado recientemente a Estados Unidos, y el álbum mostraba varias instantáneas de su periplo: su santidad en Washington delante del Lincoln Memorial y el Museo del Aire y el Espacio; su santidad en California, en el muelle de Santa Mónica. Más contento que unas pascuas, el hombre me señaló dos de sus fotografías favoritas: su santidad posando junto a Richard Gere, y otra en compañía de Steven Seagal.

Los seis primeros días transcurrieron en un mar de ambrosía. El camino nos llevaba por claros de enebro y abedules enanos, pinos azules y rododendros, atronadoras cascadas, seductores jardines de cantos rodados, arroyos cantarines... El cielo valquiriano estaba erizado de picos que yo conocía de pequeño por los libros. Como la mayor parte del equipaje viajaba a lomos de yaks o de portadores, mi mochila contenía poco más que una chaqueta, algunas barritas energéticas y mi cámara fotográfica. Sin peso y sin prisas, gozaba sencillamente de caminar por un país exótico, lo cual me producía una especie de trance, pero la euforia no me duraba mucho. Tarde o temprano recordaba hacia dónde nos

dirigíamos, y la sombra del Everest me devolvía rápidamente a la realidad.

Cada cual marchaba a su ritmo, parábamos para refrescarnos en las casas de té y a charlar con quienes nos cruzábamos.

Enseguida frecuenté la compañía de Doug Hansen, el empleado de Correos, y de Andy Harris, el guía más joven de Rob Hall. Andy —o Harold, como lo llamaban Hall y todos sus amigos neozelandeses— era un hombre alto y robusto con la complexión de un jugador de fútbol americano y esa especie de tosca gallardía de los tipos que salen en los anuncios de cigarrillos. En invierno tenía mucho trabajo como guía de esquí y piloto de helicóptero. Los veranos trabajaba para científicos que hacían investigaciones geológicas en la Antártida, o acompañaba escaladores a los Alpes neozelandeses.

De camino, Andy habló largo y tendido de la mujer con la que vivía, una doctora llamada Fiona McPherson. Mientras descansábamos sobre una roca, me enseñó una foto que llevaba en la mochila. La chica era alta, rubia y atlética. Andy me dijo que él y Fiona estaban construyéndose una casa en las montañas de Queenstown. Comentando con pasión los sencillos placeres de serrar cabrios y clavar clavos, Andy reconoció que cuando Rob le había ofrecido aquel empleo, él se mostró un tanto ambiguo: «La verdad es que me costó lo mío dejar a Fiona y la casa. Es que acabábamos de colocar el techo, ¿sabes? Pero ¿quién desaprovecha la ocasión de subir al Everest? Sobre todo cuando se tiene la oportunidad de trabajar con alguien como Rob Hall».

Aunque Andy nunca había estado en el Everest, ya conocía la cordillera del Himalaya. En 1985 había escalado un difícil pico de 6.688 metros, el Chobutse, unos cincuenta kilómetros al oeste del Everest. Y en el otoño de 1994 había estado cuatro meses ayudando a Fiona a llevar el hospital de Pheriche, un sombrío y desahogado villorrio a 4.200 metros sobre el nivel del mar, donde pernoctamos el 4 y el 5 de abril.

La clínica había sido fundada por la Himalayan Rescue Association, principalmente para tratar afecciones relativas al mal de altura (aunque también ofrecía tratamiento gratuito a los sherpas de la localidad) y educar a los senderistas sobre los insidiosos peligros de querer subir con demasiada rapidez. Había sido creada en 1973 después de que cuatro miembros de un grupo de senderismo japonés murieran en las cercanías del pueblo por culpa de la altitud. Antes de que existiera la clínica, uno o dos de cada quinientos montañeros que pasaban por Pheriche fallecían a causa de enfermedades graves producidas por la altura. Laura Ziemer —una impetuosa abogada estadounidense que a la sazón trabajaba en aquel minihospital con su marido, Jim Litch, y otro médico joven llamado Larry Silver— subrayaba que ese alarmante índice de mortalidad no se debía a los accidentes de alta montaña; las víctimas eran «senderistas corrientes que jamás se salían de los caminos ya establecidos».

Ahora, gracias a los seminarios y a los cuidados médicos de urgencia que proporcionaba el personal voluntario de la clínica, el índice de mortalidad se ha reducido a menos de una muerte por cada treinta mil senderistas. Aunque hay occidentales idealistas como Laura Ziemer que no perciben remuneración por trabajar en Pheriche e incluso pagan el viaje de ida y vuelta a Nepal de su propio bolsillo, el suyo es un puesto de prestigio que atrae a gente muy cualificada de todas partes del mundo. La doctora de la expedición de Hall, Caroline Mackenzie, había trabajado en la clínica de la HRA con Fiona McPherson y Andy en el otoño de 1994.

En 1990, el año en que Hall coronó por vez primera el Everest, dirigía la clínica una esforzada especialista neozelandesa llamada Jan Arnold. Hall la conoció al pasar por Pheriche e inmediatamente quedó prendado de ella. «Le pedí a Jan que saliera conmigo tan pronto como bajé del Everest —recordaba Hall durante nuestra primera noche en la aldea—. En nuestra primera cita le propuse ir a Alaska y escalar juntos el McKinley. Y ella aceptó». Se casaron dos años más tarde. En 1993 Arnold subió al Everest con Hall; en 1994 y 1995 viajó al campamento base para trabajar como médico. Arnold hubiera vuelto a la montaña para la expedición en que yo participaba, pero resultó que estaba embarazada de siete meses. El puesto fue para la doctora Mackenzie. El jueves, después de cenar en Pheriche, Laura Ziemer y Jim Litch invitaron a Hall, Harris y Helen Wilton, responsable de nuestro campamento, a tomar un trago en la clínica y ponerse un poco al día. Durante la velada, la conversación derivó hacia los riesgos inherentes a escalar el Everest. Jim Litch recuerda la discusión con gran claridad: Hall, Harris y Litch coincidían plenamente en que era «inevitable» que tarde o temprano se produjera una catástrofe con gran número de víctimas, pero según Litch —que la primavera anterior había atacado el Everest desde Tibet—, «Rob no creía que pudiera pasarle a él; lo único que le preocupaba era "tener que resolverle la papeleta a otro equipo", y estaba "convencido" de que esa ineludible calamidad "se produciría en la cara norte" del pico», esto es, la tibetana.

El sábado 6 de abril abandonamos Pheriche y al cabo de unas horas llegamos al extremo inferior del glaciar de Khumbu, una lengua de hielo de casi veinte kilómetros que baja del flanco sur del Everest y que debía servirnos de autopista hasta la cima. A 4.800 metros de altitud, habíamos dejado atrás todo rastro de vegetación. Veinte monumentos de piedra se levantaban en tétrica hilera a lo largo de la morrena frontal, mirando hacia el valle cubierto de niebla, en recuerdo de escaladores que habían muerto en el Everest, la mayoría de ellos sherpas. De allí en adelante nuestro mundo sería una árida extensión monocromática de rocas y hielo batido por el viento. Yo, a pesar de nuestro ritmo de marcha comedido, empezaba a sentir los efectos de la altitud: iba un poco mareado y me costaba horrores respirar.

En muchos sitios, el camino quedaba ahora sepultado bajo una capa de nieve de más de un metro de altura. Cuando el sol de primera hora de la tarde reblandecía la nieve, nuestros yaks perforaban la costra helada y se hundían hasta el vientre. Los sherpas los fustigaban para obligarlos a andar, y a punto estuvieron de dar media vuelta. Más tarde llegamos a una aldea llamada Lobuje, donde nos guarecimos del viento en un refugio pequeño que daba asco.

Lobuje, un grupo de destartados edificios bajos que aguantaba el envite de los elementos al borde del glaciar, era un sitio tétrico repleto de sherpas y escaladores de una docena de expediciones distintas, senderistas alemanes, rebaños de yaks macilentos, todos con destino al campamento base del Everest, que aún quedaba a un día de camino valle arriba. El embotellamiento, nos explicó Rob, se debía a las tardías e intensas nevadas, que hasta un día antes habían impedido a los yaks alcanzar el campamento. La media docena de refugios estaban repletos. Los pocos trechos de tierra fangosa donde no había nieve estaban ocupados por tiendas de campaña pegadas las unas a las otras. Numerosos grupos de porteadores rai y tamang procedentes de las estribaciones del monte —vestían con harapos y chancletas, y trabajaban como mozos de carga— vivaqueaban en grutas o bajo algún peñasco de los repechos cercanos.

Los tres o cuatro retretes de piedra que había en la aldea rebosaban literalmente de excrementos. Tan repugnantes eran aquellas letrinas, que casi todo el mundo, nepaleses y occidentales por igual, defecaba al raso allí donde le pillaban las prisas. Grandes y pestilentes montones de heces humanas cubrían el suelo; era imposible no pisar alguno. El río de nieve fundida que serpenteaba por el centro del poblado era una cloaca al descubierto.

La habitación principal de nuestro alojamiento disponía de literas para unas treinta personas. Encontré una libre en el nivel superior, sacudí del mugriento colchón tantas pulgas y piojos como pude y extendí el saco de dormir. Adosada a la pared más próxima había una pequeña estufa de hierro que se alimentaba de bosta de yak seca. Al ponerse el sol la temperatura caía a bajo cero y los porteadores entraban por docenas para resguardarse del frío en torno a la estufa. Como los excrementos arden mal de por sí, y aún peor a una altura de 5.000 metros, donde la atmósfera

es pobre en oxígeno, el refugio se llenó de un humo acre y denso, como si hubieran dirigido hacia dentro el tubo de escape de un autobús diesel. Hasta dos veces, durante la noche, tuve que salir a respirar aire fresco en medio de grandes espasmos. Por la mañana tenía los ojos inyectados en sangre y la nariz taponada de hollín; la tos seca y persistente ya no me abandonaría hasta el final de la expedición.

La intención de Rob había sido pasar únicamente un día de aclimatación en Lobuje antes de recorrer los nueve o diez kilómetros finales hasta el campamento base, al que nuestros sherpas habían llegado unos días antes a fin de disponerlo todo y empezar a marcar los primeros tramos de la ruta. Sin embargo, la tarde del 7 de abril un mensajero llegó jadeando a Lobuje con un inquietante mensaje del campamento base: Tenzing, un sherpa joven contratado por Rob, había caído en una grieta de 45 metros. Otros cuatro sherpas lo habían rescatado con vida, pero Tenzing estaba malherido y era posible que se hubiese roto un fémur. Pálido como la cera, Rob Hall anunció que al amanecer él y Mike Groom subirían al campamento base a fin de coordinar la evacuación del sherpa. «Lamento tener que comunicaros esto —dijo—, pero el resto de la expedición deberá quedarse un día más en Lobuje con Harold, hasta que hayamos controlado la situación».

Supimos después que Tenzing había estado explorando la ruta más arriba del campamento, escalando una sección relativamente suave del glaciar de Khumbu con otros cuatro sherpas. Caminaban los cinco en fila india, nada más sensato, pero no estaban utilizando cuerda, lo que constituía una grave violación del protocolo montañero. Tenzing cerraba la marcha, pisando allí donde los otros habían puesto el pie, cuando resbaló por una fina capa de nieve que cubría una grieta profunda. Sin tiempo para gritar siquiera, Tenzing cayó en las entrañas del glaciar.

Como 6.200 metros se consideró una altitud demasiado elevada para evacuar al sherpa mediante un helicóptero —el aire extremadamente ligero apenas si daba impulso a los rotores del aparato, lo que hacía que el aterrizaje, el despegue o el simple flotar al ralentí fuesen operaciones más que peligrosas—, era necesario transportarlo por un desnivel de casi mil metros hasta el campamento siguiendo la Cascada de Hielo, uno de los tramos más abruptos y traicioneros de la montaña. Bajar a Tenzing con vida iba a requerir grandes esfuerzos.

Rob siempre se preocupaba por el bienestar de los sherpas que trabajaban para él. Antes de que el grupo partiera de Katmandú, nos había hecho sentar a todos y nos había soltado un severísimo sermón sobre la necesidad de que nos mostrásemos respetuosos y agradecidos con nuestros sherpas. «Hemos contratado a los mejores —nos dijo—. Trabajan muy duro por lo que para nosotros es muy poco dinero. Quiero que todos recordéis que sin su ayuda no tendríamos ninguna posibilidad de llegar a la cima del Everest. Lo diré otra vez: sin el apoyo de nuestros sherpas ninguno de nosotros tiene la menor posibilidad de escalar esa montaña».

En una conversación posterior, Rob confesó que anteriormente había censurado a varios jefes de expedición por descuidar a sus sherpas. En 1995 un sherpa joven había muerto en el Everest; Hall sospechaba que el accidente se había producido porque alguien «permitió al sherpa escalar sin el debido entrenamiento. Yo creo que es responsabilidad de quienes dirigimos estos viajes el impedir que semejantes cosas ocurran».

El año anterior una expedición estadounidense había contratado como pinche a un sherpa llamado Kami Rita. Fuerte y ambicioso, el joven insistió para que le dejaran trabajar como escalador en los campos de altura. En consideración a su entusiasmo y diligencia, varias semanas después Rita vio cumplido su deseo, pese a que carecía de experiencia como escalador y no había recibido instrucción sobre las técnicas adecuadas.

Entre los 6.700 y los 7.600 metros, la vía clásica asciende por una traicionera pendiente de pura nieve helada que se conoce como la cara del Lhotse. Como medida de seguridad, todas las expediciones fijan una serie de cuerdas a dicha pared, de abajo arriba, y se supone que los alpinistas ascienden por ella afianzándose con mosquetones. Kami, engreído e inexperto a sus veintidós años, no pensó que fuera tan necesario sujetarse a la cuerda. Una tarde en que subía una carga por la cara del Lhotse, perdió pie y resbaló por el hielo sufriendo una caída de más de seiscientos metros.

Mi compañero Frank Fischbeck había presenciado el accidente. En 1995 participaba en su tercer intento al Everest como cliente de la empresa estadounidense que había contratado a Kami. Frank estaba ascendiendo por la cara del Lhotse, me decía con voz compungida, «cuando levanté la vista y vi que alguien venía cayendo de cabeza. Pasó gritando y dejó una estela de sangre».

Algunos escaladores bajaron hasta donde Kami había quedado tendido al pie de la pared, pero ya estaba muerto a causa de las heridas que había sufrido en la caída. Llevaron el cadáver al campamento base y allí, según la tradición budista, sus amigos le ofrecieron alimentos durante tres días. Luego lo bajaron a una aldea próxima a Tengboche y lo incineraron. Mientras las llamas consumían el cuerpo, la madre de Kami gemía desconsoladamente y se daba cabezazos contra una roca afilada.

Rob tenía en mente a Kami Rita cuando el 8 de abril, al despuntar el día, partió junto a Mike hacia el campamento base para intentar bajar a Tenzing con vida.

8 de abril de 1996 4.940 metros

Cruzando las imponentes cúspides heladas del Paso del Fantasma penetramos en el rocoso lecho del valle al pie de un colosal anfiteatro [...] Aquí [la Cascada de Hielo] giraba bruscamente para seguir hacia el sur convertida en el glaciar de Khumbu. Montamos nuestro campamento base a 5.440 metros sobre la morrena lateral que formaba el borde exterior de la curva. Unos enormes cantos rodados aportaban al lugar un aire de solidez, pero los cascotes que rodaban bajo nuestros pies contrastaban con esa impresión. Todo lo que uno asociaba a palabras como "cascada de hielo" "alud", "morrena" o "frío" era un mundo inhóspito, al menos para los humanos. No había agua corriente, allí no crecía nada, todo era destrucción y podredumbre. [...] J Ése iba a ser nuestro hogar durante varios meses, hasta que iniciáramos el asalto a la cima.

*Thomas E Hombein
Everest: The West Ridge*

Al atardecer del día 8 de abril la radio portátil de Andy empezó a crepitar en el exterior de nuestro refugio, en Lobuje. Era Rob, que llamaba desde el campo base. Tenía buenas noticias: habían necesitado todo el día y un equipo de treinta y cinco sherpas de diversas expediciones, pero Tenzing ya estaba abajo. Sujetándolo mediante correas a una escala de aluminio, lo habían bajado, arrastrado o cargado cascada abajo, y ahora descansaba en el campamento. Si el tiempo no empeoraba, al amanecer llegaría un helicóptero para llevarlo a un hospital de Katmandú. Con evidente alivio, Rob nos dio el visto bueno para abandonar Lobuje por la mañana y dirigimos al campamento base.

Para todos los miembros de la expedición fue un consuelo saber que Tenzing estaba a salvo. Y no lo era menos poder abandonar Lobuje. John y Lou habían pillado una virulenta afeción intestinal debido a la suciedad que nos rodeaba, Helen Wilton sufría una jaqueca terrible a causa de la altitud, y mi tos había empeorado considerablemente tras pernoctar por segunda vez en el refugio.

Decidí pasar la tercera de nuestras noches en la aldea lejos de aquel humo nocivo, en una tienda de campaña que Rob y Mike habían dejado libre al partir rumbo al campamento base. Andy se vino conmigo. A las dos de la mañana noté que se incorporaba a mi lado y empezaba a gemir.

—Oye, Harold —pregunté desde mi saco de dormir—, ¿te encuentras bien?

—No lo sé, la verdad. Parece que algo que comí anoche no me ha sentado bien.

Un momento después Andy abrió precipitadamente la cremallera de la puerta y consiguió sacar la cabeza y el torso justo antes de vomitar. Cuando las arcadas remitieron, permaneció varios minutos a gatas y sin moverse, con medio cuerpo fuera de la tienda. Luego se puso de pie, corrió unos cuantos metros, se bajó los pantalones y tuvo un sonoro ataque de diarrea. El resto de la noche lo pasó a la intemperie, evacuando violentamente todo cuanto le quedaba en el tracto intestinal.

Por la mañana Andy estaba débil, deshidratado, y temblaba de pies a cabeza. Helen sugirió que se quedara en Lobuje hasta que recuperara las fuerzas, pero él dijo que ni hablar. «Ni loco voy a pasar otra noche en este pozo de mierda —anunció con la cabeza metida entre las rodillas—. Aunque tenga que arrastrarme, me voy con vosotros al campo base».

A eso de las nueve habíamos recogido nuestras cosas y estábamos en camino. Mientras el resto del grupo enfilaba el sendero a paso vivo, Helen y yo nos rezagamos para ayudar a Andy, a quien le costaba un esfuerzo supremo poner un pie delante del otro. A cada momento tenía que parar, inclinarse un rato sobre sus bastones para reponerse y hacer acopio de fuerzas para seguir.

La ruta subía y bajaba por las inestables rocas de la morrena lateral del glaciar del Khumbu para luego descender hacia el glaciar propiamente dicho. Escoria, grava y cantos de granito cubrían buena parte del hielo, pero de vez en cuando el camino cruzaba un trecho de glaciar puro, cuya superficie translúcida y helada brillaba como el ónice. El agua de fusión corría con furia por innumerables canales, tanto exteriores como subterráneos, creando un rumor espectral que resonaba a lo largo de todo el glaciar.

A media tarde alcanzamos una extraña procesión de pináculos de hielo, el mayor de los cuales medía casi treinta metros de altura, conocido como el Paso del Fantasma. Esculpidas por los intensos rayos solares, que les inferían un intenso tono azul turquesa, las torres surgían de entre los cascotes como dientes de tiburón gigante hasta donde alcanzaba la vista. Helen —que había estado allí en numerosas ocasiones— afirmó que nos encontrábamos cerca de nuestro destino.

Unos tres kilómetros más allá, el glaciar giraba bruscamente hacia el este. Seguimos andando hasta la cresta de una larga pendiente y ante nuestros ojos apareció una abigarrada ciudad de cúpulas de nailon. Más de trescientas tiendas de campaña, que albergaban a otros tantos escaladores y sherpas de catorce expediciones, punteaban el paisaje de hielo y cantos rodados. Tardamos veinte minutos en localizar nuestro recinto en medio de aquel vasto poblado. Cuando remontábamos el último promontorio, Rob bajó a recibimos. «Bienvenidos al campamento base del Everest», dijo con una sonrisa. El altímetro de mi reloj marcaba 5.370 metros.

El poblado que sería nuestra casa durante las seis semanas siguientes se alzaba en la cabecera de un anfiteatro natural delineado por formidables paredes de roca. Más arriba, las aristas aparecían cubiertas de glaciares colgantes que semejaban enormes y atronadores aludes de hielo que cayeran las veinticuatro horas del día. Unos quinientos metros más al este, apretada entre la pared del Nuptse y la espalda oeste del Everest, el glaciar caía por entre una angosta brecha en medio de un caos de cascotes helados. El anfiteatro se abría hacia el suroeste, de modo que estaba inundado de sol; en las tardes despejadas y sin viento uno podía sentarse allí cómodamente en camiseta, pero en cuanto el sol se hundía tras la cumbre cónica del Pumori —un pico de 7169 metros que se elevaba inmediatamente al oeste del campamento base— la temperatura caía en picado. Cuando me retiraba a mi tienda, ya de noche, una especie de serenata de crujidos percusivos me recordaba que estaba tumbado sobre un río de hielo en movimiento.

En contraste con la aridez de cuanto nos rodeaba, el campamento de Adventure Consultants era el confortable hogar de catorce occidentales y otros tantos sherpas, que nos llamaban colectivamente «miembros» o sharibs. Nuestra tienda comedor, una estructura cavernosa de lona, estaba provista de una enorme mesa de piedra, un equipo de música, una biblioteca y luces eléctricas que funcionaban mediante energía solar; en una tienda contigua, el centro de comunicaciones disponía de teléfono y fax vía satélite. Se había improvisado una ducha con una manguera de goma y un cubo lleno de agua que el personal de la cocina se encargaba de calentar. Cada varios días llegaban pan y verduras frescas a lomos de yaks. Siguiendo una tradición establecida por las primeras expediciones en la época del Imperio Británico, cada mañana Chhongba y su pinche, Tendi, pasaban por las tiendas de los clientes para servirnos humeantes tazones de té sherpa.

Había oído hablar repetidas veces sobre la degradación del Everest por parte de las crecientes hordas de escaladores, y las expediciones comerciales parecían ser las principales culpables de ello. Aunque en los años setenta y ochenta el campamento base era, en efecto, un gran basurero, últimamente había ganado mucho en pulcritud; sin duda, se trataba del asentamiento humano más limpio que había visto después de

abandonar Namche Bazaar, y, de hecho, el mérito de ese esfuerzo cabía atribuirlo en gran medida a las expediciones comerciales.

El que trajesen clientes al Everest cada año hacía que los guías tuvieran en este asunto un interés especial que otros visitantes no manifestaban. Durante su expedición de 1990, Rob Hall y Gary Ball encabezaron una iniciativa para retirar cinco toneladas de basura del campamento base. Hall y algunos guías más empezaron también a colaborar con el gobierno de Katmandú para elaborar planes que animaran a los alpinistas a mantener limpia la montaña. En 1996, además de los permisos, cada expedición debía depositar una fianza de 4.000 dólares que sólo recuperaba si llevaba de regreso a Namche o Katmandú una determinada cantidad de desperdicios. Hasta los barriles donde se recogían los excrementos debían ser bajados de la montaña.

El campamento base parecía un hormiguero. El recinto de Adventure Consultants era como la sede del gobierno del campamento, porque nadie imponía más respeto en la montaña que Rob Hall. Siempre que surgía un problema —una disputa laboral con los sherpas, una urgencia médica, una decisión crítica sobre estrategia de escalada— la gente venía a nuestra tienda comedor para pedir consejo a Hall, que dispensaba conocimientos de experto incluso a sus competidores, entre ellos a Scott Fischer.

En 1995 Fischer había guiado con éxito una expedición a un ochomil: el Broad Peak (8.047) en el Karakorum, Pakistán. También había intentado escalar el Everest en cuatro ocasiones, y al fin lo había conseguido en 1994, pero no como guía. La primavera de 1996 marcaba su primera visita a la montaña al frente de una expedición comercial; al igual que Hall, Fischer llevaba un grupo de ocho clientes. Su campamento, visible por la enorme bandera promocional de Starbucks Coffee suspendida de un descomunal bloque de granito, distaba del nuestro cinco minutos glaciado abajo.

Las contadas personas que viven de escalar los picos más altos del mundo constituyen un club pequeño y exclusivo. Fischer y Hall eran rivales en el negocio, pero como miembros destacados de la hermandad de las grandes alturas sus caminos se cruzaban con frecuencia, y en cierta medida se tenían por amigos. Fischer y Hall se conocieron en los años ochenta subiendo al Pamir ruso, y posteriormente, en 1989 y 1994, pasaron mucho tiempo juntos en el Everest. Tenían planes para unir sus fuerzas e intentar el Manaslu tan pronto como hubieran guiado a sus respectivos clientes hasta el Everest.

El vínculo entre Hall y Fischer se había cimentado en 1992, al coincidir en la escalada al K2, la segunda montaña más alta del mundo. Hall estaba atacando la cima con su compañero y socio Gary Ball; Fischer iba acompañado por un escalador de élite, el estadounidense Ed Viesturs. Bajando de la cumbre en medio de una horrible tormenta, Fischer, Viesturs y un tercer compatriota, Charlie Mace, se encontraron a Hall bregando con un Ball semiinconsciente, enfermo de mal de altura y totalmente incapaz de moverse por sus propios medios. Fischer, Viesturs y Mace ayudaron a Ball a bajar de la montaña y salvarle así la vida. (Un año después Ball moriría de la misma afección en las faldas del Dhaulagiri).

Fischer era un hombre robusto y simpático, con una cabellera rubia recogida en una coleta y una energía ilimitada. Siendo un colegial de catorce años en Basking Ridge (Nueva Jersey), había visto casualmente un programa de televisión sobre montañismo que lo dejó extasiado. El verano siguiente viajó a Wyoming para participar en un cursillo sobre vida en la naturaleza organizado por la National Outdoor Leadership School (NOLS: Escuela Nacional de Guías al Aire Libre). Terminados los estudios de secundaria se fue a vivir al oeste, consiguió empleos de temporada como monitor de la NOLS y ya no pensó en otra cosa que en escalar montañas.

Cuando tenía dieciocho años y trabajaba en la NOLS, Fischer se enamoró de una compañera de curso llamada Jean Price. Se casaron siete años más tarde, se mudaron a Seattle y tuvieron dos hijos, Andy y Katie Rose (que contaban nueve y cinco años, respectivamente, cuando Scott subió al Everest en 1996). Jean Price obtuvo la licencia de piloto comercial y se convirtió en capitán de la compañía Alaska Airlines, un empleo de prestigio y bien remunerado que permitía a Fischer dedicar todo su tiempo a la escalada. Gracias a los ingresos de su mujer, Fischer pudo fundar en 1984 la agencia Mountain Madness (Locura Montañera).

Si el nombre de la empresa de Hall, Adventure Consultants, reflejaba su metódico y exigente enfoque del alpinismo, Mountain Madness traslucía con mayor exactitud si cabe el personal estilo de Fischer, quien, con poco más de veinte años, se había ganado a pulso fama de alpinista kamikaze. Durante su carrera de ascensiones, pero sobre todo en esos primeros años, sobrevivió a varios accidentes espantosos, cada uno de los cuales podría haberle costado la vida.

En dos ocasiones lo menos, una en Wyoming y otra en Yosemite, se despeñó desde una altura de veinticinco metros. Trabajando como monitor de la NOLS, cayó una veintena de metros, sin ir atado, al fondo de una grieta del glaciar de Dinwoody, en la Wind River Range. Pero la caída posiblemente más escandalosa tuvo lugar cuando Fischer empezaba a escalar paredes de hielo a pesar de su inexperiencia, había decidido intentar la siempre codiciada primera ascensión de una difícil cascada de hielo, la Bridal Veil Falls, en el cañón de Provo (Utah). Compitiendo con dos expertos alpinistas, Fischer perdió pie y cayó a plomo unos treinta metros.

Para sorpresa de quienes presenciaron el suceso, Fischer se levantó como si tal cosa y se marchó con apenas unas lesiones sin importancia. Durante su larga caída, sin embargo, el pico tubular de un pitón le había atravesado la pantorrilla. Al sacarse el pico, arrancó también buena parte del tejido, de modo que ahora tenía un agujero por el que se podía introducir un lápiz. Fischer no vio motivos para malgastar su poco dinero en cuidados médicos, y durante los seis meses siguientes estuvo escalando con aquella herida abierta en la pierna. Quince años después me enseñaría con orgullo la cicatriz: dos marcas brillantes semejantes a corchetes junto al tendón de Aquiles.

«Scott superaba cualquier limitación física», recuerda Don Peterson, renombrado escalador estadounidense que conoció a Fischer poco después de su accidente en Bridal Veil. Peterson se convirtió en una especie de mentor de Fischer y compartió con él diversas escaladas en las dos décadas siguientes. «Su fuerza de voluntad era inmensa. No importaba el daño que hubiera sufrido, él hacía caso omiso y seguía adelante. Scott no era de los que dan marcha atrás porque le salgan ampollas en los pies.

»Su mayor ambición era ser un gran escalador, de los mejores del mundo. Recuerdo que en el local de la NOLS había un pequeño gimnasio. Scott se metía allí y no paraba hasta que tenía que vomitar. Una y otra vez. No es corriente encontrar personas con esa energía».

La gente se sentía atraída por el vigor y la generosidad de Fischer, por su falta de picardía, su entusiasmo casi pueril. Tosco y emotivo, poco proclive a la introspección, tenía una personalidad sociable y magnética que de inmediato le granjeaba amigos; centenares de personas —incluidas algunas a las que sólo había visto un par de veces— le consideraban un colega inseparable. Era, además, asombrosamente apuesto, tenía cuerpo de culturista y los rasgos cincelados de un actor de cine. Entre sus admiradores había no pocos del sexo opuesto, a cuyas atenciones Scott no era inmune.

Hombre de gustos desenfundados, Fischer fumaba mucho cannabis (eso sí, nunca mientras trabajaba) y bebía más de lo recomendable. En la oficina de Mountain Madness había un cuarto secreto, una especie de club privado: después de acostar a los niños le gustaba retirarse allí con sus amigos para compartir una pipa de hachís y mirar diapositivas de sus escaladas.

Durante los años ochenta, Fischer realizó una serie de impresionantes ascensiones que le valieron cierto renombre local, pero la fama a nivel

mundial todavía se le escapaba. Pese a sus esfuerzos coordinados, Fischer no logró conseguir un patrocinador comercial de la categoría de los de algunos de sus más famosos colegas. Le preocupaba enormemente el que esos grandes escaladores no llegaran a admirarlo.

«Para Scott era muy importante sentirse reconocido —afirma Jane Bromet, su confidente, publicista y compañera de escalada, que acompañó a la expedición de Mountain Madness para enviar crónicas vía Internet para Outside Online—. Tenía una faceta muy vulnerable que la gente no acertaba a ver; le molestaba de verdad que los círculos de entendidos no le tuvieran por un escalador de primera. Para él era un desaire, y eso le dolía».

Cuando Fischer viajó a Nepal en la primavera de 1996, ya había empezado a ganarse el respeto que tanto codiciaba. En gran medida se debió a su ascensión al Everest en 1994, realizada sin oxígeno. Bajo el nombre de Expedición Medioambiental Sagarmatha, el equipo de Fischer retiró de la montaña más de dos toneladas de basura, lo que benefició tanto al paisaje como a sus relaciones públicas. En enero de 1996 dirigió una ascensión de altos vuelos al Kilimanjaro, el pico más alto de África, a fin de reunir fondos para la organización benéfica CABE, con unas ganancias netas de medio millón de dólares. Gracias a estas dos últimas expediciones, cuando Fischer regresó al Himalaya en 1996 su imagen era ya habitual en los medios de comunicación de Seattle y su carrera de alpinista parecía imparable.

Los periodistas siempre le preguntaban sobre los riesgos que conllevaba su manera de escalar y cómo conciliaba ese tipo de vida con el hecho de ser marido y padre. Fischer respondía que ya no se exponía tanto como en su temeraria juventud, que se había vuelto un alpinista mucho más prudente y conservador. Poco antes de partir para el Everest, le dijo al escritor Bruce Barcott, de Seattle: «Yo estoy absolutamente convencido de que voy a volver. [...] Mi mujer está absolutamente convencida de que voy a volver. Cuando guío una expedición no se preocupa por mí, porque sabe que voy a tomar las decisiones correctas. Entiendo que cuando hay un accidente es por un error humano. Y eso es lo que pretendo eliminar. De joven sufrí muchos accidentes en la montaña. Puedes encontrar un montón de explicaciones, pero en el fondo siempre hay un error humano».

Pese a la serenidad de Fischer, la trashumancia que le exigía su carrera como alpinista afectaba a la familia. Estaba loco por sus hijos, y cuando paraba en Seattle era un padre increíblemente atento y cariñoso, pero luego pasaba meses enteros lejos de casa. Había estado ausente en siete de los nueve cumpleaños de su hijo. De hecho, sus amistades comentaban que cuando Fischer partió para el Everest en 1996, su matrimonio ya estaba muy tocado, situación que la dependencia económica de Fischer respecto de su esposa empeoraba aún más.

Pero Jean Price no atribuye la mala racha por la que atravesó su relación a la afición de Scott por el montañismo. Dice, por el contrario, que todas las tensiones creadas en la casa de los Fischer-Price se debieron más bien a los problemas que ella tenía con su jefe: víctima de un supuesto acoso sexual, Price se vio envuelta durante 1995 en una desalentadora demanda judicial contra Alaska Airlines. Aunque la demanda acabó resolviéndose, fue una desagradable batalla legal que la privó de salario durante buena parte del año. Los ingresos que obtenía Fischer como guía no bastaron para compensar la pérdida del sustancial salario de Price como azafata de vuelo. «Por primera vez desde que nos mudamos a Seattle, tuvimos problemas financieros», se lamenta ella.

Como muchas de sus rivales, Mountain Madness era una empresa marginal a efectos fiscales y lo había sido desde sus inicios: en 1995 Fischer sólo ganó unos 12.000 dólares netos. Pero el horizonte empezaba a clarear gracias a la incipiente celebridad de Fischer y a los esfuerzos de su socia y gerente, Karen Dickinson, cuya sensatez y talento organizativo compensaban el estilo instintivo y despreocupado de Fischer. Tomando buena nota del éxito de Rob Hall con sus expediciones guiadas y las grandes sumas que, en consecuencia, exigía a sus clientes—, Fischer decidió que había llegado el momento de optar al mercado del Everest. Si lograba emular a Hall, Mountain Madness pasaría a ser una empresa muy rentable.

El dinero en sí no parecía importar demasiado a Fischer. Aunque los bienes materiales no llamaban su atención, ansiaba sentirse respetado —por su familia, sus colegas, la sociedad en general— y sabía que en nuestra cultura el dinero es el principal baremo del éxito.

En 1994, semanas después de que él volviera victorioso del Everest, me lo encontré en Seattle. Yo no lo conocía mucho, pero teníamos varios amigos en común y de vez en cuando coincidíamos escalando o en una fiesta de montañeros. Esta vez casi me obligó a escuchar los detalles de la expedición guiada al Everest que tenía en mente: quiso convencerme de que me apuntara para de ese modo escribir un artículo para *Outside* sobre la ascensión. Cuando objeté que sería una tontería que alguien con mi limitada experiencia en alta montaña intentara atacar el Everest, Fischer dijo: «Bah, no es para tanto. Lo que importa no es la altitud, tío, sino la actitud. Además, tú has subido picos muy jodidos, algunos bastante más que el Everest. Te aseguro que le tenemos tomada la medida a esa montaña, se podría escalar con los ojos vendados. Hoy en día, puede decirse que hay un camino de rosas hasta la cima».

Scott había despertado mi interés —probablemente más de lo que él pensaba— y no paró de insistir. Cada vez que nos veíamos me machacaba con el Everest, y lo mismo le hacía a Brad Wetzler, un periodista de *Outside*. En enero de 1996, gracias en no pequeña medida a los cabildeos de Fischer, la revista me propuso en firme ir al Everest (probablemente, según dijo Wetzler, como miembro de la expedición de Fischer). Para Scott, el trato estaba cerrado.

Un mes antes de la fecha prevista, Wetzler me telefoneó para decirme que había habido un cambio de planes: Rob Hall había ofrecido a la revista un trato más ventajoso, de modo que me proponían ir con la expedición de Adventure Consultants en lugar de hacerlo con la de Fischer. A mí me caía bien Scott, y por entonces apenas sabía nada de Hall, de modo que me mostré reacio, pero después de que un amigo de confianza me confirmara la gran reputación de éste, accedí entusiasmado a ir al Everest con él.

Una tarde, en el campamento base, le pregunté a Rob Hall por qué había insistido en contar conmigo. Me explicó ingenuamente que en realidad no le interesaba yo, ni siquiera la propaganda que mi artículo pudiera generar. La clave era la cantidad de publicidad que se derivaría del trato firmado con *Outside*.

Según los términos del acuerdo, Hall cobraría solamente 10.000 dólares en efectivo de su tarifa habitual a cambio de un abundante espacio publicitario en la revista, cuyos lectores son gente aventurera, muy activa y de alto nivel adquisitivo: el núcleo de su propia clientela. Le importaba aún más, dijo Hall, que fuese «un público estadounidense. Probablemente el 80% o 90% del mercado potencial para expediciones guiadas al Everest y las otras Siete Cimas se encuentra en Estados Unidos. Después de esta temporada, en cuanto Scott se haya consolidado como guía de expediciones al Everest, va a tener una clara ventaja sobre Adventure Consultants, porque su empresa es estadounidense. Para competir con él tendremos que aumentar considerablemente nuestra cuota de publicidad en ese país».

Cuando Fischer se enteró de que Hall me había fichado para su equipo, le dio un ataque de rabia. Me telefoneó hecho una furia desde Colorado y me reiteró que no pensaba darse por vencido. (Al igual que Hall, le importó muy poco disimular el hecho de que no era yo lo que le interesaba, sino más bien las ventajas en publicidad que podían derivarse de mi artículo.) Pero al final Fischer no se decidió a igualar la oferta de Hall.

El día que llegué al campamento base con el grupo de Adventure Consultants en lugar de hacerlo con el de Mountain Madness, Scott ya no parecía estar resentido conmigo. Cuando me presenté en su tienda me sirvió un tazón de té y se mostró contento de volver a verme.

A pesar de sus numerosos detalles civilizados, nadie olvidaba que el campamento base estaba a más de cinco mil metros sobre el nivel del

mar. Anclar hasta la tienda comedor me dejaba resolando unos cuantos minutos. Si me incorporaba demasiado rápido, la cabeza me daba vueltas y tenía vértigo. La tos seca que me acompañaba desde Lobuje empeoraba día a día. Apenas podía dormir, lo cual es un síntoma leve del mal de altura. Muchas noches despertaba hasta tres y cuatro veces boqueando, con la sensación de que me asfixiaba. Los cortes y los rasguños no cicatrizaban ni a tiros. Perdí el apetito, y mi sistema digestivo, que necesitaba mucho oxígeno para metabolizar la comida, no conseguía sacar provecho de lo que me obligaba a ingerir; mi cuerpo empezaba a consumirse a sí mismo para subsistir, con lo que mis brazos y piernas fueron adquiriendo poco a poco proporciones ínfimas.

Algunos de mis compañeros sufrían más que yo a causa del aire enrarecido y el entorno antihigiénico. Andy, Mike, Caroline, Lou, Stuart y John pillaron una gastroenteritis, con las consabidas carreras a la letrina. Helen y Doug padecían de migraña. Según me explicó éste, «es como si alguien estuviese martilleándome un clavo entre los ojos».

Aquél era el segundo intento de Doug con Rob Hall. El año anterior, Hall lo había obligado, junto a otros tres clientes, a volverse atrás cuando sólo estaban a cien metros de la cumbre, porque era tarde y ésta se encontraba cubierta de un manto de nieve profundo e inestable. «La cima estaba tan cerca... —recordaba Doug, apenado—. Créeme, no pasa un solo día sin que piense en ello». Hall le había convencido de que volviera al año siguiente; le disgustaba que Hansen no hubiera tenido ocasión de hacer cumbre, incluso le había hecho una buena rebaja para animarlo a que lo intentase de nuevo.

De los clientes de nuestra expedición, Doug era el único que había escalado mucho sin la ayuda de un guía profesional; aunque no se trataba de un alpinista de élite, sus quince años de experiencia lo hacían perfectamente capaz de cuidar de sí mismo. Si alguno de los miembros de nuestra expedición podía llegar a la cima, nadie mejor que Doug Hansen: era fuerte, se sentía muy motivado y ya había estado cerca de conseguirlo.

Doug, que pronto cumpliría cuarenta y siete años y llevaba divorciado diecisiete, me confió que había tenido historias con un montón de mujeres, pero que todas lo dejaban, hartas de tener que competir con la montaña. Pocas semanas antes de partir hacia el Everest, Doug había conocido a otra mujer estando en Tucson, y se habían enamorado. Al principio se habían intercambiado faxes, pero luego Doug estuvo varios días sin tener noticias de ella. «Supongo que habrá decidido darme calabazas —comentaba deprimido—. Además, es muy guapa. Creí que esta vez iba a ser la definitiva».

Aquella misma tarde Doug se acercó a mi tienda agitando un fax de última hora. «¡Karen Marie dice que se muda al área de Seattle! —exclamó, extasiado—. Esto podría ir en serio. Será mejor que corone la cima y me quite el Everest de la cabeza, antes de que ella se lo piense mejor».

Aparte de comunicarse con la nueva mujer de su vida, Doug ocupaba sus horas en el campamento escribiendo innumerables postales a los alumnos de la Sunrise Elementary School, un centro público de Kent (Washington), que habían vendido camisetas para ayudarlo a financiar su ascensión. Me enseñó muchas postales: «Hay gente que tiene sueños grandes y gente que los tiene pequeños —le escribía a una chica llamada Vanessa—. Sean como sean los tuyos, lo importante es que nunca dejes de soñar».

Doug pasaba aún más tiempo redactando faxes para sus dos hijos —Angie, de diecinueve años, y Jaime, de veintisiete— a los que había criado como padre soltero. Ocupaba la tienda contigua a la mía, y cada vez que llegaba un fax de Angie me lo leía con expresión radiante. «¿Cómo es posible —se preguntaba— que un desastre como yo haya podido engendrar a una chica tan sana?».

Yo, por mi parte, escribía pocas postales o faxes. Lo que hacía era, sobre todo, meditar acerca de la manera de mejorar mi rendimiento en la ascensión, sobre todo por encima de los 7.600 metros, en lo que se conoce como Zona de la Muerte. Había invertido más tiempo en escalada técnica sobre roca y hielo que la mayoría de los otros clientes y muchos de los guías, pero en el Everest la técnica casi no contaba y, por contra, yo tenía menos experiencia en grandes alturas que casi todos los demás. En realidad, el mero hecho de estar en el campamento base era para mí todo un récord de altitud.

Eso no parecía preocupar a Rob Hall. Después de siete expediciones al Everest, me explicaba, había conseguido perfeccionar un eficaz plan de aclimatación que nos ayudaría a adaptarnos a la insuficiencia de oxígeno en la atmósfera. (En el campamento base había aproximadamente la mitad de oxígeno que al nivel del mar; en la cima, sólo una tercera parte.) Enfrentado a un aumento de la altitud, el cuerpo humano reacciona de diversas maneras, ya sea aumentando el ritmo respiratorio, cambiando el pH de la sangre o multiplicando el número de glóbulos rojos portadores de oxígeno, y para todo ello necesita varias semanas.

Hall, sin embargo, insistía en que con sólo tres excursiones, subiendo seiscientos metros cada vez, nuestros cuerpos se adaptarían lo suficiente como para ascender sin riesgo hasta los 8.848 metros. «Ya ha funcionado treinta y nueve veces —me aseguró Hall con una sonrisa sesgada cuando le confesé mis dudas—, y varios de los tíos que han coronado conmigo eran casi tan patéticos como tú».

CAMPAMENTO BASE

12 de abril de 1996 5.400 metros

.Cuanto más incierta es la situación y más se le exige al escalador, mejor corre después la sangre cuando se libera de toda esa tensión. La presencia de peligro sólo sirve para agudizar el control. Y tal vez sea ése el fundamento de todos los deportes de riesgo: uno sube deliberadamente el listón del esfuerzo y la concentración a fin de borrar de la mente, por decirlo así, cualquier trivialidad. Es un modelo a pequeña escala de la vida, pero con una diferencia: así como en la rutina diaria los errores normalmente pueden enmendarse basta alcanzar un cierto compromiso, aquí todos los actos, por breve que sea su duración, son de una gravedad absoluta.

A. Alvarez

El dios salvaje; un estudio sobre el suicidio

Subir al Everest es un proceso largo y tedioso, más parecido a una interminable obra arquitectónica que a lo que yo conocía por escalar. Contando a los sherpas, el equipo de Hall estaba compuesto por veintiséis personas, y no era tarea fácil mantener a todo el mundo sano, bien alimentado y bajo techo a 5.400 metros —y ciento cincuenta kilómetros de la carretera más próxima—. Hall, sin embargo, era un intendente sin parangón, y además le gustaban los desafíos. En el campamento base se rodeaba de hojas de impresora donde se especificaban minuciosamente los detalles logísticos: menús, todo tipo de recambios, herramientas, medicinas, equipo de comunicaciones, programación de la carga y disponibilidad de los yaks. Ingeniero nato, Rob adoraba la infraestructura, la electrónica, los aparatos de toda clase; pasaba el poco tiempo libre que tenía jugando con el sistema eléctrico de energía solar o leyendo ejemplares atrasados de *Popular Science*.

En la línea de George Leigh Mallory y la mayoría de los expertos en el Everest, la táctica de Hall consistía en sitiar la montaña. Los sherpas irían estableciendo hasta cuatro campamentos por encima del campamento base (saltando unos seiscientos metros de uno a otro) acarreado ingentes cantidades de comida, combustible y oxígeno de campamento en campamento, hasta tener todo el material necesario almacenado a 7.900 metros, en el collado Sur. Si todo salía conforme al ambicioso plan de Hall, el asalto a la cumbre se realizaría desde este campamento alto —el número cuatro— en el plazo de un mes.

Aunque los clientes no estábamos obligados a participar en las tareas de transporte de material¹³, tendríamos que efectuar repetidas incursiones más arriba del campamento base para aclimatarnos antes de intentar ir a la cima.

Rob anunció que la primera de estas salidas sería el 13 de abril y consistiría en una excursión de ida y vuelta al campo I, situado en la ceja de la Cascada de Hielo.

Pasamos la tarde del 12 abril (ese día cumplía yo cuarenta y dos años) preparando nuestro equipo. El campamento parecía un enorme rastro cuando desplegamos nuestras cosas entre los cantos rodados para clasificar la ropa, ajustar los cinturones de escalada, aparejar las cuerdas de seguridad y fijar crampones a nuestras botas (un crampon es una rejilla de puntas de acero de cinco centímetros que se afianza a la suela de la bota mediante correas y mejora la sujeción en hielo o nieve dura). Me sorprendió y preocupó ver que Stuart, Beck y Lou desempaquetaban unas flamantes botas alpinas que, según confesaron, apenas habían estrenado. Subir al Everest con un calzado tan nuevo era muy arriesgado: veinte años atrás yo había participado en una expedición con botas recién estrenadas, y aprendí en carne propia que unas botas rígidas y pesadas no sólo son incómodas, sino que provocan llagas en los pies.

Stuart, el joven cardiólogo canadiense, descubrió que sus crampones ni siquiera ajustaban en su calzado nuevo. Por suerte, tras hacer uso de su completísimo maletín de herramientas y aplicar bastante ingenio al problema, Rob inventó una correa especial con la que consiguió que los crampones se sostuvieran.

Mientras preparaba la mochila para el día siguiente, me enteré de que debido a condicionamientos familiares y profesionales, pocos de mis compañeros habían tenido la oportunidad de hacer más de una o dos escaladas durante el año anterior. Aunque todos parecían estar en soberbia forma física, las circunstancias los habían obligado a realizar la mayor parte de su preparación mediante espalderas, cintas de andar y otros aparatos, en vez de escalar picos. Eso me dio que pensar. La preparación física es un elemento esencial para el montañero, pero hay otros componentes igualmente importantes, ninguno de los cuales puede ejercitarse en un gimnasio.

Luego me dije a mí mismo que tal vez me estuviese pasando de esnob. En cualquier caso, era evidente que todos mis compañeros estaban tan excitados como yo ante la perspectiva de hincar sus crampones en una montaña de verdad.

Nuestra ruta hacia la cima seguiría el glaciar de Khumbu por la mitad inferior de la montaña. Desde la rimaya, que a 7.000 metros delimita su extremo superior, el gran río de hielo recorre cuatro kilómetros de una cuenca relativamente suave conocida como Cwm Occidental o Valle Occidental. A medida que el glaciar fue avanzando perezosamente sobre los bultos y hendiduras de los estratos subyacentes, se fracturó en innumerables quiebras longitudinales: las grietas de glaciar. Algunas eran lo bastante estrechas como para salvarlas de un salto; pero había otras, en cambio, que medían unos veinticinco metros de ancho, más de cien metros de profundidad y hasta casi medio kilómetro de longitud.

Las grietas más grandes representaban, sin duda, un obstáculo importante en plena ascensión, y si estaban ocultas bajo una capa de nieve, podían ser realmente peligrosas, pero la experiencia de años había convertido el problema del Cwm Occidental en algo predecible y manejable.

La Cascada de Hielo del Khumbu ya era harina de otro costal. Se trataba del punto de la ruta del collado Sur más temido por los escaladores; a una altitud superior a los 6.000 metros, donde el glaciar emergía del extremo inferior del valle, se precipitaba abruptamente por un declive. Era el tramo más complicado, técnicamente hablando, de todo el itinerario.

Se calcula que el movimiento del glaciar en la Cascada de Hielo es de noventa a ciento veinte centímetros diarios. Mientras patina intermitentemente por el escarpado terreno, la masa de hielo se parte en enormes bloques helados y tambaleantes conocidos como seracs, algunos del tamaño de un edificio de oficinas. Como la ruta serpenteaba entre centenares de esas torres inestables, cada travesía de la Cascada de hielo era un poco como jugar a la ruleta rusa: en un momento dado algún serac podía desmoronarse sin previo aviso, y sólo cabía confiar en no encontrarse debajo cuando eso sucediera. Desde 1963, cuando un compañero de Hornbein y Unsoeld llamado Jake Breitenbach fue aplastado por un serac, convirtiéndose en la primera víctima de la cascada, otros dieciocho alpinistas habían perecido allí.

El invierno anterior, como hizo en temporadas previas, Hall había consultado a los jefes de todas las expediciones previstas para la primavera y juntos habían acordado que un equipo en concreto se hiciera responsable de establecer y mantener una ruta para atravesar la Cascada de Hielo. Por ese trabajo, el equipo recibiría 2.200 dólares de cada uno de los demás expedicionarios al Everest. En los últimos años este esfuerzo mancomunado había sido aceptado con carácter casi general, pero no siempre fue así.

La primera vez que una expedición pensó en cobrar a otra por la travesía de ese tramo fue en 1988, cuando un grupo estadounidense que contaba con una fuerte subvención anunció que toda expedición que intentara seguir la ruta que ellos habían abierto debería desembolsar 2.000 dólares. Varios de los equipos que a la sazón estaban allí ese año, sin comprender que el Everest ya no era sólo una montaña sino también una mercancía, pusieron el grito en el cielo. Y quien más protestó por ello fue Rob Hall, que entonces dirigía un pequeño grupo neozelandés escaso de medios.

Hall se quejó de que los estadounidenses estaban «violando el espíritu del montañismo» y practicando una degradante forma de extorsión alpina, pero Jim Frush, el abogado que lideraba el grupo, no se dio por aludido. Finalmente, Hall aceptó de mala gana enviar un cheque a Frush y así pudo atravesar la Cascada de Hielo. (Frush diría más tarde que Hall nunca llegó a hacer efectivo el pagaré.)

No obstante, dos años después, Hall cambió radicalmente de postura y decidió que considerar la Cascada de Hielo como una carretera de peaje tenía su lógica. En efecto, de 1993 a 1995 él mismo se ofreció a marcar la ruta y cobrar el peaje.

En su siguiente expedición decidió no asumir personalmente la responsabilidad, y optó por pagar al jefe de otra expedición comercial¹⁴ —Mal Duff, un escocés veterano del Himalaya— para que hiciera el trabajo. Mucho antes de que nosotros llegásemos al campamento base, un equipo de sherpas contratados por Duff había abierto una senda en zigzag a través de los seracs, tendiendo casi dos kilómetros de cuerda e instalando unas sesenta escalas de aluminio sobre la superficie del glaciar. Las escalas pertenecían a un sherpa emprendedor del pueblo de Gorak Shep que hacía su agosto alquilándolas cada temporada.

Así pues, el sábado 13 de abril a las 4:45 me encontraba yo al pie de la famosa cascada, ajustándome los crampones bajo la media luz previa a la aurora.

Los viejos alpinistas que han sobrevivido a un sinfín de rasguños gustan de advertir a sus pupilos de que la vida depende de que uno sepa escuchar su «voz interior». Abundan las historias de tal o cual escalador que decidió permanecer en su saco de dormir tras haber detectado en el éter alguna vibración desfavorable, sobreviviendo así a una catástrofe que arrasó con aquellos que no supieron hacer caso de los augurios.

Yo no ponía en duda los beneficios de atender a cualquier pista subconsciente. Mientras esperaba a que Rob se pusiera en cabeza, el hielo emitió bajo mis pies una serie de sonoros crujidos, como si alguien partiera en dos unas ramas gruesas, y cada vez que las inquietas profundidades del glaciar soltaban un chasquido, yo daba un respingo. Lo cierto es que mi voz interior sonaba un poco a cagalera y nada más: me decía que yo estaba a punto de morir, pero eso se repetía siempre que me calzaba las botas de escalar. Por consiguiente, hice todo lo posible para desoír a mi histriónica imaginación y seguí a Rob por aquel misterioso laberinto azul.

Aunque nunca había estado en una cascada de hielo tan espantosa como la del Khumbu, sí había escalado muchas de ellas. Suelen tener pasos verticales o incluso desplomados que requieren considerable pericia con el piolet y los crampones. En la cascada del Khumbu no faltaban, desde luego, las paredes de hielo, pero todas ellas habían sido equipadas con escalas, cuerdas o ambas cosas, lo que hacía bastante superfluo el uso de las técnicas convencionales.

Pronto me di cuenta de que en el Everest ni siquiera la cuerda —la herramienta quintaesencial del escalador— debía emplearse del modo avalado por una larguísima tradición. Normalmente, un escalador va unido a uno o dos compañeros mediante una cuerda de cincuenta metros, de modo que cada persona es responsable directa de la vida de las otras; la cordada es, pues, un acto íntimo y peligroso. En la cascada, por el contrario, la conveniencia dictaba que cada cual trepase de forma independiente, sin estar físicamente unido a nadie de una manera u otra.

Los sherpas de Mal Duff habían anclado una cuerda estática que se extendía desde la base de la cascada hasta su cabecera. Atada a mi cintura llevaba una correa de seguridad de un metro de longitud con un mosquetón en la parte más alejada del centro. La técnica no consistía en ir atado a un compañero, sino más bien en ajustar la correa a la cuerda fija e ir deslizándola a medida que se ascendía. Escalar de esta manera permitía avanzar a la máxima velocidad por las partes más peligrosas de la cascada, y no había que depositar la confianza en compañeros cuya experiencia desconocíamos. A la postre, resultó que en ningún momento de la expedición tuve que atarme a ningún otro escalador.

Si bien la Cascada de Hielo no exigía dominar las técnicas ortodoxas de escalada, requería en cambio todo un repertorio de técnicas propias, por ejemplo pasar de puntillas con botas y crampones por tres bamboleantes escalas apuntaladas a ambos lados de un abismo que hacía que uno apretase los esfínteres sólo con mirar abajo. Cruzamos muchos de estos puentes, y no por ello conseguí habituarme.

En un momento dado, me hallaba sobre una inestable escala en el crepúsculo matutino, pisando con sumo cuidado sus alabeados peldaños, cuando el hielo que aguantaba la escala por los extremos empezó a temblar como si hubiera un seísmo. Pocos instantes después se produjo una especie de explosión cuando un enorme serac empezó a desprenderse algo más arriba. Me quedé inmóvil, con el corazón saliéndome por la boca, pero el alud de hielo pasó unos cincuenta metros a mi izquierda, perdiéndose de vista. No hubo víctimas. Tras esperar unos minutos para recuperarme, reanudé mi penosa travesía hasta el otro extremo de la escala. El continuo y a menudo violento estado cambiante del glaciar añadía un elemento de incertidumbre cada vez que pasábamos una escala. Las grietas se comprimían a veces, doblando las escalas como si fueran simples mondadientes; en otras, se expandían dejando la escala casi en el aire, sostenida apenas. Los anclajes¹⁵ que servían para asegurar escalas y cuerdas solían fundirse cuando el sol de la tarde calentaba el hielo y la nieve. Pese al mantenimiento diurno, existía un peligro real de que cualquier cuerda pudiera soltarse bajo el peso del escalador.

Pero si la Cascada de Hielo era agotadora y tremebunda, tenía asimismo un encanto sorprendente. Cuando el alba limpió el cielo de oscuridad, el resquebrajado glaciar apareció como un paisaje tridimensional de espectral belleza. La temperatura era de 21 grados bajo cero. Mis crampones agrietaban la corteza de hielo. Siguiendo la cuerda fija, atravesé un laberinto vertical de estalagmitas azules. Imponentes contrafuertes de roca se unían al hielo presionando desde ambos lados del glaciar, y se elevaban cual hombros de un dios malévolo. Absorto por cuanto me rodeaba y por la tarea inmediata, me entregué totalmente a los placeres de la ascensión y casi me olvidé del miedo durante un par de horas.

Cuando ya habíamos recorrido tres cuartas partes del camino hasta el campo I, Hall nos hizo descansar y comentó que la Cascada de Hielo estaba mejor que nunca: «Esta temporada parece una autopista». Pero sólo un poco más arriba, a 5.800 metros, las cuerdas nos llevaron hasta la base de un tenebroso serac en precario equilibrio. Grande como un bloque de doce pisos, se cernía sobre nosotros inclinándose más de treinta grados respecto a la vertical.

La ruta seguía una pasarela natural que describía un pronunciado ángulo sobre la pared voladiza: habría que escalar aquella torre vencida hacia fuera para eludir su amenazante tonelaje.

Comprendí que la seguridad dependía de la rapidez. Subí hacia la relativa seguridad de la cresta del serac con toda la prisa de que fui capaz, pero como aún no estaba aclimatado, cada cuatro o cinco pasos tenía que parar, inclinarme sobre la cuerda y aspirar con desesperación aquel aire tan tenue y cortante, que además me abrasaba los pulmones.

Llegué a lo alto del serac sin que se derrumbara y me dejé caer exangüe sobre su cima chata. El corazón me daba martillazos en el pecho. Un poco más tarde, a eso de las 8:30, alcancé la parte superior de la cascada propiamente dicha, pasado el último de los seracs. La seguridad del campamento I, sin embargo, no consiguió tranquilizarme del todo: me resultaba imposible borrar de la mente la imagen de aquella losa

inclinada y el hecho de que tendría que pasar por debajo de su voluminosa mole como mínimo siete veces más si pretendía intentar llegar a la cima del Everest. Una vez arriba, pensé que los escaladores que con sarcasmo llamaban a ésta la Ruta del Yak, nunca habían pasado por la Cascada del Khumbu.

Antes de dejar las tiendas, Rob nos había explicado que daríamos media vuelta a las diez en punto, aunque alguno de nosotros no hubiera llegado al campo I, pues el plan era regresar al base antes de que el sol hiciera aún más inestable la cascada. A la hora señalada, Rob, Frank Fischbeck, John Taske, Doug Hansen y yo estábamos en el campamento I; Yasuko Namba, Stuart Hutchison, Beck Weathers y Lou Kasischke, acompañados por los guías Mike Groom y Andy Harris, se encontraban sesenta metros por debajo de éste cuando Rob llamó por radio y dio orden de que todo el mundo bajase.

Por primera vez nos habíamos visto los unos a los otros en plena escalada y podíamos valorar mejor los puntos fuertes y débiles de aquellos de quienes dependeríamos en las semanas siguientes. Doug y John —este último el mayor del grupo, con cincuenta y seis años— me habían parecido sólidos. Pero Frank, el caballeroso y exquisito editor de Hong Kong, me había impresionado de verdad: haciendo gala de la sabiduría adquirida en tres anteriores expediciones al Everest, había empezado despacio pero sin variar el ritmo; al llegar a la Cascada de Hielo nos había adelantado a casi todos, y no parecía que estuviese resoplando siquiera.

Por el contrario, Stuart —el cliente más joven y aparentemente más fuerte de todo el equipo— había salido en tromba del campamento encabezando la marcha, pero pronto se había agotado, y en lo alto de la cascada iba el último de la fila y sufriendo lo suyo. Lou, rezagado por un problema muscular en la pierna tras el primer trayecto hasta el campamento base, era lento pero competente. En cambio, Beck y, en especial, Yasuko subían a trancas y barrancas.

En varias ocasiones, Beck y Yasuko habían estado a punto de resbalar de una escala y caer por una grieta. Por lo demás, Yasuko parecía tener muy poca idea de cómo utilizar los crampones¹⁶. Andy, que se reveló como un maestro paciente y muy dotado —y que, en calidad de guía más joven, tenía por misión ir en la retaguardia, con los clientes más lentos—, se pasó la mañana adiestrándola acerca de técnicas básicas de escalada en hielo.

A pesar de las deficiencias de nuestro grupo, ya en lo alto de la cascada Rob declaró que estaba muy satisfecho de todos nosotros. «Es la primera vez que subís más arriba del campo base, y todos lo habéis hecho muy bien —proclamó con orgullo casi paterno—. Creo que este año tenemos un grupo muy potente».

Tardamos poco más de una hora en bajar al campamento base. Cuando me quité los crampones para andar los últimos cien metros hasta las tiendas, me sentí como si el sol me perforara el cráneo. En cualquier caso, la intensidad del dolor de cabeza no se mostró en toda su plenitud hasta unos minutos después, mientras charlaba con Helen y Chhongba. Nunca había experimentado nada igual: tan fuerte era el dolor entre las sienes que incluso iba acompañado de arcadas estremecedoras y me impedía articular frases con sentido. Temeroso de haber sufrido algún tipo de ataque, me marché en medio de la conversación, me metí en el saco de dormir y me cubrí los ojos con el sombrero.

Aquello parecía una migraña en toda regla, y yo ignoraba por completo la causa. Dudaba que fuese la altitud, porque no me había empezado hasta llegar al campamento base. Probablemente se tratara de una reacción a los fortísimos rayos ultravioleta, que me habían quemado las retinas y el cerebro. Fuera cual fuese el motivo, la tortura era intensa e implacable. Estuve cinco horas metido en la tienda, tratando de eludir cualquier clase de estímulo sensorial. Si abría los ojos, o aun si los movía bajo los párpados, recibía una dolorosa sacudida. Al atardecer, incapaz de aguantar más, fui a trompicones hasta la tienda de primeros auxilios para consultarlo con la doctora de la expedición.

Caroline me dio un analgésico potente y me dijo que bebiera un poco de agua, pero tras intentarlo dos o tres veces regurgité las píldoras, el líquido y el resto de la comida. «Vaya —dijo Caro, observando el vómito que me manchaba las botas—, creo que habrá que probar con otra cosa». Me indicó que disolviera un diminuto comprimido bajo la lengua, lo cual me impediría vomitar, y que luego tragara dos píldoras de codeína. Al cabo de una hora el dolor empezó a remitir; llorando casi de gratitud, al cabo de un rato perdí la conciencia.

Estaba medio dormido en mi saco, observando las sombras que el sol de la mañana arrojaba sobre la tienda, cuando Helen gritó: «¡Jon! ¡Teléfono! ¡Es Linda!» Me puse unas sandalias, corrí hasta la tienda de comunicaciones y agarré el auricular mientras intentaba recobrar el resuello.

El aparato de teléfono y fax vía satélite no era mayor que un ordenador portátil. Las llamadas salían caras —unos cinco dólares el minuto— y no siempre podías hablar, pero el hecho de que mi mujer marcara un número de trece cifras en Seattle y hablase conmigo, que estaba en el Everest, me asombraba mucho. Aunque la llamada era un gran alivio para mí, noté en la voz de Linda una inconfundible deje de resignación que la enorme distancia no me impidió captar. «Estoy bien —me aseguró—. Pero ojalá te tuviera aquí».

Dieciocho días atrás se había echado a llorar cuando me acompañó al aeropuerto. «Mientras volvía en coche a casa —confesó—, no podía contener las lágrimas. Despedirme de ti fue una de las cosas más tristes que me han ocurrido. Supongo que en cierto modo sabía que quizá no volverías nunca, y eso me parecía estúpido y carente de sentido».

Llevábamos casados quince años y medio. La misma semana en que por primera vez habíamos hablado de dar ese paso, habíamos ido a visitar a un juez de paz. Yo tenía veintiséis años y había decidido abandonar la escalada y llevar una vida seria.

Cuando conocí a Linda, ella también practicaba el alpinismo —era muy buena—, pero lo había dejado después de romperse un brazo y lastimarse la espalda, lo que le llevó a valorar los riesgos que corría. Linda jamás me habría pedido que dejara el montañismo, pero que le anunciara que pensaba hacerlo reforzó su decisión de casarse conmigo. Yo no había sabido ver hasta qué punto estaba enganchado con el alpinismo ni el significado que daba a mi vida, hasta entonces sin rumbo fijo. Antes de que pasase un año fui en busca de mi cuerda y volví a las montañas. En 1984, en ocasión de un viaje a Suiza para escalar una peligrosa pared alpina, la cara norte del Eiger, Linda y yo estábamos casi a punto de separarnos, y en el fondo del conflicto estaba mi afición a la escalada.

Nuestra relación estuvo al borde de la ruptura durante dos o tres años después de mi fallido intento de escalar el Eiger, pero el matrimonio subsistió. Linda acabó por aceptar que yo escalara: se daba cuenta de que era una parte esencial, aunque conflictiva, de mi manera de ser. Comprendió que el montañismo debía de ser una expresión esencial de un aspecto extraño e inmutable de mi personalidad que yo no podía cambiar. Y luego, en medio de aquel delicado acercamiento, la revista *Outside* confirmó que iba a enviarme al Everest.

Al principio fingí que mi misión sería más de periodista que de escalador, que había aceptado el encargo porque la comercialización del Everest era un tema interesante y el trabajo estaba bien pagado. Le expliqué a Linda, y a todos cuantos se mostraron escépticos ante mis aptitudes para ir al Himalaya, que no pensaba subir hasta muy arriba. «Seguramente no iré mucho más allá del campamento base —insistía yo—. Sólo para experimentar eso de las grandes alturas».

No eran más que tonterías, claro está. Dada la duración del viaje y el tiempo que debería emplear preparándome para ello, habría ganado más dinero quedándome en casa y escribiendo otras cosas. Acepté el encargo porque la mística del Everest me tenía atrapado. A decir verdad, me moría de ganas de escalar esa montaña. Desde el momento en que accedí a viajar a Nepal, mi intención no fue otra que subir todo lo que me permitieran mis nada excepcionales piernas y pulmones.

Cuando Linda me acompañó al aeropuerto, ya era muy consciente de mis evasivas. Presentía la verdadera dimensión de mi capricho, y eso la asustaba.

—Si mueres —argumentaba entre desesperada y colérica—, no serás tú el único que pague el precio. Yo también tendré que pagar, y durante el resto de mi vida. ¿Es que eso no te importa?

—Nadie va a morir —respondí—. No te pongas melodramática.

CAMPAMENTO I

13 de abril de 1996 5.950 metros

Pero hay hombres para los que lo inalcanzable tiene un atractivo especial. Normalmente no son expertos: sus ambiciones y sus fantasías son lo bastante fuertes para arrinconar las dudas que hombres más cautos podrían abrigar. La determinación y la fe son sus mejores armas. En el mejor de los casos se los considera excéntricos; en el peor, locos. [...]

El Everest ha atraído a bastantes de estos hombres. Su experiencia montañera era nula o muy escasa; ciertamente, ninguno de ellos poseía el bagaje que convertiría la ascensión al Everest en una meta razonable. Tres cosas tenían todos en común: fe en sí mismos, una gran determinación y aguante.

Wált Unsworth
Everest

Crecí con una ambición y un arrojo sin los cuales habría sido mucho más feliz. Pensaba mucho, y fui desarrollando esa pose abstraída del soñador, pues eran siempre las montañas remotas las que más me fascinaban. Yo ignoraba qué podía conseguirse a fuerza de tenacidad y poco más, pero el objetivo era muy ambicioso y cada tropiezo no hacía sino confirmarme en mi determinación de realizar al menos uno de mis grandes sueños.

Earl Denman
Alone to Everest

Las faldas del Everest no iban escasas de soñadores en la primavera de 1996; las referencias de muchos de los que pretendían escalar la montaña eran tan magras como las mías, si no más. Llegado el momento de que cada cual sopesara su propia capacidad de enfrentarse al reto de la montaña más alta del mundo, a veces parecía que la mitad del campamento base estaba clínicamente enajenado. Aunque tal vez no hubiese debido sorprenderme. El Everest siempre ha sido un imán para chalados, románticos irredentos, buscadores de publicidad o gente con un sentido de la realidad un tanto dudoso.

En marzo de 1947, acuciado por la pobreza, un ingeniero canadiense de nombre Earl Denman llegó a Darjeeling y anunció su intención de escalar el Everest pese a que tenía muy poca experiencia y no disponía de permiso oficial para entrar en Tíbet. De algún modo logró convencer a dos sherpas de que lo acompañaran, Ang Dawa y Tenzing Norgay.

Tenzing —el mismo sherpa que más tarde realizaría con Hillary la primera ascensión al Everest— había llegado a Darjeeling procedente de Nepal en 1933, con sólo diecisiete años y la esperanza de que aquella primavera lo contrataran para una expedición al Everest dirigida por el eminente escalador británico Eric Shipton. El joven sherpa no fue escogido ese año, pero se quedó en India y fue contratado por el propio Shipton para la expedición británica de 1935. Cuando accedió a ir con Denman en 1947, Tenzing ya había estado tres veces en la gran montaña. Luego confesaría que desde el primer momento supo que los planes de Denman eran temerarios, pero él tampoco era capaz de resistir el influjo del Everest:

La cosa no tenía ningún sentido. Primero, era improbable que pudiésemos entrar en Tíbet. Segundo, si entrábamos, nos pillarían y, como guías de Denman, también nosotros nos veríamos en un serio apuro. Tercero, yo no creí ni por un instante que aunque llegásemos a la montaña pudiéramos escalarla con los que formábamos el grupo. Cuarto, intentarlo iba a ser muy peligroso. Quinto, Denman no tenía dinero para pagarnos ni para garantizar una cantidad decente a nuestras familias en caso de que nos sucediera algo. Etcétera, etcétera. Cualquiera en su sano juicio habría dicho que no. Pero yo no pude. En el fondo, necesitaba ir, la atracción que sentía por el Everest era más fuerte que cualquier otra fuerza de este mundo. Ang Dawa y yo lo hablamos durante unos minutos y tomamos la decisión: «Bueno —le dije a Denman—, vamos a probar».

A medida que la pequeña expedición cruzaba la meseta de Tíbet camino del Everest, los dos sherpas empezaron a mirar con respeto al canadiense. A pesar de su inexperiencia, tanto su coraje como su fuerza física eran admirables. Por lo demás, Denman estuvo dispuesto a reconocer sus deficiencias cuando llegaron las primeras pendientes y se enfrentó a la cruda realidad. Vencido por una tormenta a 6.700 metros, admitió su derrota y los tres hombres dieron media vuelta y regresaron sanos y salvos a Darjeeling a las cinco semanas de haber iniciado su aventura.

Maurice Wilson, un inglés idealista y melancólico, no tuvo tanta suerte cuando intentó una ascensión igualmente temeraria trece años antes que Denman. Motivado por un engañoso deseo de ayudar a sus semejantes, Wilson había decidido que escalar el Everest sería el modo perfecto de dar publicidad a su creencia de que los mil y un males del género humano podían curarse mediante una combinación de ayuno y fe en Dios. Ideó un plan que consistiría en ir en aeroplano hasta Tíbet, hacer un aterrizaje forzoso en la falda del Everest y desde allí seguir hasta la cima. El que no supiese absolutamente nada de alpinismo ni de aviación no le pareció un gran impedimento.

Wilson compró un modelo Gypsy Moth con alas de tela, lo bautizó *Ever Wrest* y aprendió los rudimentos del pilotaje. A continuación invirtió cinco semanas en recorrer los modestos collados de Snowdonia y el Lake District para aprender lo que pensó que necesitaba saber sobre escalada. Finalmente, en mayo de 1933 despegó en su pequeño aparato con rumbo al Everest vía El Cairo, Teherán e India.

Para entonces Wilson había conseguido que la prensa se hiciera eco de su aventura. Llegó a Purbapore, en India, pero como no había obtenido permiso del gobierno nepalés para sobrevolar el país, vendió el aeroplano por quinientas libras esterlinas y viajó por tierra hasta Darjeeling, donde se enteró de que le había sido denegado el permiso para entrar en Tíbet. Lmpoco se dejó desanimar por eso: en marzo de 1934 contrató a tres sherpas, se disfrazó de monje budista y, desafiando a las autoridades del Imperio Británico, recorrió casi quinientos kilómetros a través de los bosques de Sikkim y la árida meseta tibetana. El 14 de abril llegaba a las estribaciones del Everest.

Escalando el hielo pedregoso del glaciar este de Rongbuk, Wilson avanzó bastante en los primeros días, pero su desconocimiento del terreno lo llevó a perderse varias veces, acabando extenuado y frustrado. Pero no por ello renunció.

A mediados de mayo alcanzaba la cabecera del glaciar de Rongbuk, a 6.400 metros, donde saqueó las provisiones y el material que la fracasada expedición de Eric Shipton en 1933 había dejado escondidos allí. Luego inició la ascensión a las pendientes que llevaban al collado Norte, pero cuando llegó a los 6.900 metros de altura topó con una pared vertical de hielo que le resultó impracticable, y hubo de retroceder hasta el escondite de Shipton. Ni así se dejó amilanar. El 28 de mayo, Wilson escribía en su diario: «Éste será el último esfuerzo, y presiento que saldrá bien». Y volvió a intentarlo.

Al año siguiente, cuando Shipton regresó al Everest, su expedición encontró el cadáver congelado de Wilson tendido en la nieve al pie del collado Norte. «Tras una breve discusión decidimos enterrarlo en una grieta —escribiría Charles Warren, uno de los que habían encontrado el cadáver—. Creo que a todos nos afectó aquel sepelio. Yo pensaba que era inmune a la visión de los muertos; pero, dadas las circunstancias, y ya que Wilson, a fin de cuentas, había estado haciendo lo mismo que intentábamos nosotros, su tragedia nos tocó demasiado de cerca».

La reciente proliferación en el Everest de modernos soñadores a la Wilson y Denman —como es el caso de algunos compañeros míos— es un fenómeno que ha suscitado no pocas críticas. Pero la cuestión de quién debe pisar el Everest y quién no debe hacerlo es más complicada de lo que pueda parecer a primera vista. El que un escalador haya pagado una gran suma de dinero para participar en una expedición guiada no significa necesariamente que no esté cualificado para moverse por la montaña. En efecto, al menos dos de las expediciones comerciales al Everest en la primavera de 1996 incluían veteranos del Himalaya que nadie habría osado calificar de intrusos.

El 13 de abril, mientras esperaba en el campo I a que mis otros compañeros subieran la Cascada de Hielo, un par de escaladores del grupo de Scott Fischer pasó por mi lado a gran velocidad. Uno de ellos era Klev Schoening, un contratista de Seattle y ex miembro del equipo nacional de esquí, quien si bien poseía una gran fortaleza física, carecía de experiencia suficiente en alta montaña. Sin embargo, con él iba su tío Pete Schoening, una leyenda viva del alpinismo.

Ataviado con gastadas prendas de Goretex, y a punto de cumplir sesenta y nueve años, Pete era un hombre larguirucho y ligeramente cargado de espaldas que regresaba a las cotas más altas del Himalaya tras una larga ausencia. En 1958 había hecho historia como alma máter de la primera ascensión al Hidden Peak, un pico de 8.093 metros en el Karakorum, en Pakistán, la ascensión inaugural más alta conseguida por un escalador norteamericano. Pero la fama de Pete llegó al cenit tras desempeñar un heroico papel en una abortada expedición al K2 en 1953, el mismo año en que Hillary y Tenzing coronaban el Everest.

La expedición, compuesta de ocho hombres, se hallaba parada a consecuencia de una violenta ventisca y a la espera de atacar la cima del K2, cuando un miembro del equipo llamado Art Gilkey empezó a dar síntomas de tromboflebitis, un coágulo sanguíneo producido por el exceso de altitud. Comprendiendo que había que bajar a Gilkey de inmediato si querían tener alguna esperanza de salvarlo, Schoening y los demás comenzaron a hacerlo descender por la escarpada espolón de los Abruzzos en plena tempestad. A 7.600 metros, un escalador de nombre George Bell resbaló y arrastró en su caída a otros cuatro alpinistas. Schoening se ciñó la cuerda alrededor de los hombros y del piolet y consiguió sostener por sí solo a Gilkey, impidiendo simultáneamente que los otros cinco escaladores se deslizaran pendiente abajo sin saltar él mismo de la montaña. Considerada una de las mayores gestas en los anales del alpinismo, se la conoce a partir de entonces con el apelativo del Amarre.

Ahora Pete Schoening subía al Everest de la mano de Fischer y sus dos guías, Neal Beidleman y Anatoli Boukreev. Cuando le pregunté a Beidleman, un robusto escalador de Colorado, qué sentía al guiar a un cliente como Schoening, me corrigió al punto con una carcajada de modestia: «Yo no podría guiarlo a ninguna parte. Considero un gran honor estar en el mismo equipo que él». Schoening se había sumado al grupo de Mountain Madness no porque necesitase de un guía para escalar el Everest, sino para evitarse el esfuerzo que suponía conseguir permisos, botellas de oxígeno, tiendas, provisiones, sherpas y demás detalles logísticos.

Pocos minutos después de que Pete y Klev Schoening pasaran de largo camino de su propio campamento I, apareció su compañera de equipo, Charlotte Fox. Dinámica y escultural, Fox tenía treinta y ocho años, trabajaba en la patrulla de esquí de Aspen (Colorado) y había coronado previamente dos ochomiles: el Gasherbrum II, de 8.030 metros, en Pakistán, y el Cho Oyu, de 8.158, vecino del Everest. Más tarde, pasó un miembro de la expedición de Mal Duff, un finlandés de veintiocho años llamado Veikka Gustafsson cuyo historial de ascensiones himaláicas incluía el Everest, el Dhaulagiri, el Makalu y el Lhotse.

En contraste, ningún miembro del equipo de Fischer había conseguido nunca un ochomil. Si Pete Schoening, por ejemplo, era el equivalente de una estrella del béisbol profesional, los clientes de mi expedición, yo incluido, éramos una especie de chusma provinciana que se había colado en las Series Mundiales. Cierto que en la Cascada, Rob Hall había dicho que formábamos un «grupo muy potente». Y es posible que así fuera en comparación con otros grupos de clientes anteriores. Para mí, no obstante, estaba muy claro que ninguno de nosotros tenía la menor oportunidad de escalar el Everest sin la ayuda de Hall, de sus guías y de los sherpas.

Por otro lado, nuestro grupo era mucho más competente que otros de los que estaban en la montaña. Había varios alpinistas de dudosa capacidad en una expedición comercial liderada por un inglés con mediocres antecedentes. Pero los menos cualificados para el Everest no eran clientes en absoluto, sino miembros de expediciones no comerciales y organizadas según los cánones tradicionales.

Mientras regresaba hacia el campamento base por la parte inferior de la cascada, adelanté a un par de escaladores rezagados que llevaban un extraño atuendo. A primera vista se notaba que no estaban familiarizados con las técnicas y el equipo corriente para la travesía de un glaciar. Al que iba detrás se le enganchaban a cada momento los crampones y subía dando traspiés. Mientras esperaba a que cruzasen una profunda grieta salvada por dos enclenques escalas de aluminio empalmadas por los extremos, me impresionó ver que cruzaban los dos a la vez, pisándose casi los talones, lo cual era un riesgo del todo innecesario. Tras un intento de conversar con ellos al otro lado de la grieta, me enteré de que pertenecían a una expedición taiwanesa.

La reputación de los taiwaneses ya era conocida antes de su llegada al Everest. En 1995, el mismo equipo había viajado a Alaska para escalar el McKinley como preparación a su intento del Everest en 1996. Nueve escaladores llegaron a la cima, pero siete de ellos quedaron atrapados por una tormenta en el descenso, perdieron el rumbo y se vieron obligados a pasar la noche al raso a 5.900 metros de altitud. El Servicio de Parques Nacionales tuvo que realizar un rescate tan peligroso como caro.

Respondiendo a una petición de la guardia forestal, Alex Lowe y Conrad Anker, dos de los mejores alpinistas de Estados Unidos, interrumpieron su propia ascensión y corrieron en ayuda de los escaladores taiwaneses, que para entonces estaban medio muertos. Con gran dificultad y considerable riesgo para sus vidas, Lowe y Anker cargaron con sendos taiwaneses y los bajaron desde 5.900 a 5.250 metros, cota en la cual un helicóptero pudo evacuarlos. En total, cinco miembros del equipo taiwanés —uno de ellos cadáver y dos medio congelados— fueron retirados del monte McKinley en helicóptero. «Sólo murió uno —dice Anker—. Pero si Alex y yo no hubiéramos llegado entonces, habrían muerto otros dos. Nos habíamos fijado en el grupo de taiwaneses porque se los veía muy poco competentes. No fue ninguna sorpresa que tuvieran problemas».

El jefe de la expedición, Gau Ming-Ho —un fotógrafo jovial que se hace llamar Makalu por el ochomil del mismo nombre—, estaba exhausto, medio congelado, y tuvo que ser asistido por dos guías de Alaska. «Mientras ellos lo bajaban —cuenta Anker—, Makalu iba gritando "¡Victoria!

¡Victoria!" a todo el que pasaba, como si no hubiera ocurrido ningún desastre. Ese Makalu sí que era un tipo raro». Cuando en 1996 los supervivientes de la catástrofe aparecieron en la cara Sur del Everest, Makalu Gau era una vez más el jefe.

La presencia de los taiwaneses en la montaña fue motivo de gran preocupación para la mayor parte de las otras expediciones. Existía el temor real de que sufrieran algún percance que obligara a otros a acudir en su ayuda, lo cual no sólo podía poner la vida de éstos en peligro, sino acabar incluso con las aspiraciones de alcanzar la cima.

Pero los taiwaneses no eran en absoluto el único grupo con asignaturas suspendidas. Acampando junto a nosotros había un alpinista noruego de veinticinco años llamado Petter Neby, que había anunciado su intención de escalar en solitario la cara Suroeste¹⁷, una de las vías de aproximación más duras y peligrosas; y ello a pesar de que su experiencia en el Himalaya se limitaba a dos ascensiones al vecino Island Peak, una montaña de seis mil y pico metros en una cadena subsidiaria del Lhotse y cuya dificultad técnica consistía en andar con determinación.

Y luego estaban los surafricanos. Patrocinada por un importante periódico, el *Sunday Times* de Johannesburgo, la expedición había despertado el orgullo nacional y recibido antes de su partida la bendición del presidente Nelson Mandela. Se trataba del primer equipo surafricano al que se le concedía un permiso para escalar el Everest, y aspiraba, por tratarse de un grupo racialmente mixto, a poner la primera persona de raza negra en el techo del mundo. El jefe de la expedición era Ian Woodall, un tipo locuaz y ratonino, de treinta y nueve años, que disfrutaba contando anécdotas sobre sus grandes proezas como comando detrás de las líneas enemigas durante el largo y brutal conflicto armado que enfrentó a Suráfrica y Angola en los años ochenta.

Woodall había reclutado como núcleo de su equipo a tres de los mejores escaladores del país: Andy de Klerk, Andy Hackland y Edmund February. El maquillaje birracial del equipo era de especial significación para February, un afable paleoecólogo negro de cuarenta años y alpinista de renombre internacional.

«Mis padres me pusieron el nombre por Edmund Hillary —explica—. Subir al Everest ha sido uno de mis sueños desde que era un crío. Pero por encima de eso, la expedición constituía el símbolo de una nación joven que buscaba la unificación y el camino hacia la democracia, que trataba de curar las heridas de su pasado. Yo crecí con el yugo del *apartheid* en el cuello, y eso es algo que no se puede olvidar. Pero ahora somos otra nación. Tengo mucha fe en la dirección que ha tomado mi país. Demostrar que los surafricanos, negros y blancos, podíamos lograr ascender juntos al Everest era un proyecto estupendo».

Todo el país se abocó a la expedición. «Woodall propuso este proyecto en un momento realmente oportuno —dice De Klerk—. Con el fin del *apartheid*, los surafricanos podían viajar adonde quisieran, por lo que nuestros equipos deportivos estaban en condiciones de competir en todo el mundo. Suráfrica acababa de ganar la World Cup de rugby. Había una auténtica euforia nacional, un renacer del orgullo patrio. Y cuando Woodall salió con la propuesta de una expedición surafricana al Everest, todo el mundo se puso a favor y eso le permitió reunir un montón de dinero sin tener que responder demasiadas preguntas».

Además de él mismo, los tres alpinistas del país y otro escalador y fotógrafo británico llamado Bruce Herrod, Woodall quería incluir a una mujer en la expedición. A tal efecto propuso a seis candidatas una ascensión técnicamente sencilla pero físicamente agotadora al Kilimanjaro, de 5.895 metros. Al término de las dos semanas que duró la prueba, Woodall anunció que la cosa estaba entre dos finalistas: Cathy O'Dowd, de veintiséis años, blanca, profesora de periodismo con poca experiencia en la montaña e hija del director de Anglo American, la empresa más importante de Suráfrica, y Deshun Deysel, de veinticinco años, negra, profesora de educación física sin experiencia previa en la escalada y que se había criado en un pueblo segregado. Las dos candidatas, dijo Woodall, irían con la expedición hasta el campamento base, y una vez allí él decidiría sobre el terreno cuál de las dos estaba mejor preparada para subir hasta el Everest.

El 1 de abril, mi segundo día de trayecto hacia el campamento base, me sorprendió tropezarme con February, Hackland y De Klerk en la senda de Namche Bazar, bajando de la montaña, en dirección a Katmandú. De Klerk, que era amigo mío, me explicó que los tres alpinistas surafricanos y Charlotte Noble, la médico de su equipo, se habían desmarcado de la expedición antes de llegar al pie de la montaña. «Woodall ha resultado ser un gilipollas integral —me explicó De Klerk—, un controlador de cuidado. Y encima no te puedes fiar de él; nunca sabes si te está tomando el pelo o te dice la verdad. No queremos poner nuestras vidas en manos de un tipo como ése. Así que nos vamos».

Woodall les había dicho que conocía bien el Himalaya, que incluso había subido varios ochomiles. En realidad, la experiencia en el Himalaya de Woodall consistía en su participación como cliente de pago en dos fallidas expediciones comerciales dirigidas por Mal Duff; en 1989 Woodall había fracasado en su intento por alcanzar la cumbre del modesto Island Peak, y en 1990 sólo había llegado hasta los 6.500 metros en su ascensión al Annapurna, mil quinientos metros por debajo de la cima.

Además, antes de partir hacia el Everest, Woodall había presumido en la página web de la expedición de tener una distinguida carrera militar y de haberse destacado en el escalafón del ejército británico como «jefe de la Unidad de Reconocimiento de Montaña, que realizó gran parte de su entrenamiento en el Himalaya». Asimismo, dijo al *Sunday Times* que había sido instructor en la Royal Military Academy de Sandhurst, Inglaterra. Pues bien, resulta que no existe en el ejército británico nada que se llame Unidad de Reconocimiento de Montaña ni Woodall fue nunca instructor en Sandhurst. Tampoco luchó en Angola tras las líneas enemigas. Según un portavoz del ejército británico, Woodall sirvió como pagador.

Pero Woodall también mintió sobre la composición de la lista para obtener el permiso de escalada que debía expedir el Ministerio de Turismo de Nepal¹⁸.

Desde el principio había dicho que tanto Cathy O'Dowd como Deshun Deysel estaban en la lista y que la decisión última sobre cuál de las dos se uniría a la cordada final se tomaría en el campamento base. Tras abandonar la expedición, De Klerk descubrió que O'Dowd sí estaba en la lista, al igual que el padre de Woodall —que contaba sesenta y nueve años— y un francés llamado Thierry Renard —que había pagado a Woodall 35.000 dólares por entrar en el equipo—, pero no así Deshun Deysel —el único miembro de raza negra tras la renuncia de February—. Eso hizo pensar a De Klerk que Woodall jamás había tenido la intención de dejar escalar a Deysel.

Por si eso fuera poco, antes de salir de Suráfrica Woodall había advertido a De Klerk —que está casado con una estadounidense y tiene doble nacionalidad— que no le dejaría participar en la expedición a menos que hiciera valer su pasaporte surafricano.

«Se puso muy pesado —recuerda De Klerk— con lo de que éramos la primera expedición de nuestro país y todo eso; pero resulta que el propio Woodall no tiene pasaporte surafricano. Ni siquiera es ciudadano de Suráfrica; el tío es inglés, y entró en Nepal con un pasaporte británico».

Los engaños de Woodall provocaron un escándalo internacional y fueron motivo de portada en todos los periódicos de la Commonwealth. Al ver que le llovían las críticas, el megalómano Woodall decidió hacer oídos sordos y aislar en lo posible a su equipo de las otras expediciones. También apartó de la expedición al periodista del *Sunday Times*, Ken Vernon, y al fotógrafo Richard Shorey, pese a que Woodall había firmado un contrato según el cual a cambio de apoyo económico por parte del rotativo, los dos periodistas «podrían acompañar a la expedición en todo momento»; la violación de lo estipulado en esta cláusula «sería causa de incumplimiento de contrato». Ken Owen, el director del *Sunday Times*,

iba a la sazón camino del campamento base con su mujer. El motivo era un *trekking* que había hecho coincidir con la expedición surafricana y que dirigía precisamente la novia de Woodall, una joven francesa de nombre Alexandrine Gaudin. En Pheriche, Owen se enteró de que Woodall había dado portazo al periodista y al fotógrafo de su diario. Totalmente pasmado, envió una nota al jefe de la expedición explicando que el periódico no tenía la menor intención de retirar a Vernon y a Shorey de la aventura y que los periodistas habían recibido la orden de reincorporarse a la expedición. Cuando leyó el mensaje, Woodall montó en cólera y bajó rápidamente hasta Pheriche para discutirlo con Owen.

Según el director del periódico, durante el enfrentamiento que mantuvo con Woodall, le preguntó a la cara si el nombre de Deysel constaba en la lista del permiso. Woodall respondió que aquello «no era asunto suyo».

Cuando Owen sugirió que Deysel había servido únicamente «como mujer negra simbólica a fin de dotar al equipo de un surafricanismo espurio», Woodall le amenazó con matarlos a él y a su mujer. En un momento dado, el jefe de la expedición manifestó: «Le voy a romper la puta cara y luego le daré por culo».

Poco después, cuando el periodista Ken Vernon llegó al campamento base —incidencia de la que informó desde el fax vía satélite de Rob Hall—, se enteró por boca de O'Dowd de que «no era bienvenido». Vernon escribiría después en el *Sunday Times*:

Le dije a O'Dowd que no tenía ningún derecho a echarme de un campamento que mi periódico había financiado. Al presionarla más, admitió que seguía «instrucciones» del señor Woodall. Dijo que ya habían echado a Shorey del campamento y que el siguiente sería yo, porque no pensaban darme comida ni techo. Me temblaban las piernas después de la larga caminata, y pedí un poco de té antes de decidir si aceptaba el edicto o no. «Imposible», fue la respuesta. O'Dowd se acercó al sherpa en jefe, Ang Dorje, y dijo de forma que yo pudiera oírlo: «Ése es Ken Vernon, uno de los que te hemos hablado. No ha de recibir ningún tipo de asistencia». Ang Dorje es un hombre duro como una roca, y ya habíamos compartido juntos unas copas de changa, el peleón aguardiente local. Lo miré y pregunté: «Ni un poco de té. En la mejor tradición de la hospitalidad sherpa», Dorje miró a O'Dowd y dijo: «Qué coño». Me agarró del brazo, me hizo entrar en la tienda comedor y me sirvió un buen tazón de té caliente y un plato de galletas.

A raíz de lo que Owen describió como «escalofriante intercambio de palabras» con Woodall en Pheriche, el director se «convenció «de que el ambiente estaba desquiciado y que la vida de los dos periodistas del *Sunday Times* corría peligro». Así pues, dio instrucciones a Vernon y Shorey de que regresaran a Suráfrica, y el periódico publicó una nota en la que decía que había rescindido el contrato con la expedición.

Dado que Woodall ya había cobrado el dinero del *Sunday Times*, el acto no pasó de ser simbólico y apenas tuvo impacto sobre su actuación en la montaña. En efecto, Woodall se negó a abandonar el liderazgo de la expedición o a hacer ninguna clase de concesión, ni siquiera tras recibir una carta de Nelson Mandela apelando a una reconciliación en bien del interés nacional. Woodall se obcecó en que la ascensión al Everest se llevaría a cabo como estaba previsto, y con él al timón.

De regreso en Ciudad del Cabo, February se explayaba sobre su desengaño. «Tal vez fui un ingenuo —decía con voz entrecortada por la emoción—. Pero el *apartheid* nos marcó a todos. Escalar el Everest con Andrew y los demás habría sido todo un símbolo de que las cosas habían cambiado. Woodall no tenía el menor interés en que surgiera una nueva Suráfrica. Se aprovechó de los sueños de toda una nación para sus propios fines. Dejar el equipo fue una decisión muy difícil de tomar, quizá la que más».

Con la marcha de February, Hackland y De Klerk, ninguno de los restantes escaladores (aparte del francés Renard, que se había apuntado sólo para estar incluido en la lista del permiso y que escalaba por su cuenta, con sus propios sherpas) tenía suficiente experiencia en alta montaña; al menos dos, según De Klerk, «no sabían ni ponerse los crampones».

El noruego, los taiwaneses y sobre todo los surafricanos eran asunto frecuente de conversación en la tienda de Hall. «Con tanto incompetente suelto en la montaña —dijo Roll una tarde de abril, frunciendo el entrecejo—, será poco probable que acabemos la temporada sin que ocurra algo grave allá arriba».

CAMPAMENTO I

16 de abril de 1996 5.950 metros

Dudo que nadie pueda afirmar que disfruta viviendo en la alta montaña; me refiero a disfrutar en el sentido corriente de la palabra. Existe una cierta satisfacción en el hecho de ir ascendiendo, aunque sea lentamente; pero uno se ve obligado a pasar la mayor parte del tiempo en la extrema sordidez de un campamento de altura, donde incluso aquel esparcimiento falta. Fumar es imposible; comer hace que a uno le entren ganas de vomitar; la necesidad de reducir la carga excluye la posibilidad de llevar otra literatura que /as etiquetas de las latas de conserva el aceite de las sardinas, la leche condensada y la melaza lo manchan absolutamente todo; salvo en contados momentos durante los cuales uno no suele estar para contemplaciones estéticas, no hay nada que mirar aparte de la confusión que reina en las tiendas o el semblante barbudo y esquelético del compañero; por suerte, el ruido del viento ayuda a silenciar su respiración cargada. Lo peor de todo es la sensación de impotencia e incapacidad absolutas para hacer frente a cualquier emergencia que pueda surgir Solía consolarme pensando que un año atrás me habría entusiasmado la idea de tomar parte en esa aventura, una posibilidad que siempre me había parecido un sueño imposible; pero la altura tiene el mismo efecto sobre la mente que sobre el cuerpo, el intelecto se entumece y se vuelve insensible, y mi único deseo era acabar de una vez y bajar a un clima más decente.

*Eric Shipton
Upon That Mountain*

Al amanecer del martes, 16 de abril, y tras haber descansado dos días en el campamento base, nos encaminamos hacia la Cascada de Hielo para empezar nuestra segunda salida de aclimatación. Mientras marchaba nervioso en medio de aquel caos helado y gimiente, advertí que respiraba con menos esfuerzo que en nuestra primera visita al glaciar; mi cuerpo había empezado a adaptarse a la altitud. Lo que no había disminuido un ápice era mi temor a ser aplastado por un serac.

Confiaba en que aquella enorme masa suspendida a 5.800 metros —que un guasón del equipo de Fischer había apodado la Ratonera— hubiera caído ya, pero aún seguía allí, en precario equilibrio, más inclinarla incluso. De nuevo tuve que poner a tope mi rendimiento cardiovascular mientras pasaba por debajo de su amenazante sombra, y al llegar a lo alto del serac caí de rodillas, boqueando en busca de aire y temblando de tanta adrenalina que tenía en las venas.

A diferencia de la primera salida de aclimatación, durante la cual estuvimos menos de una hora en el campamento I antes de regresar, Rob pretendía que pernoctáramos allí el martes y el miércoles y continuásemos después hasta el campo II para dormir allí tres noches más antes de volver a bajar.

Cuando llegué al campo I a las nueve de la mañana, Ang Dorje¹⁹, que era nuestro *sirdar* de escalada, estaba cavando plataformas en la ladera de nieve dura para plantar las tiendas. A sus veintinueve años, Ang Dorje es un hombre enjuto de rasgos delicados, con un temperamento tímido y variable y una asombrosa fortaleza física.

Mientras esperaba a que llegasen mis compañeros, agarré una pala y me puse a ayudarlo. Al cabo de unos minutos, el esfuerzo me había prostrado y tuve que sentarme a descansar. El sherpa se partía de risa. «¿No te encuentras bien, Jon? —dijo—. Sólo estamos en el campo I, a 6.000 metros. Aquí el aire todavía es muy denso».

Ang Dorje procedía de Pangboche, un conglomerado de casas de piedra y bancales de patatas encaramados en una ladera escarpada, a 4.000 metros de altitud. Su padre es un escalador sherpa muy respetado, y fue quien le inició en la escalada a temprana edad a fin de que el muchacho pudiera cotizarse bien en el mercado. Cuando él aún era un adolescente, su padre había quedado ciego de cataratas y Ang Dorje tuvo que dejar la escuela para mantener a su familia.

En 1984, trabajando como pinche para un grupo de senderistas occidentales, llamó la atención de una pareja canadiense formada por Marion Boyd y Graem Nelson. Según cuenta Boyd, «yo echaba de menos a mis hijos, y cuando fui conociendo a Ang Dorje, me recordó mucho a mi hijo mayor. Ang Dorje era listo, tenía ganas de aprender y casi pecaba de concienzudo. Acarreaba fardos enormes y casi cada día sangraba por la nariz. Yo estaba fascinada».

Tras conseguir la aprobación de la madre de Ang Dorje, Boyd y Nelson empezaron a mantener al joven sherpa para que pudiera volver al colegio. «Nunca olvidaré su examen de ingreso (para ser admitido en la escuela primaria regional de Khumjung, fundada por *sir* Edmund Hillary). Era de estatura muy baja, apenas un adolescente. Estábamos metidos en una sala pequeña con el director y cuatro maestros. A Ang Dorje le temblaban las rodillas mientras intentaba resucitar los pocos conocimientos que había aprendido para pasar la prueba oral. Todos sudamos sangre (...) pero le aceptaron con la condición de que fuera a la clase de los niños de los primeros cursos».

Ang Dorje demostró ser un alumno capacitado y consiguió terminar la enseñanza primaria antes de volver a trabajar en la industria del *trekking* y la escalada. La pareja canadiense, que regresó al Khumbu en varias ocasiones, fue testigo de su maduración. «Gracias a que comía bien por primera vez, Ang Dorje empezó a crecer y hacerse fuerte —recuerda Marion Boyd—. Nos hablaba con gran entusiasmo del día en que aprendió a nadar en una piscina de Katmandú. A los veinticinco años aprendió a montar en bicicleta y durante un tiempo se aficionó a la música de Madonna. Supimos que ya era un hombre maduro cuando nos hizo su primer regalo, una alfombra tibetana de las mejores. El también quería dar, no sólo recibir».

Tan pronto la reputación de Ang Dorje como escalador con recursos se extendió entre los alpinistas occidentales, fue ascendido al rango de *sirdar*, y en 1992 entró a trabajar para Rob Hall en el Everest; cuando Hall montó su expedición de 1996, Ang Dorje ya había coronado el pico en tres ocasiones. Con respeto y evidente afecto, el neozelandés se refería a él como «mi mejor elemento» y mencionó varias veces que consideraba el papel de Ang Dorje de vital importancia para el éxito de nuestra expedición.

El sol estaba alto cuando el último de mis compañeros llegó al campamento I, pero a mediodía una capa de cirros había aparecido por el sur; a eso de las tres el glaciar estaba cubierto de nubes densas y la nieve golpeaba con furia las tiendas de campaña. La tormenta duró toda la noche; por la mañana, cuando salí de la tienda que compartía con Doug, el glaciar estaba cubierto por más de un palmo de nieve. Docenas de aludes retumbaban por encima de nuestras cabezas, pero afortunadamente el campamento quedó fuera de su alcance.

Con las primeras luces del jueves 18 de abril, reunimos nuestras cosas bajo un cielo despejado y nos pusimos en camino hacia el campamento II, del que nos separaban seis kilómetros de distancia y un desnivel de quinientos metros. La ruta nos llevó por las suaves pendientes del Cwm Occidental, el congosto más elevado de la Tierra, un desfiladero en forma de herradura excavado en el corazón del macizo por el glaciar del Khumbu. Los bastiones de 7.800 metros del Nuptse definían la pared derecha del valle, la imponente cara Sur del Everest

formaba la pared izquierda, y en su cabecera se cernía el ancho pico del Lhotse.

La temperatura era brutalmente fría cuando partimos del campo I, y mis manos semejaban dos garras dolorosamente rígidas, pero cuando los primeros rayos de sol tocaron el glaciar, las paredes del Cwm recogieron y amplificaron el calor como un enorme horno solar. De repente, noté que me sofocaba y temí la aparición de otra migraña como la que había sufrido en el campo base, así que me quedé en ropa interior y me puse un puñado de nieve bajo la gorra de béisbol. Durante las tres horas siguientes me arrastré por el glaciar parando únicamente a beber de la cantimplora y llenar de nieve la gorra a medida que se derretía sobre mi pelo apelmazado.

A 6.400 metros, mareado por el calor, topé con un objeto grande envuelto en plástico azul a un lado del sendero. Mi materia gris maltratada por la altitud tardó más de un minuto en asimilar que el objeto era un cuerpo humano. Perplejo e inquieto a la vez, lo contemplé durante largo rato. Aquella noche, cuando pregunté a Hall al respecto, me dijo que probablemente la víctima fue un sherpa que había muerto hacía tres años.

Situado a 6.500 metros, el campamento II consistía en ciento veinte tiendas diseminadas por la roca viva de la morrena lateral del glaciar. La altitud se manifestaba aquí con una fuerza malévola, e hizo que me sintiera como si tuviese una resaca horrible. Demasiado deshecho para comer o incluso leer, en los dos días que siguieron apenas si salí de la tienda, procurando evitar hasta el mínimo esfuerzo. El sábado me sentí un poco mejor y subí unos trescientos metros para hacer un poco de ejercicio y acelerar mi proceso de aclimatación. Una vez en la cabecera del Cwm Occidental, a una cincuentena de metros del camino principal, topé con otro cuerpo en la nieve, o mejor, la mitad inferior de un cuerpo. El tipo de ropa y las viejas botas de piel sugerían que la víctima era europea y que el cadáver llevaba en la montaña diez o quince años por lo menos.

El primer cadáver me había dejado temblando durante varias horas; la impresión que me llevé al encontrarme este otro desapareció casi de inmediato. Pocos de los alpinistas que pasaban por allí dedicaban a aquellos cadáveres más que una mirada fugaz. Era como si existiese un acuerdo tácito con la montaña para fingir que aquellos restos disecados no eran reales, como si ninguno de nosotros quisiera admitir lo que se jugaba en la ascensión.

El lunes 22 de abril, un día después de regresar al campamento base, Andy Harris y yo fuimos hasta el recinto de los surafricanos para reunirnos con el equipo y tratar de averiguar las causas de su desánimo. A quince minutos cuesta abajo de nuestras tiendas, su campamento se amontonaba sobre un montículo de rocalla helada. Las banderas nacionales de Nepal y Sudafrica, junto con banderines de Kodak, Apple Computer y demás patrocinadores, ondeaban de un par de astas de aluminio. Andy asomó la cabeza a su tienda comedor, ofreció su sonrisa más seductora y preguntó: «Hola, ¿hay alguien en casa?»

Resultó que Ian Woodall, Cathy O'Dowd y Bruce Herrod estaban en la Cascada de Hielo, bajando del campo II, pero la novia de Woodall, Alexandrine Gaudin, y su hermano Philip se hallaban presentes. También estaba allí una joven muy alegre que se presentó como Deshun Deysel y que enseguida nos invitó a tomar el té. Los tres miembros del equipo parecían poco preocupados por las informaciones sobre la dudosa conducta de Woodall y los rumores que predecían la desbandada inminente de la expedición.

«He escalado en hielo por primera vez hace un par de días —dijo Deysel entusiasmada, señalando hacia un serac cercano donde varios expedicionarios habían estado practicando—. Me pareció muy emocionante. Espero subir a la Cascada de Hielo dentro de unos días». Mi intención era preguntarle sobre las mentiras de Ian y cómo había encajado el que no la hubiesen incluido en la lista del permiso de escalada, pero era tan ingenua y estaba tan animada que no tuve arrestos para hacerlo.

Tras unos veinte minutos de charla, Andy hizo extensiva una invitación a todo el equipo, incluido Ian, para que vinieran aquella tarde a nuestro campamento «a echar un traguito».

Cuando volví a nuestras tiendas encontré a Rob, la doctora Caroline Mackenzie y la doctora del equipo de Scott Fischer, Ingrid Hunt, en plena conversación radiofónica con alguien que estaba arriba, en la montaña. Aquella misma mañana, bajando del campo II, Fischer se había encontrado a uno de sus sherpas, Ngawang Topche, sentado en el glaciar a 6.400 metros de altitud. Ngawang era un veterano escalador de treinta y ocho años oriundo del valle de Rolwaling, desdentado y buena persona. Había estado acarreado bultos y haciendo otras cosas más allá del campamento base durante tres días, pero sus compañeros se quejaban de que se pasaba el rato sentado y no hacía su parte del trabajo.

Cuando Fischer interrogó a Ngawang, éste admitió que se sentía débil y mareado desde hacía más de dos días, de modo que Fischer le dijo que bajara de inmediato al campamento base. Pero la cultura sherpa tiene un elemento viril que hace que muchos hombres sean extremadamente reacios a reconocer cualquier dolencia física. Un sherpa no debe enfermar a causa de la altitud, sobre todo si viene de Rolwaling, región famosa por sus grandes escaladores. Es más, el que enferma y lo admite abiertamente entra en la lista negra y no encuentra empleo en nuevas expediciones. De ahí que Ngawang hiciera caso omiso de las instrucciones de Fischer y, en vez de bajar, subiera al campamento II para pasar allí la noche.

Fischer llegó a las tiendas a última hora de la tarde y descubrió que Ngawang estaba delirando, se tambaleaba como un borracho y expectoraba una espuma rosa, sanguinolenta: síntomas indicativos de edema pulmonar provocado por subir demasiado rápido²⁰. El único remedio para esta enfermedad potencialmente mortal es un descenso rápido; si la víctima permanece a gran altura durante mucho tiempo, la muerte es más que probable.

A diferencia de Hall, que insistía en que más arriba del campamento base nuestro grupo escalara unido y bajo la estrecha vigilancia de los guías, Fischer creía en dar a sus clientes plena libertad para subir o bajar por su cuenta durante el período de aclimatación. Como consecuencia de ello, cuando se supo que Ngawang estaba gravemente enfermo en el campamento II, cuatro clientes de Fischer —Dale Kruse, Pete Schoening, Klev Schoening y Tim Madsen— se hallaban presentes, pero no había ningún guía. La responsabilidad de bajar a Ngawang recayó por tanto en Klev Schoening y Madsen. Este último, de treinta y tres años, trabajaba en una patrulla de esquí en Aspen (Colorado), y nunca había estado más arriba de los 4.200 metros antes de esta expedición, a la que se había apuntado a instancias de su novia, la veterana Charlotte Fox.

Cuando entré en la tienda comedor, la doctora Mackenzie estaba hablando por radio con alguien del campamento II: «Dale acetazolamida, dexametasona y diez miligramos de nifedipina sublingual... Sí, conozco el riesgo. De todas maneras, dáselo... El peligro de que muera de edema pulmonar antes de que podamos bajarlo es muchísimo mayor que el de que la nifedipina reduzca su presión sanguínea a un nivel crítico. ¡Confía en mí, por favor! ¡Dale esa medicación! ¡Y rápido!»

Sin embargo, las drogas no parecían mejorar el estado de Ngawang, como tampoco el administrarle oxígeno adicional o meterlo dentro de la bolsa de Gamow, una cámara hiperbárica consistente en un saco de plástico hinchable del tamaño de un ataúd donde se ha incrementado la presión atmosférica para simular una altitud inferior. Al atardecer, Schoening y Madsen empezaron a bajar a Ngawang con muchos esfuerzos, empleando la bolsa de Gamow desinflada a modo de tobogán mientras el guía Neal Beidleman y un equipo de sherpas subían desde el campamento base para reunirse con ellos.

Beidleman alcanzó a Ngawang al ponerse el sol casi en lo alto de la cascada y se hizo cargo del rescate, dejando que Schoening y Madsen volvieran al campamento II para proseguir con su aclimatación. El sherpa tenía tanto líquido en los pulmones, recordaba Beidleman, «que cuando respiraba era como oír una pajita rebañando el fondo de un vaso de batido. Mientras bajábamos por la cascada, Ngawang se quitó la mascarilla

de oxígeno e introdujo los dedos para sacar unas mucosidades de la válvula de entrada. Cuando retiró la mano le iluminé con el frontal y vi que tenía la manopla totalmente roja, empapada de la sangre que había estado tosiendo dentro de la mascarilla. Entonces le iluminé la cara y vi que también estaba cubierta de sangre.

»Ngawang me miró, y noté que estaba muy asustado. Tratando de disimular, le mentí y le dije que no se preocupara, que la sangre era de un corte que tenía en el labio. Eso le calmó un poco, y seguimos bajando». Para evitar que Ngawang tuviera que realizar esfuerzos, lo que habría complicado su edema, en varios momentos de la escalada Beidleman se lo cargó a la espalda. Era más de medianoche cuando por fin llegaron al campamento base.

Con ayuda de oxígeno y la vigilancia de la doctora Hunt durante toda la noche, Ngawang mostró una leve mejoría a la mañana siguiente. Fischer, Hunt y la mayoría de los demás médicos que lo trataban confiaban en que el sherpa siguiera mejorando ahora que se hallaba a algo más de mil cien metros por debajo del campamento II; un descenso de seiscientos metros suele bastar para conseguir una total recuperación del edema pulmonar, motivo por el cual, según explica Hunt, «no se pensó en un helicóptero» para evacuar a Ngawang del campamento base a Katmandú, traslado que habría tenido un coste de 5.000 dólares.

«Por desgracia —dice Hunt—, la mejoría de Ngawang no se produjo. A última hora de la mañana, volvió a empeorar». En aquel momento, Hunt decidió que el sherpa debía ser evacuado, pero entonces el cielo se había encapotado y el helicóptero no podía despegar. Propuso al sherpa Ngima Kale, el *sirdar* del campamento base de Fischer, que reuniera a un puñado de sherpas para transportar a Ngawang a pie hasta el valle, pero Ngima se mostró en desacuerdo con la idea. Según Hunt, el *sirdar* negó de manera tajante que Ngawang tuviera edema pulmonar o cualquier otra forma de enfermedad producida por la altitud, y afirmó que «más bien padecía de "gástrico", el término nepalí para indicar un dolor de estómago», y que la evacuación era innecesaria.

Hunt convenció a Ngima de que permitiera a dos sherpas que la ayudaran a llevar a Ngawang a una altitud menor. Sin embargo, el enfermo caminaba tan lentamente y con tanto esfuerzo que tras cubrir menos de medio kilómetro, Hunt comprendió que el sherpa no podría avanzar por su propio pie y que sería necesaria mucha más ayuda. Así pues, dio media vuelta y volvió a llevar a Ngawang al campamento de Mountain Madness, «para reconsiderar mis opciones», dice ella.

El estado de Ngawang siguió empeorando a medida que transcurría el día. Cuando Hunt intentó volver a meterlo en la bolsa de Gamow, Ngawang se negó, aduciendo, igual que antes Ngima, que no padecía de edema pulmonar. Hunt consultó con otros médicos del campamento base (como había hecho durante toda la expedición), pero no tuvo oportunidad de hablar de la situación a Fischer.

Para entonces, Scott se había puesto en marcha hacia el campamento II a fin de ayudar a Tim Madsen, que había quedado exhausto al bajar a Ngawang por el Cwm Occidental y estaba aquejado de un caso leve de edema pulmonar. En ausencia de Fischer, Hunt consultó a los otros médicos que había en el campamento base, pero se vio obligada a tomar decisiones de peso por sí misma. Tal como uno de sus colegas comentó después, «Ingrid estaba totalmente desbordada».

A sus treinta y dos años, sin experiencia en escalada y recién concluida su residencia como médico de cabecera, Hunt había trabajado asiduamente como voluntaria en las estribaciones del este de Nepal, pero no tenía experiencia previa en medicina de alta montaña. Había conocido casualmente a Fischer meses atrás en Katmandú, y él, cuyo permiso en el Everest estaba a punto de caducar, la invitó a acompañarlo en su próxima expedición en el doble papel de médico del equipo y responsable del campamento base.

Aunque en una carta remitida a Fischer en enero expresó cierta reticencia respecto a la invitación, Hunt aceptó finalmente el empleo no remunerado y llegó a Nepal a finales de marzo, ansiosa de contribuir al éxito de la expedición. Las exigencias de dirigir el campamento base y simultáneamente atender las necesidades médicas de unas veinticinco personas superaron, sin embargo, sus expectativas. (Por contra, Rob Hall pagaba a dos experimentados miembros de pleno derecho —Caroline Mackenzie y Helen Wilton— para que hiciesen lo que Hunt debía atender ella sola y sin cobrar.) Para complicar las cosas, Hunt tenía problemas de aclimatación, y durante la mayor parte de su estancia en el campamento base sufrió fuertes cefaleas y dificultades respiratorias.

El martes por la noche, después de que la evacuación se suspendiera y Ngawang fuera devuelto al campamento base, el estado del sherpa se agravó paulatinamente, en parte porque tanto Ngima como él mismo frustraban obstinadamente los esfuerzos de Hunt por tratar su enfermedad, insistiendo en que no tenía edema pulmonar. Ese mismo día la doctora Mackenzie había enviado un mensaje urgente por radio al doctor estadounidense Jim Litch, pidiéndole que acudiera con la máxima rapidez al campamento base para tratar a Ngawang. El doctor Litch —un prestigioso experto en medicina de alta montaña que había coronado el Everest en 1995— llegó a las siete de la tarde desde Pheriche, donde trabajaba como voluntario en la clínica de la Asociación de Salvamento del Himalaya. Halló a Ngawang tumbado en una tienda, atendido por un sherpa que le había permitido quitarse la mascarilla de oxígeno. Muy alarmado por el estado de Ngawang, no comprendió por qué no lo habían evacuado del campamento base. Litch localizó a Hunt, que estaba enferma en su tienda, y le expresó sus temores.

Para entonces Ngawang estaba medio inconsciente y tenía grandes dificultades para respirar. Se solicitó una evacuación para el miércoles, 24 de abril, por la mañana, pero las nubes y las ráfagas de nieve impidieron la llegada del helicóptero, de modo que Ngawang fue metido en una cesta grande y transportado a Pheriche, bajo la vigilancia de Hunt, a la espalda de varios sherpas.

Aquella tarde Rob Hall no podía disimular su preocupación. «Ngawang lo tiene mal —dijo—. Es uno de los peores casos de edema pulmonar que he visto nunca. Deberían haberlo evacuado ayer, cuando aún se podía. Si en lugar de un sherpa hubiera enfermado un cliente de Fischer, no creo que lo hubiesen tratado de forma tan chapucera. Cuando consigan llegar a Pheriche, es probable que ya sea demasiado tarde».

Ngawang llegó a la clínica de la HRA el miércoles por la tarde tras un trayecto de más de nueve horas desde el campamento base. Su estado se había agravado aún más, pese a que ahora estaba a 4.300 metros (altitud no mucho mayor que la del pueblo en que había pasado casi toda su vida), lo que obligó a Hunt a ponerlo dentro de la bolsa de Gamow en contra del deseo del enfermo. Incapaz de comprender las ventajas de la cámara hiperbárica, que le producía pánico, Ngawang pidió que llamasen a un monje budista y, antes de consentir que lo encerraran en su claustrofóbica cámara, solicitó disponer de unos libros de oraciones.

Para que la bolsa de Gamow funcione correctamente, es necesario que un ayudante inyecte continuamente aire fresco en la cámara con una bomba de pie. Dos sherpas se turnaban con ésta, mientras una Hunt agotada vigilaba el estado de Ngawang a través de una ventanilla de plástico en la cabecera de la cámara. Alrededor de las ocho de la tarde, uno de los sherpas, Jeta, advirtió que Ngawang echaba espumarajos por la boca y que no respiraba. Hunt rasgó de inmediato la bolsa y diagnosticó que Ngawang había sufrido un paro cardíaco, al parecer por aspirar parte de su propio vómito. Mientras iniciaba la reanimación cardiopulmonar, gritó pidiendo auxilio al doctor Larry Silver, uno de los voluntarios del personal de la Asociación de Salvamento del Himalaya, que se hallaba en la estancia contigua.

«Llegué a los pocos segundos —recuerda Silver—. Ngawang tenía la piel de color azul. Había vomitado en abundancia y tenía el rostro y el pecho cubiertos de esputo rosado. Era un desagradable espectáculo. Ingrid estaba haciéndole el boca a boca, a pesar del vómito. Al observar esta situación, pensé: Este tipo morirá a menos que lo entubemos.» Silver se fue corriendo a la clínica cercana en busca de un equipo de emergencia, luego le insertó a Ngawang un tubo endotraqueal por la boca y empezó a introducir oxígeno en sus pulmones, primero soplando con

la boca y luego con una bomba manual de goma, momento en que el sherpa recobró el pulso y la presión sanguínea. Sin embargo, cuando su corazón empezó a latir de nuevo, habían transcurrido aproximadamente diez minutos durante los cuales el cerebro del sherpa había recibido muy poco oxígeno. Como señala Silver: «Diez minutos sin pulso y sin suficiente nivel de oxígeno en sangre bastan para causar graves daños neurológicos». A lo largo de las cuarenta horas siguientes, Silver, Hunt y Litch se turnaron para insuflar oxígeno en los pulmones de Ngawang con la bomba manual, apretándola veinte veces por minuto. Cuando las secreciones se acumulaban y ocluían la tráquea, Hunt las extraía succionando con la boca a través del tubo. Finalmente, el viernes 26 de abril, el tiempo mejoró lo suficiente como para que fuera posible evacuar a Ngawang, que fue trasladado en helicóptero al hospital de Katmandú. Sin embargo, no se recobró. Durante las semanas que siguieron, languideció en el hospital con los brazos retorcidos a los lados del cuerpo, mientras los músculos se le atrofiaban e iba perdiendo peso hasta quedarse en 35 kilos. Falleció a mediados de junio, dejando en Rolwaling mujer y cuatro hijas.

Curiosamente, el grueso de los expedicionarios presentes en el Everest estaba menos al corriente de la agonía de Ngawang que decenas de miles de personas en todo el mundo. La trama informativa fue posible gracias a Internet, y para quienes nos encontrábamos en el campamento base aquello era poco menos que surrealista. Cualquiera podía llamar a casa por teléfono vía satélite y enterarse, por ejemplo, de lo que los surafricanos estaban haciendo en el campamento II a través de alguien que había estado navegando por la red desde Nueva Zelanda o Michigan. Los corresponsales presentes en el campamento base podían mandar noticias²⁴ desde cinco direcciones de Internet.

El equipo surafricano tenía una página web, como también la expedición comercial de Mal Duff.

Nova, el programa televisivo de la PBS, producía una elaborada y muy informativa página web con colaboraciones diarias a cargo de Liesl Clark y la eminente historiadora del Everest Audrey Salkeld, que eran miembros de la expedición MacGillivray Freeman IMAX (Encabezado por el premiado realizador y alpinista experto David Breashears, que había sido guía de Dick Bass cuando éste coronó el Everest en 1985, el equipo de IMAX estaba rodando una película, cuyo presupuesto era de cinco millones y medio de dólares, para pantalla gigante.) La expedición de Scott Fischer contaba con no menos de dos personas escribiendo noticias para un par de páginas web rivales.

Jane Bromet, que enviaba informes telefónicos diarios para *Outside Online*²⁵, estaba incluida en el equipo de Fischer, pero no era cliente y no tenía permiso para subir más allá del campamento base. El otro corresponsal de Internet en el equipo de Fischer sí era cliente, y tenía intención de ir enviando noticias diarias para NBC Interactive Media hasta llegar a la cumbre. Su nombre era Sandy Hill Pittman, y en toda la montaña no había nadie que llamara tanto la atención o generara tanto cuchicheo como ella.

Millonaria, miembro de la jet-set y escaladora, Pittman iba a intentar su tercera escalada al Everest. Esta vez estaba más resuelta que nunca a conquistar la cumbre y así completar su muy alardeada cruzada para coronar las Siete Cimas.

En 1993, Pittman se apuntó a una expedición guiada que debía atacar la ruta del collado Sur, y causó un auténtico revuelo al presentarse en el campamento base con su hijo de nueve años, Bo, y una niñera que debía cuidar de él. Pittman, sin embargo, tuvo bastantes problemas y se vio obligada a dar media vuelta cuando sólo había llegado a los 7.400 metros.

Regresó al Everest en 1994 tras reunir más de un cuarto de millón de dólares de diversos patrocinadores a fin de asegurarse el concurso de cuatro de los mejores alpinistas estadounidenses: Breashears (que tenía contrato con la NBC para filmar la expedición), Steve Swenson, Barry Blanchard y Alex Lowe. A Lowe, posiblemente el escalador más completo del mundo, lo contrató como guía personal, empleo por el que cobró una sustanciosa cantidad.

Adelantándose a Pittman, los cuatro hombres tendieron cuerdas en la vertiente del Kangshung, una pared extraordinariamente difícil y peligrosa de la vertiente tibetana del Everest. Gracias a la ayuda de Lowe, Pittman ascendió por la cuerda fija hasta los 6.700 metros, pero de nuevo hubo de desistir antes de alcanzar la cima; esta vez fue por culpa del tiempo peligrosamente inestable que obligó a todo el equipo a abandonar la ascensión.

Hasta que topé con ella en Gorak Shep durante la excursión al campamento base, nunca había visto a Pittman cara a cara, aunque hacía años que oía hablar de ella. En 1992, *Men's Journal* me encargó escribir un artículo sobre un viaje en Harley-Davidson de Nueva York a San Francisco en compañía de Jann Wenner —la legendaria y riquísima editora de *Rolling Stone*, *Men's Journal* y *Us*— y varios de sus pudientes amigos, entre los que se contaban Rocky Hill, el hermano de Sandy Pittman y el marido de ésta, Bob Pittman, cofundador de MTV.

La espectacular motocicleta llena de cromados que me proporcionó Jann Wenner era una delicia de máquina, y mis compañeros de excursión fueron bastante amables; pero yo tenía muy poco en común con ellos, y no olvidemos que estaba allí contratado por Jann. Durante la cena, Bob, Jann y Rocky compararon los distintos aviones que poseían (Jann me recomendó que la próxima vez que quisiera comprarme un reactor privado eligiera un Gulfstream IV), hablaron de sus fincas en el campo y de Sandy (quien, a la sazón, estaba escalando el monte McKinley). «Hombre —dijo Bob cuando se enteró de que yo también era alpinista—, tú y Sandy tendríais que juntaros para escalar alguna montaña». Y eso es lo que hicimos, cuatro años después.

Con su metro setenta y ocho, Sandy Pittman era cinco centímetros más alta que yo. Su corte de pelo, demasiado masculino, se veía siempre perfecto incluso a cinco mil metros de altitud. Exuberante y directa, Sandy se había criado en el norte de California, donde, de pequeña, su padre le había enseñado a acampar, caminar y esquiar. Dedicada a los placeres y libertades de la montaña, siguió practicando sus actividades al aire libre durante los años de universidad, aunque la frecuencia de sus excursiones disminuyó bruscamente a mediados de los años setenta después de que se mudara a Nueva York tras un frustrado primer matrimonio.

En Manhattan, Sandy trabajó como encargada de compras para Bonwit Teller, como redactora de promoción para *Mademoiselle* y como redactora de belleza en una revista llamada *Bride's*, hasta que en 1979 se casó con Bob Pittman. Preocupada siempre por acaparar la máxima atención, Sandy consiguió que su nombre y su imagen aparecieran habitualmente en las columnas de sociedad de la prensa neoyorquina. Se codeaba con Blaine Trump, Tom y Meredith Brokaw, Isaac Mizrahi, Martha Stewart... A fin de hacer más fáciles los trayectos entre su opulenta mansión de Connecticut y el apartamento en Central Park West, rebosante de obras de arte y provisto de sirvientes uniformados, ella y su marido compraron un helicóptero y aprendieron a pilotarlo. En 1990 Sandy y Bob Pittman salieron en la portada de la revista *New York* como «La pareja del momento».

Poco tiempo después Sandy inició su costosa y muy pregonada campaña para convertirse en la primera mujer estadounidense que escalaba las Siete Cimas. La última, el Everest, se le resistió, y en marzo de 1994 Sandy Pittman perdió la delantera ante una alpinista y comadrona de cuarenta y siete años, natural de Alaska, llamada Dolly Lefever. Aun así, Pittman siguió empeñada en hacer el Everest.

Como Beck Weathers observaba una noche en el campamento base, «cuando Sandy se propone escalar una montaña, no lo hace exactamente como lo haríamos tú o yo». En 1993 Beck había estado en la Antártida realizando una ascensión al monte Vinson al mismo tiempo que Pittman hacía lo propio con otro grupo. Beck recordaba entre risas que «Sandy venía con una descomunal bolsa de lona llena de *delicattessen* que ni entre cuatro podían levantar. Traía también un televisor portátil con vídeo incluido para poder ver películas en su tienda. En fin, hay que reconocerlo: pocas personas van de escalada tan a lo grande». Beck afirmó que Pittman había compartido generosamente el botín con el resto de los alpinistas y que era «una persona agradable e interesante de conocer».

Para su ataque al Everest de 1996, Pittman volvió a reunir la clase de equipo poco visto en los campamentos de montaña. El día antes de partir hacia Nepal, en uno de sus primeros envíos a NBC Interactive Media, decía efusivamente:

Mis efectos personales ya están empaquetados [...] Me parece que traigo tanto material informático como de escalada [...] Dos portátiles IBM, una cámara de vídeo, tres de 35 milímetros, una cámara digital Kodak, dos grabadoras, un lector de CD-ROM, una impresora y suficientes (eso espero) placas solares y pilas de recambio para que todo funcione [...] Jamás me iría de Nueva York sin una buena provisión de café de Dean & DeLuca y mi máquina espresso. Como estaremos en el Everest por Pascua, he traído cuatro huevos de chocolate. igual me da por esconderlos a 5.500 metros!

Esa misma noche, el periodista Billy Norwich organizó una fiesta de despedida para Pittman en Nell's, un restaurante de Manhattan. La lista de invitados incluía a Bianca Jagger y Calvin Klein. Aficionada a los trapos, Sandy apareció con un equipo de escalada sobre el vestido de noche, incluidos piolet, crampones y una bandolera con mosquetones.

A su llegada al Himalaya, Pittman parecía empeñada en observar los cánones de la alta sociedad. Durante la aproximación al campamento base, un joven sherpa llamado Pemba le recogía cada mañana el saco de dormir y le hacía la mochila. Cuando Pittman llegó a primeros de abril al pie del Everest con el resto del grupo de Fischer, su voluminoso equipaje incluía una montaña de recortes de prensa sobre sí misma para repartir entre los acampados. A los pocos días empezaron a llegar carteros sherpa con paquetes para ella, enviados al campamento base vía DHL Worldwide Express: entre otras cosas, contenían los últimos números de *Vogue*, *Vanity Fair*, *People* o *Allure*. Los sherpas alucinaban con los anuncios de lencería, y las muestras de perfume de las revistas les daban mucha risa.

El de Fischer era un grupo muy bien conjuntado; la mayoría de los compañeros de Pittman supieron tomarse bien sus extravagancias; no tuvieron problemas para aceptarla dentro de su círculo. «Sandy podía agotarte porque necesitaba ser el centro de atención y siempre estaba hablando de sí misma —recuerda Jane Bromet—, pero no era una persona negativa ni hacía que decayera el ánimo del grupo. Casi siempre se mostraba dinámica y optimista».

Sin embargo, algunos alpinistas consumados que no pertenecían a su grupo tenían a Pittman por una diletante con ganas de lucirse. A raíz de su abortado intento de escalar el Everest por la cara del Kangshung, un spot televisivo para Vaseline Intensive Care (el principal patrocinador de la expedición) fue objeto de grandes burlas por parte de montañeros entendidos porque en él se anunciaba a Pittman como una «escaladora de primera clase». Pero Pittman nunca había hecho semejante afirmación; a decir verdad, en un artículo para *Men 's Journal* subrayaba que «no pretendo comparar mis aptitudes de buena aficionada con su categoría mundial», refiriéndose a Breashears, Lowe, Swenson y Blanchard.

Sus eminentes compañeros no hicieron ningún comentario despectivo acerca de Pittman, al menos en público. En realidad, después de la expedición de 1994, Breashears y ella se hicieron muy amigos, y Swenson la defendió repetidas veces de las críticas que recibía. «Mirame había dicho Swenson en una fiesta celebrada en Seattle recién llegados del Everest—, puede que Sandy no sea muy buena escalando, pero en la Cara del Kangshung supo reconocer sus limitaciones. Es cierto que fuimos nosotros, Alex, Barry, David y yo, quienes llevamos la delantera y fijamos toda la cuerda, pero ella colaboró a su manera, aportando una actitud positiva, consiguiendo fondos y hablando con los medios informativos».

Sin embargo, a Pittman no le faltaban detractores. Muchas personas se sentían ofendidas por su inexcusable ostentación de riqueza y por la desvergüenza con la que chupaba plano. Como escribió Joanne Kaufman en el *Wall Street Journal*:

La señora Pittman era conocida en ciertos círculos elevados como escaladora social, que no de montañas. Ella y el señor Pittman eran habituales de todas las soirées políticamente correctas y tema central de todos los cotilleos de sociedad. «Sandy Pittman les sacaba a los famosos todo el jugo que podía —afirma un ex socio del señor Pittman que insistió en conservar el anonimato—. Lo que le interesa es la publicidad. Si tuviera que hacerlo anónimamente, dudo que se dedicara a escalar montañas».

Con justicia o sin ella, sus censores veían en Pittman el epítome de todo lo negativo que conllevaba la popularización de las Siete Cimas y el subsiguiente envilecimiento de la montaña más alta del mundo. Pero Pittman, aislada por su dinero, su cohorte de sirvientes y su inquebrantable ombliguismo, era ajena al resentimiento y la burla que inspiraba; tanto como la despreocupada Emma de Jane Austen.

CAMPAMENTO II

28 de abril de 1996 6.500 metros

Nos contamos historias para poder vivir [...] Buscamos un sermón en el suicidio, una moraleja en el asesinato múltiple. Interpretamos lo que vemos, seleccionamos la más factible de entre las múltiples opciones. Vivimos enteramente condicionados, sobre todo los escritores, por la imposición de una línea narrativa sobre imágenes dispares, por las ideas con que hemos aprendido a congelar la cambiante fantasmagoría que es nuestra experiencia.

Joan Didion
The White Album

Yo ya había abierto los ojos cuando el despertador de mi reloj empezó a sonar a las cuatro de la mañana; llevaba en vela casi toda la noche pugnando por respirar aquel aire enrarecido, y ahora llegaba la hora del temido ritual de abandonar el calor de mi nicho de pluma y salir al penetrante frío de los 6.500 metros. Dos días antes —el viernes 26 de abril— nos habíamos trasladado del campamento base al campamento II en una sola y larga jornada, a fin de realizar nuestra tercera y última salida de aclimatación antes del ataque a la cima. Esa mañana, según el plan de Rob, subiríamos hasta el campamento III y pasaríamos la noche a 7.300 metros.

Rob nos había pedido que estuviéramos listos a las 4:45 en punto, lo que me daba el margen justo para vestirme, tragar una chocolatina y un poco de té y ajustar los crampones. Iluminando con mi frontal el termómetro prendido a la chaqueta que había usado como almohada, vi que dentro de la tienda de dos plazas estábamos a 22 grados bajo cero.

Doug! —grité en dirección al bulto ovillado en el saco de dormir contiguo al mío—. Es la hora. ¿Estás despierto?

—¿Despierto, dices? —respondió en tono de fastidio—. ¿Es que crees que he conseguido dormir? Estoy hecho una mierda. Me parece que tengo algo en la garganta. Tío, yo ya estoy viejo para estos trotes.

Por la noche, nuestras fétidas emanaciones se habían condensado en la tela de la tienda formando una fina funda interior de escarcha; cuando me puse a buscar mis cosas a tientas, me fue imposible no rozar las paredes de nailon, y cada vez que eso pasaba se producía una especie de ventisca dentro de la tienda y todo se cubría de cristales de hielo. Tiritando descontroladamente, me puse tres capas de peluda ropa interior de polipropileno y un escudo exterior de nailon a prueba de viento. Luego me calcé las duras botas de plástico. Cada vez que tiraba de los cordones me encogía de dolor; desde hacía dos semanas, las agrietadas yemas de mis dedos habían ido deteriorándose cada vez más por culpa del frío.

Dejé atrás el campamento siguiendo los pasos de Rob y Frank, marchando hacia las torres de hielo y los cantos rodados hasta alcanzar el cuerpo principal del glaciar. Ascendimos durante dos horas por una pendiente de una inclinación similar a una pista de esquí para principiantes y por último llegamos a la rimaya en el extremo superior del glaciar del Khumbu. Allí mismo se elevaba la cara del Lhotse, un vasto mar de hielo oblicuo que brillaba cual un cromado sucio a la luz sesgada del amanecer. Como suspendida del cielo, una solitaria cuerda de nueve milímetros bajaba en zigzag por la helada inmensidad como si nos animara a subir al cielo. Tomé la punta, ajusté mi jumar a la sogá ligeramente deshilachada y empecé a escalar.

Desde que habíamos salido del campamento no había conseguido quitarme el frío de encima. En previsión del horno solar que había visto producirse casi cada mañana cuando el sol calentaba el Cwm Occidental, me había quedado sólo con la ropa interior debajo de la chaqueta. Pero esta vez la temperatura no acababa de subir a causa de un gélido viento racheado que soplaba desde lo alto, con lo cual la temperatura no subía de los 40 grados bajo cero. Yo llevaba un jersey extra en mi mochila, pero antes de ponérmelo tenía que quitarme los guantes, la mochila y la chaqueta contra la ventisca mientras colgaba de la cuerda fija. Temeroso de que alguna de estas cosas se me cayera, decidí esperar hasta que llegase a una parte menos empinada de la pared donde pudiera mantener el equilibrio sin quedar suspendido en el aire. Así que continué escalando... y cogiendo cada vez más frío.

El viento levantaba grandes polvaredas de nieve que bajaban por la ladera como espumosas rompientes, cubriendo de escarcha mi ropa. En las gafas se me formó un caparazón de hielo que me impedía ver bien. Empecé a perder sensibilidad en los pies. Los dedos se me volvieron de corcho. Parecía cada vez más peligroso seguir en esas condiciones. Estaba a 7.000 metros de altura e iba en cabeza, quince minutos por delante del guía Mike Groom; decidí esperarlo y comentárselo, pero poco antes de que me diera alcance, oí la voz de Rob en la radio que Mike llevaba dentro del anorak. «¡Rob dice que todo el mundo abajo! —exclamó Mike momentos después, a voz en grito para hacerse oír en medio de aquella ventolera—. ¡Vámonos de aquí!»

Hacia el mediodía estábamos en el campamento II evaluando los daños. Yo me sentía cansado, pero, por lo demás, bien. John Taske, el médico australiano, tenía los dedos de la mano ligeramente tiesos a causa del frío. Doug, por el contrario, había sufrido lesiones importantes. Al quitarse las botas descubrió que varios dedos de los pies presentaban principio de congelación. En 1995, también en el Everest, Doug había sufrido el mismo problema, hasta el punto de perder parte del tejido de un dedo gordo; tenía problemas de circulación y se había vuelto muy susceptible al frío. Este nuevo contratiempo le haría más vulnerable aún a las duras condiciones atmosféricas del tramo alto de la montaña.

Peor si cabe era la lesión que había sufrido en el tracto respiratorio. Menos de dos semanas antes de partir hacia Nepal se había sometido a una intervención quirúrgica poco importante, que sin embargo le había dejado la tráquea en un estado de gran sensibilidad. Al parecer, la inhalación del aire cáustico y nevado de la mañana le había helado la laringe.

—La he jodido —graznó Doug en un susurro apenas audible—. No puedo ni hablar. Para mí, la aventura ha terminado.

—No te borres de la lista, Douglas —dijo Rob—. Espera a ver cómo te encuentras dentro de un par de días. Eres un tío duro, y creo que en cuanto te repongas conservarás bastantes números para llegar a la cumbre.

Nada convencido, Doug se fue a nuestra tienda y se metió en el saco de dormir. Era duro verlo tan desanimado. Nos habíamos hecho buenos amigos y él siempre estaba dispuesto a compartir conmigo todo lo que había aprendido en su fallido intento del año anterior. Yo llevaba colgada del cuello una piedra Xi —un amuleto budista consagrado por el lama del monasterio de Pangboche que Doug me había regalado al inicio de la expedición. Tenía tantas ganas de que él llegara a la cima como de que yo también lo hiciese.

El campamento quedó sumido en una atmósfera de desaliento durante el resto del día. Aun sin dar rienda suelta a toda su cólera, la montaña nos había hecho bajar corriendo a ponernos a salvo. Y no era nuestro equipo el único que estaba escarmentado. La moral parecía pasar horas bajas en muchas de las otras expediciones presentes.

El mal humor pudo apreciarse claramente en la discusión que enfrentó a Hall con los jefes de las expediciones surafricana y taiwanesa acerca de quién se responsabilizaba de fijar los casi dos mil metros de cuerda y equipar la ruta por la cara del Lhotse. A finales de abril se habían colocado ya varios cabos entre la cabecera del Valle y el campamento III, a media ascensión. Para acabar de arreglarlo, Hall, Fischer, Ian

Woodall, Makalu Gau y Todd Burleson (el estadounidense que lideraba la expedición Alpine Ascents) habían acordado que el 26 de abril uno o dos miembros de cada equipo colaborarían para poner cuerdas en el resto de la cara, el trecho entre el campamento III y el campamento IV, a 7.900 metros de altitud, pero la cosa no había salido bien.

Cuando los sherpas Ang Dorje y Lhakpa Chhri, del equipo de Hall, el guía Anatoli Boukreev, del equipo de Fischer, y un sherpa del equipo de Burleson partieron del campamento II la mañana del 26 de abril, los sherpas de los equipos surafricano y taiwanés que debían sumarse a ellos se quedaron en sus sacos negándose a cooperar. Esa tarde, cuando Hall llegó al campamento II y se enteró de lo ocurrido, llamó inmediatamente por radio a fin de averiguar por qué no se había seguido el plan. El sherpa Kami Dorje, sirdar del equipo taiwanés, se disculpó y prometió enmendar el problema. Sin embargo, cuando Hall tuvo a Woodall en antena, el impenitente jefe de la expedición surafricana le respondió con una sarta de obscenidades e insultos.

«No perdamos la educación, amigo —le imploró Hall—. Creía que habíamos llegado a un acuerdo». Woodall replicó que sus sherpas se habían quedado en la tienda sencillamente porque nadie había ido a despertarlos y decirles que necesitaban su ayuda. Hall le espetó que Ang Dorje había intentado despertarlos, varias veces, pero que ellos habían hecho caso omiso.

Fue entonces cuando Woodall afirmó: «No sé quién es un mentiroso de mierda, si tú o tu sherpa». Acto seguido amenazó con enviar un par de sherpas suyos para «ajustarle las cuentas» a Ang Dorje a puñetazo limpio.

Dos días después de tan desagradable diálogo, el mal ambiente entre nuestro equipo y los surafricanos apenas si había cambiado. Y a todo ello se sumaban las noticias que llegaban al campamento II sobre el estado de Ngawang Topche. Mientras seguía empeorando por momentos incluso a baja altitud, los médicos diagnosticaron que su enfermedad no era simplemente un edema, sino que se había complicado por una tuberculosis u otra dolencia pulmonar anterior. Los sherpas, sin embargo, daban otra interpretación: creían que uno de los escaladores de Fischer provocaba la ira del Everest —Sagarmatha, la diosa del cielo— y que la montaña se había vengado en la persona de Ngawang.

El escalador en cuestión había iniciado una aventura con una integrante de una expedición al Lhotse. Puesto que en los confines del campamento base la intimidad está descartada, las citas amorosas que habían tenido lugar en la tienda de aquella mujer fueron advertidas por otros miembros de su equipo, especialmente los sherpas, que se sentaban junto a la tienda durante los encuentros señalando y haciendo burla. «X e Y están mojando, están mojando», decían entre risas, al tiempo que parodiaban el acto sexual metiendo un dedo en el puño.

Pero los sherpas, pese a las carcajadas (por no hablar de sus propios hábitos concupiscentes), desaprobaban de forma taxativa las relaciones sexuales entre parejas no casadas en las divinas faldas del Sagarmatha. Cuando el tiempo empeoraba, siempre había algún sherpa que señalaba hacia las nubes y declaraba muy serio: «Alguien ha estado mojando. Trae mala suerte. Ya viene la tormenta».

Sandy Pittman había anotado esta superstición en su diario de la expedición de 1994, y el texto apareció en Internet dos años después:

29 de abril de 1994

Campamento base (5.430 metros) cara del Kangshung, Tibet

[...] aquella tarde había llegado un correo con cartas para todo el mundo y una revista de chicas que un colega escalador había enviado en plan de broma [...] La mitad de los sherpas se la había llevado a una tienda para examinarla mejor, mientras la otra mitad discutía sobre el desastre que sin duda se derivaría de mirar aquellas fotos. La diosa Chomolungma, aseguraron, no tolera el chiqui chiqui (o cualquier obscenidad) en su montaña sagrada.

El budismo que se practica en las alturas del Khumbu tiene un claro sabor animista; los sherpas veneran a una mezcla de espíritus y divinidades que, según dicen, habitan en los desfiladeros, ríos y picos de la región, y rendir la debida pleitesía al conjunto de estas divinidades se considera de crucial importancia para garantizar la travesía segura de tan traicionero paisaje.

Para aplacar a Sagarmatha los sherpas habían construido, como cada año, más de una docena de hermosos *chortens* de piedra en el campamento base, uno por cada expedición. Nuestro altar, un cubo perfecto de metro y medio de alto, estaba rematado por tres piedras puntiagudas especialmente seleccionadas, sobre las cuales se levantaba un asta de madera de tres metros coronada por una esbelta rama de enebro. Cinco largas cadenas de coloridos banderines de oración cubrían nuestras tiendas formando un círculo para protegernos de todo mal. Al amanecer, el *sirdar* de nuestro campamento base —un sherpa de cuarenta y tantos años, bonachón y muy respetado, de nombre Ang Tshering— encendía tiras de incienso de enebro y salmodiaba oraciones en el *chorten*; antes de ir hacia la Cascada de Hielo, occidentales y sherpas pasaban frente al altar —siempre por el lado izquierdo del mismo— y entre las nubes del humo perfumado para recibir la bendición de Ang Tshering.

Pero pese a todo este ritual, el budismo practicado por los sherpas era una religión flexible y nada dogmática. Para no perder el favor de Sagarmatha, por ejemplo, ningún equipo podía acceder por primera vez a la Cascada de Hielo sin antes llevar a cabo una complicada puja, o ceremonia religiosa.

Pero cuando el día señalado el frágil y envejecido lama que debía presidir la puja no logró llegar a tiempo desde su distante aldea, Ang Tshering dijo que no pasaba nada y que podíamos escalar la Cascada de Hielo porque Sagarmatha sabía que nuestra intención era celebrar la puja tan pronto como regresáramos.

La actitud respecto a la fornicación en las faldas del Everest era igualmente laxa: aunque aparentaban estar de acuerdo con la prohibición, no pocos sherpas hacían excepciones a título personal (en 1996 se produjo incluso un romance entre un sherpa y una estadounidense asociada a la expedición de IMAX). Parecía extraño, por tanto, que los sherpas achacasen la enfermedad de Ngawang a los encuentros extramatrimoniales que tenían lugar en una de las tiendas de Mountain Madness. Sin embargo, cuando le señalé esta incongruencia a Lopsang Jangbu —*sirdar* de escalada de Scott Fischer—, él insistió en que el problema no era que una escaladora de Mountain Madness hubiese estado «mojando» en el campamento, sino que la chica insistía en dormir con su amante más arriba del campamento base.

«El Everest es Dios, para mí y para todo el mundo —dijo Lopsang, solemne, a las diez semanas de concluida la expedición—. Sólo marido y mujer se acuestan juntos.

Pero cuando X e Y duermen juntos, eso trae mala suerte a mi equipo... Yo le dije a Scott: "Por favor, Scott, tú eres el jefe; dile a X que no se acueste con su amigo en el campamento II. Por favor." Pero Scott se rió. El primer día que X e Y durmieron juntos, después Ngawang Topche se puso enfermo en el campamento II. Y ahora está muerto».

Ngawang era tío de Lopsang, y éste había formado parte del grupo que lo había rescatado en la Cascada de Hielo la noche del 22 de abril. Luego, cuando Ngawang dejó de respirar en Pheriche y tuvo que ser evacuado a Katmandú, Lopsang bajó del campamento base (a instancias

de Fischer) para acompañar a su tío en el helicóptero. Su viaje a Katmandú y el rápido *trekking* hasta el campamento base lo dejaron exhausto y no muy bien aclimatado, lo que no era un buen presagio para el equipo de Fischer: Scott confiaba en Lopsang tanto como Hall confiaba en su sirdar de escalada, Ang Dorje.

Aquel año había varios alpinistas expertos en el Himalaya en el lado nepalés del Everest, veteranos como Hall, Fischer, Breashears, Pete Schoening, Ang Dorje, Mike Groom y Robert Schauer, un austríaco del equipo IMAX. Pero entre tan distinguida compañía destacaban cuatro escaladores que habían demostrado una asombrosa habilidad por encima de los 7.900 metros y que formaban, por sí solos, un grupo aparte: Ed Viesturs, el estadounidense que protagonizaba el documental de IMAX; Anatoli Boukreev, guía de Kazajistán que trabajaba con Fischer; el sherpa Ang Babu, contratado por la expedición surafricana, y Lopsang.

Sociable y bien parecido, bueno hasta el exceso, Lopsang era extremadamente engreído, pero encantador. Había crecido en la región de Rolwaling como hijo único, y no fumaba ni bebía, lo que era poco corriente entre sherpas. Lucía un incisivo de oro y era de risa fácil. Aunque de osamenta pequeña y estatura más bien baja, su temperamento fogoso, sus ganas de trabajar y su portentosa condición atlética le habían procurado fama en toda la región del Khumbu. Fischer afirmaba que Lopsang tenía condiciones para ser «un nuevo Reinhold Messner», el famoso alpinista tirolés que es con mucho el mejor escalador de todos los tiempos.

Lopsang causó sensación en 1993 cuando, a sus veinte años, fue contratado como porteador para una expedición indonepalesa al Everest dirigida por una india, Bachendri Pal, y compuesta mayoritariamente por escaladoras. Al ser el miembro más joven de la expedición, Lopsang fue relegado inicialmente a un papel de apoyo, pero tan impresionante era su fortaleza que en el último momento se le incluyó en el grupo que iba a atacar la cumbre y consiguió lograrla el 16 de mayo, sin ayuda de botellas de oxígeno.

Cinco meses después, Lopsang conquistó el Cho Oyu con un equipo japonés. En la primavera de 1994 trabajó para Fischer en la expedición Sagarmatha Environmental y coronó por segunda vez el Everest, de nuevo sin oxígeno. En septiembre de aquel mismo año, cuando intentaba la arista Oeste con un equipo noruego, fue alcanzado por un alud; tras rodar unos seiscientos metros por la ladera de la montaña, consiguió detener su caída valiéndose de un piolet, con lo que logró salvar su propia vida y la de dos compañeros de cordada. Pero un tío suyo que no iba atado a los otros, el sherpa Mingma Norbu, pereció en el alud. Aunque el incidente deprimió mucho a Lopsang, su afán por escalar no mermó en absoluto.

En mayo de 1995 conquistó por tercera vez el Everest sin usar oxígeno, en esta ocasión trabajando para Hall, y tres meses más tarde escalaba el Broad Peak (8.047 metros) contratado por Fischer. Cuando Lopsang volvió al Everest con Fischer en 1996, sólo llevaba tres años escalando, pero en ese lapso había participado en no menos de diez expediciones al Himalaya y se había ganado fama de gran alpinista.

Fischer y Lopsang se admiraban el uno al otro desde su ascensión al Everest de 1994. Ambos tenían un vigor ilimitado, un encanto irresistible y un talento especial para conquistar a las mujeres. Lopsang, que consideraba a Fischer su mentor y su modelo, incluso empezó a llevar coleta. «Scott es muy fuerte, yo también soy muy fuerte —me explicaba Lopsang con su característica falta de modestia—. Hacemos muy buen equipo. Scott no me paga tan bien como Rob o los japoneses, pero yo no necesito dinero. Yo miro al futuro, y Scott es mi futuro. Él me dice: "¡Lopsang, mi fuerte sherpa! ¡Te voy a hacer famoso!"... Creo que Scott tiene grandes planes para mí en Mountain Madness».

CARA DEL LHOTSE

29 de abril de 1996 7.100 metros

El público estadounidense no sentía un fervor innato por el montañismo, a diferencia de los ciudadanos de los países alpinos de Europa o de los británicos, inventores del deporte de la escalada. En esos países existía algo próximo a la comprensión, y aunque el hombre de la calle podía considerarlo una temeridad, reconocía también que era algo que valía la pena hacer. Esa clase de aceptación no se daba en Estados Unidos.

Walt Unsworth Everest

El día siguiente a nuestro primer intento de alcanzar el campamento III, que el viento y un frío indescriptible habían abortado, todos los miembros del equipo de Hall excepto Doug (que se quedó en el campamento II con la laringe fastidiada) lo probamos de nuevo. Subí por la enorme pared de hielo de la cara del Lothse siguiendo una descolorida cuerda que parecía no acabar nunca, y cuanto más subía, más lento era mi avance. Deslizaba el jumarc por la cuerda fija con una mano enguantada, apoyaba todo mi peso en el artilugio y tragaba dos dolorosas bocanadas de aire; luego subía el pie izquierdo y clavaba los crampones en el hielo, inhalaba con desespero un par de veces más, ponía el pie derecho al lado del izquierdo, inspiraba y espiraba otras dos veces, y vuelta a deslizar el jumarc por la cuerda. Llevaba tres horas haciendo esfuerzos sobrehumanos, y calculaba que aún me quedaba otra hora hasta poder descansar. De esa manera, en incrementos que se medían en centímetros, iba ascendiendo hacia un grupito de tiendas que, según decían, teníamos plantadas en algún punto de la roca viva.

La gente que no escala montañas —esto es, la inmensa mayoría de la humanidad— tiende a pensar que este deporte es una imprudente carrera dionisiaca de emociones cada vez más intensas. Pero la idea de que el escalador no es más que un adicto a la adrenalina es una falacia, al menos en lo que al Everest se refiere. Lo que yo hacía allá arriba tenía muy poco que ver con saltar de un puente, hacer acrobacias en el aire o conducir una moto a doscientos kilómetros por hora.

De hecho, más arriba del campamento base la expedición se convirtió en una empresa casi calvinista. La desproporción entre sufrimiento y placer era mayor que en cualquiera de las montañas que había escalado; enseguida caí en la cuenta de que subir al Everest era sobre todo cuestión de aguante, y ver que semana tras semana nos sometíamos al esfuerzo, el tedio y el padecimiento, me hizo pensar que la mayoría de nosotros probablemente no buscaba otra cosa que cierto estado de gracia.

Por descontado que para muchos otros escaladores presentes en el Everest las motivaciones quizá no eran tan virtuosas: fama relativa, mejora profesional, satisfacción del ego, derecho a fanfarronear, afán de lucro. Pero tan innobles alicientes eran menos decisivos de lo que podría presumirse. Lo que pude observar a lo largo de aquellas semanas me obligó a revisar sustancialmente mis prejuicios sobre algunos compañeros de mi equipo.

Como Beck Weathers, por ejemplo, que en ese momento parecía un puntito rojo en el hielo, ciento cincuenta metros más abajo, al final de una larga cola de escaladores. Mi primera impresión de Beck no había sido nada favorable: de entrada, aquel patólogo de Dallas tan propenso a palpear la espalda ajena y con una preparación menos que mediocre para la montaña, me pareció un bocazas republicano que pretendía añadir, a golpe de talonario, la cima del Everest a la vitrina de sus trofeos. Pero a medida que transcurrían los días, me inspiraba cada vez mayor respeto. Aunque sus flamantes e inflexibles botas le habían dejado los pies como dos hamburguesas, Beck seguía esforzándose sin mencionar los dolores que sin duda estaba soportando. Era un tipo duro, estoico, decidido. Y lo que yo había tomado por arrogancia me parecía ahora simple vivacidad. Beck parecía no guardarle rencor a nadie (salvo a Hillary Clinton). Su alegría y su ilimitado optimismo eran tan arrolladores que, muy a mi pesar, acabé tomándole cariño.

Hijo de un militar de carrera, Beck había pasado su infancia yendo de una base militar a otra antes de aterrizar en Wichita Falls para cursar estudios universitarios. Se graduó en medicina, estableció en Dallas una rentable consulta médica, se casó y tuvo dos hijos. Luego, en 1986, al borde de la cuarentena, pasó unas vacaciones en Colorado, oyó el canto de sirena de las alturas y se apuntó a un cursillo de montañismo en el Parque Nacional de las Montañas Rocosas.

Entre la profesión médica abunda el afán de llegar muy alto; Beck no era el primer médico que se entusiasmaba por una nueva afición. Pero la escalada era muy diferente del golf, el tenis u otros pasatiempos típicos de sus colegas. Las exigencias físicas y psicológicas del alpinismo, el peligro real, lo convertían en algo más que un juego. Escalar era como la vida misma, sólo que más realzada aún, y Beck se enganchó a ello como en su vida lo había hecho con nada. Su esposa, Peach, estaba muy preocupada por aquella desbordante afición que le hacía ausentarse cada vez más de casa. No le gustó nada el día en que Beck, poco después de haberse iniciado en el montañismo, anunció que había decidido intentar las Siete Cimas.

La obsesión de Beck podía ser egoísta y desmesurada, pero nada tenía de frívola. Empecé a ver una firmeza de objetivos similar en Lou Kasischke, el abogado de Bloomfield Hills; en Yasuko Namba, la callada japonesa que cada mañana desayunaba con fideos, y en John Taske, el anestesista australiano de cincuenta y seis años que empezó a escalar tras retirarse del ejército.

«Cuando dejé la vida castrense, perdí en cierto modo el camino», se lamentaba Taske. Había sido un pez gordo del ejército, coronel del Special Air Service, que es el equivalente australiano de los Boinas Verdes. Tras haber servido en dos ocasiones en Vietnam en el apogeo de la guerra, se encontró con que no estaba preparado para la vida sin uniforme. «Descubrí que no sabía hablar con civiles —continuó—. Mi matrimonio se iba al garete. Yo me veía frente a un largo túnel que terminaba en la enfermedad, la vejez y la muerte. Entonces empecé a escalar, y ese deporte me proporcionó las cosas que echaba de menos en la vida: el reto, la camaradería, el sentido de la misión». A medida que iba creciendo mi simpatía hacia Taske, Weathers y otros compañeros de equipo, me sentía cada vez más incómodo en mi papel de periodista. No me andaba con chiquitas a la hora de escribir sobre Hall, Fischer o Sandy Pittman, que llevaban años tratando de llamar la atención sobre ellos, pero con los demás era diferente. Cuando se apuntaron a la expedición de Hall, ninguno sabía que tendrían por compañero a un periodista, alguien que no paraba de escribir, que registraba sus palabras y sus actos a fin de hacer partícipe de sus manías a un público potencialmente desfavorable.

Terminada la expedición, Weathers fue entrevistado para el programa de televisión *Turning Point*. En un momento de la entrevista, que no fue incluido en la versión definitiva, el presentador Forrest Sawyer de ABC News le preguntó: «¿Qué le pareció que hubiera por allí un periodista?» Y Beck respondió:

Fue un motivo más de tensión. Me preocupaba la idea de que el tipo pudiera volver a casa y escribir algo que tal vez leerían un par de millones de personas. Quiero decir que ya tiene uno bastante con ir al Everest y hacer el ridículo delante de otros escaladores. Que alguien pueda retratarte en las páginas de una revista como si fueses una especie de bufón o de payaso afecta por fuerza al rendimiento personal, influye en tu propio esfuerzo. Me preocupaba que eso pudiera impulsar a algunos a forzar la máquina. Y los guías tampoco eran inmunes a

esa influencia, porque, naturalmente, cuantas más personas consigan llevar a la cima, más se hablará de ellos, de su actuación.

A continuación Sawyer preguntaba: «¿Le pareció que la presencia de un periodista suponía una presión adicional para Rob Hall?» La respuesta de Beck fue:

No hay la menor duda. Él (Rob) se ganaba la vida así, y lo peor que le puede pasar a un guía es que uno de sus clientes tenga un accidente. [...] Dos años atrás hizo una temporada magnífica, todos sus clientes conquistaron la cumbre, lo cual es extraordinario, y estoy seguro de que Rob pensaba que nuestro grupo era lo bastante fuerte como para repetir esa gesta. [...] O sea que sí existe cierta presión: quieres que te dejen bien la próxima vez que salgas en el telediario o en las revistas.

Era casi mediodía cuando llegué al campamento III: un trío de pequeñas tiendas amarillas, plantadas a medio camino de la vertiginosa cara del Lothse y apiñadas en una plataforma que nuestros sherpas habían excavado en el hielo. A mi llegada, Lhapka Chhiri y Arita seguían trabajando duro para instalar una cuarta tienda, así que me descolgué la mochila dispuesto a echarles una mano. Estábamos a 7.300 metros, y no había dado ni diez tajos con el piolet cuando tuve que descansar un minuto entero para recobrar el aliento. Ni que decir tiene que mi aportación fue insignificante, y completar la tarea nos llevó casi una hora.

Nuestro minicampamento, situado una treintena de metros más arriba de los otros grupos, ocupaba una posición espectacularmente desnuda. Habíamos porfiado durante semanas en el terreno acotado de un congosto; ahora, por primera vez desde el comienzo de la expedición, la vista se componía de cielo más que de tierra. Rebaños de algodonosos cúmulos corrían bajo el sol, dando al paisaje una voluble trama de sombra y de luz cegadora. Mientras esperaba la llegada de mis compañeros, me senté con los pies colgando sobre el abismo y contemplé los picos de 6.700 metros que un mes atrás se cernían sobre nosotros. El techo del mundo parecía estar, por fin, realmente cerca.

Aún nos separaba de la cima, envuelta ahora en un nimbo de nubes mecidas por el vendaval, un desnivel de mil quinientos metros. Pero si bien allá arriba los vientos superaban los ciento cincuenta kilómetros por hora, el aire apenas se movía en el campamento III, y a medida que transcurría la tarde empecé a sentirme atontado por la brutal radiación solar (al menos, esperaba que fuese el calor lo que me entortaba, y no un principio de edema cerebral).

El edema cerebral producido por las grandes altitudes es menos común que el edema pulmonar causado por el mismo motivo, pero puede ser aún más letal. El edema cerebral, que puede presentarse sin previo aviso, se produce cuando los vasos sanguíneos del cerebro, faltos de oxígeno, empiezan a rezumar y provocan una grave hinchazón cerebral. A medida que aumenta la presión en el cráneo, la habilidad mental y motriz se deteriora con alarmante rapidez —normalmente en el plazo de unas pocas horas—, y a menudo sin que la víctima note ningún cambio. El siguiente paso es el coma y luego, a menos que el afectado sea evacuado rápidamente a una altitud inferior, la muerte.

Aquella tarde estaba yo obsesionado con la enfermedad porque dos días atrás un cliente de Fischer, Dale Kruse, dentista de Colorado, había sufrido un principio de edema cerebral en el campamento III. Kruse, viejo amigo de Fischer, era un escalador fuerte y experimentado. El 26 de abril había subido del campo II al III, había preparado un poco de té para él y sus compañeros y se había metido en la tienda para dormir un rato. «Me dormí enseguida —recuerda Kruse—, y acabé durmiendo casi 24 horas, hasta las dos de la tarde del día siguiente. Cuando vinieron a despertarme, se percataron de que la cabeza no me funcionaba del todo bien, aunque yo no me daba cuenta de nada. Scott me dijo: "Hemos de bajarte ahora mismo"».

El mero hecho de vestirse se convirtió para Kruse en una peripecia. Se puso el arnés del revés, se lo ensartó por la bragueta del mono integral y ni siquiera se abrochó la hebilla. Fischer y Neal Beidleman advirtieron el desatino antes de que Kruse empezara el descenso. «Si hubiera intentado rapelar en aquellas condiciones —dice Beidleman—, se habría soltado del arnés al instante y habría caído al fondo de la cara del Lhotse».

«Me comportaba como si estuviera muy borracho —recuerda Kruse—. No podía andar sin tambalearme y era incapaz de pensar o articular palabra. Una sensación muy rara. Me venían palabras a la cabeza, pero no se me ocurría cómo articularlas. Scott y Neal tuvieron que vestirme y ponerme bien el arnés, y luego Scott me bajó por la cuerda fija». Una vez en el campo base, dice Kruse, «aún tardé tres o cuatro días en poder ir de mi tienda a la tienda comedor sin tropezar con todo».

La temperatura bajó más de cincuenta grados no bien el sol se hubo posado detrás del Pumori, y el frío me fue despejando las ideas: mi ansiedad respecto al edema cerebral resultaba ser infundada, al menos de momento. A la mañana siguiente, tras una infame noche de insomnio a 7.300 metros de altitud, bajamos al campo II. Un día después, el 1 de mayo, continuamos hasta el campamento base a fin de recuperar fuerzas para el asalto final.

Oficialmente, nuestra aclimatación había terminado y, para mi sorpresa, la estrategia de Hall parecía funcionar: después de tres semanas en la montaña, el aire del campamento base me pareció denso, rico y voluptuosamente saturado de oxígeno en comparación con la atmósfera brutalmente enrarecida de los campamentos II y III.

Sin embargo, no todo eran buenas noticias. Había perdido casi diez kilos de masa muscular, sobre todo en hombros, espalda y piernas, y tras quemar casi toda mi grasa subcutánea, era muchísimo más sensible al frío. Pero el peor problema era el pecho: la tos seca que había pillado en Lobuje se había agravado tanto que, durante un fuerte ataque en el campo III, se me había roto un cartílago intercostal. La tos había continuado como si nada, y cada convulsión era como una patada en las costillas.

Quien más quien menos, casi todos los escaladores estaban tocados; así eran las cosas en el Everest. En el plazo de cinco días los equipos de Hall y de Fischer íbamos a dejar el campamento base. Con la esperanza de atajar mi debilitamiento, decidí descansar al máximo, tragar ibuprofeno y meterme en el cuerpo tantas calorías como me fuera posible.

Desde el principio, Hall tenía pensado que el 10 de mayo sería el día en que intentaríamos conquistar la cima. «De las cuatro veces que he hecho cumbre —explicaba Hall— dos era un 10 de mayo. Como dirían los sherpas, el diez es mi día "propicio"». Pero había una razón más tangible para elegir esa fecha: el flujo y reflujo de los monzones hacía que el tiempo más favorable del año se diera, día más día menos, hacia el 10 de mayo.

Durante todo el mes de abril las corrientes atmosféricas habían estado vapuleando el Everest como una manguera de incendios, azotando su cima con vientos huracanados. Incluso en días de sol y absoluta calma en el campamento base, un inmenso estandarte de nieve ondeaba en la cumbre a merced del viento. Pero se esperaba que a primeros de mayo la aproximación del monzón desde la bahía de Bengala desplazara las corrientes hacia Tibet. Si ese año era como otros anteriores, entre el cese del viento y la llegada de las lluvias monzónicas dispondríamos de un breve período de buen tiempo y cielo despejado, lo que haría posible atacar la cima.

Por desgracia, la pauta anual del clima no era secreto para nadie, y todas las expediciones tenían la vista puesta en ese breve período favorable. Para evitar un peligroso atasco en el extremo del pico, Hall organizó una conferencia con los jefes de las otras expediciones. Se

decidió que Göran Kropp, un joven sueco que había ido en bicicleta desde Estocolmo hasta Nepal, hiciera el primer intento, en solitario, el día 3 de mayo. A continuación saldría un equipo de montenegrinos y el 8 o 9 de mayo le tocaría el turno a la expedición de IMAX.

Se acordó que el equipo de Hall compartiera fecha con el de Fischer: el 10 de mayo. El escalador noruego Petter Neby, tras salvarse de milagro de morir aplastado por una roca en la cara Suroeste, ya no estaba con nosotros: había dejado el campamento una mañana para regresar a Escandinavia. Un grupo guiado por los estadounidenses Todd Bureson y Pete Athans, así como la expedición comercial de Mal Duff y otro equipo comercial británico, prometieron no actuar el 10 de mayo. Los taiwaneses también. Ian Woodall, sin embargo, proclamó que los surafricanos escalarían la cumbre cuando les saliera de las narices, posiblemente el 10 de mayo, y al que no le gustase, que se fuera a hacer puñetas.

De una templanza normalmente a prueba de bomba, Hall montó en cólera cuando supo que Woodall se negaba a cooperar. «No quisiera cruzarme con esos excursionistas cuando estemos allí arriba», dijo, indignado.

CAMPAMENTO BASE

6 de mayo de 1996 5.400 metros

¿Hasta qué punto el atractivo del alpinismo no radica en su simplificación de las relaciones interpersonales, su reducción de la amistad a una mera interacción (como en la guerra), su sustitución del Otro (la montaña, el desafío) por la relación misma? Tras rara mística de aventura, resistencia, libre vagabundeo —necesarios antídotos contra las comodidades y la calidad de vida de nuestra cultura— puede haber una especie de negativa adolescente a tomarse en serio la vejez, la fragilidad ajena, la responsabilidad interpersonal, la debilidad en general, el lento y nada espectacular paso de la vida misma... Las estrellas del alpinismo [...] se pueden emocionar hasta la sensiblería, pero sólo por algún mártir de la profesión que lo merezca. Una cierta frialdad, sorprendentemente similar en el tono, exudan los escritos de Buhl, John Harlin, Bonatti, Bonington y Haston; la frialdad de quien se sabe competente.

Quizá sea este el culmen de la escalada: llegar a un punto donde, en palabras de Haston, «si algo va mal, será una lucha a muerte. Si uno está bien preparado, sobrevive; si no, la naturaleza reclama su prenda».

David Roberts

«Patey Agonistes» Moments of Doubt

Partimos del campamento base el 6 de mayo a las 4:30. La cima del Everest, tres mil metros más arriba, me parecía tan remota que procuré limitar mis pensamientos al campamento II, que era el destino previsto para aquel día. Cuando el sol empezó a encender el glaciar, me encontraba ya a 6.100 metros de altitud, en la boca del Valle Occidental, contento de haber dejado atrás la Cascada de Hielo y de que sólo tuviera que atravesarla una vez más, en el descenso final.

El calor me había afectado mucho cada vez que había cruzado el valle, y en esta ocasión las cosas no fueron distintas. Escalando a la cabeza del grupo junto a Andy Harris, tuve que ponerme nieve constantemente debajo de la gorra y moverme todo lo rápido que me permitieran las piernas y los pulmones, ansioso por alcanzar la sombra de las tiendas antes de que la radiación solar acabara conmigo. A medida que transcurría la mañana y el sol pegaba más fuerte, empezó a dolerme mucho la cabeza. Tenía la lengua tan hinchada que me resultaba difícil respirar por la boca, y advertí que cada vez me costaba más pensar con claridad.

Andy y yo llegamos al campo II a las 10:30. Después de beber dos litros de Gatorade conseguí reanimarme un poco. «Al menos es un consuelo ir hacia la cima, ¿no?», me dijo Andy. Harris había tenido problemas intestinales durante casi toda la expedición y justo ahora empezaba a recuperar las fuerzas. Dotado de una gran paciencia, su misión solía consistir en acompañar a los clientes más lentos en la retaguardia, y le entusiasmaba que aquella mañana Rob hubiera decidido hacerle ir en cabeza. Como guía más joven del equipo, y el único que no había escalado nunca el Everest, Andy estaba ansioso por mostrar su valía al resto de sus avezados colegas. «Yo creo que vamos a vencer a este cabrón», me confió con una gran sonrisa, mirando hacia la cima.

Más tarde, Göran Kropp, el sueco de veintinueve años que escalaba en solitario, pasó por el campamento II camino del base. Parecía absolutamente agotado. El 16 de octubre de 1995, había partido de Estocolmo en una bicicleta hecha a medida y cargado con cien kilos de equipo, con la intención de hacer un viaje de ida y vuelta desde Estocolmo hasta el Everest sin ayuda de sherpas ni oxígeno adicional. Era un proyecto muy ambicioso, pero Kropp poseía la reputación necesaria para salir airoso del lance: había estado en otras seis expediciones al Himalaya y había escalado en solitario el Broad Peak, el Cho Oyu y el K2.

Durante el trayecto de trece mil kilómetros hasta Katmandú, Kropp fue asaltado por unos colegiales rumanos, y en Pakistán fue agredido por una turba. En Irán, un airado motorista le había golpeado en la cabeza con un bate de béisbol (por suerte llevaba el casco puesto). Sin embargo, el sueco había llegado intacto a las estribaciones del Everest a primeros de abril seguido de un equipo de filmación, y de inmediato había iniciado su período de aclimatación. Posteriormente, el miércoles 1 de mayo, había partido del campamento base en dirección a la cima.

La tarde del jueves, Kropp había establecido un campamento en el collado Sur, a 7.930 metros, para reemprender el camino en las primeras horas del día siguiente. En el campamento base todo el mundo estaba atento a sus radios en espera de tener noticias de su ascensión. Helen Wilton colgó un cartel en nuestra tienda comedor que rezaba: «¡Vamos, Göran, ya es tuyo!».

Por primera vez desde hacía meses la cumbre no estaba azotada por el viento, pero la nieve era allí muy espesa y avanzar resultaba lento y agotador. Kropp, sin embargo, fue ganando terreno por la nieve, y a eso de las dos de la tarde ya estaba a 8.750 metros, a un paso de la Antecima. Pero aunque la cumbre quedaba a unos sesenta minutos de camino, Kropp decidió dar marcha atrás, pues pensaba que si seguía subiendo estaría demasiado cansado para hacer un descenso sin problemas.

«Volverse estando tan cerca de la cima... —comentó Hall el 6 de mayo, meneando la cabeza, cuando Kropp pasó por el campamento II—. Eso demuestra lo sensato que es Göran. Estoy impresionado. De hecho, lo estoy más que si hubiera seguido adelante y coronado la cima». Rob nos había estado aleccionando acerca de la importancia de fijar una hora de regreso cuando intentáramos conquistar la cumbre —para nosotros, sería alrededor de la una de la tarde o, a más tardar, las dos—, y de atenerse a ella por más cerca que estuviéramos de hacer cima. «Con un poco de ganas, cualquier idiota puede subir esta montañita —decía Hall—. La gracia está en volver con vida».

Esa fachada de Hall escondía un intenso deseo de éxito, que él definía en términos muy simples como conseguir llevar hasta la cima al máximo número de clientes. Para asegurarse la victoria, Hall prestaba una gran atención a los detalles: la salud de los sherpas, la eficacia del sistema eléctrico por energía solar, el buen estado de los crampones de todo el equipo. Hall adoraba ser guía, y le dolía mucho que algunos escaladores famosos —incluido sir Edmund Hillary, pero no sólo él— no apreciaran las dificultades de este oficio ni lo valoraran como se merecía.

Rob decretó que el martes 7 de mayo sería día de descanso, de modo que nos levantamos tarde y pasarnos el tiempo sentados en el campamento, pensando con nerviosismo en el inminente ataque a la cima. Yo me entretuve con los crampones y luego intenté leer una novela de Carl Hiaasen, pero estaba tan obsesionado con la escalada que leía varias veces la misma frase sin conseguir que mi cerebro registrara las palabras.

Finalmente dejé el libro, saqué unas fotos de Doug posando con una bandera que los colegiales de Kent le habían pedido que subiera hasta el pico, y le sonaqué para que me detallara las dificultades del último tramo, que él recordaba bien de su última ascensión. «Cuando llegues arriba —dijo, frunciendo el entrecejo—, te garantizo que te va a doler todo». Doug estaba entusiasmado con la idea de unirse a la ascensión, pese a que seguía teniendo molestias en la garganta y sus fuerzas parecían estar en huelga. Como él mismo dijo: «He invertido demasiado de mí mismo en esta montaña para abandonar ahora, sin dar todo lo que tengo».

Aquella tarde, Fischer pasó por nuestro campamento con los dientes apretados y caminando hacia sus tiendas a un paso insólitamente lento para él. Por lo general su actitud era tremendamente optimista; una de sus frases favoritas era: «Si te quedas sin fuelle, no vas a llegar a la cima, así que mientras estemos aquí lo mejor es que nos esforcemos en estar de buen rollo». Sin embargo, Scott no parecía estar «de buen rollo» en

absoluto, sino nervioso y muy cansado.

Como había animado a sus clientes a subir y bajar de la montaña cada cual por su cuenta durante el período de aclimatación, Fischer acabó teniendo que hacer un buen número de excursiones imprevistas entre el campamento base y los campos de altura cada vez que algún cliente tenía problemas y necesitaba ayuda para descender. Ya había hecho viajes extra para asistir a Tim Madsen, Pete Schoening y Dale Kruse. Ahora, en vez de un día y medio de imprescindible descanso, Fischer había tenido que ir y volver apresuradamente del campo II al base para ayudar a su buen amigo Kruse, que por lo visto había recaído de su edema cerebral.

Fischer había llegado al campamento el día anterior a eso del mediodía, después de salir del base muy por delante de sus clientes. había dado instrucciones a Anatoli Boukreev para que cerrase la marcha, no se alejara del grupo y vigilara un poco a todo el mundo, pero Boukreev hizo caso omiso: en vez de subir con el resto del equipo, se había levantado tarde, se había duchado y se había puesto en camino casi cinco horas después de que lo hiciera el último cliente. Así, cuando Kruse se vino abajo con una cefalea espantosa, Boukreev no estaba allí para ayudarlo, lo cual obligó a Fischer y Beidleman a bajar corriendo desde el campamento II para atender la urgencia tan pronto tuvieron noticia de ella por los escaladores que subían del Cwm Occidental.

Poco después de que Fischer alcanzara a Kruse e iniciara el complicado descenso hasta el campamento base, encontraron a Boukreev en lo alto de la Cascada de Hielo, ascendiendo en solitario, y el primero le reprendió por eludir sus responsabilidades de guía. «Ni te imaginas el rapapolvo que Scott le soltó a Toli —recuerda Kruse—. Quiso saber por qué iba tan rezagado, por qué no estaba escalando con el resto del equipo».

Según Kruse y otros clientes de su expedición, la tensión entre Fischer y Boukreev había ido en aumento a lo largo de las semanas. Fischer pagaba a Boukreev 25.000 dólares, una cantidad más que generosa para un guía en el Everest. La mayoría cobraba entre 10.000 y 15.000 dólares; los mejores sherpas sólo percibían de 1.400 a 2.500 dólares, y Boukreev no había estado a la altura de su sueldo. «Toli era un escalador muy fuerte y técnicamente muy bueno —explica Kruse—, pero poco sociable. Nunca pensaba en los demás. Sencillamente no sabía trabajar en equipo. Yo le había dicho a Scott que no quería subir los últimos tramos con Toli, porque dudaba de poder contar con él si la cosa se torcía».

El problema era que Boukreev tenía una idea de sus responsabilidades que difería sustancialmente de la de Fischer. Como ruso que era, Boukreev venía de una orgullosa y tenaz cultura montañera que no creía en eso de mimar a los más débiles. En la Europa del Este los guías estaban más adiestrados para actuar como sherpas —acarrear pesos, fijar cuerdas, establecer rutas— que como celadores. Alto, rubio y de bellas facciones eslavas, Boukreev era uno de los más dotados escaladores del mundo, con veinte años de experiencia en el Himalaya y dos ascensiones al Everest sin oxígeno adicional. En el curso de tan distinguida carrera había formulado unas cuantas opiniones, poco ortodoxas pero recalcitrantes, acerca de cómo había que escalar. Afirmaba sin contemplaciones que era un error que los guías protegieran a sus clientes en exceso. «Si el cliente no puede escalar el Everest sin la ayuda del guía en todo momento —me dijo Boukreev—, es que no debería estar en la montaña. Luego vienen los problemas en el último tramo».

Pero la negativa o la incapacidad de Boukreev para desempeñar el papel de un guía según la tradición occidental exasperaba a Fischer. Eso obligó a él y a Beidleman a asumir una parte desproporcionada del trabajo de vigilancia, y a primeros de mayo semejante esfuerzo extra había infligido un daño irreparable a la salud de Fischer.

La tarde del 6 de mayo, a su llegada al campamento base con Kruse enfermo, Fischer hizo dos llamadas vía satélite a Seattle para quejarse de la intransigencia de Boukreev a su socia, Karen Dickinson, y a su publicista, Jane Bromet⁴⁴. Ninguna de las dos imaginaba que aquéllas serían las últimas conversaciones que mantendrían con Scott.

El 8 de mayo los equipos de Hall y Fischer partieron del campamento II e iniciaron la dura ascensión por las cuerdas fijas de la cara del Lhotse. Seiscientos metros más arriba del valle, a punto de llegar al campo III, un canto rodado del tamaño de un televisor portátil rodó y dio de lleno en el pecho de Andy Harris.

El golpe le hizo perder el equilibrio, le cortó la respiración y lo dejó colgando de la cuerda, en estado de shock, durante unos minutos. Si no hubiera estado sujeto al jumar, habría caído sin remisión.

Al llegar a las tiendas, Andy aseguró que no estaba herido. «Puede que por la mañana vaya un poquito envarado —insistía—, pero me parece que ese pedrusco no me ha hecho más que unos cardenales». Justo antes del golpe estaba inclinado hacia delante, con la cabeza gacha; justo antes del golpe había mirado casualmente hacia arriba, así que la piedra le rozó apenas la barbilla y luego le dio en el pecho, pero por muy poco no le había aplastado el cráneo. «Si esa piedra me llega a caer en la cabeza...» especulaba Andy con una mueca mientras se descolgaba la mochila.

Como el campamento III era el único en toda la montaña que no compartíamos con los sherpas (el saliente era demasiado pequeño para dar cabida a tiendas para todos), teníamos que ocuparnos de cocinar, lo que consistía básicamente en derretir prodigiosas cantidades de hielo para obtener agua potable. Debido a la fuerte deshidratación, inevitable efecto secundario de respirar mal en un aire tan enrarecido, cada uno de nosotros consumía más de cuatro litros diarios. Necesitábamos, por consiguiente, producir unos cincuenta litros de agua para satisfacer las necesidades de ocho clientes y tres guías.

Como el 8 de mayo fui el primero en llegar a las tiendas, me tocó cortar el hielo. Durante tres horas, mientras mis compañeros iban llegando y se acomodaban en sus sacos de dormir, yo me quedé fuera picando hielo con mi pala y mi piolet, llenando bolsa tras bolsa de basura y distribuyendo los trozos de hielo para que los fundieran en las tiendas. A 7.300 metros de altitud, es un trabajo agotador. Cada vez que un compañero me gritaba: «¡Eh, Jon!, ¿sigues ahí fuera?»; nos vendría bien un poco más de hielo!» me hacía cargo de lo que debía de ser para los sherpas trabajar para nosotros y de lo poco que apreciábamos su colaboración.

A media tarde, cuando el sol fue colándose tras el ondulado horizonte y la temperatura empezó a caer en picado, todos estábamos en el campamento, salvo Lou Kasischke, Frank Fischbeck y Rob, que se había ofrecido a hacer de coche escoba y subía en último lugar. A eso de las 16:30 el guía Mike Groom recibió una llamada de Rob por el walkie-talkie: Lou y Frank estaban sesenta metros por debajo de las tiendas y moviéndose muy despacio; le pedía a Mike que bajara a ayudar. Groom se puso de inmediato los crampones y desapareció por la cuerda fija sin chistar.

Tardó casi una hora en reaparecer, a la cabeza de los otros. Lou, tan cansado que había dejado que Rob le llevara la mochila, llegó al campamento tambaleante, pálido y muy turbado, murmurando: «Estoy acabado. Ya no tengo gas». Frank apareció minutos después con peor aspecto todavía que Lou, aunque no quiso darle su mochila a Mike. Fue un duro golpe verlos así —ambos habían escalado bien últimamente—. El aparente deterioro de Frank me impresionó de manera especial: yo había supuesto desde un principio que Frank —que ya había visitado tres veces la montaña y parecía fuerte y experto— era uno de los primeros candidatos de nuestra expedición a conquistar la cima.

Al caer la noche sobre el campamento, los guías nos pasaron botellas de oxígeno, reguladores y mascarillas: durante el resto de la ascensión

respiráramos aire comprimido.

Depender del oxígeno embotellado para realizar la ascensión es una práctica que ha levantado la más acalorada polémica desde que en 1921 los británicos llevaron aparatos experimentales de oxígeno al Everest. (Los escépticos sherpas bautizaron rápidamente aquellas bombonas pesadísimas con el nombre de *aire inglés*.) El primer y más acerado crítico de las botellas de oxígeno fue George Leigh Mallory, quien decía que su uso era «antideportivo y, por tanto, antibritánico». Pero pronto quedó claro que por encima de los 7.600 metros, en la llamada Zona de la Muerte, sin oxígeno adicional el cuerpo es muchísimo más vulnerable a los edemas pulmonar y cerebral, la hipotermia, las congelaciones y toda una serie de peligros mortales. En 1924, a su regreso de la tercera expedición al Everest, Mallory ya se había convencido de que nadie podría alcanzar la cima sin oxígeno adicional, y se resignó a utilizarlo él también.

Experimentos realizados en cámaras de descompresión habían demostrado que un ser humano sacado bruscamente del nivel del mar y puesto en la cima del Everest, donde el aire sólo contiene un tercio del oxígeno, perdería el conocimiento en cuestión de minutos y moriría poco después. Pero algunos alpinistas idealistas continuaban insistiendo en que un atleta fuera de serie y con especiales atributos fisiológicos podría, tras un extenso período de aclimatación, escalar el pico sin recurrir a la botella de oxígeno. Llevando este razonamiento a sus últimas consecuencias, los puristas aducían que utilizar mascarilla era una estafa.

En los años setenta, el prestigioso alpinista tirolés Reinhold Messner se erigió en principal defensor de la escalada sin oxígeno, declarando que o subía el Everest «sin trucos» o no subía. Poco después él y su compañero de muchos años, el austriaco Peter Habeler, asombraron al alpinismo mundial haciendo buena su bravata: a la una de la tarde del 8 de mayo de 1978, ascendieron por la ruta del collado Sur y la arista Suroeste sin emplear oxígeno adicional. En muchos círculos de escaladores se consideró ésta la primera ascensión real al Everest.

La proeza de Messner y Habeler no fue, sin embargo, recibida con elogios en todas partes, especialmente entre los sherpas. La mayoría de ellos se negaba a creer que unos occidentales fueran capaces de lograr algo que ni siquiera los sherpas más fuertes habían conseguido. Se especulaba con que Messner y Habeler habrían inhalado oxígeno de unas pequeñas bombonas escondidas entre la ropa. Tenzing Norgay y otros sherpas eminentes firmaron una instancia exigiendo que el gobierno de Nepal pusiera en marcha una investigación sobre la presunta ascensión.

Pero las pruebas que confirmaban aquella escalada fueron irrefutables. Es más, dos años después Messner silenció a todos los incrédulos viajando a la cara tibetana del Everest y realizando otra ascensión sin oxígeno, esta vez en solitario y sin ayuda de sherpas ni de nadie. Cuando llegó a la cima a las 15:00 del 20 de agosto de 1980, en medio de espesas nubes y una intensa nevada, Messner dice que «tenía dolores horribles que no me dejaban en paz; en mi vida había estado tan cansado». *En Everest, en solitario*, su libro sobre esta ascensión, describe cómo luchó para subir los metros finales hasta la cumbre:

Cuando descanso me siento totalmente exánime, salvo que la garganta me arde cuando respiro. [...] Casi no puedo continuar. No hay desesperación ni alegría ni ansiedad. No es que haya perdido el dominio de mis sensaciones, es que ya no son tales. Cuento únicamente con la fuerza de voluntad. Cada pocos metros también ésta se desinfla en el cansancio infinito. Luego ya no pienso. Me dejo caer, permanezco tumbado. Durante no sé cuánto tiempo mi indecisión es extrema. Después avanzo unos pasos más.

A su regreso a la civilización, Messner fue saludado como el más grande alpinista de todos los tiempos.

Visto que la ascensión al Everest era posible sin oxígeno adicional, un elenco de escaladores ambiciosos convino en que por fuerza había que hacerlo así. De allí que si uno aspiraba a entrar en la élite del Himalaya estuviese obligado a prescindir de las botellas de oxígeno. En 1996 habían ascendido sin oxígeno una sesentena de alpinistas —hombres y mujeres—, de los cuales cinco no vivieron para contarlo.

Por más excelsas que pudieran ser nuestras ambiciones individuales, en el equipo de Hall nadie había pensado siquiera en intentar la conquista del Everest sin oxígeno. Incluso Mike Groom, que lo había conseguido hacía tres años, me explicó que esta vez pensaba utilizarlo porque trabajaba como guía, y sabía por experiencia que sin oxígeno adicional tendría las fuerzas —y la mente— demasiado mermadas para atender las necesidades de su oficio. Como tantos veteranos del Everest, Groom creía que aunque era aceptable —y, desde luego, estéticamente preferible— prescindir del oxígeno adicional cuando uno escalaba en solitario, hacer de guía sin utilizarlo suponía una gran irresponsabilidad.

El sofisticado sistema de oxígeno que empleaba Hall era de fabricación rusa y consistía en una careta de plástico rígido, parecida a la que llevaban los pilotos de los Mig en la guerra de Vietnam, conectada por medio de una manguera y un regulador corriente a un envase naranja de acero y kevlar que contenía el gas. (Más pequeña y mucho más ligera que una bombona de submarinista, la botella llena pesaba tres kilos). Aunque habíamos dormido sin oxígeno en nuestra anterior estancia en el campamento III, ahora que íbamos camino de la cima, Rob nos instó a respirar oxígeno embotellado toda la noche. «Cada minuto que pasa uno a esta altitud —nos advirtió—, la mente y el cuerpo se van deteriorando». Morían células del cerebro; la sangre se espesaba peligrosamente adquiriendo una consistencia de lodo; los capilares de las retinas sufrían hemorragias espontáneas. Incluso descansando, el corazón latía a un ritmo furioso. Rob nos prometió que «el oxígeno embotellado retardaría esos efectos y nos ayudaría a dormir».

Procuré seguir su consejo, pero al final se impuso mi claustrofobia latente. Cuando me cubrí la boca y la nariz con la mascarilla tuve la sensación de que me asfixiaba, así que tras una hora de sufrimiento decidí prescindir de la careta y pasé el resto de la noche sin oxígeno adicional, moviéndome sin parar, resoplando, mirando el reloj cada diez minutos para ver si ya era hora de levantarse.

Acaballadas en la pendiente unos treinta metros más abajo de nuestro campamento, en un sitio igual de precario, estaban las tiendas de los demás equipos (incluidos el de Scott Fischer, los surafricanos y los taiwaneses). A la mañana del día siguiente —jueves 9 de mayo—, mientras me ponía las botas para la ascensión al campo IV Chen Yu-Nan, un obrero siderúrgico de Taipei que tenía treinta y seis años, se arrastró fuera de su tienda para evacuar, calzado únicamente con sus botas de suela lisa, lo que constituía un grave descuido.

Al agacharse, resbaló en el hielo y comenzó a descender por la cara del Lhotse. Después de caer veinte metros, se precipitó de cabeza en una grieta, lo cual detuvo su fatal despeñamiento. Unos sherpas que habían visto lo ocurrido descolgaron una cuerda, lo sacaron rápidamente del hoyo y lo ayudaron a volver a su tienda. Aunque estaba maltrecho y muy asustado, Chen no parecía haber sufrido lesiones de importancia. Ningún integrante del equipo de Hall, incluido yo, sabía entonces que se había producido aquel contratiempo.

Poco después, Makalu Gau y el resto de los taiwaneses dejaron a Chen en una tienda para que se recobrará y partieron hacia el collado Sur. Pese a que Gau había dicho a Rob y Scott que no iba a intentarlo el 10 de mayo, por lo visto había cambiado de parecer y trataba de atacar la cumbre el mismo día que nosotros.

Aquella tarde un sherpa llamado Jangbu, de bajada al campamento II tras haber dejado una carga en el collado Sur, se detuvo en el campamento III para ver cómo se encontraba Chen. Descubrió que había empeorado sensiblemente: estaba como desorientado y sufría grandes dolores. Comprendiendo que era preciso evacuarlo, Jangbu reclutó a otros dos sherpas e inició con Chen el descenso. A menos de cien metros del pie de la pendiente, Chen cayó al suelo y perdió el conocimiento. Momentos después, en el campo II, la radio de David Breashears cobró vida: era Jangbu, quien, presa del pánico, decía que Chen había dejado de respirar.

Breashears y su compañero de la expedición IMAX, Ed Viesturs, se dieron prisa en llegar para intentar reanimarlo, pero cuando alcanzaron a Chen cuarenta minutos después lo encontraron sin vida. Al anochecer, cuando Gau se encontraba ya en el collado Sur; Breashears le llamó por radio.

—Makalu —le dijo al jefe de la expedición taiwanesa—, Chen ha muerto.

—Entendido —respondió Gau—. Gracias por la información.

Luego garantizó a los de su equipo que la muerte de Chen no influiría en sus planes de ponerse en camino a medianoche.

Breashears estaba anonadado. «Acababa de cerrarle los ojos a su amigo —dice, no sin un deje de rabia—. Acababa de llevar el cuerpo de Chen montaña abajo. Y a ese Makalu sólo se le ocurría decir "Entendido". No sé, quizá fuera una cosa de tipo cultural. Tal vez pensase que el mejor modo de honrar la memoria de Chen era continuar hasta la cima».

En las seis semanas precedentes se habían producido varios accidentes graves: la caída de Tenzing en la grieta antes de nuestra llegada al campamento base; el edema pulmonar de Ngawang Topche y el posterior deterioro físico de éste; un joven escalador inglés del equipo de Mal Duff, Ginge Fullen, había sufrido un ataque al corazón en la Cascada de Hielo; un danés del mismo equipo, Kim Sejberg, había sido alcanzado por un serac en la cascada y tenía varias costillas rotas. No obstante, hasta entonces no había muerto nadie.

La muerte de Chen fue como un paño mortuario arrojado sobre la montaña a medida que los rumores corrían de tienda en tienda, pero al cabo de unas horas treinta y tres escaladores iban a partir para la cima, y enseguida prevaleció el nerviosismo lógico ante el inminente asalto. Estábamos todos tan poseídos por la fiebre de la cima que no éramos capaces de reflexionar sobre la muerte de alguien tan cercano a nosotros. Ya habría tiempo después para meditar, nos decíamos, en cuanto hubiéramos coronado y estuviésemos de nuevo abajo.

CAMPAMENTO III

9 de mayo de 1996 7.300 metros

Miré hacia abajo. El descenso se presentaba muy poco apetecible. [...] Demasiado esfuerzo, demasiadas noches sin dormir, demasiados sueños para llegar hasta aquí arriba. No podíamos volver la semana siguiente e intentarlo de nuevo.

Bajar ahora, aunque hubiera sido posible, supondría enfrentarse a un futuro marcado por un gran interrogante: ¿qué podría haber pasado?

*Thomas E. Hornbein
Everest: The West Ridge*

Aletargado y grogui después de una noche en vela en el campo III, me costó lo mío vestirme, fundir hielo y salir de la tienda el jueves, día 9, por la mañana. Cuando terminé de llenar la mochila y ajustarme las correas de los crampones, casi todo el grupo de Hall estaba escalando hacia el campo IV. Sorprendentemente, Lou Kasischke y Frank Fischbeck iban con ellos. Dado el mal aspecto que presentaban la tarde anterior al aparecer en el campamento, yo había supuesto que tanto Lou como Frank decidirían arrojar la toalla. El que hubiesen resuelto seguir subiendo me impresionó gratamente.

Mientras me daba prisa para alcanzar a mis compañeros, miré hacia abajo y divisé una cola de medio centenar de escaladores de otras expediciones que también subían por las cuerdas fijas; los dos primeros ya estaban justo debajo de mí. Como no quería verme atrapado en lo que sin duda iba a ser un atasco fenomenal (y que, entre otros riesgos, prolongaría mi exposición a la intermitente lluvia de piedras que caían), apreté el paso y decidí ponerme en cabeza de la cordada. Sin embargo, como por la cara del Lhotse subía una única cuerda, no era fácil adelantar a los escaladores más lentos.

La piedra que había golpeado a Andy no dejaba de martirizar mi memoria cada vez que me desenganchaba para adelantar a alguien; el más pequeño proyectil habría bastado para mandarme pared abajo si me hubiera dado mientras me soltaba de la cuerda. Por lo demás, este modo de avanzar como jugando a la pídola no sólo me desquiciaba, sino que era extenuante. Como un coche de pocos caballos tratando de pasar a toda una hilera de todoterrenos cuesta arriba, tuve que pisar el acelerador a fondo durante largo rato para rebasar a otros montañeros, lo cual me hacía boquear de tal forma que temí acabar vomitando en la mascarilla de oxígeno.

Era la primera vez que escalaba con oxígeno, y me costó un poco acostumbrarme. Aunque las ventajas de respirar oxígeno envasado a esas altitudes eran indiscutibles, no lo era menos que a uno le costaba verlas. Mientras trataba de recuperar el resuello después de adelantar a tres escaladores, noté como si la mascarilla me asfixiara, de modo que me la arranqué... pero resultó que sin ella era aún más difícil respirar.

Cuando gané el promontorio de roca calcárea conocido como las Bandas Amarillas, ya estaba situado al principio de la cola, lo que me permitió adoptar un paso más confortable. Marchando sin prisa pero sin pausa, hice una travesía hacia la izquierda por el techo de la cara del Lhotse y luego remonté un peñasco de esquisto negro que se conoce como Espolón de los Ginebrinos. Por fin había logrado cogerle el truco a respirar a través de la mascarilla y ya llevaba más de una hora de ventaja a mi inmediato compañero. En el Everest la soledad era una mercancía insólita, y di gracias de poder disfrutarla un poco en aquel escenario tan excepcional.

A 7.900 metros, me detuve en la cresta del espolón para beber agua y contemplar la vista. Tan diáfano era aquel aire enrarecido que incluso los picos más distantes parecían estar al alcance de la mano. Iluminada casi con desmesura por el sol de mediodía, la pirámide del Everest se erguía entre una gasa intermitente de nubes. Mirando por el teleobjetivo de mi cámara hacia la arista Sureste, me sorprendió ver cuatro figuras pequeñas como hormigas moverse casi imperceptiblemente hacia la Antecima. Deduje que eran escaladores de la expedición montenegrina; si lo conseguían, serían los primeros del año en coronar. Significaría también que los rumores sobre una infranqueable capa de nieve eran infundados; si ellos podían llegar arriba, seguramente también lo lograríamos nosotros. Pero aquel penacho de nieve que se veía ahora en lo alto era una mala señal: los montenegrinos estaban luchando contra un viento feroz. Llegué al collado Sur, nuestra rampa de lanzamiento para el asalto a la cima, a la una de la tarde. Situado a 7.930 metros sobre el nivel del mar, se trata de un llano de hielo durísimo y cantos rodados a prueba de intemperies que ocupa un amplio corte entre las paredes superiores del Lhotse y el Everest. El collado, de forma más o menos rectangular (sus medidas son de unos cuatro campos de rugby de longitud por otros dos de anchura), tiene en su margen oriental una caída de dos mil metros por la cara del Kangshung, mirando al Tibet; por el otro lado hay una pendiente de mil doscientos metros sobre el Cwm Occidental.

Muy cerca del borde de este abismo, en el extremo oeste del collado, las tiendas del campo IV descansaban en un trecho de terreno yermo cercado por más de un millar de botellas de oxígeno desechadas²⁵. Si es que existe un lugar más desolado e inhóspito en todo el planeta, confío en no verlo nunca. Cuando las corrientes atmosféricas encuentran el macizo del Everest y se vuelan por la uve que forman los perfiles del collado Sur, el viento alcanza velocidades inimaginables; no es raro que en esa zona los vientos sean aún más fuertes que los que azotan la cumbre.

El huracán que sopla casi siempre en el collado a principios de primavera explica por qué allí sólo hay roca pelada y hielo incluso cuando las pendientes contiguas están cubiertas de nieve: lo que el viento no manda hacia Tibet, se congela para siempre en el collado.

Cuando llegué al campamento IV seis sherpas se afanaban en levantar las tiendas de Hall en medio de un vendaval de 50 nudos. Mientras los ayudaba a plantar la mía, aproveché para anclar los vientos con unos envases de oxígeno abandonados metidos bajo las piedras más grandes que conseguí levantar. Luego me refugié dentro para calentarme las manos mientras esperaba a los demás.

El viento empeoró a medida que avanzaba la tarde. El *sirdar* de Fischer, Lopsang Jangbu, apareció cargado con un enorme fardo de 30 kilos, de los cuales más de diez correspondían a un teléfono vía satélite con sus periféricos: Sandy Pittman pretendía enviar noticias por Internet desde 7.900 metros de altitud. El último de mis compañeros no llegó hasta las 16:30, y los rezagados del grupo de Fischer lo hicieron aún más tarde, cuando una gran tormenta estaba en su apogeo. De anochecida, los montenegrinos regresaron al collado diciendo que no habían podido alcanzar la cima: habían dado media vuelta antes del escalón Hillary.

El mal tiempo y la capitulación de los montenegrinos no auguraba nada bueno para nuestro propio intento, que estaba previsto para antes de seis horas. Cada cual se refugiaba en su tienda de nailon nada más llegar al collado, con la intención de intentar dormir un poco, pero el tableteo de la tela y el nerviosismo propio de la espera hizo que la mayoría de nosotros no pegara ojo.

Stuart Hutchison —el joven cardiólogo canadiense— y yo compartíamos tienda; Rob, Frank, Mike Groom, John Taske y Yasuko Namba ocupaban otra; Lou, Beck Weathers, Andy Harris y Doug Hansen una tercera. Lou y sus compañeros de tienda estaban adormilados cuando oyeron una voz extraña clamar en medio del vendaval:

«¡Dejadlo entrar ya o se nos muere aquí mismo!» Lou subió la cremallera y un momento después un hombre barbudo cayó en su regazo. Era Bruce Herrod, el afable subjefe del equipo surafricano y el único miembro con currículum como alpinista que quedaba de esa expedición.

«Bruce estaba realmente mal —recuerda Lou—, no paraba de tiritar y actuaba de manera muy irracional, apenas era capaz de hacer nada

por sí mismo. Su estado de hipotermia era tal que casi no podía hablar. Por lo visto, el resto de su grupo estaba en el collado Sur, o camino del mismo. Pero él no sabía dónde se hallaban, ni tampoco cómo encontrar su tienda, así que le dimos algo de beber e intentamos reanimarlo un poco».

A Doug tampoco le iba muy bien. «No tenía buen aspecto —recuerda Beck Weathers—. Se quejaba de que no había dormido ni comido en dos días. Pero estaba decidido a calzarse los crampones y seguir adelante. Yo, que para entonces creía conocer bien a Doug, me daba cuenta de que se había pasado el año lamentando haber estado a un paso de la cumbre y haber tenido que dar media vuelta. Quiero decir que esa idea lo obsesionaba. Estaba claro que no iba a perderse una segunda oportunidad. Doug seguiría escalando mientras fuera capaz de respirar».

Aquella noche había más de cincuenta personas en el collado, apiñadas en tiendas plantadas muy juntas, y sin embargo el ambiente era de soledad. El rugir del viento hacía imposible comunicarse de una tienda a otra. En ese lugar dejado de la mano de Dios, me sentí desconectado de los demás escaladores —emocional, espiritual y físicamente— como no me había pasado nunca en ninguna expedición anterior. Me di cuenta de que éramos un equipo sólo de nombre. Aunque dentro de unas horas dejaríamos el campamento en grupo, cada cual ascendería a su antojo sin estar atado a nadie por cuerda alguna ni por un sentido profundo de la lealtad. Cada cliente estaba allí, como quien dice, por su cuenta y riesgo. Y mi caso no era diferente: deseaba, por ejemplo, que Doug consiguiera su propósito, pero si él daba media vuelta, yo iba a seguir esforzándome por lograr la cumbre.

En otro contexto una reflexión como ésa habría sido deprimente, pero estaba demasiado preocupado por el tiempo como para darle vueltas. Si el viento no paraba —y pronto—, la cima quedaría vedada para todos nosotros. A lo largo de la semana anterior los sherpas de Hall habían subido cincuenta y cinco botellas de oxígeno al collado. Aunque pueda parecer mucho, era apenas lo justo para facilitar un solo intento a cargo de tres guías, ocho clientes y cuatro sherpas. Y el precioso oxígeno se iba consumiendo incluso mientras estábamos en nuestras tiendas. En caso necesario podíamos cerrar la válvula y permanecer en el collado sin problemas durante unas 24 horas; más allá de eso, habría que subir o bajar.

Pero, oh maravilla, a las 19:30 el vendaval remitió de golpe. Herrod salió de la tienda de Lou y fue con paso vacilante en busca de sus compañeros. La temperatura seguía siendo fría, pero no soplaban viento, condiciones excelentes para escalar. Hall tenía un instinto extraordinario: parecía que lo hubiera previsto todo. «¡Jonno! ¡Stuart! —chilló desde la tienda de al lado—. Esto va en serio, chicos. Listos para el rock'n'roll a las once y media».

Mientras tomábamos té y preparábamos nuestros trastos de escalada, nadie habló gran cosa. Todos habíamos sufrido mucho para llegar a ese punto. Como Doug, yo había comido poco y no había pegado ojo desde que dejáramos el campo IV. Cada vez que tosía, era como si alguien me clavase un puñal entre las costillas, y el dolor hasta me hacía llorar. Pero si quería llegar a la cima, era preciso olvidarse de los achaques y escalar.

Veinticinco minutos antes de la medianoche, me ajusté la mascarilla de oxígeno, encendí el frontal y salí a la oscuridad. El grupo de Hall lo formábamos quince personas: tres guías, los ocho clientes y los sherpas Ang Dorje, Lhakpa Chhiri, Ngawang Norbu y Kami. Hall hizo que otros dos sherpas —Arita y Chuldum— se quedaran de refuerzo en las tiendas dispuestos a movilizarse si había problemas.

El equipo de Mountain Madness —compuesto por los guías Fischer, Beidleman y Boukreev; seis sherpas; y los clientes Charlotte Fox, Tim Madsen, Klev Schoening, Sandy Pittinan, Lene Gammelgaard y Martin Adams— abandonó el collado Sur una hora después que nosotros²⁴.

Lopsang pretendía que sólo cinco sherpas de Mountain Madness acompañaran al grupo que debía atacar la cima, dejando a dos como refuerzo, pero, según sus palabras, «Scott abrió su corazón y les dijo a mis sherpas "Podéis subir todos²⁴». Al final, Lopsang no hizo caso a Fischer y ordenó a su primo, *Big Bemba*, que se quedara abajo. «Pemba se ha enfadado —reconocía Lopsang—, pero yo le he dicho "O te quedas o no te vuelvo a dar trabajo". Y se ha quedado en el campamento IV».

Poco después de partir el grupo de Fischer, Makalu Gau inició la ascensión con dos sherpas, incumpliendo así su promesa de que ningún taiwanés intentaría alcanzar la cima el mismo día que nosotros. Los surafricanos también habían tratado de ponerse en camino, pero la penosa ascensión desde el campamento III hasta el collado Sur los había agotado tanto que ni siquiera salieron de sus tiendas.

En conjunto, aquella noche partieron hacia la cumbre treinta y tres escaladores. Aunque dejamos atrás el collado Sur como miembros de tres expediciones distintas, nuestros destinos ya empezaban a entrelazarse, y lo harían mucho más a cada metro que ascendiéramos.

La noche poseía una belleza fría y fantasmagórica que iba en aumento a medida que subíamos. El cielo aparecía poblado de más estrellas de las que he visto nunca. Una luna casi llena surgió detrás del Makalu, a 8.480 metros, cubriendo el suelo bajo mis botas de una luz espectral y haciendo innecesario el empleo de frontales. Hacia el sureste, en la frontera indonepalesa, colosales masas de cúmulos flotaban sobre los ponzoñosos pantanos del Terai, iluminando el cielo con surreales relámpagos azules y anaranjados.

A las tres horas de camino, Frank decidió que algo andaba mal, se salió de la cola y se volvió al campamento. Su cuarta intentona de coronar el Everest había terminado.

No mucho después, Doug se desmarcó también. «En ese momento iba un poco por delante de mí —recuerda Lou—. De repente, se salió de la fila y se quedó allí de pie. Cuando llegué a su altura, me dijo que tenía frío, que se sentía mal y que regresaba a las tiendas». Rob, que cerraba la marcha, llegó poco después y estuvo hablando con Doug. Nadie oyó lo que decían, así que es imposible saberlo, pero el resultado fue que Doug volvió a la fila y siguió escalando.

El día antes de abandonar el campamento base, Rob nos había hablado a todos acerca de la importancia de obedecer sus órdenes cuando intentásemos el ataque a la cima. «Allá arriba no consentiré discusiones —nos advirtió, mirándome especialmente a mí—. Mi palabra será ley, y no habrá apelación posible. Si a alguien no le gustan mis decisiones, será un placer discutirlo después, pero no mientras estemos en plena escalada».

La fuente más obvia de posible conflicto era la posibilidad de que Rob decidiera dar media vuelta antes de alcanzar la cima. Pero había otra cosa que le preocupaba especialmente. Durante las últimas fases de la aclimatación, nos había permitido ciertas licencias para que ascendiéramos a nuestro propio ritmo; por ejemplo, a mí me había permitido que me adelantase al grupo principal en un par de horas o más. Ahora, sin embargo, hacía hincapié en que durante la primera mitad de la ascensión a la cima quería que subiéramos pegados los unos a los otros. «Hasta que lleguemos todos a la cresta de la arista Sureste —dijo, refiriéndose al característico promontorio de 8.418 metros conocido como el Balcón—, cada cual deberá guardar una distancia máxima de cien metros con el siguiente. Esto es esencial. Escalaremos de noche, y quiero que los guías puedan tener a todo el mundo controlado».

Ascendiendo en las horas previas a la madrugada del 10 de mayo, los que íbamos en cabeza del grupo nos vimos obligados a parar repetidas veces y esperar en medio de un frío de muerte a que nos alcanzaran los miembros más lentos. En una ocasión Mike Groom, Ang Dorje y yo estuvimos sentados más de tres cuartos de hora en un saliente cubierto de nieve, tiritando y batiendo manos y pies para que no se nos congelaran. Pero lo más terrible de soportar no era el frío, sino el tiempo que perdíamos.

A las 3:45, Mike dijo que nos habíamos adelantado demasiado y que debíamos esperar otra vez. Pegándome a un afloramiento de roca con el fin de eludir la helada brisa que ahora soplaban del oeste, miré hacia abajo e intenté identificar a los escaladores que iban acercándose por la

pendiente a la luz de la Luna. Vi que varios miembros del grupo de Fischer habían alcanzado a nuestro grupo: la gente de Hall, la de Mountain Madness y los taiwaneses estaban ahora mezclados en una cola intermitente. Fue entonces cuando reparé en algo que me llamó la atención.

Veinte metros más abajo, una figura alta embutida en chaqueta y pantalones de un amarillo chillón iba enganchada a la espalda de un pequeño sherpa mediante un metro de cuerda; el sherpa, que no llevaba mascarilla de oxígeno y resoplaba de mala manera, tiraba de su compañero como un caballo de un arado. La extraña pareja iba adelantando a buen ritmo a otros escaladores, pero aquella técnica —conocida como short-roping y empleada para asistir a un montañero herido o sin fuerzas— parecía peligrosa y extremadamente incómoda para ambos. Al final los reconocí: el sherpa era el flamante sirdar de Fischer, Lopsang Jangbu, y el cliente de amarillo Sandy Pittman.

Neal Beidleman, que también observó que Lopsang remolcaba a Pittman, recuerda que «mientras yo subía, vi a Lopsang inclinado sobre la cuesta, aferrándose a la roca como una araña y tirando de Sandy con una correa. Me pareció raro y bastante peligroso. No sabía muy bien cómo tomármelo».

A eso de las 4:15, Mike nos dio el visto bueno para seguir ascendiendo. Ang Dorje y yo empezamos a escalar tan rápido como pudimos a fin de entrar en calor. Cuando las primeras luces del amanecer alumbraron el horizonte por el este, el terreno rocoso que habíamos ascendido dio paso a un amplio barranco de nieve sin consolidar. Relevándonos para abrir huella, con la nieve hasta las rodillas, Ang Dorje y yo alcanzamos la cresta de la arista Sureste a las 5:30, cuando el sol ya asomaba en el cielo. Tres de los cinco picos más altos del mundo aparecieron recortados contra el fondo color pastel de la aurora. Mi altímetro marcaba 8.415 metros.

Hall me había dejado bien claro que no debía seguir subiendo hasta que todo el grupo se hubiera reunido en el Balcón, así que me senté en mi mochila a esperar. Cuando por fin llegaron Rob y Beck, que cerraban la fila, yo llevaba allí más de una hora y media. Mientras tanto, la gente de Fischer y los taiwaneses habían pasado de largo. Malgastar tanto tiempo y quedarme a la cola de los demás hizo que me sintiese frustrado, pero entendía la lógica de Hall y me tragué la rabia lo mejor que pude.

Yo llevaba treinta y cuatro años escalando montañas, y había descubierto que los aspectos más gratificantes del alpinismo se derivan de la importancia que se da a la confianza en uno mismo, a tomar decisiones críticas y afrontar las consecuencias. Cuando alguien participa como cliente en una expedición se ve obligado a renunciar a todo eso y más. Por seguridad, un guía responsable siempre querrá tenerlo todo controlado, pues sabe que no puede permitirse el lujo de que cada cliente decida por su cuenta cosas importantes.

Así pues, durante toda la expedición los clientes habíamos permanecido forzosamente pasivos. Los sherpas marcaban la ruta, montaban los campamentos, cocinaban, acarreaban el equipaje, lo cual nos ahorra esfuerzos y aumentaba enormemente nuestras posibilidades de alcanzar la cima, pero para mí era muy poco satisfactorio. A veces tenía la sensación de estar escalando por delegación. Aunque había aceptado ese papel por el gusto de subir al Everest con Hall, no conseguía acostumbrarme a ello. Cuál no sería mi alegría cuando a las 7:10 Hall llegó a lo alto del Balcón y me dio el visto bueno para que siguiera.

Una de las primeras personas que alcancé cuando me puse otra vez en marcha fue Lopsang, que estaba arrodillado en la nieve al lado de un vómito. Normalmente, y a pesar de que nunca usaba oxígeno adicional, era el miembro más fuerte de los grupos en que participaba. Como me dijo orgulloso tras la expedición: «Cuando escalo una montaña soy siempre el primero, el que fija la cuerda. En 1995, con Rob Hall, fui en cabeza desde el campamento base hasta la cima del Everest, todas las cuerdas las fijé yo». Su posición cerca de la retaguardia de Fischer, y su manera de devolver todo lo que tenía en el estómago, parecía indicar que algo iba realmente mal.

La tarde del día anterior, Lopsang había quedado agotado cargando con el teléfono vía satélite de Pittman —además del resto de sus cosas— desde el campo III hasta el IV. Cuando Beidleman vio al sherpa echarse al hombro aquel fardo enorme, le dijo que no hacía falta llevar el teléfono al collado Sur y le sugirió que lo dejara. «Yo no quería llevar el teléfono —admitió después Lopsang, en parte porque no había funcionado muy bien en el campamento III y también porque era aún menos probable que lo hiciera en las condiciones más duras del campo IV—, pero Scott me dijo: "Si no lo llevas tú, lo llevo yo." De modo que até el teléfono a la mochila y lo subí al campo IV... Por eso acabé tan cansado».

Y ahora Lopsang acababa de remolcar a Sandy Pittman durante cinco o seis horas, lo que no sólo agravó considerablemente su fatiga, sino que, además, le impidió establecer la ruta. Como la inesperada ausencia de Lopsang en cabeza de la cordada tuvo consecuencias adversas en el balance de la jornada, su decisión de remolcar a Pittman provocó críticas y sorpresa. «No se me ocurre por qué hacía short-roping con Sandy —dice Beidleman—. De repente fue como si perdiera los papeles, el orden de prioridades».

Por su parte, Pittman aseguraba que no le había pedido ayuda al sherpa. Tras partir del campamento IV al frente del grupo de Fischer, Lopsang la hizo bruscamente a un lado y le pasó una vuelta de cuerda por la parte frontal del arnés. Luego, sin consultarla, prendió el otro extremo a su propio arnés y empezó a tirar. Sandy mantiene que Lopsang la arrastró pendiente arriba en contra de su deseo, lo cual plantea una pregunta: tratándose de una neoyorquina famosa por su carácter impulsivo (tan inquebrantable era, que en el campamento base unos neozelandeses la habían bautizado «Sandy Pit Bull»), ¿por qué no desenganchó sencillamente la cuerda que la ataba a Lopsang, para lo cual no habría tenido más que alargar la mano y abrir el mosquetón?

Pittman explica que no se desenganchó del sherpa por respeto a la autoridad de éste: «No quería herir los sentimientos de Lopsang». Añade que, aunque no miró el reloj, cree recordar que sólo la había remolcado «una hora o una hora y media²⁸», no cinco o seis como varios escaladores comentaron y Lopsang confirmó después.

Lopsang, que en múltiples ocasiones había expresado un abierto desdén hacia Pittman, dio versiones contradictorias del incidente. A Peter Goldman —el abogado de Seattle que en 1995 había subido al Broad Peak con Scott y el propio Lopsang y era uno de los mejores y más antiguos amigos de Fischer— le dijo que, como estaba muy oscuro, confundió a Pittman con la danesa Lene Gammelgaard y dejó de remolcarla tan pronto como cayó en la cuenta del error con la primera luz del día. Pero luego, en una extensa entrevista grabada que me concedió, Lopsang insistía con bastante convicción en que supo en todo momento que estaba tirando de Pittman y que lo había decidido así «porque Scott quería que todos los clientes subieran a la cima, y yo pensé que Sandy sería la más débil del grupo, la más lenta. Por eso quise que fuera en cabeza».

Lopsang, un joven muy perspicaz, reverenciaba a Fischer; comprendía hasta qué punto era importante para su amigo y jefe llevar a Pittman hasta la cumbre. En efecto, Fischer le dijo a Jane Bromet en una de las últimas conversaciones que mantuvo con ella desde el campamento base: «Si consigo que Sandy llegue arriba, me juego algo a que saldrá en la tele. ¿Tú crees que me hará un poquito de publicidad?»

Como explicó Goldman, «Lopsang era absolutamente fiel a Scott. Para mí es inconcebible que remolcara a nadie a menos que estuviera convencido de que Scott lo quería así».

Al margen de los motivos de Lopsang, la decisión de remolcar a un cliente no se consideró en ese momento un error grave. Pero resultó ser una de otras muchas pequeñas cosas que se acumularon imperceptiblemente hasta formar una masa crítica.

10 de mayo de 1996

8.400 metros

Baste decir que [el Everest] tiene las crestas más escarpadas y los más pavorosos precipicios que haya visto jamás, y que todo eso de que es una fácil pista de nieve es puro mito /.../ Querida, esto es tan emocionante... No puedo explicar cómo me tiene poseído, si vieras qué panorama..., Es todo tan bello!

George Leigh Mallory, en una carta a su esposa 28 de junio de 1921

Más arriba del collado Sur, ya en la Zona de la Muerte, la supervivencia es en gran medida una carrera contrarreloj. Al partir del campamento IV el día 10 de mayo, cada cliente llevaba dos botellas de oxígeno de tres kilos y tenía que recoger una tercera en la cima Sur, de un escondite que los sherpas se encargaban de abastecer. A un ritmo tranquilo de dos litros por minuto, cada botella debía durarnos entre cinco y seis horas. El oxígeno se nos acabaría hacia las cuatro o cinco de la tarde. Según la aclimatación y el estado fisiológico de cada uno, aún podríamos hacer algo a esa altitud, pero poca cosa y por poco tiempo. Quedaríamos expuestos inmediatamente al edema pulmonar, al edema cerebral, a la hipotermia y a las congelaciones. El riesgo de morir se dispararía.

Hall, que había coronado cuatro veces el Everest, comprendía mejor que nadie la necesidad de subir y bajar lo más rápido posible. Sabedor de que la destreza de algunos de sus clientes estaba claramente en entredicho, Hall pretendía servirse de cuerdas fijas para salvaguardar a nuestro grupo y al de Fischer en el tramo más difícil. Por tanto, le preocupaba el que ninguna expedición hubiera llegado hasta arriba aquel año, pues significaba que habría muy pocas cuerdas instaladas.

Göran Kropp, el escalador solitario sueco, había llegado el 3 de mayo a unos cien metros por debajo de la cima, pero no había fijado ninguna cuerda. Los montenegrinos, que habían subido aún más, habían instalado algunas, pero cometieron el error de emplear todas sus reservas en los primeros cuatrocientos metros por encima del collado, derrochándolas en pendientes bastante suaves donde la cuerda no era necesaria. Así, en la mañana del día 10, las únicas cuerdas tendidas a lo largo de la escarpada cresta de la arista Sureste eran unos restos viejos y deshilachados, de anteriores expediciones, que asomaban esporádicamente entre el hielo.

Previendo esa posibilidad, Hall y Fischer habían convocado una reunión de guías de ambos equipos en el campo base, y habían acordado que dos sherpas de cada expedición —incluidos los *sirdar* de escalada Ang Dorje y Lopsang— partirían del campamento IV noventa minutos antes que el grupo. Eso les daría tiempo para instalar cuerdas fijas en los tramos más peligrosos antes de que llegaran los clientes. «Rob dejó claro que esto era muy importante —recuerda Beidleman—. Quería evitar a toda costa un atasco, pues nos haría perder mucho tiempo».

Por motivos que se desconocen, ningún sherpa partió del collado Sur la noche del 9 de mayo. Quizás el furioso vendaval, que no cesó hasta las 19:30, les impidiera ponerse en marcha a la hora prevista. Después de la expedición, Lopsang aseguró que en el último momento Fischer y Hall habían descartado el plan de instalar cuerdas antes de que llegaran los clientes, porque tenían informaciones —falsas— de que los montenegrinos habían hecho el trabajo hasta la cima Sur.

Pero aunque la afirmación de Lopsang sea correcta, ni Beidleman ni Groom ni Boukreev —los tres guías supervivientes— se enteraron del cambio de planes. Y si la idea de fijar las cuerdas hubiera sido abandonada a propósito, no habría sido necesario que Lopsang y Ang Dorje partieran del campamento IV antes que los demás cargados con noventa metros de cuerda cada uno.

En cualquier caso, por encima de los 8.350 metros de altitud nadie había fijado cuerdas antes de nuestra llegada. Cuando a las 5:30 Ang Dorje y yo alcanzamos el Balcón, llevábamos más de una hora de ventaja al grueso del grupo. En ese momento habríamos podido adelantarnos para instalar las cuerdas, pero Rob me había prohibido explícitamente que subiera más, y Lopsang todavía estaba muy abajo, tirando de Pittman, así que nadie podía acompañar a Ang Dorje.

De natural callado y melancólico, Ang Dorje me pareció especialmente abatido cuando nos sentamos a ver cómo salía el sol. Mis intentos de entablar conversación con él terminaron en nada. Me figuré que su mal humor quizá se debiera a una muela que lo atormentaba desde hacía dos semanas. O a que estaba meditando sobre la visión que había tenido cuatro días atrás: en su última velada en el campamento base, él y otros sherpas habían celebrado el inminente ataque a la cima bebiendo una gran cantidad de *chhang*, una bebida dulce y espesa a base de arroz y mijo. A la mañana siguiente, con una resaca de cuidado, Ang Dorje estaba muy nervioso; antes de llegar a la Cascada de Hielo le había confiado a un amigo que había visto fantasmas por la noche. Persona de intensa vida espiritual, el sherpa no era de los que se tomaban a la ligera esa clase de portentos.

Sin embargo, es posible que sólo estuviera enfadado con Lopsang, a quien consideraba un fanfarrón. Un año antes, Hall los había contratado a ambos para su expedición al Everest, y los dos sherpas no se habían llevado muy bien.

El día del ataque a la cumbre, Hall y su equipo habían llegado tarde a la cima Sur —serían las 13:30— y encontraron que el último tramo de la cresta estaba cubierto de un espeso e inestable manto de nieve. Hall envió por delante a un guía neozelandés llamado Guy Cotter y a Lopsang, que no a Ang Dorje, para ver si era factible seguir subiendo; pero Ang Dorje era el *sirdar*, y se lo tomó como un insulto. Poco después, cuando Lopsang había ganado la base del escalón Hillary, Hall decidió abortar la intentona e hizo señas a Lopsang y Cotter de que volvieran. Lopsang hizo caso omiso, se desenganchó de Cotter y continuó en solitario hasta la cima. Hall se había enfadado mucho por la insubordinación de Lopsang, sentimiento que Ang Dorje compartió con su patrono.

A pesar de que ese año iban en grupos diferentes, a Ang Dorje se le había pedido que trabajara otra vez con Lopsang en el ataque a la cima, y una vez más éste parecía comportarse de un modo extraño. Ang Dorje llevaba seis largas semanas trabajando más de lo que le exigían sus funciones. Ahora, al parecer, estaba cansado de hacer lo que no le tocaba. Con cara de pocos amigos, permaneció sentado junto a mí a la espera de que llegara Lopsang, y las cuerdas quedaron por fijar.

Como consecuencia de ello, me metí en el primer tropiezo una hora y media después de dejar atrás el Balcón, a 8.500 metros, cuando miembros de los dos equipos toparon con una serie de imponentes escalones de roca que no podían salvarse sin ayuda de cuerdas. Apiñarlos y nerviosos, los clientes estuvieron casi una hora al pie del escollo mientras Beidleman —asumiendo las obligaciones del ausente Lopsang— se encargaba de tender la cuerda.

En este punto, la impaciencia y la inexperiencia técnica de Yasuko Namba estuvo a punto de provocar un desastre. Yasuko, una experta mujer de negocios en la nómina de Federal Express, no cuadraba con el estereotipo de la mujer japonesa de mediana edad, mansa y deferente. En su casa, según me había contado entre risas, era su marido quien se encargaba de cocinar y limpiar. Su afán de conquistar el Everest se

había convertido en una *cause célèbre* en todo Japón. Al inicio de la expedición, Yasuko se había mostrado como una escaladora lenta e insegura, pero ahora, con la cima a la vista, se la veía más decidida que nunca. «Desde que llegamos al collado Sur —dice John Taske, que había compartido tienda con ella en el campamento IV—, Yasuko no pensaba en otra cosa que en hacer cima; era casi como si estuviera en trance». Desde el inicio de la última etapa, Namba se había esforzado por estar en los primeros puestos de la marcha.

Mientras Beidleman escalaba la roca treinta metros más arriba de los clientes, la ansiosa Yasuko afianzó el jumal a la cuerda que colgaba antes de que el guía hubiera anclado su extremo de la misma. Cuando ya se disponía a apoyar todo el peso de su cuerpo en la cuerda (lo que habría hecho caer a Beidleman), Mike Groom intervino y la reprendió por su impaciencia.

El embotellamiento al pie de las cuerdas crecía a medida que iban llegando expedicionarios, con lo que se formó una hilera cada vez más larga. A media mañana, tres clientes de Hall —Stuart Hutchison, John 'láske y Lou Kasischke, que subían entre los últimos con éste— empezaron a inquietarse por la lentitud de la ascensión. Enfrente de ellos estaba el equipo taiwanés, avanzando a paso de tortuga. «Subían de una manera muy peculiar, muy juntitos —recuerda Hutchison—, como rebanadas de un pan de molde, uno detrás del otro, con lo que era casi imposible adelantarlos. No acababan de dejar libre la cuerda».

En el campo base, hall había contemplado dos posibles horas para dar marcha atrás: la una o las dos de la tarde. Sin embargo, no llegó a decirnos por cuál debíamos guiarnos, lo que no dejaba de ser curioso si se tenía en cuenta su insistencia previa sobre la importancia de marcar un plazo límite y atenerse a él pasara lo que pasase. Todos pensamos que Hall no tomaría ninguna decisión definitiva hasta el último día, tras valorar el tiempo y otros factores, y que entonces asumiría la responsabilidad de hacer volver a todo el mundo a la hora fijada.

A media mañana del 10 de mayo, Hall *aún* no había anunciado cuál sería la hora de recular. Hutchison, que era conservador por naturaleza, actuaba en el supuesto de que sería la una de la tarde. A eso de las once, Hall les dijo a él y a Taske que aún faltaban tres horas para la cima y luego hizo un intento de adelantar a los taiwaneses. «Cada vez parecía menos probable que tuviéramos oportunidad de llegar a la cumbre antes de la hora prevista», dice Hutchison. Se produjo una breve discusión. Kasischke se resistía a aceptar la derrota, pero Taske y Hutchison lo persuadieron. A las 11:30, los tres dieron media vuelta y empezaron a bajar, acompañados a instancias de Hall por los sherpas Kami y Chhiri.

Elegir el descenso tuvo que ser muy duro para esos tres clientes, así como para Frank Fischbeck, que se había vuelto varias horas antes. El alpinismo suele atraer a hombres y mujeres que difícilmente desisten de sus objetivos. En esta fase tan avanzada de la expedición, con las desgracias y los peligros que habíamos arrastrado, cualquier persona sensata habría arrojado la toalla. Para llegar tan lejos había que ser de una terquedad fuera de lo común.

Por desgracia, la clase de individuo que puede hacer caso omiso de estas cosas y seguir con la vista fija en la cima suele estar programado también para descuidar las señales de peligro inminente. Este es el meollo de un dilema al que todo escalador en el Everest acaba enfrentándose: para tener éxito has de ser extraordinariamente decidirlo, pero si lo eres en exceso, tienes un pie en la tumba. Es más, por encima de los 8.000 metros, la línea que separa el entusiasmo de la temeridad es fatalmente delgada. De ahí que las laderas del Everest estén pobladas de cadáveres.

Taske, Hutchison, Kasischke y Fischbeck habían pagado cada uno 70.000 dólares y sufrido durante semanas para tener la oportunidad de alcanzar la cumbre. Todos ellos eran ambiciosos, gente poco acostumbrada a perder y aún menos a rendirse, pero, enfrentados a una decisión tan dolorosa, fueron de los pocos que ese día eligieron bien.

La cuerda fija terminaba encima del escalón de roca donde John, Stuart y Lou habían dado media vuelta. A partir de ahí la ruta se empinaba considerablemente siguiendo un gracioso picacho de nieve compacta que culminaba en la cima Sur; yo llegué a las 11:00 y me encontré con un nuevo atasco, todavía peor que el primero. Algo más arriba estaba el tajo vertical del escalón Hillary, y un poco más allá la cima propiamente dicha. Entumecido por la fatiga y una especie de temor reverencial, tomé unas cuantas fotos y me senté con los guías Andy Harris, Neal Beidleman y Anatoli Boukreev a esperar a que los sherpas fijaran cuerdas en la espectacular cornisa del último tramo.

Advertí que, al igual que Lopsang, Boukreev no utilizaba oxígeno. Aunque el ruso había coronado dos veces el Everest de aquella forma, y Lopsang tres, me extrañó que Fischer les hubiera dado permiso para guiar a los clientes hasta el pico sin emplear oxígeno, pues no podía redundar en beneficio de éstos. Me extrañó también que Boukreev no llevara mochila alguna (normalmente, un guía lleva en ella cuerda, artículos de primeros auxilios, equipo de rescate, ropa extra y otros elementos necesarios para asistir a los clientes si se presenta alguna emergencia). Boukreev era el primer guía que yo veía, en aquella o en cualquier montaña, que contravenía la norma.

En realidad, había partido del campo IV con la mochila y una botella de oxígeno; me dijo después que aunque no tenía intención de utilizar ésta, quería tenerla a mano por si necesitaba recuperar fuerzas cerca de la cima. Sin embargo, al llegar al Balcón, Boukreev desechó el macuto y le entregó a Beidleman la botella, la mascarilla y el regulador para que se los llevara. Como no estaba respirando oxígeno adicional, debió de optar por reducir al máximo su carga a fin de estar en las mejores condiciones para enfrentarse a aquel aire tan enrarecido.

Un viento de 20 nudos azotaba la arista, empujando nieve en polvo hacia la cara del Kangshung, pero arriba el cielo era de un azul que dañaba la vista. Expuesto al sol dentro de mi plumífero, contemplando el techo del mundo en el estupor de la hipoxia, a 8.750 metros de altitud, perdí toda noción del tiempo. Ninguno de nosotros prestaba mucha atención al hecho de que Ang Dorje y Ngawang Norbu, otro sherpa del equipo de Hall, estuviesen cerca de allí compartiendo un termo de té sin que parecieran tener prisa por seguir subiendo. A eso de las 11:40, Beidleman preguntó: «Oye, Ang Dorje, ¿vas a poner las cuerdas o qué?» La respuesta del sherpa fue un rápido e inequívoco «no»; quizá porque ninguno de los sherpas de Fischer estaba allí para echar una mano.

Cada vez más alarmado por la multitud reunida en la Antecima, Beidleman habló con Harris y Boukreev y los instó a instalar las cuerdas entre los tres; al oírlo, me ofrecí a ayudarlos. Beidleman sacó de su mochila un rollo de cuarenta y cinco metros de cuerda, yo cogí otro de Ang Dorje y con Boukreev y Harris nos pusimos en marcha a mediodía para fijar las cuerdas. Pero para entonces ya había transcurrido otra hora.

El oxígeno embotellado no hace que en el Everest se respire como al nivel del mar. Mientras ascendía con mi regulador a casi dos litros de oxígeno por minuto, tenía que parar a cada momento para tragar tres o cuatro bocanadas de aire. Luego avanzaba otro poco y me detenía para inspirar cuatro veces más; no podía subir más rápido que eso. Como los aparatos que utilizábamos entregaban una mezcla de gas comprimido y aire ambiente, estar a 8.800 metros con mascarilla era como respirar sin ella aproximadamente a 8.000. Pero el oxígeno embotellado aportaba otras ventajas que no eran tan fáciles de medir.

Escalando la arista final con los pulmones doloridos, disfruté de una extraña e injustificada sensación de calma. El mundo, más allá de la mascarilla, tenía una viveza estúpida, pero no parecía del todo real, como si me hubieran puesto delante una película proyectada a cámara lenta. Me sentía drogado, distante, totalmente aislado de todo estímulo externo. Tuve que recordarme constantemente que había más de dos mil metros de cielo abierto a cada lado, que me lo estaba jugando todo, que cualquier paso en falso podía pagarlo con la vida.

Media hora después de abandonar la cima Sur llegué al escalón Hillary, una de las paredes de hielo más famosas del alpinismo mundial. Sus doce metros de roca y hielo casi verticales daban miedo de mirar, pero como todo escalador que se precie, yo también quería agarrar el

cabo peligroso de la cuerda y ascender el escalón en cabeza. Era evidente que Boukreev, Beidleman y Harris pensaban lo mismo que yo, y sin duda fue la hipoxia lo que me indujo a creer que alguno de ellos iba a dejar en manos de un cliente tan codiciada empresa.

Al final, Boukreev se adjudicó el honor (era el único que había escalado previamente el Everest); con Beidleman dando cuerda, el ruso hizo un magnífico trabajo de ascensión. Pero el proceso era lento, y, mientras él escalaba penosamente la cresta del escalón, yo no hacía más que mirar el reloj preguntándome si me quedaría sin oxígeno. La primera botella se me había agotado en el Balcón a las 7:00, después de funcionar durante unas siete horas. Usando esta referencia, había calculado que mi segunda botella se acabaría sobre las 14:00, lo que me había llevado a deducir estúpidamente que habría tiempo de sobra para hacer cumbre y volver después a la cima Sur, donde me esperaba una tercera botella. Pero ya era más de la una, y empecé a tener serias dudas.

Ya en lo alto del escalón Hillary, le comenté mi preocupación a Beidleman y le pregunté si tenía inconveniente en que me adelantara hacia la cima en vez de ayudarlo a colocar el último tramo de cuerda. «La cima es toda tuya —dijo amablemente—. Yo me encargo de esto».

Al dar los últimos y agotadores pasos que me separaban de la cumbre, tuve la sensación de estar bajo el agua, de que la vida se movía a un cuarto de la velocidad normal, y entonces me vi en lo alto de una estrecha cuña de hielo, junto a una botella desechada de oxígeno y un viejo jalón topográfico de aluminio. No se podía subir más. Una ristra de banderines budistas restallaba a merced del viento. Allá abajo, al pie de la falda de montaña que no había visto hasta ahora, la estéril meseta tibetana se perdía en el horizonte, una ilimitada extensión de tierra pardo grisácea.

Se diría que coronar el Everest ha de producir una oleada de júbilo desbocado; a fin de cuentas, yo acababa de alcanzar, contra todo pronóstico, un objetivo que perseguía desde niño. Pero la cima sólo era un punto intermedio. Todo impulso de autoadulación, si es que lo tuve, quedó extinguido por una abrumadora aprensión hacia el largo y peligroso descenso que se avecinaba.

10 de mayo de 1996, 13:12 h 8.848 metros

No sólo durante la ascensión, sino también en el descenso, mi fuerza de voluntad está embotada. Cuanto más larga es la ascensión, menos importante me parece la meta, más indiferente me siento conmigo mismo. La atención disminuye, la memoria se debilita. La fatiga mental es ahora mayor que la corporal. Qué agradable es estar sentado sin hacer nada, y por tanto qué peligroso. La muerte por extenuación —como por congelación— es una muerte agradable.

Reinhold Messner

Everest, en solitario

En mi mochila llevaba un banderín de la revista *Outside* adornado con una divertida lagartija que había cosido Linda, mi mujer, además de otros recordatorios con los que pretendía posar en actitud triunfal. Consciente, sin embargo, de que mi reserva de oxígeno iba menguando, no saqué nada de la mochila y permanecí en el techo del mundo tan sólo el tiempo justo para disparar cuatro instantáneas de Andy Harris y Anatoli Boukreev posando delante del piquete geodésico. Acto seguido, inicié el descenso. Unos veinte metros más abajo me crucé con Neal Beidleman y un cliente de Fischer llamado Martin Adams, que iban de subida. Tras chocar palmas con Neal, recogí un puñado de piedrecitas de una mancha de roca laminar que el viento había dejado a la vista, me guardé los souvenirs en el bolsillo del anorak y seguí bajando por la cresta a toda prisa.

Un momento antes había visto unas nubes tenues sobre los valles orientados al sur, ahora lo cubrían todo salvo los picos más altos. Adams —un texano menudo y belicoso que se había hecho rico vendiendo bonos en la década de los ochenta— era un piloto experimentado y se había pasado muchas horas observando las nubes desde arriba; luego me diría que tan pronto como hubo coronado la cima reconoció en aquellos «inofensivos» velos de vapor de agua las coronas de unos cúmulos robustos. «Cuando ves un cúmulo desde un avión —explicaba— tu primera reacción es salir cagando leches. Y eso es lo que hice».

Pero yo, a diferencia de Adams, no solía ver cumulonimbos desde 8.800 metros de altitud, así que no me percaté de la proximidad de la tormenta. Mi máxima preocupación seguía siendo no quedarme con la botella de oxígeno vacía.

Quince minutos después de abandonar la cima, llegué al trecho superior del escalón Hillary, donde tuve que detenerme a causa de la aglomeración de gente que en ese momento ascendía por la única cuerda. Mientras esperaba a que desfilasen camino de la cima, Andy, que bajaba de ésta, me dijo: «Jon, creo que no me llega suficiente oxígeno. ¿Puedes ver si se me ha metido hielo en la válvula de la mascarilla?»

Hice una rápida comprobación y vi que la válvula de goma que dejaba pasar aire ambiente a la mascarilla tenía dentro una bola de baba congelada grande como un puño. La rompí con el pico del piolet y luego le pedí a Andy que me hiciese el favor de cerrarme el regulador y así ahorrar oxígeno hasta que el escalón estuviera libre. Equivocadamente, Andy abrió la válvula en vez de cerrarla, y diez minutos después se había agotado mi botella de oxígeno. Mis funciones cognitivas, que ya dejaban bastante que desear, cayeron inmediatamente en picado. Sentí como si me hubieran aplicado una sobredosis de calmantes.

Recuerdo vagamente que mientras yo esperaba, vi pasar a Sandy Pittman camino de la cima, seguida no sé cuánto tiempo después por Charlotte Fox y Lopsang Jangbu. A continuación apareció, allá abajo, Yasuko Namba, pero el último y más escarpado sector del escalón Hillary fue superior a ella. Estuve observando un cuarto de hora cómo pugnaba por vencer el borde superior de la roca, demasiado cansada para conseguirlo. Por último, Tim Madsen, que esperaba impaciente debajo de Yasuko, le puso las manos en las nalgas y la empujó hasta arriba.

No mucho después apareció Rob Hall. Disimulando mi pánico, le agradecí que me hubiera conducido hasta la cumbre de la montaña. «Sí, al final ha sido una expedición bastante buena», dijo, y a continuación mencionó que Frank Fischbeck, Beck Weathers, Lou Kasischke, Stuart Hutchison y John Taske habían dado media vuelta. Aun en mi estado de imbecilidad hipóxica, vi claramente que Hall estaba decepcionado porque cinco clientes suyos habían decidido desistir, sentimiento acentuado sin duda por el hecho de que el grupo de Fischer al completo parecía estar consiguiendo su objetivo. «Ojalá hubiéramos podido subir más clientes a la cima», se lamentó Rob antes de proseguir su ascensión.

Al poco rato, Adams y Boukreev llegaron de la cumbre y, justo encima de donde yo estaba, se detuvieron a esperar que aquello se despejara un poco. Un minuto después el atasco se complicó aún más con la cordada que subía: llegaron Makalu Gau, Ang Dorje y otros sherpas, seguidos de Doug Hansen y Scott Fischer. Y así, por fin, el escalón Hillary quedó despejado (pero yo había estado más de una hora a 8.800 metros sin oxígeno adicional).

Para entonces, sectores enteros de mi corteza cerebral parecían haber cerrado sus puertas. Mareado, temiendo desmayarme de un momento a otro, lo único que pensaba era en llegar cuanto antes a la cima Sur, donde me esperaba la tercera botella de oxígeno. Empecé a descender por la cuerda fija, rígido a causa del miedo que tenía. De pronto advertí que Anatoli y Martín me adelantaban y los vi bajar a paso vivo. Con la máxima cautela posible, descendí siguiendo la maroma de la cresta, pero quince metros más arriba de donde estaban las botellas de oxígeno la cuerda se terminó, y yo me resistí a seguir andando sin mascarilla.

Divisé a Andy Harris en la cima Sur rebuscando entre un montón de botellas anaranjadas.

—¡Eh, Harold! —grité—. ¿Puedes traerme una botella nueva?

—¡Aquí no queda oxígeno! —respondió él—. ¡Estas botellas están vacías!

La noticia me alarmó. Mi cerebro pedía oxígeno a gritos. No sabía qué actitud tomar. En ese momento llegó a mi altura Mike Groom, procedente de la cima. Mike había escalado el Everest sin oxígeno en 1993 y no le preocupaba mucho prescindir de él. Me pasó su botella y fuimos rápidamente hacia la cima Sur.

Una vez allí, y tras examinar el escondite, descubrimos que había al menos seis botellas llenas. Andy, sin embargo, se negaba a creerlo e insistía en que estaban todas vacías. Mike y yo no logramos convencerlo de lo contrario.

La única manera de saber cuánto oxígeno queda en una botella es conectándola al regulador y leyendo el indicador de nivel; posiblemente era así como Andy había verificado el contenido de los envases. Después de la expedición, Beidleman me dijo que si a Andy se le había atascado el regulador por culpa del hielo, el indicador pudo haber registrado que las botellas estaban vacías aunque estuvieran llenas, lo cual explicaría su extraña obstinación. Y si el regulador de Andy estaba atascado y no dejaba pasar oxígeno a la mascarilla, su aparente falta de lucidez quedaría explicada perfectamente.

Esta posibilidad —que ahora parece evidente— no se nos ocurrió entonces ni a Mike ni a mí. Considerándolo retrospectivamente, Andy se conducía de un modo muy extraño y su hipoxia era más grave de lo normal, pero yo entonces estaba tan impedido mentalmente que no pude registrar ese detalle.

A mi incapacidad para distinguir lo obvio, vino a sumarse el protocolo que caracterizaba la relación guía-cliente. Andy y yo teníamos una condición física y una técnica de escalada similares; de haber ascendido como compañeros en plano de igualdad, creo que no habría pasado por alto su situación. Pero en aquella expedición a Andy le había tocado hacer el papel de guía invencible; era el encargado de protegernos a nosotros, los clientes, y nos habían inculcado que no pusiéramos en duda la opinión de los guías. A mi inválido intelecto no se le ocurrió que Andy pudiera estar pasando serios apuros, ni que un guía pudiese necesitar mi ayuda urgentemente.

Al ver que Andy seguía obstinado en que no había botellas llenas en la cima Sur, Mike me miró significativamente. Yo me encogí de hombros y, volviéndome hacia Andy, dije: «Tú tranquilo, Harold. Es más el ruido que las nueces». Agarré una botella nueva, la acoplé a mi regulador y eché a andar montaña abajo. Dado lo que acaecería después, la facilidad con que abdiqué de toda responsabilidad —no digamos ya mi incapacidad para advertir que Andy podía estar en las últimas— fue un desliz que probablemente me atormentará hasta que me muera.

Sobre las 15:30 dejé la cima Sur por delante de Mike, Yasuko y Andy, y casi de inmediato me metí en una densa capa de nubes. Empezaba a nevar. Aquella media luz chata apenas me dejaba ver dónde terminaba la montaña y dónde empezaba el cielo; habría sido muy fácil resbalar por el borde de la cresta y... adiós a todo. Las condiciones atmosféricas no dejaron de empeorar mientras descendía del pico.

Al pie de los escalones rocosos de la arista Sureste, Mike y yo nos detuvimos para esperar a Yasuko, que tenía problemas con la cuerda fija. Mike intentó llamar a Rob por radio, pero el transmisor sólo funcionaba a ratos y Mike no logró contactar con nadie. Como él se ocupaba de Yasuko, y Rob y Andy acompañaban a Doug Hansen, di por hecho que la situación estaba controlada. Así pues, cuando Yasuko nos alcanzó, pedí permiso a Mike para seguir bajando yo solo. «Bien —respondió—; pero no te vayas cornisa abajo».

A las 16:45, cuando llegué al Balcón —el promontorio de la arista Sureste donde había estado viendo salir el sol con Ang Dorje—, me sorprendió encontrarme a Beck Weathers de pie en la nieve, tiritando. A esas alturas, yo le suponía en el campamento base. «¡Pero Beck! —exclamé—, ¿qué demonios haces aquí arriba?»

Unos años atrás, Beck se había sometido a una queratotomía radial²⁹ para corregir su miopía. Ya en el Everest, descubrió un efecto secundario de esta intervención: la baja presión barométrica propia de las grandes alturas hacía que le fallara la vista. Cuanto más subía, más baja era la presión barométrica y peor veía.

La tarde anterior, según me confesó después el propio Beck, camino del campamento IV «había perdido tanta visión que no alcanzaba a ver más allá de un metro. Lo que hice fue pegarme a John Taske, y cuando él levantaba un pie, yo ponía la bota en la huella que dejaba».

Anteriormente Beck había hablado sin ambages de sus problemas oculares, pero con la perspectiva del asalto a la cima no quiso que Rob ni nadie supieran que la cosa se había agravado. A pesar de todo, estaba subiendo bien y se sentía más fuerte que al inicio de la expedición. En sus propias palabras, «no quería largarme antes de hora».

En el tramo inmediatamente superior al collado Sur, Beck había conseguido no quedarse atrás, utilizando la misma estrategia de la tarde anterior: pisar las huellas de la persona que iba inmediatamente delante. Pero cuando llegó al Balcón y salió el sol, se dio cuenta de que tenía la vista peor que nunca. Por añadidura, se había frotado sin darse cuenta y los cristales de hielo que tenía en los ojos le habían desgarrado ambas córneas.

«En ese momento —me decía Beck— la visión de un ojo era completamente borrosa, con el otro apenas si veía nada, y ya no percibía la profundidad de campo. Comprendí que no podía seguir subiendo sin ser un peligro para mí mismo y una carga para los demás, de modo que le expliqué a Rob lo que pasaba».

«Lo siento, amigo —dijo Rob al punto—, tendrás que bajar. Haré que te acompañe uno de los sherpas». Pero Beck aún no estaba dispuesto a renunciar a la cima: «Le comenté a Rob que con el sol un poco más alto mi visión seguramente mejoraría y las pupilas se me contraerían. Dije que quería esperar un poco y que si empezaba a ver mejor, subiría detrás de los otros».

Rob lo meditó un momento y al final dijo: «De acuerdo, como quieras. Te doy media hora para que lo decidas. Pero no puedo dejar que bajes solo al campamento IV. Si tu vista no mejora en media hora, quiero que te quedes aquí para que yo sepa dónde estás hasta que regrese de la cima, y luego bajaremos los dos juntos. Esto va muy en serio: o bajas ahora mismo o me prometes que te quedarás hasta que yo vuelva».

«Se lo juré allí mismo —me dijo Beck mientras aguantábamos la nevada—. Y he cumplido mi palabra. Por eso todavía estoy aquí».

Un rato antes, Stuart Hutchison, John Taske y Lou Kasischke habían pasado de largo en su descenso acompañados de Lhakpa y Kami, pero Weathers había decidido no ir con ellos. «El tiempo era bueno —explica— y no vi motivos para romper mi promesa».

Sin embargo, oscurecía por momentos y el panorama se presentaba bastante feo.

—Baja conmigo —le rogué—. Rob aún tardará dos o tres horas en llegar. Yo te guiaré. Bajaremos bien, te lo aseguro.

Beck estaba casi convencido de venirse conmigo cuando cometí el error de comentar que Mike Groom estaba bajando con Yasuko y que no tardarían. En un día repleto de equivocaciones, ésta resultaría ser una de las más graves.

—De todos modos, gracias —dijo Beck—; pero creo que esperaré a Mike. Él lleva una cuerda y podrá retenerme cuando bajemos.

—Como quieras, Beck —repuse—. La decisión es tuya. Bueno, nos veremos en el campamento.

En el fondo me consolaba no tener que bajar con Beck por las difíciles pendientes que nos esperaban, en su mayor parte desprovistas de cuerdas fijas. La luz se estaba extinguiendo, el tiempo empeoraba, mi estado físico era lamentable. Y, sin embargo, aún no era consciente de que la catástrofe estaba a la vuelta de la esquina. Después de hablar con Beck, me tomé incluso la molestia de buscar una botella vacía de oxígeno que había enterrado en la nieve al pasar de subida unas diez horas antes. Deseoso de no dejar ningún desperdicio personal en la montaña, metí el envase en mi mochila con las otras dos botellas (una vacía, otra a medias) y descendí hacia el collado Sur, que quedaba unos quinientos metros más abajo.

Al dejar el Balcón, bajé sin problemas por aproximadamente treinta metros de suave torrencera de nieve, pero luego las cosas se complicaron un poco. La ruta serpenteaba entre afloramientos de roca laminar cubiertos de quince centímetros de nieve reciente. Sortear aquel laberinto exigía una concentración constante, lo cual, sonado como estaba, era materialmente imposible.

Como el viento había borrado el rastro de los escaladores que habían bajado antes que yo, me resultaba difícil determinar la ruta correcta. En 1993 un compañero de Mike Groom —Lopsang Tshering Bhutia, alpinista competente, sobrino del mítico Tenzing Norgay había errado el camino en esa misma zona y había muerto a consecuencia de una caída. Empecé a hablar conmigo mismo en voz alta para aferrarme a algo real. «No te disperses, no te disperses, no te disperses —me repetía una y otra vez, como si entonara un mantra—. No vas a joderla aquí arriba. Mucho ojo. No te disperses».

Me senté a descansar en un amplio resalte inclinado, pero a los pocos minutos un retumbo espectacular me hizo poner en pie de un salto. Había tanta nieve acumulada que temí que se hubiera producido un gran alud en las pendientes superiores, pero cuando me volví para mirar no conseguí ver nada. Entonces se oyó otro retumbo, acompañado ahora de un destello que incendió el cielo; eran truenos.

Por la mañana, durante la ascensión, me había preocupado de estudiar la ruta en aquella parte de la montaña, mirando frecuentemente hacia abajo para distinguir hitos del terreno que me ayudarían en la bajada y memorizándolos compulsivamente: «Girar a la izquierda al llegar al contrafuerte que parece la proa de un barco. Luego seguir la faja de nieve hasta que tuerce bruscamente a la derecha». Desde hacía muchos años estaba entrenado para hacerlo, era un trago por el que me obligaba a pasar cada vez que escalaba, y es posible que en el Everest me salvara la vida. Hacia las seis de la tarde, cuando la tormenta ya era una ventisca con vientos racheados de más de 60 nudos, llegué a la cuerda que los montenegrinos habían fijado en la pendiente unos doscientos metros escasos más arriba del collado. Serenado por la fuerza del temporal, me di cuenta de que había pasado el tramo más difícil con el tiempo justo.

Me pasé la cuerda fija alrededor de los brazos y descendí haciendo rapel entre la ventisca. Al poco rato empecé a notar una sensación de sofoco terriblemente familiar: el oxígeno se me había agotado otra vez. Tres horas antes, al aplicar el regulador a mi tercera y última botella de oxígeno, el indicador había señalado que ésta sólo estaba medio llena. Había pensado que tendría suficiente para el descenso, así que no me molesté en cambiarla por una llena. Y ahora se había acabado otra vez el oxígeno.

Me quité la mascarilla, me la dejé colgando del cuello y seguí adelante como si no pasara nada. No obstante, sin el oxígeno adicional avanzaba más despacio y tenía que parar a descansar con mayor frecuencia.

La bibliografía sobre el Everest abunda en relatos de experiencias alucinatorias atribuibles a la hipoxia y la fatiga. En 1993 el célebre escalador inglés Frank Smythe observó «dos curiosos objetos flotando en el cielo», estando a 8.400 metros de altitud: «Uno tenía unas alas mal desarrolladas, y el otro una protuberancia que recordaba un pico. Aunque permanecían inmóviles en el cielo, parecían vibrar lentamente». En 1980, durante su ascensión en solitario, Messner creyó escalar en compañía de un compañero invisible. Paulatinamente, yo mismo me di cuenta de que había caído en un extravío similar, y la sensación de ir alejándome de la realidad me llenó de fascinación y de horror.

Había sobrepasado hasta tal punto el umbral de la extenuación que incluso experimentaba un claro distanciamiento de mi cuerpo, como si estuviera viéndome descender desde unos metros más arriba. Imaginé que iba vestido con un cárdigan verde y calzado con zapatos de charol, y pese a que con el vendaval la temperatura había caído a 50 grados bajo cero, notaba un calorillo extraño e inquietante.

A las 18:30, desaparecida ya del firmamento la última luz del día, me encontraba unos sesenta metros por encima del campamento IV. Sólo me quedaba un obstáculo que salvar: una pared de hielo duro y vidrioso que tendría que descender sin cuerda. Copos de nieve me aguijoneaban la cara empujados por rachas de 70 nudos; el menor fragmento de piel expuesto al aire se helaba al instante. Las tiendas, que distaban unos doscientos metros en línea recta, sólo eran visibles de manera intermitente en medio del resplandor sin sombras. No había margen para el error. Temiendo dar un paso en falso, me senté para revisar mis energías antes de seguir bajando.

En cuanto me senté, la inercia se apoderó de mí. Era mucho más fácil quedarse allí descansando que afrontar la peligrosa pared de hielo; durante unos tres cuartos de hora, mientras la tormenta rugía en torno a mí, seguí sentado sin hacer otra cosa que dejar vagar la imaginación.

Acababa de tensar los cordones de la capucha para que sólo quedara un pequeñísimo resquicio alrededor de los ojos y me estaba quitando la mascarilla que me colgaba del cuello, cuando Andy Harris apareció de pronto a mi lado surgido de las tinieblas. Volví la cabeza y me quedé de piedra al verle la cara, iluminada por la lámpara de mi casco. Tenía las mejillas incrustadas de hielo, un ojo lo tenía cerrado a causa de la congelación, y articulaba mal las palabras. Andy estaba en un gran aprieto. «¿Dónde quedan las tiendas?», balbuceó, frenético por encontrar refugio.

Señalé con el dedo hacia el campamento IV y enseguida le previne sobre la pared de hielo. «¡Es más difícil de lo que parece! —chillé para vencer el estruendo del viento—. Será mejor que baje yo primero y vaya por una cuerda...» Antes de que terminase la frase, Andy se alejó hacia el borde de la pared de hielo y me dejó allí, estupefacto.

Se sentó de culo y empezó a bajar por la parte más empinada. «¡Es una locura intentarlo así! —le grité—. ¡Te vas a matar!» Respondió algo, pero el viento ahogaba su voz. Instantes después, le faltó el suelo, se vino a tierra y empezó a caer vertiginosamente de cabeza.

Sesenta metros más abajo divisé un bulto inmóvil al pie de la pendiente. Estaba seguro de que Andy se había roto al menos una pierna, quizás el cuello. Pero, increíblemente, lo vi incorporarse, indicar con un gesto que estaba bien y encaminarse hacia el campamento, que en ese momento era perfectamente visible, ciento cincuenta metros más allá.

Distinguí las formas imprecisas de tres o cuatro personas fuera de las tiendas; sus lámparas parpadeaban entre cortinas de nieve impulsada por el viento. Ví que Harris caminaba hacia ellos y cubría la distancia en menos de diez minutos. Cuando las nubes se cerraron momentos después, se encontraba a poco más de quince metros de las tiendas. Ya no volví a verlo, pero era de suponer que habría llegado sano y salvo al campamento, donde sin duda Chuldum y Mita lo esperaban con un té caliente. Sentado en medio de la tormenta, separado aún de las tiendas por la pared de hielo, sentí una punzada de envidia. Me dolió que el guía no hubiera querido esperarme.

En la mochila llevaba poco más que tres botellas de oxígeno vacías y una pinta de limonada convertida en hielo; en total no pesaba más de ocho kilos. Pero como estaba muy cansado y recelaba de salvar la pendiente sin romperme una pierna, lancé la mochila por el canto y confié en que cayera donde pudiese recuperarla después. Luego me levanté y empecé a bajar por el hielo, que era tan liso como la superficie de una bola de billar, e igual de duro.

Tras quince agotadores minutos tanteando el incierto suelo con los crampones, llegué sano y salvo al pie de la pared. Localicé la mochila y en unos diez minutos más me planté en el campamento. Me metí en la tienda sin quitarme los crampones, cerré la cremallera y me eché sin más en el suelo medio helado. Por primera vez me hacía cargo de lo mal que me encontraba: en mi vida me había sentido tan cansado como en ese momento. Pero estaba a salvo. Y Andy también. Los otros no tardarían en llegar a las tiendas. ¡Lo habíamos conseguido, coño! Habíamos coronado el Everest. Al final todo había salido bien.

Tardé aún bastantes horas en enterarme de que no todo había salido bien, que el temporal tenía a diecinueve personas encalladas allá arriba, luchando desesperadamente por sus vidas.

10 de mayo de 1996, 13:25 h 8.848 metros

Existen un sinfín de matices en el peligro que entrañan la aventura y la tempestad, y sólo de vez en cuando los hechos muestran su violencia de manera siniestra e intencionada, ese algo indefinible que convence a la mente y el corazón del hombre de que los accidentes o la furia de los elementos se abaten sobre él con un propósito malicioso, con una fuerza descontrolada, con una crueldad desbocada que pretende privarle de la esperanza y el miedo, del dolor, de la fatiga y el anhelo de descanso: lo cual significa destruir, aplastar, aniquilar todo lo que ha visto, conocido, amado, gozado u odiado: todo lo que es necesario y precioso: el sol, los recuerdos, el futuro; lo cual significa borrar de su vista todo aquello que el mundo tiene de precioso, mediante el simple y apabullante acto de quitarle la vida.

Joseph Conrad
Lord Jim

Neal Beidleman alcanzó la cumbre a las 13:25 acompañando al cliente Martin Adams. Cuando llegaron arriba, Andy Harris y Anatoli Boukreev ya estaban allí; yo había empezado a bajar ocho minutos antes. Convencido de que el resto de su equipo no tardaría en aparecer, Beidleman tomó algunas fotos, bromeó con Boukreev y se sentó a esperar. A las 13:45 el cliente Klev Schoening remató la última cuesta, sacó una foto de su mujer y sus hijos y prorrumpió en una lacrimosa celebración de su llegada al techo del mundo.

Desde la cima es difícil ver el camino debido a una protuberancia en la cresta final. A las 14:00 —hora prevista para emprender el camino de regreso— aún no había señales de Fischer ni de otros clientes. Beidleman empezó a inquietarse por el retraso.

Con treinta y seis años y estudios de ingeniería aeroespacial, Neal era un guía callado, atento y extraordinariamente concienzudo que caía bien a casi todo el mundo. Era, además, uno de los alpinistas más fuertes de entre todos los expedicionarios. Dos años antes él y Boukreev —a quien tenía por un buen amigo— habían escalado juntos el Makalu (8.481 metros) casi en tiempo récord, sin oxígeno ni ayuda de sherpas. Había conocido a Fischer y a Hall al pie del K2 hacía cuatro años, habiendo causado en los dos una favorable impresión debido a su pericia y a su trato fácil. Pero como la experiencia de Beidleman en alta montaña era relativamente limitada (el Makalu era su única cima del Himalaya), se le había asignado un puesto inferior en la cadena de mando de Mountain Madness, por debajo de Fischer y Boukreev. Y eso se reflejaba en su paga: Beidleman había accedido a guiar en el Everest por diez mil dólares, lo que estaba lejos de los veinticinco que Fischer pagaba a Boukreev. Sensible por naturaleza, Beidleman era muy consciente de su puesto en el escalafón. «Se me consideraba el tercer guía —reconoció después de la expedición—, así que intentaba no dar mucho la lata. Eso quiere decir que no siempre hablé cuando debí hacerlo, y ahora lo lamento».

Beidleman dijo que según el plan diseñado por Fischer a grandes rasgos para el día en que se atacara la cima, Lopsang Jangbu debía ir en cabeza de cuerda con una radio y dos rollos de cuerda para equipar la vía; Boukreev y Beidleman —ninguno de los cuales llevaba radio— debían estar «en medio o cerca de la cabeza, según como avanzaran los clientes; y Scott, que llevaba una segunda radio, haría de escoba. A sugerencia de Rob, habíamos decidido fijar la hora de marcha atrás a las dos: quien a esa hora no estuviera a un paso de la cima tenía que dar media vuelta y bajar».

«Se suponía que el encargado de hacer bajar a los clientes era Fischer —explicaba Beidleman—. Habíamos quedado así. Yo le comenté que, como tercer guía, no me veía capaz de decir a un cliente que había pagado sesenta y cinco mil dólares que tenía que volverse a casa. Scott sintió en asumir esa responsabilidad. Pero, por alguna razón, el caso es que no lo hizo». De hecho, los únicos en conquistar la cima antes de las dos de la tarde fuimos Boukreev, Harris, Beidleman, Adams, Schoening y yo; si Fischer y Hall hubieran cumplido lo pactado, todos los demás habrían tenido que dar marcha atrás antes de hacer cumbre.

Pese a la preocupación de Beidleman respecto de lo avanzado de la hora, él no disponía de radio, así que no podía discutir el asunto con Fischer. Lopsang —que sí llevaba radio— no había llegado aún ni se le veía subiendo. Aquella mañana, cuando Beidleman había encontrado a Lopsang en el Balcón, vomitando en la nieve, había cogido las cuerdas del sherpa para fijarlas en el difícil tramo de roca. Sin embargo, como ahora lamenta, «ni siquiera se me ocurrió llevarme también la radio».

El resultado, recordaba Beidleman, fue que «al final estuve un buen rato sentado en la cima, mirando el reloj y esperando a que llegase Scott. Cada vez que me decidía a bajar, aparecía otro de nuestros clientes por la cresta y yo tenía que sentarme otra vez a esperar».

Sandy Pittman asomó por la pendiente final hacia las 14:10, ligeramente por delante de Charlotte Fox, Lopsang Jangbu, Tim Madsen y Lene Gammelgaard. Pero Pittman iba muy despacio y, poco antes de alcanzar la cima, cayó de rodillas en la nieve. Cuando Lopsang fue a ayudarla descubrió que la tercera botella de oxígeno se le había agotado. A primera hora de la mañana, cuando había empezado a remolcar a Pittman, Lopsang le había abierto la válvula al máximo —cuatro litros por minuto— y en consecuencia el oxígeno se había agotado relativamente deprisa. Por suerte, Lopsang —que no utilizaba oxígeno— llevaba un envase de sobra en la mochila. Luego ajustó la careta y el regulador de Pittman a la botella nueva y subieron los últimos metros hasta la cima para sumarse a quienes ya celebraban el triunfo.

Rob Hall, Mike Groom y Yasuko Namba alcanzaron la cumbre más o menos a esa hora, y Hall llamó por radio a Helen Wilton para darle la buena noticia. «Rob dijo que hacía frío y mucho viento —recuerda Wilton—, pero parecía contento. Luego dijo: "Doug está subiendo también; en cuanto llegue, empezaremos a bajar... Si no tienes noticias mías, quiere decir que todo va bien"». Wilton informó a la oficina de Adventure Consultants en Nueva Zelanda, y a continuación se enviaron montones de faxes a amigos y familiares repartidos por todo el mundo, anunciando la feliz culminación de la expedición.

Pero Doug Hansen no estaba a un paso de la cima, como pensaba Hall, y Fischer tampoco. De hecho, eran las 15:40 cuando éste alcanzó la cima, y Hansen no lo logró hasta pasadas las cuatro.

La tarde del jueves 9 de mayo, cuando subimos del campo III al IV Fischer no llegó a las tiendas del collado Sur hasta las 17:00. Aunque su cansancio era visible, él hizo lo que pudo por disimularlo. «Aquella tarde —declara su compañera de tienda, Charlotte Fox—, no imaginé que Scott pudiera estar enfermo. Se mostró fogoso y entusiasta, animando a todo el mundo como un entrenador antes de la gran final».

En realidad el esfuerzo físico y mental de las pasadas semanas tenía a Fischer prácticamente agotado. Había estado derrochando energías, y aunque poseía unas reservas extraordinarias, a su llegada al campamento casi se había vaciado. «Scott era fuerte —dijo Boukreev después de la expedición—, pero antes del ataque a la cima lo vi cansado, con muchos problemas, gastando demasiadas fuerzas. Siempre preocupándose por todo. Scott estaba nervioso, pero se lo guardaba para él».

Por otra parte, Fischer ocultó a todos que durante el ataque a cumbre estaba como para ingresar en una clínica. En 1984, en el transcurso de una expedición al macizo del Annapurna, había sufrido una misteriosa dolencia que degeneró en hepatitis crónica. Fischer había consultado a muchos médicos y había sido sometido a una serie de pruebas y análisis, sin que llegara a obtenerse un diagnóstico definitivo. El lo llamaba un «quiste en el hígado», hablaba de ello con muy poca gente y trataba de aparentar que no era motivo de preocupación.

«Fuera cual fuese la enfermedad —dice Jane Bromet, una de las pocas personas que estaba al corriente de ésta—, los síntomas son de malaria, pero sin ser malaria. Tenía sudores intensos y le daban temblores. Se quedaba hecho polvo, pero las crisis sólo duraban diez o quince minutos, y luego se le pasaba. En Seattle solía tener esos ataques casi una vez por semana, o incluso más a menudo si estaba nervioso por algún motivo. En el campamento base llegó a tenerlos día sí, día no, e incluso todos los días».

Si Fischer sufrió esos ataques a partir del campamento IV no se lo dijo a nadie. Fox dijo que tan pronto como entró en la tienda el jueves por la tarde, Scott «cayó redondo y estuvo durmiendo durante dos horas seguidas». A las diez de la noche despertó y empezó a prepararse a un ritmo muy lento, y no dejó el campamento hasta mucho después de que todos sus clientes y sherpas hubieran partido hacia la cima.

No está claro a qué hora abandonó Fischer el campamento IV; posiblemente hacia la una de la madrugada del viernes. Durante toda la ascensión se mantuvo muy rezagado, y no llegó a la Antecima hasta eso de las 13:00. Yo lo vi a las 14:45, ya de bajada, mientras esperaba en el escalón Hillary con Andy Harris a que se despejara el camino. Fischer era el último de la cordada y venía muy agotado.

Tras intercambiar cuatro "gracias" con nosotros, Scott habló un momento con Martin Adams y Anatoli Boukreev, que esperaban un poco más arriba para hacer el descenso del escalón.

—Oye, Martin —dijo Fischer con la mascarilla puesta, afectando un tono de broma—. ¿Te ves capaz de hacer el Everest?

—Oye, Scott —replicó Adams, al parecer molesto porque Fischer no lo había felicitado—, de eso precisamente vengo.

Fischer cruzó después unas palabras con Boukreev. Por lo que Adams recuerda, Boukreev le dijo a Fischer: «Voy a bajar con Martin». Así que Fischer empezó a subir pesadamente hacia la cima mientras Harris, Boukreev, Adams y yo iniciábamos el rapel por el escalón. Nadie comentó el mal estado de Fischer. A ninguno se le ocurrió pensar que tuviera problemas.

El viernes a las 15:10, Scott Fischer aún no había llegado a la cima, dice Beidleman, y añade: «Decidí que era el momento de bajar a toda prisa, aunque Scott todavía no hubiese aparecido». Reunió a Pittman, Gammelgaard, Fox y Madsen y empezó a guiarlos cresta abajo. Veinte minutos después, antes de llegar al escalón Hillary, toparon con Fischer. «La verdad es que no le dije nada —recuerda Beidleman—. Él levantó un poco la mano. Daba la impresión de estar pasándolo mal, pero era Scott, así que no me alarmé demasiado. Supuse que llegaría a la cima y nos alcanzaría enseguida para ayudar a los clientes en el descenso».

En aquel momento Beidleman estaba más preocupado por Sandy Pittman: «Todos íbamos ya un poco tocados, pero Sandy era la que tenía peor aspecto. Pensé que si no la vigilaba de cerca, era bastante probable que cayera por la cresta. Me aseguré de que fuera enganchada a la cuerda, y allí donde la vía no estaba equipada la agarraba por detrás y no la soltaba hasta que se aseguraba al siguiente tramo de cuerda. Estaba tan agotada que ni siquiera sé si se dio cuenta de que yo la ayudaba».

Un poco más abajo de la cima Sur, mientras los escaladores descendían entre nubes y nieve, Pittman se derrumbó otra vez y pidió a Fox que le inyectara dexametasona. Se trata de un potente corticoide capaz de anular momentáneamente los efectos mortales de la altitud; para casos de emergencia, cada miembro del equipo de Fischer portaba una jeringa preparada de antemano dentro de una funda de cepillo de dientes, para que el esteroide no se congelara. «Le aparté un poco el pantalón —recuerda Charlotte Fox— y le clavé la aguja en la cadera, a través de las bragas».

Beidleman, que se había demorado en la Antecima para hacer el inventario de las botellas de oxígeno, apareció en ese momento y vio que Fox aplicaba la inyección a Pittman, que estaba boca abajo sobre la nieve. «Cuando gané la cuesta y vi a Sandy tumbada en el suelo, y a Charlotte a su lado empuñando la aguja hipodérmica, pensé: "Joder, esto va mal". Pregunté a Sandy qué le pasaba, pero la pobre no logró articular más que un balbuceo inconexo». Muy preocupado, Beidleman ordenó a Gammelgaard que cambiara su botella llena por la casi vacía de Pittman, se cercioró de que el regulador estuviera a tope, agarró por el arnés a Pittman, ya semicomatosa, y empezó a arrastrarla por la pendiente de la arista. «En cuanto conseguía hacerla patinar por la pendiente —explica Beidleman—, la soltaba e iba resbalando delante de ella. Cada cincuenta metros me detenía, agarraba la cuerda fija con las dos manos y apuntalaba el peso para frenar su descenso con el cuerpo. La primera vez que Sandy chocó conmigo, las puntas de sus crampones me rajaron la ropa y salieron plumas volando por todas partes». Al cabo de unos veinte minutos, por fortuna, la inyección y la dosis extra de oxígeno reavivaron a Pittman, que pudo reanudar el descenso por su propio pie.

Alrededor de las 17:00, mientras Beidleman bajaba con varios clientes, ciento cincuenta metros más abajo Mike Groom y Yasuko Namba llegaban al Balcón. Desde este promontorio, a 8.400 metros de altitud, la ruta tuerce bruscamente hacia el sur en dirección al campamento IV. Pero cuando Groom miró hacia el lado opuesto —esto es, al lado norte de la cresta— reparó, entre remolinos de nieve y con la luz del día a punto de extinguirse, en un escalador que se desviaba mucho de la ruta: era Martin Adams, que, desorientado por la tormenta, había empezado a descender por la cara del Kangshung, hacia Tíbet.

En cuanto Adams vio a Groom y a Namba encima de él, comprendió su error y subió de nuevo hacia el Balcón. «Martin estaba en las últimas cuando consiguió llegar adonde estábamos Yasuko y yo —recuerda Groom—. No llevaba mascarilla y tenía la cara cubierta de nieve. ¿Por dónde se va a las tiendas? Preguntó». Groom señaló con el dedo y Adams enfiló rápidamente la ruta correcta siguiendo la senda que yo mismo había abierto diez minutos antes.

Mientras Groom esperaba a que Adams trepara a la cresta, envió a Namba por delante y se entretuvo buscando una funda de cámara que había dejado allí en la subida. Mientras lo hacía, se percató de que en el Balcón había otra persona. «Como estaba medio oculto por la nieve, creí que se trataba de algún miembro del equipo de Fischer y no hice caso. Pero luego se plantó delante de mí y me dijo: "Eh, Mike". Resultó que era Beck».

Tan sorprendido como antes lo había estado yo de ver allí a Beck, Groom sacó su cuerda, se ató al texano y empezaron a descender hacia el collado Sur. «Beck no veía nada —añade Groom—, hasta el punto de que cada diez metros daba un paso hacia el vacío y yo tenía que pescarlo con la cuerda. Temí que me hiciese caer a mí también. Era exasperante. Debía procurarme un buen agarre del piolet y que todos mis puntos de apoyo tuvieran debajo algo bien sólido».

Siguiendo las huellas que yo había dejado quince o veinte minutos antes, Beidleman y el resto de los clientes de Fischer empezaron a descender en medio de la ventisca. Adams iba detrás de mí, por delante de los demás; luego venían Namba, Groom y Weathers, Schoening y Gammelgaard, Beidleman y, por último, Pittman, Fox y Madsen.

Ciento cincuenta metros por encima del collado Sur, donde el repecho de caliza dejaba paso a una suave pendiente de nieve, Namba, la pequeña japonesa, se quedó sin oxígeno y se sentó en el suelo, negándose a seguir. «Cuando intenté quitarle la mascarilla para que pudiera respirar mejor —recuerda Groom—, Yasuko insistió en ponérsela otra vez. No hubo manera de convencerla de que ya no le quedaba oxígeno,

que en realidad la mascarilla estaba asfixiándola. Beck estaba tan débil que no podía andar por sí solo, y yo lo llevaba casi colgado del hombro. Menos mal que entonces nos alcanzó Neal». Beidleman vio que Groom tenía las manos ocupadas con Weathers, y empezó a arrastrar a Namba hacia el campamento IV pese a que la japonesa no formaba parte del equipo de Fischer.

Eran ya las 18:45 y casi de noche. Beidleman, Groom, los clientes y dos sherpas de Fischer —Tashi Tshering y Ngawang Dorje— que habían aparecido a última hora de entre la niebla formaban ahora un único grupo. Aunque avanzaban muy despacio, habían conseguido llegar a unos sesenta metros en vertical del campamento IV. Yo me encontraba a un paso de las tiendas, apenas un cuarto de hora por delante de la vanguardia del grupo de Beidleman. Pero en ese breve lapso, la tormenta mudó bruscamente a huracán y la visibilidad se redujo a menos de seis metros.

Para evitar aquel peligroso paso de hielo, Beidleman llevó a su grupo por una ruta indirecta que se desviaba hacia el este, donde la pendiente era mucho menos empinada, y alrededor de las 19:30 llegaron sin novedad a la amplia planicie del collado. Para entonces, sin embargo, sólo tres de ellos tenían frontales que funcionaran y todo el mundo estaba al borde del derrumbe físico. Fox dependía cada vez más de Madsen; Weathers y Namba eran incapaces de andar si no los sostenían Groom y Beidleman, respectivamente.

Beidleman sabía que estaban en el lado tibetano del collado y que las tiendas quedaban hacia el oeste, pero para moverse en esa dirección había que andar con el viento de cara y hacia el corazón de la tormenta. Los gránulos de hielo y nieve empujados por el viento se clavaban con violencia en la cara de los escaladores y les lastimaban los ojos, con lo que les resultaba imposible ver hacia dónde se dirigían. «Hacía tanto daño —explica Schoening— que, inevitablemente, fuimos apartándonos del viento y desviándonos hacia la izquierda, y por eso equivocamos el camino.

»A veces no veías tus propios pies. Llegué a pensar que si alguien caía o se apartaba un poco del grupo, ya no volveríamos a verle. En cuanto llegamos a la explanada del collado Sur, empezamos a seguir a los sherpas; yo suponía que sabían dónde quedaban las tiendas. De pronto se detuvieron y volvieron atrás; era evidente que nos habíamos extraviado. En ese momento sentí un vahído en el estómago. Fue el primer indicio de que estábamos en un aprieto».

Beidleman, Groom, los dos sherpas y los siete clientes caminaron a ciegas durante dos horas en pleno temporal, cada vez más cansados e hipotérmicos. En un momento dado encontraron un par de botellas de oxígeno desechadas, que les dieron esperanzas, pero no consiguieron localizar las tiendas. «Era el caos absoluto —dice Beidleman—. Íbamos a la deriva, yo chillando a todo el mundo tratando de que siguieran a un solo guía. Finalmente, debían de ser las diez, al superar un collado me pareció que estaba al borde mismo del abismo. Se notaba que más allá había un enorme vacío».

El grupo se había desviado sin querer hacia la punta más oriental del collado, justo al borde de un precipicio de más de dos mil metros, por la cara del Kangshung. Estaban a la misma altura que el campamento IV y apenas los separaban de las tiendas trescientos metros en línea recta³⁰, pero, según Beidleman, «estaba claro que si seguíamos dando tumbos, pronto íbamos a perder a alguien en la tormenta. Yo estaba agotado de cargar con Yasuko. Charlotte y Sandy apenas se tenían en pie.

«Entonces les grité a todos que se apiñaran allí en espera de que el temporal amainara un poco».

Beidleman y Schoening buscaron un sitio abrigado del viento, pero no encontraron dónde esconderse. Todos habían agotado las reservas de oxígeno, lo cual los hacía más vulnerables a las rachas glaciales. Amparados tras una roca no mayor que un lavaplatos, los alpinistas se agacharon en patética hilera sobre un trecho de hielo batido por el vendaval. «El frío prácticamente había acabado conmigo —dice Charlotte Fox—. Tenía los ojos congelados. No veía cómo podíamos salir de allí con vida.

Aquel frío hacía tanto daño que creí que ya no lo soportaría. Sencillamente me acurrugué en el suelo y esperé a que la muerte me llegase lo antes posible».

«Procurábamos darnos calor pegándonos los unos a los otros —recuerda Weathers—. Alguien nos indicó que moviéramos los brazos y las piernas. Sandy estaba histérica, y no dejaba de chillar: "¡No quiero morir! ¡No quiero morir!" pero los demás apenas si abrían la boca».

Trescientos metros más al oeste, yo tiritaba en la tienda sin poder controlarme, aun cuando estaba metido en el saco de dormir y llevaba puesta toda la ropa que había a mano. El viento amenazaba con volar la tienda. Cada vez que abría la puerta, entraba una rociada y todo lo que había dentro quedaba cubierto por dos dedos de nieve. Ajeno a la tragedia que se desarrollaba fuera, estuve a punto de quedar inconsciente mientras el cansancio, la deshidratación y los efectos añadidos de la falta de oxígeno me hacían delirar.

En algún momento de la tarde, mi compañero de tienda, Stuart Hutchison, me sacudió con fuerza y me preguntó si salía con él a hacer ruido con las cacerolas y lanzar bengalas a ver si así conseguíamos que nuestros compañeros extraviados se orientaran hacia el campamento, pero yo estaba demasiado desfallecido para reaccionar. Hutchison —que había vuelto al campamento a las dos de la tarde y estaba, por lo tanto, menos debilitado que yo— trató de reunir a clientes y sherpas de otras tiendas. Todo el mundo estaba agotado o aterido. Hutchison decidió enfrentarse solo a la tormenta.

Aquella noche salió hasta seis veces de la tienda en busca de los desaparecidos, pero la ventisca era tan violenta que no se atrevió a alejarse muchos metros del campamento. «El viento soplabla con la fuerza de una bala —recuerda Hutchison—. El impacto de la nieve era como una ducha de arena o algo así. Sólo podía estar fuera un cuarto de hora cada vez, porque el frío me obligaba a volver a la tienda».

Apiñado entre los demás compañeros en el borde oriental del collado Sur, Beidleman procuraba seguir atento al menor indicio de que la tormenta remitiese. Poco antes de la media noche, su vigilancia se vio recompensada cuando de pronto divisó unas estrellas en lo alto e indicó a voz en cuello a los demás que mirasen al cielo. La ventisca seguía soplando con furia a ras de tierra, pero allá arriba el cielo estaba despejando y no tardaron en ver las siluetas del Everest y el Lhotse. Con estos puntos de referencia, Klev Schoening creyó que podía situar al grupo respecto del campamento. Tras un intercambio de gritos con Beidleman, convenció al guía de que sabía cómo llegar a las tiendas.

Beidleman intentó animar a todos a ponerse de pie y seguir la dirección indicada por Schoening, pero Pittman, Fox, Weathers y Namba no tenían fuerzas para nada. Para entonces el guía daba por sentado que si alguien no conseguía llegar al campamento y volver con un grupo de rescate, todos morirían. De modo que Beidleman y los que aún podían andar —Schoening, Gammelgaard, Groom y los dos sherpas— se encararon al temporal para ir en busca de ayuda, dejando a los cuatro incapacitados al cuidado de Tim Madsen, que se había ofrecido voluntariamente a cuidar de ellos, pues no quería abandonar a su novia, Charlotte Fox.

Veinte minutos después, el contingente de Beidleman llegaba al campamento y era recibido emotivamente por un preocupadísimo Anatoli Boukreev. Schoening y Beidleman, que apenas podían hablar, le dijeron al ruso dónde encontrar a los cinco clientes que habían quedado a merced de los elementos y luego se fueron a sus respectivas tiendas, absolutamente agotados.

Boukreev había bajado al collado Sur horas antes que los demás miembros del grupo de Fischer. A las 17:00, mientras sus compañeros se debatían entre la niebla en pleno descenso, Boukreev ya estaba en su tienda descansando y tomando té. Guías experimentados criticarían después su decisión de bajar tan por delante de sus clientes, un comportamiento nada ortodoxo para alguien de la profesión. Uno de los clientes

en concreto afirma con despecho que cuando más lo necesitaban, el guía «se largó corriendo».

Anatoli había dejado la cima alrededor de las 14:00 y poco después se vio metido en el atasco del escalón Hillary. Un pronto como el terreno quedó libre, Boukreev descendió a toda prisa por la arista Sureste sin esperar a los clientes (pese a que había dicho a Fischer que iba a bajar con Martin Adams). Así, Boukreev alcanzó el campamento IV mucho antes de que se desatara la tormenta.

Cuando semanas después le pregunté a Anatoli por qué se había dado tanta prisa en bajar, me pasó la transcripción de una entrevista que había concedido días antes a *Men's Journal* por mediación de un intérprete ruso. Boukreev dijo que había leído la transcripción y que la consideraba fiel. Tras una rápida ojeada al documento localicé las preguntas que le hacían acerca del descenso, a las que él había respondido:

Estuve [en la cima] cerca de una hora [...] Hace mucho frío, como es natural, y eso te va dejando sin fuerzas [...] Mi idea era que si me quedaba allí esperando, aterido, no sería de gran ayuda para nadie. En cambio, si regresaba al campamento IV podía subir oxígeno a los que volvían o ir a ayudarlos si alguno se debilitaba en el descenso [...] si te quedas quieto a esa altitud, pierdes las fuerzas y luego ya no eres capaz de hacer nada.

El que Boukreev no usase oxígeno hacía que su susceptibilidad al frío se viese agravada; sin él no podía quedarse esperando en la cima a que llegaran los clientes lentos, pues se arriesgaba a una hipotermia y a sufrir congelaciones. El caso es que Boukreev tomó la delantera al grupo, lo cual había venido haciendo durante toda la expedición, y así consta en cartas y llamadas telefónicas a Seattle efectuadas por Fischer desde el campamento base.

Cuando le pregunté sobre la conveniencia de dejar a sus clientes en la cresta de la cima, Anatoli insistió en que lo hizo por el bien de todos: «Era mejor para mí calentarme en el collado Sur y estar preparado para subir oxígeno a los clientes que lo necesitasen». Poco después del anochecer, al comprobar que el grupo de Beidleman se había extraviado y que la tormenta era ahora un verdadero huracán, Boukreev comprendió que debían de tener problemas e hizo un valiente intento de llevarles oxígeno. Su estrategia, sin embargo, tenía un gran inconveniente: como ni él ni Beidleman disponían de radio, Anatoli no podía conocer el alcance del problema ni el paradero de los escaladores en medio de aquella enorme extensión de montaña.

Sobre las 19:30, no obstante, Boukreev dejó el campamento y se puso a buscarlos. Como él recuerda en la entrevista:

La visibilidad era apenas de un metro. De pronto no veías nada. Llevaba una linterna y empecé a usar oxígeno para acelerar mi ascensión. Llevaba conmigo tres botellas. No podía correr más debido a la falta de visibilidad [...] Era como no tener ojos, no se veía nada. Y es muy peligroso, porque puedes caer en una grieta o patinar por la cara Sur del Lhotse, lo que significa una caída de tres mil metros al vacío. Traté de subir, era noche cerrada, pero no conseguí encontrar la cuerda fija.

Unos doscientos metros más arriba del collado, Boukreev reconoció que era inútil seguir intentándolo y regresó a las tiendas, aunque admite que a punto estuvo de perderse también. En cualquier caso, fue una suerte que abandonara su búsqueda, porque en ese momento el grupo de Beidleman ya no estaba en el pico, donde Boukreev pensaba buscarlos, sino que en realidad se encontraba vagando por el collado doscientos metros más abajo que el ruso.

Cuando llegó al campamento a eso de las 21:00, Boukreev estaba intranquilo por los diecinueve desaparecidos, pero como no tenía la menor idea de cuál era su paradero, no podía hacer otra cosa que esperar el momento propicio. Por fin, a las 00:45, Beidleman, Groom, Schoening y Gammelgaard llegaron destrozados al campamento. «Klev y Neal estaban sin fuerzas y casi no podían andar —recuerda Boukreev—. Me dijeron que Charlotte, Sandy y Tim necesitaban ayuda, que Sandy se estaba muriendo. Luego me indicaron más o menos dónde podía localizarlos».

Al oír que regresaban los escaladores, Stuart Hutchison salió para ayudar a Groom. «Lo metí en su tienda —explicaba Hutchison— y vi que estaba totalmente exhausto. Podía comunicarse con claridad, pero eso suponía un esfuerzo sobrehumano para él, como si fuera un moribundo. "Has de coger unos cuantos sherpas", me dijo, "y enviarlos a buscar a Beck y Yasuko". Luego señaló hacia el lado Kangshung del collado».

Los esfuerzos de Hutchison por reunir un grupo de rescate fueron infructuosos. Chuldum y Arita —los sherpas del equipo de Hall que no habían ido con el grupo que pretendía llegar a la cima y que esperaban en el campamento IV para una emergencia como aquella— estaban incapacitados debido a un envenenamiento con monóxido de carbono por cocinar en una tienda mal ventilada; de hecho, Chuldum había vomitado sangre. En cuanto a los otros cuatro sherpas de nuestro equipo, estaban demasiado débiles tras su ascensión a la cumbre.

Al término de la expedición le pregunté a Hutchison por qué motivo, si ya sabía el paradero de la gente que faltaba, no intentó despertar a Frank Fischbeck, Lou Kasischke o John Haske —o de nuevo a mí mismo— a fin de que colaboráramos en el rescate. «Era tan evidente que estabais agotados, que ni siquiera pensé en proponéroslo. Tú estabas absolutamente reventado y me dije que si intentabas echar una mano, tal vez fuera para peor, pues luego tendría que rescatarte a ti». El resultado fue que Stuart se internó solo en la tormenta, pero de nuevo tuvo que retroceder a los pocos metros al comprender que si se aventuraba más, quizá no consiguiese dar con el camino de vuelta a las tiendas.

Simultáneamente, Boukreev también trataba de formar un grupo de rescate, pero no habló con Hutchison ni vino a nuestra tienda, de modo que Stuart y él trabajaron por separado y yo no llegué a enterarme de los planes de ninguno de los dos. Al igual que Hutchison, Boukreev descubrió que todos sus candidatos estaban demasiado enfermos, extenuados o asustados para ayudar. El ruso decidió entonces rescatar al grupo sin ayuda de nadie. Adentrándose en las fauces del huracán, registró el collado durante casi una hora, pero no consiguió encontrar a nadie.

Boukreev no se rendía. Regresó al campamento, pidió más detalles a Beidleman y Schoening y salió de nuevo a la ventisca. Esta vez divisó la lámpara del casco de Madsen, que parpadeaba, y eso le permitió localizar a los escaladores perdidos. «Estaban tirados en el hielo, inmóviles —dijo Boukreev—. No podían ni hablar». Madsen permanecía consciente y aún en condiciones de valerse por sí mismo, pero Pittman, Fox y Weathers estaban completamente indefensos; Namba parecía muerta.

Después de que Beidleman y compañía se separaran del grupo para ir a buscar ayuda, Madsen reunió a los restantes escaladores y los exhortó a que siguieran moviéndose a fin de no perder calor. «Hice sentar a Yasuko en el regazo de Beck —recuerda Madsen—, pero él apenas reaccionaba y ella no se movía en absoluto. Al cabo de un rato vi que Yasuko se había tumbado de espaldas y que la nieve se le iba acumulando en la capucha. Había perdido una manopla; tenía la mano derecha destapada y los dedos tan rígidos que era imposible enderezárselos. Parecían congelados hasta la médula.

«La di por muerta, pero un rato después se movió de improviso, y eso me alarmó mucho; vi que arqueaba ligeramente el cuello, como si quisiera incorporarse, y que levantaba un poco el brazo derecho. Eso fue todo; se echó hacia atrás y ya no volvió a moverse».

En cuanto Boukreev hubo encontrado el grupo, comprendió que sólo podía rescatarlos de uno en uno. El y Madsen conectaron la botella de oxígeno que llevaba al regulador de Pittman. Boukreev dijo que volvería en cuanto pudiera y se fue con Fox hacia las tiendas. «Cuando se

marcharon —dice Madsen—, Beck quedó acurrucado en posición fetal, casi inmóvil, y Sandy en postura parecida, sobre mi regazo, y moviéndose tan poco como él. Entonces le grité: "¡Vamos, mueve los dedos! ¡Quiero ver esas manos!" Sandy se incorporó y, al sacar las manos, vi que no llevaba puestas las manoplas; éstas le colgaban de las muñecas.

»Estaba tratando de meterle otra vez las manos en las manoplas cuando de improviso Beck murmuró: "Eh, ya lo tengo". Entonces se alejó unos pasos, se agachó tras una roca grande y se puso de cara al viento con los brazos extendidos a los lados. Momentos después una ráfaga le hizo caer de espaldas, lejos del haz de mi lámpara. Ya no volví a verlo más.

»Toli regresó al cabo de un rato y agarró a Sandy. Yo sencillamente recogí mis cosas y empecé a arrastrarme detrás de ellos procurando seguir las luces de Toli y de Sandy. Para entonces ya daba por muerta a Yasuko y por perdido a Beck».

Cuando por fin llegaron al campamento eran las 4:30 y el cielo empezaba a clarear por el este. Al enterarse por Madsen de que Yasuko no lo había conseguido, Beidleman se encerró en su tienda y se pasó tres cuartos de hora llorando.

11 de mayo de 1996, 6:00 h 7.900 metros

Desconfío de los compendios, de cualquier clase de paseo por el tiempo, de cualquier pretensión enfática de que uno controla lo que está narrando; aquel que afirma comprender y se queda tan tranquilo, aquel que afirma escribir con una emoción amparada en recuerdos serenos, es un tonto y un embustero. Comprender es temblar. Recordar es revivir y quedar desgarrado. [...] Admiro la autoridad de quien encara los hechos postrado de rodillas.

Harold Brodkey
Manipulations

Stuart Hutchison consiguió por fin despertarme a las 6:00 del día 11 de mayo.

—Andy no está en su tienda —dijo en tono lúgubre—, ni en ninguna de las otras. Creo que ni siquiera consiguió llegar.

—¿Harold desaparecido? —pregunté—. Imposible. Lo vi con mis propios ojos ir hacia el campamento.

Aturdido y confuso, me calcé las botas y salí corriendo a buscar a Harris. El viento aún era fuerte —lo suficiente para tirarme unas cuantas veces—, pero el día había amanecido despejado y luminoso, y la visibilidad era perfecta. Registré la mitad occidental del collado durante más de una hora, mirando detrás de las rocas y debajo de tiendas abandonadas tiempo atrás, pero no encontré rastro alguno de Harris. Mis venas eran una verdadera autopista de adrenalina. Los párpados se me cerraron, helados, cuando rompí a llorar. ¿Cómo podía faltar Andy? Era imposible.

Fui hasta el lugar donde Harris se había deslizado por el hielo justo encima del collado y luego hice metódicamente el camino que él había seguido de bajada, siguiendo un amplio barranco de nieve helada. En el punto donde le había visto por última vez, engullido por las nubes, un brusco giro a la izquierda habría llevado a Harris hasta las tiendas siguiendo unos quince metros cuesta arriba por una elevación de terreno pedregoso.

Sin embargo, observé que si en lugar de torcer a la izquierda había seguido recto, barranco abajo —lo cual habría sido fácil con aquel resplandor sin sombras incluso para alguien que no arrastrara el cansancio y el atontamiento del mal de altura—, Harris tenía que haber llegado rápidamente al borde occidental del collado. Desde allí, la pared gris de la cara del Lhotse caía en picada mil doscientos metros hasta el lecho del Cwm Occidental. Mientras estaba allí de pie, temeroso de acercarme un solo paso al borde, reparé en unas huellas de crampones casi borradas que se dirigían hacia el abismo. Aquellas huellas, me dije, sólo podían ser las de Andy Harris.

A mi llegada al campamento la tarde anterior, le había dicho a Hutchison que había visto a Harris acercarse sin novedad a las tiendas. Hutchison había radiado la noticia al campamento base, desde donde la habían transmitido vía satélite a la mujer con la que Harris vivía en Nueva Zelanda, Fiona McPherson, quien sintió un gran alivio al enterarse. Ahora, sin embargo, la mujer de Hall, Jan Arnold, tendría que hacer lo más inconcebible: llamar desde Christchurch a McPherson para comunicarle que había habido un horrible error, que Andy había desaparecido y que se le daba por muerto. Al imaginarme esta conversación telefónica, y teniendo en cuenta el papel que había desempeñado en todo ello, caí de rodillas entre convulsiones y no paré de vomitar mientras el viento helado me azotaba la espalda.

Después de una hora de buscar en vano, regresé a mi tienda en el momento en que Rob Hall llamaba por radio al campamento base; oí que Rob estaba cerca de la cumbre y pedía ayuda a los de abajo. Entonces Hutchison me explicó que Beck y Yasuko habían muerto y que Scott Fischer estaba en paradero desconocido, en algún lugar entre el campamento y la cima. Poco después, las pilas de nuestra radio fallaron y quedamos aislados del resto de la montaña. Alarmados por haber perdido contacto con nosotros, los miembros de la expedición de IMAX que estaban en el campamento II llamaron al equipo surafricano, cuyas tiendas se hallaban a escasa distancia de las nuestras. David Breashears —líder de IMAX y un alpinista al que conocía desde hacía veinte años— lo cuenta así: «Sabíamos que los surafricanos tenían una radio muy potente y que funcionaba. Pedimos a uno de sus compañeros del campamento II que avisara a Woodall, que estaba en el collado, y le dijese: "Esto es una emergencia. Aquí arriba está muriendo gente. Necesitamos contactar con los supervivientes del equipo de Hall para coordinar un rescate. Por favor, prestadle la radio a Jon Krakauer". Woodall, sin embargo, se negó. A pesar de la evidencia, no les dio la gana dejarnos la radio».

Inmediatamente después de la expedición, mientras reunía datos para escribir el artículo para *Outside*, entrevisté a cuantos miembros me fue posible de los grupos de Hall y Fischer que estuvieron en la cima; hablé varias veces con la mayoría de ellos. Pero Martin Adams, que no se fiaba de los periodistas, se mantuvo inaccesible y eludió mis repetidos intentos de entrevistarle hasta que el artículo entró en prensa.

Cuando a mediados de julio por fin di con él por teléfono y accedió a hablar, le pedí en primer lugar que explicase todo lo que recordaba acerca del ataque a la cima. Adams, uno de los más enteros aquel día, había ido cerca de la cabeza del grupo y más o menos a la par que yo durante buena parte de la escalada. Dado que su memoria parecía muy fiable, me interesaba mucho comprobar si su versión de los hechos encajaba con la mía.

Hacia el atardecer, cuando bajaba del Balcón, a 8.400 metros de altitud, Adams afirma que me vio a una distancia de unos quince minutos por delante de él, pero que pronto me perdió de vista, porque yo descendía más rápido.

«La siguiente vez que te vi —añade— casi era de noche y estabas cruzando la explanada del collado, a unos treinta metros del campamento. Te reconocí por el color rojo de tu chaqueta».

Poco después, Adams llegó a un escalón llano por encima de la pendiente de hielo que me había causado tantos problemas, y entonces cayó en una grieta de glaciar. Consiguió salir, pero para caer en otra grieta, esta vez más profunda. «Metido allá abajo, pensé: "Se acabó lo que se daba". Me costó un buen rato, pero al final logré trepar hasta arriba. Cuando salí, tenía la cara cubierta de nieve, que rápidamente se convirtió en hielo. De pronto, a mano izquierda, vi a alguien sentado en el hielo. Me aproximé al individuo guiándome por la luz de la lámpara de su casco. Aún no había oscurecido del todo, pero era imposible ver las tiendas.

»Llegué adonde estaba el tipo aquel y le dije: "Oye, ¿dónde queda el campamento?" Fuera quien fuese, señaló con el dedo la dirección. "Ya decía yo", repuse. El tipo murmuró: "Ten cuidado. Esto es más empinado de lo que parece. Quizá deberíamos bajar en busca de una cuerda". Yo pensé: "Al cuerno. Me largo de aquí". Entonces di dos o tres pasos, resbalé y caí por la pendiente con la cabeza por delante. Mientras patinaba por el hielo, el pico del piolet se enganchó en algún sitio y me hizo girar sobre mí mismo hasta frenarme antes de llegar abajo. Me levanté, fui tambaleándome hasta la tienda y eso es todo lo que pasó.

Mientras Adams relataba su encuentro con el anónimo escalador y su patinada sobre el hielo, sentí que se me secaba la boca y se me

erizaba el vello de la nuca.

—Martin —le pregunté cuando hubo terminado de hablar—, ¿crees que pude ser yo el tipo que te encontraste allá arriba?

—¡No, hombre, no! —Rió—. No sé quién sería, pero tú seguro que no.

A continuación le conté mi encuentro con Andy Harris y la escalofriante serie de coincidencias: había topado con Harris más a menos a la misma hora en que Adams se encontraba con el desconocido, y casi en el mismo sitio. Gran parte de lo que Harris y yo hablamos se parecía misteriosamente al diálogo mantenido por Adams y el extraño. Luego Martin había patinado por el hielo de la misma manera que yo recordaba haber visto hacer a Harris.

Adams se mostró convencido tras discutirlo un rato más.

—Entonces fue contigo con quien hablé allá arriba —dijo estupefacto, reconociendo que debió de equivocarse cuando aquella tarde creyó verme cruzar el collado Sur—. Y fue conmigo con quien hablaste. O sea, que no se trataba de Andy Harris. Tío, me parece que si no me lo explicas...

Yo estaba pasmado. Llevaba dos meses diciendo a todo el mundo que Harris había encontrado la muerte al caer del collado Sur, cuando en realidad no era así. Mi error había agravado innecesariamente el dolor de Fiona McPherson, de los padres de Andy —Ron y Mary Harris—, de su hermano David y de sus muchos amigos.

Andy era corpulento —medía más de un metro ochenta y pesaba unos noventa kilos— y hablaba con un acusado acento neozelandés; Martin, por contra, era unos quince centímetros más bajo, pesaba alrededor de ochenta kilos y hablaba con el típico sonsonete texano. ¿Cómo podía haberme equivocado hasta tal punto? ¿Tan débil me encontraba que había mirado a alguien prácticamente desconocido para mí y lo había tomado por un amigo con quien había compartido las últimas seis semanas? Y si Andy no había llegado al campamento IV después de lograr la cima, ¿qué diablos le había ocurrido?

10 de mayo de 1996, 15:40 h 8.848 metros

Nuestro naufragio se debe sin duda a la súbita aparición del mal tiempo, que no parece tener explicación satisfactoria. No creo que ningún ser humano haya pasado todo un mes en las condiciones en que nosotros hemos tenido que hacerlo, y habríamos podido superarlo a pesar del tiempo si no hubiese sido por la enfermedad de un segundo compañero, el capitán Oates, la falta de combustible en nuestros tanques, que no sé explicar, y, por último, el temporal, que nos ha pillado a unos dieciséis kilómetros del depósito donde confiábamos reponer provisiones. La desgracia se superó a sí misma con este último revés [...] Sabíamos que corríamos riesgos; las cosas se nos han puesto en contra y, por consiguiente, no hay de qué quejarse. Sólo nos resta plegarnos a la voluntad divina, y sacar lo mejor de nosotros mismos hasta el final. [...] Si hubiéramos sobrevivido, yo habría podido contar una historia sobre la audacia, la resistencia y el coraje de mis compañeros que habría conmovido el corazón de todos los ingleses. Estas notas y nuestros cadáveres tendrán que servir de texto.

Robert Falcon Scott, en Mensaje al público en general, redactado justo antes de su muerte en la Antártida, el 29 de marzo de 1912

Cuando Scott Fischer alcanzó la cima hacia las 15:40 del día 10 de mayo, encontró allí a su fiel amigo y sirdar Lopsang Jangbu, que estaba esperándolo. El sherpa sacó la radio, contactó con Ingrid Hunt en el campamento base y le pasó el walkie-talkie a Fischer. «Hemos coronado todos —le dijo Fischer a Hunt, que estaba tres mil quinientos metros más abajo—. Uf, qué cansado estoy». Al poco rato apareció Makalu Gau con dos sherpas. Rob Hall también estaba allí, esperando con impaciencia a que llegara Doug Hansen mientras unos nubarrones siniestros empezaban a envolver la arista del pico.

Según la versión de Lopsang, en los quince o veinte minutos que Fischer estuvo en la cima se quejó varias veces de que no se sentía bien, algo que el estoico guía no hacía casi nunca. «Scott decía: "Estoy muy cansado, y enfermo. Necesito algo para el estómago" —recuerda el sherpa—. Le di té, pero sólo bebió un poco, media taza. Así que le dije: "Scott, por favor, hay que bajar enseguida". Y eso fue lo que hicimos».

Fischer inició el descenso hacia las 15:55. Lopsang dice que Scott había recurrido al oxígeno durante toda la ascensión y sólo había consumido una cuarta parte de la tercera botella al abandonar la cima, pero que por algún motivo se había quitado la mascarilla.

A poco de partir Fischer, lo hicieron también Gau y sus dos sherpas, y detrás de ellos Lopsang, dejando a Hall solo en la cumbre en espera de Hansen. Alrededor de las 16:00, poco después de que Lopsang empezara a bajar, Hansen apareció por fin con grandes esfuerzos. En cuanto Hall lo vio remontar penosamente el último obstáculo, corrió a echarle una mano.

El plazo fijado por Hall para dar media vuelta había terminado hacía dos horas. Conociendo el carácter conservador y exageradamente metódico del guía neozelandés, muchos de sus colegas han expresado extrañeza ante tan insólita decisión. ¿Por qué, se preguntan, no hizo retroceder a Hansen mucho antes, en cuanto quedó claro que éste iba muy rezagado?

Exactamente un año antes, Hall había obligado a Hansen a dar marcha atrás en la cima Sur, a las 14:30, lo que había supuesto un gran revés para éste. Doug me comentó varias veces que si había vuelto al Everest en 1996 era en gran parte a instancias de Hall —decía que Rob lo había llamado desde Nueva Zelanda «una docena de veces» animándolo a intentarlo otra vez—, y en esta ocasión estaba resuelto a lograrlo. «Quiero llegar arriba y olvidarme de ello para siempre —me había dicho tres días antes en el campamento II—. No quisiera tener que volver. Ya estoy viejo para estas cosas».

No parece arriesgado especular que como Hall había convencido a Hansen de que volviese a la montaña, debía de ser muy duro para él negarle por segunda vez la opción de alcanzar la cima. «Es muy duro decirle a alguien que dé media vuelta cuando está tan arriba —advierte Guy Cotter, un guía neozelandés que coronó el Everest con Hall en 1992 y que trabajó para éste en 1995, cuando Hansen hizo su primer intento—. Si un cliente ve que la cima está cerca y se ha propuesto conquistarla, se reirá de ti y seguirá subiendo». Como afirmaba el guía estadounidense Peter Lev en una entrevista a la revista *Climbing* tras la catástrofe: «Creemos que nos pagan para tomar decisiones, pero en realidad nos pagan para llegar a la cima».

En cualquier caso, Hall no mandó a Hansen de vuelta a las 14:00 (ni a las 16:00, cuando se reunió con él un poco más abajo de la cumbre). Según cuenta Lopsang, Hall hizo que Hansen le pasara el brazo por los hombros y lo ayudó a subir los últimos doce metros. Estuvieron en la cima sólo un par de minutos y luego emprendieron el largo descenso.

Al advertir que Hansen estaba agotado, Lopsang aflojó el paso para asegurarse de que éste y Rob salvaban sin problemas una peligrosa cornisa, al pie de la cima. Luego, deseoso de alcanzar a Fischer, quien para entonces le había sacado media hora de ventaja, el sherpa continuó cresta abajo dejando a Hall y Hansen en lo alto del escalón Hillary.

Parece ser que, una vez que Lopsang se perdió de vista, Hansen se quedó sin oxígeno y se desplomó. Había agotado todas sus fuerzas en el último tramo de la ascensión, y ya no le quedaba gas para el descenso. «Le había pasado prácticamente lo mismo el año anterior —dice Ed Viesturs, quien, al igual que Cotter, en 1995 trabajaba como guía para Hall—. Estuvo bien durante la subida, pero en cuanto empezó a bajar se derrumbó mental y físicamente; parecía un zombi, iba como si se hubiera quedado sin pilas».

A las 16:30, y de nuevo a las 16:41, Hall llamó por radio para decir que tenían problemas y que necesitaban oxígeno con urgencia. Dos botellas llenas los esperaban en la cima Sur; si Hall lo hubiera sabido, habría ido a buscarlas para volver después adonde se encontraba Hansen con una nueva reserva de oxígeno. Pero Andy Harris, que aún estaba en la Antecima padeciendo los estragos de su demencia hipóxica, oyó el comunicado y le advirtió a Hall —incorrectamente, como a Mike Groom y a mí—de que todas las botellas estaban vacías.

Groom captó la conversación entre Harris y Hall desde su propia radio cuando descendía por la arista Sureste con Yasuko Namba, poco antes de llegar al Balcón. Trató de llamar a Hall para decirle que la información era errónea y que en realidad había botellas llenas en la Antecima; sin embargo, explica él mismo: «Mi aparato funcionaba mal. Podía captar la mayor parte de las llamadas, pero mis mensajes no llegaban a casi nadie. Las dos veces que Hall recibió mi voz e intenté decirle dónde estaban las botellas llenas, Andy me interrumpió enseguida para desmentir que hubiera oxígeno en la cima Sur».

Puesto que no sabía si había o no botellas de recambio, Hall decidió que lo mejor sería quedarse con Hansen e intentar bajarlo sin oxígeno. Cuando llegaron a lo alto del escalón Hillary, sin embargo, Hall no vio de qué manera podía salvar el desnivel de doce metros con Hansen a cuestas, y se vieron obligados a detenerse. «No puedo bajar —anunció por radio, claramente sin aliento—. No tengo ni zorra idea de cómo haré para bajar a este hombre del escalón Hillary sin oxígeno».

Poco después de las 17:00, Groom consiguió por fin comunicarse con Hall y decirle que sí había oxígeno en la cima Sur. Quince minutos más tarde, Lopsang, que bajaba de la cima, se encontró allí a Harris³¹.

A esas alturas, según explica Lopsang, éste ya debía de saber que al menos dos de las botellas del escondite estaban llenas, porque le rogó

al sherpa que lo ayudara a subir las hasta el escalón Hillary. «Andy dijo que me pagaría quinientos dólares si llevaba el oxígeno a Rob y Doug —recuerda Lopsang—, pero se suponía que yo sólo cuidaba de mi grupo. Tenía que ocuparme de Scott. Así que le dije que no y seguí bajando a toda prisa».

A las 17:30, poco después de dejar la cima Sur para reanudar su descenso, Lopsang miró hacia atrás y vio que Harris —que debía de encontrarse muy debilitado si hay que atenerse al estado en que yo lo había visto dos horas antes— subía pesadamente por la cresta para ayudar a Hall y Hansen. Fue un acto de heroísmo que le costó la vida.

Un centenar de metros más abajo, Scott Fischer, cada vez más débil, medía sus fuerzas con la arista Sureste. Al llegar a los escalones de roca situados a 8.600 metros, se vio ante una serie de rapeles, cortos pero problemáticos, que rodeaban la cresta. Demasiado cansado para emprender una tarea tan compleja, se dejó deslizar de culo por una pendiente contigua de nieve helada. Era más sencillo que seguir las cuerdas fijas, pero cuando estuvo al pie de los escalones no le quedó otro remedio que hacer una laboriosa travesía de unos cien metros cuesta arriba, con la nieve por las rodillas, para retomar la ruta.

Alrededor de las 17:20, Tim Madsen, que descendía con el grupo de Beidleman, miró casualmente desde el Balcón y vio a Fischer iniciar el camino de subida. «Parecía muy fatigado —recuerda Madsen—. Daba diez pasos, se sentaba a descansar, daba un par de pasos más y descansaba otra vez. Progresaba realmente despacio. Pero más arriba vi a Lopsang, que bajaba de la cresta, y pensé: "Bueno, si Lopsang está ahí con él, Scott no tendrá problemas"».

Lopsang afirma que alcanzó a Fischer hacia las 18:00, a la altura del Balcón. «Como Scott no llevaba oxígeno, le puse la mascarilla. Me dijo: "Estoy muy enfermo, no puedo seguir bajando. Voy a tirarme." Lo repetió muchas veces, como si se hubiera vuelto loco, y si yo no lo hubiese atado con la cuerda, Scott habría saltado hacia Tibet».

Sujetando a Fischer con una cuerda de veinte metros, Lopsang persuadió a su amigo de que no saltara y luego lo hizo avanzar lentamente hacia el collado Sur. «La tormenta era terrible —recuerda Lopsang—. ¡Bum! ¡Bum! Parecían escopetazos. Dos veces cayeron rayos muy cerca de nosotros. Qué ruido. Daba verdadero miedo».

Unos cien metros por debajo del Balcón, la suave hondonada que con tanta cautela habían descendido daba paso a unos afloramientos de roca, y Fischer, dado el estado en que se encontraba, fue incapaz de salvar el difícil terreno. «Scott ya no podía andar, me daba muchos problemas —dice Lopsang—. Intenté cargar con él, pero yo también estaba muy cansado. Scott era muy grande, yo soy más pequeño; no pude con él. Entonces me dijo: "Lopsang, baja tú, baja tú", y yo respondí: "No, me quedo aquí contigo"».

Hacia las ocho de la tarde, Lopsang estaba acurrucado con Fischer en un saliente nevado, cuando Makalu Gau y sus dos sherpas aparecieron en medio de la ventisca. Gau estaba casi tan agotado como Fischer y, al igual que éste, tampoco se decidió a sortear las placas calcáreas, de modo que sus sherpas lo hicieron sentar junto a Lopsang y Fischer y siguieron bajando solos.

«Estuve con Scott y Makalu una hora, quizá más —recuerda Lopsang—. Tenía mucho frío, estaba muy cansado. "Baja tú y envía a Anatoli", me dijo Scott. "De acuerdo", repuse. "Bajaré y te enviaré a un sherpa con Anatoli." Y después de preparar un buen refugio para Scott, me puse en camino».

Lopsang dejó a Fischer y Gau en una cornisa, trescientos cincuenta metros más arriba del collado Sur, y descendió en plena tormenta. Privado de visibilidad, fue desviándose de la ruta, terminó más abajo del collado antes de comprender su error, y tuvo que remontar la margen septentrional de la cara del Lhotse para localizar el campamento IV²⁴. No obstante, a eso de la medianoche consiguió llegar a las tiendas. «Busqué a Anatoli —asegura Lopsang— y le dije: "Sube, por favor, Scott está muy enfermo, no puede andar." Luego fui a mi tienda, y caí rendido de sueño, como un muerto».

El 10 de mayo, Guy Cotter, que era amigo de Hall y de Fischer, se encontraba casualmente a varios kilómetros del campamento base del Everest. Estaba guiando una expedición al Pumori y había captado las transmisiones radiofónicas de Hall a lo largo de todo el día. A las 14:15 habló con Hall, que estaba en la cima, y todo parecía ir bien. Sin embargo, a las 16:30 Hall llamó para decir que Doug no tenía oxígeno ni fuerzas para andar.

«¡Necesito una botella de oxígeno! —exclamó desesperado, aunque nadie en la montaña podía oírlo—. ¡Que alguien me ayude, por favor!»

Cotter se alarmó. A las 16:53 trató de convencer a Hall de que descendiera cuanto antes a la cima Sur. «La llamada fue más que nada para instarlo a bajar en busca de las botellas —explica Cotter—, porque sabíamos que sin oxígeno no podría ayudar a Doug. Rob dijo que él se veía capaz de bajar sin problemas, pero con Doug no».

Cuarenta minutos después, Hall aún estaba con Hansen en lo alto del escalón Hillary, sin ir a ninguna parte. En conversaciones radiofónicas con Hall a las 17:36 y luego a las 17:57, Cotter imploró a su amigo que dejara a Hansen y bajara solo. «Sé que pareceré un hijo de puta por decirle a Rob que abandonara al cliente —confiesa Cotter—, pero estaba muy claro que no tenía alternativa». Hall, sin embargo, no quiso saber nada de bajar sin Hansen.

No hubo más noticias de Hall hasta la noche. A las 2:46, Cotter dormía en su tienda al pie del Pumori cuando de pronto captó una larga transmisión, llena de interrupciones: prendido de la correa de la mochila, Hall llevaba un micrófono por control remoto que de vez en cuando se abría solo. En este caso, dice Cotter, «no creo que Rob se diera cuenta de que estaba transmitiendo. Oí que alguien chillaba; pudo haber sido Rob, pero no estaba seguro porque había mucho ruido de fondo a causa del viento. Pero le oí gritar algo así como "¡Muévete! ¡No te pares!". Supongo que se lo decía a Doug».

Si sucedió así, significaría que en las primeras horas del día Hall y Hansen —tal vez acompañados de Harris seguían bajando por el escalón Hillary en medio del vendaval camino de la cima Sur. Y también que tardaron más de diez horas en cubrir un tramo que suele bajarse en menos de media hora.

Naturalmente, todo esto es pura especulación. Lo que es seguro es que Hall llamó por radio a las 17:57. En ese momento, él y Hansen seguían en el escalón; y luego, a las 4:43 de la mañana del día 11, cuando contactó de nuevo con el campamento base, había descendido hasta la Antecima. Como entonces, ni Hansen ni Harris estaban con él.

En una serie de transmisiones efectuadas en las dos horas siguientes, Rob dio muestras de estar confuso y falto de lógica. A las 4:43 le dijo a Caroline Mackenzie, la doctora del campamento base, que las piernas ya no le obedecían y que estaba «demasiado torpe» para moverse. Con voz ronca y apenas audible, agregó: «Harold estuvo conmigo anoche, pero ahora no lo veo por ninguna parte. Parecía muy débil». Acto seguido, obviamente desconcertado, preguntó: «¿Estaba conmigo o no? ¿Me lo puede decir alguien?²⁵»

Para entonces Hall disponía de dos botellas de oxígeno llenas, pero las válvulas de su mascarilla estaban tan atascadas a causa del hielo que el gas no le llegaba. Afirmó, no obstante, que estaba intentando descongelar el aparato, lo cual, en palabras de Cotter, «hizo que todos nos sintiéramos un poco mejor. Era la primera cosa positiva que le oíamos decir».

A las 5:00, el campamento base pasó una llamada vía satélite a Jan Arnold, la mujer de Hall, que se encontraba en Christchurch, Nueva

Zelanda. Arnold había coronado el Everest con Hall en 1993 y no se hacía ilusiones sobre la situación por la que su marido estaba pasando en el pico. «El corazón me dio un vuelco cuando oí su voz —recuerda Arnold—. Noté que arrastraba mucho las palabras; parecía como si estuviera flotando. Yo había estado en la cima y sabía lo duro que debía ser con mal tiempo. Rob y yo habíamos comentado la imposibilidad de rescatar a alguien de la cresta final. Como él mismo decía: "Es como estar en la Luna"».

A las 5:31, Hall se tomó 4 miligramos de dexametasona oral y señaló que seguía intentando limpiar la mascarilla de oxígeno. Hablando con el campamento base, no dejó de interesarse por el estado de Makalu Gau, Fischer, Beck Weathers, Yasuko Namba y sus otros clientes. Parecía especialmente preocupado por Andy Harris y preguntaba una y otra vez por su paradero.

Cotter dice que intentaron desviar la cuestión «porque no queríamos darle más motivos para que se quedara allá arriba. En un momento dado, Ed Viesturs entró en las ondas desde el campamento II y dijo, mintiendo: "No te apures por Andy; está con nosotros aquí abajo"».

Algo más tarde, Mackenzie preguntó a Hall cómo se encontraba Hansen. «Doug ha muerto», contestó Hall sin más. Fue la última mención que hizo de él.

El 23 de mayo, cuando David Breashears y Ed Viesturs alcanzaron la cumbre, no encontraron señales del cuerpo de Hansen, pero sí, en cambio, un piolet clavado unos quince metros más arriba de la cima Sur, en un tramo muy peligroso del picacho donde no había cuerda fija. Es muy posible que Hall y/o Harris consiguieran bajar a Hansen por las cuerdas y que luego este último perdiera pie y cayera más de dos mil metros en picado por la cara Suroeste, dejando el piolet allí donde se había producido el resbalón. Una vez más, no obstante, sólo son simples conjeturas.

Lo que pudo sucederle a Harris es aún más difícil de aclarar. Entre el testimonio de Lopsang, las llamadas por radio de Hall y otro piolet encontrado en la cima Sur que resultó pertenecer sin ningún género de duda a Andy, podría asegurarse que estuvo en la cima Sur con Hall la noche del 10 de mayo. Aparte de eso, no se sabe prácticamente nada acerca de cómo encontró la muerte.

A las 6:00, Cotter le preguntó a Hall si el sol ya había salido. «Casi», respondió Hall, lo que era una buena noticia, porque un momento antes había dicho que el frío le hacía tiritar de forma incontrolada. Eso, sumado a su anterior afirmación de que no podía mover las piernas, había sido un duro golpe para quienes escuchaban la conversación desde abajo. No obstante, era de por sí increíble que Hall aún estuviera con vida tras pasar la noche al raso y sin oxígeno a 8.750 metros, con vientos huracanados y a 70 grados bajo cero.

En esta misma conexión, Hall preguntó por Harris una vez más: «¿Alguien vio a Harold anoche, aparte de mí?» Tres horas después Hall seguía obsesionado con el paradero de Andy. A las 8:43 murmuró por radio: «Una parte de sus cosas está aquí. Yo pensaba que había empezado a bajar ayer por la noche. ¿Alguien sabe algo de él?» Wilton intentó eludir la pregunta, pero Rob perseveró en su razonamiento:

—A ver, repito: tengo aquí su piolet, su chaqueta y unas cuantas cosas más.

—Rob —respondió Viesturs desde el campamento II—, si puedes ponerte la chaqueta, hazlo. Sigue bajando y preocúpate sólo de ti mismo. A los demás ya están atendiéndolos. Tú procura bajar.

Después de casi cuatro horas intentando desatascar su mascarilla, Hall consiguió por fin que funcionara, y sobre las nueve de la mañana estaba respirando oxígeno adicional por primera vez; llevaba más de dieciséis horas sin hacerlo por encima de los 8.700 metros de altitud.

Mucho más abajo, sus amigos trataban de sumar esfuerzos para hacerlo bajar. «Rob, aquí Helen desde el campamento base —intervino Wilton, que parecía al borde de las lágrimas—. Piensa en tu hijo. Dentro de pocos meses vas a poder ver su carita, así que haz el favor de moverte».

En varias ocasiones Hall anunció que se disponía a bajar, e incluso una vez dimos por hecho que había abandonado la cima Sur. En el campamento IV Lhakpa Chhiri y yo tiritábamos de frío fuera de las tiendas, mirando un puntito que avanzaba muy despacio por la parte superior de la arista Sureste. Convencidos de que se trataba de Rob, que se había decidido a bajar, nos palmeamos la espalda de alegría y lo animamos a gritos. Pero el optimismo se esfumó una hora después, cuando advertí que el puntito seguía en el mismo sitio; de hecho era sólo una roca, una simple alucinación provocada por la altitud. En realidad, Rob ni siquiera había abandonado la cima Sur.

Hacia las 9:30, Ang Dorje y Lhakpa Chhiri dejaron el campamento IV e iniciaron la ascensión a la Antecima con un termo de té caliente y dos botellas extra de oxígeno, con la intención de rescatar a Hall. Se enfrentaban a una tarea formidable. Si bien el rescate de Pittman y Fox a cargo de Anatoli Boukreev la noche anterior había sido realmente portentoso, palidecía en comparación con lo que los sherpas se proponían hacer: Pittman y Fox estaban a veinte minutos a pie de las tiendas y en terreno relativamente llano; Hall, por contra, estaba casi mil metros más arriba del campamento IV lo que suponía una fatigosa escalada de ocho o nueve horas en el mejor de los casos.

Y aquél, sin duda, no era el mejor de los casos. El viento soplaba a más de 40 nudos; tanto Ang Dorje como Lhakpa estaban agotados de ir y volver de la cima el día anterior. Por ende, si conseguían llegar hasta Hall, sería por la tarde, lo que sólo les dejaría un par de horas de sol para iniciar algo aún más difícil: bajar. Pero su lealtad hacia Hall era tal que ambos sherpas hicieron caso omiso de los obstáculos y partieron hacia la cima Sur a un paso tan vivo como les fue posible.

Al cabo de poco rato, dos sherpas del equipo Mountain Madness —Tashi Tshering y Ngawang Sya Kya (un hombre menudo y pulcro de sienas plateadas, que es además padre de Lopsang)— y uno del equipo taiwanés se pusieron en camino para bajar a Fischer y a Makalu Gau. Trescientos cincuenta metros por encima del collado Sur el trío de sherpas encontró a los escaladores en la cornisa donde Lopsang los había dejado. Aunque intentaron dar oxígeno a Fischer, éste no reaccionó. Todavía respiraba, pero tenía los ojos fijos y los dientes fuertemente apretados. Tras deducir que no había esperanzas, lo dejaron en la cornisa y empezaron el descenso con Gau, quien, tras ingerir té y aspirar oxígeno embotellado, y con ayuda de los tres sherpas, consiguió bajar por su propio pie, aunque sujeto a una cuerda, hasta el campamento.

El día había empezado radiante y sereno, pero el viento no amainaba, y a eso del mediodía el pico estaba envuelto en espesas nubes. En el campamento II el equipo de IMAX informaba de que el viento que batía la cima era como un escuadrón de Boeings, pues tanto era el ruido que se oía dos mil metros más abajo. En el ínterin, Ang Dorje y Lhakpa se afanaban en la arista Sureste decididos a llegar hasta Hall con tormenta o sin ella. A las 15:00, más de doscientos metros por debajo de la Antecima, el viento y el frío pudieron con ellos, y los sherpas tuvieron que rendirse. Lo habían intentado con valentía, pero no había sido posible; y en cuanto dieron media vuelta para descender, las oportunidades de que Hall sobreviviera se extinguieron.

Durante todo el 11 de mayo, sus amigos y compañeros de equipo insistieron en rogarle que intentara bajar por sus propios medios. En varias ocasiones Hall anunció que se disponía a hacerlo, pero luego cambiaba de parecer y seguía donde estaba. A las 15:20, Guy Cotter —quien para entonces había llegado a pie al campamento base del Everest desde su propio campamento en el Pumori— lo amonestó por radio:

—Rob, haz el favor de bajar.

Hall le espetó, enfadado:

—Mira, amigo, si pensara que puedo agarrar los nudos de la cuerda fija con las manos congeladas, habría bajado hace ya seis horas. Mándame un par de chicos con un gran termo lleno de algo caliente, y todo irá bien.

—Verás, Rob —dijo Cotter, tratando de explicarle con la máxima delicadeza que el intento de rescate no había prosperado—, los sherpas que han subido esta mañana han encontrado vientos muy fuertes y han tenido que volver; pensamos que lo mejor es que vayas bajando poco a poco.

—Puedo durar una noche más si me envías mañana temprano a un par de hombres con un poco de té sherpa, pero no más tarde de las nueve y media o las diez —repuso Rob.

—Eres un tipo duro, sí señor —dijo Cotter, a punto de quebrársele la voz—. Te mandaremos a alguien por la mañana.

A las 18:20, Cotter llamó a Hall y le informó de que Jan Arnold estaba al teléfono vía satélite desde Christchurch y que esperaba que le pasaran la comunicación. — Dame un minuto —pidió Rob—. Tengo la boca seca. Voy a comer un poco de nieve antes de decirle nada.

Al cabo de unos minutos volvió a hablar; su voz sonaba horriblemente distorsionada y ronca— Hola, cariño. Espero que estés calentita en la cama. ¿Cómo va todo?

—No sabes cuánto pienso en ti! —contestó Arnold—. Por la voz, veo que no estás tan mal como creía... ¿Tienes mucho frío?

—Teniendo en cuenta la altitud y el escenario, se puede decir que estoy cómodo —respondió Hall, esforzándose por no alarmarla.

—¿Y los pies?

—No me he quitado las botas para comprobarlo, pero creo que debo de tenerlos un poco congelados...

—No sabes cuánto desearía que estuvieras en casa para cuidarte. Estoy segura de que te rescatarán, cariño. No creas que estás solo. ¡Te mando toda mi energía positiva!

Antes de cortar, Hall le dijo a su esposa:

—Te quiero. Que duermas bien, mi amor. Y no te preocupes demasiado.

Éstas fueron las últimas palabras que se le oyeron pronunciar. Los intentos de contactar por radio con él aquella noche y a la mañana siguiente no dieron resultado. Doce días después, cuando Breashears y Viesturs llegaron a la cima Sur camino de la cumbre, hallaron a Hall tumbado sobre el costado derecho en un pequeño hoyo de hielo, sepultado de cintura para arriba bajo un montón de nieve.

ARISTA NORESTE

10 de mayo de 1996 8.700 metros

El Everest era la encarnación de las fuerzas físicas del mundo, a las que debía oponerse con el espíritu del hombre. Imaginaba el júbilo de sus camaradas si lo lograba. Imaginaba la emoción que su éxito despertaría entre todos los alpinistas; el prestigio que ello aportaría a Inglaterra; el nombre que le daría a él mismo y la satisfacción de saber que su vida había valido la pena [...] Tal vez no llegó a formularlo exactamente así, pero en su mente debió de tener la idea del «o todo o nada». De las dos alternativas, volverse por tercera vez o morir, la última era para Mallory la más sencilla. La tortura de la primera habría sido para él, como hombre, escalador y artista, imposible de soportar.

*Sir Francis Younghusband
The Epic of Mount Everest, 1926*

El 10 de mayo a las 16:00, la misma hora en que un maltrecho Doug Hansen llegaba a la cumbre apoyado en el hombro de Rob Hall, tres escaladores de la provincia india de Ladakh informaban por radio al jefe de su expedición de que también ellos habían coronado la cima. Tsewang Smanla, Tsewang Paljor y Dorje Morup, miembros de una expedición organizada por la policía fronteriza indotibetana y compuesta por 39 personas, habían hecho la ascensión por la vertiente tibetana del pico siguiendo la ruta de la arista Noreste, donde en 1924 se produjo la famosa desaparición de George Leigh Mallory y Andrew Irvine.

Los ladakh abandonaron en grupos de seis las tiendas de su campamento alto, instalado a 8.300 metros de altitud, a las 5:45³⁴. A media tarde, cuando aún los separaba de la cima un desnivel de trescientos metros, se vieron afectados por la misma tormenta que habíamos encontrado nosotros al otro lado de la montaña. Tres miembros del equipo arrojaron la toalla y empezaron a bajar a las 14:00, pero Smanla, Pajlor y Morup siguieron adelante pese a que el tiempo empeoraba sensiblemente. «Tenían la fiebre de la cima», explicaba Harbhajan Singh, uno de los tres que volvieron sobre sus pasos.

Los tres restantes alcanzaron lo que creían la cima a las 16:00, momento en que las nubes eran ya tan densas que la visibilidad se había reducido a treinta metros. Llamaron a su campamento base en el glaciar de Rongbuk para decir que habían coronado, y el jefe de la expedición, Mohindor Singh, telefonó vía satélite a Nueva Delhi para informar del triunfo al primer ministro Narashima Rao. El equipo de escaladores celebró su éxito dejando una ofrenda de banderines votivos, katas y pitones de escalada en lo que les pareció el punto más alto, después de lo cual iniciaron el descenso en medio de la ventisca.

En realidad, los ladakh estaban a 8.708 metros cuando dieron media vuelta, a dos horas de la cima propiamente dicha, que en ese momento asomaba sobre las nubes más altas. El hecho de que se detuvieran sin saber que aún restaban ciento cuarenta metros para alcanzar el objetivo explica por qué no vieron a Hansen, Hall o Lopsang en la cumbre. Y viceversa. Al anochecer, unos alpinistas que se encontraban más abajo informaron haber visto la luz de dos lámparas de casco en las cercanías de los 8.600 metros, algo más arriba de un tramo famoso por su dificultad y conocido como Segundo Escalón, pero ninguno de los tres ladakh regresó a las tiendas aquella noche ni volvió a establecer contacto por radio.

A la 1:45 de la mañana siguiente, 11 de mayo —más o menos a la misma hora en que Anatoli Boukreev buscaba desesperadamente a Sandy Pittman, Charlotte Fox y Tim Madsen en el collado Sur—, dos escaladores japoneses acompañados de tres sherpas partían rumbo a la cima desde el mismo campamento de la arista Noreste que habían utilizado los ladakh, pese a los vientos racheados que azotaban el pico. A las 6:00, mientras resolvían el escarpado promontorio de roca conocido como Primer Escalón, Eisuke Shigekawa, de veintidós años, e Hiroshi Hanada, de treinta y seis, quedaron atónitos al ver a uno de los montañeros ladakh, probablemente Paljor, tendido en la nieve y en un horrible estado de congelación, pero aún con vida, tras una noche al raso y sin oxígeno. Los japoneses, que no querían demorarse en ayudarlo para no comprometer su ascensión, siguieron camino de la cima.

A las 7:15 llegaron a la base del Segundo Escalón, un peligroso saliente vertical de quebradiza roca laminar al que suele accederse mediante una escala de aluminio que en 1975 fue instalada por un equipo chino. Para desconuelo de los japoneses, sin embargo, la escala estaba en malas condiciones y colgaba parcialmente de la roca, con lo que se vieron obligados a una fatigosa escalada de noventa minutos para salvar un desnivel de seis metros.

Superado ya el Segundo Escalón, encontraron a los otros dos ladakh, Smanla y Morup. Según un artículo del *Financial Times* escrito por el periodista británico Richard Cowper, que entrevistó a Hanada y Shigekawa a 6.400 metros de altitud después de su ascensión, uno de los ladakh estaba «casi muerto, y el otro agazapado en la nieve. Nadie dijo nada. No hubo intercambio de agua, comida ni oxígeno. Los japoneses pasaron de largo, y unos cincuenta metros más allá pararon a descansar— y cambiar las botellas de oxígeno».

Hanada le dijo a Cowper: «No los conocíamos. Es verdad, no les dimos agua. Ni siquiera hablamos con ellos. Estaban muy enfermos. Por su aspecto, parecían incluso peligrosos».

Shigekawa, por su parte, explicaba: «Estábamos demasiado cansados para ayudar a nadie. A ocho mil metros, uno no puede permitirse ética de ninguna clase».

Abandonando a Smanla y Morup, los japoneses reanudaron su ascensión, dejaron atrás los pitones y banderines que los ladakh habían dejado a 8.700 metros y —haciendo gala de una asombrosa tenacidad— alcanzaron la cumbre a las 11:45 en medio de un violento vendaval. En ese momento Rob Hall estaba acurrucado en la cima Sur, luchando por sobrevivir, a media hora de descenso por la arista Sureste.

Camino de su campamento por la arista Noreste, Hanada y Shigekawa volvieron a cruzarse con Smanla y Morup antes de llegar al Segundo Escalón. Morup parecía haber muerto; Smanla, aunque aún vivía, estaba enredado sin remisión en una cuerda fija. Pasang Kami, sherpa del equipo japonés, lo liberó y siguió descendiendo. Al dejar atrás el Primer Escalón —donde de subida habían pasado junto a Pajlor, que deliraba hecho un ovillo en la nieve—, el grupo japonés no vio señales de él.

Siete días más tarde la expedición indotibetana lanzó un nuevo asalto a la cima. Habiendo partido de su campamento alto a la 1:15 de la madrugada del 17 de mayo, dos ladakh y tres sherpas toparon al cabo de un rato con los cuerpos congelados de sus compañeros. Informaron de que uno de los hombres, en la agonía de la muerte, se había arrancado casi toda la ropa antes de sucumbir a los elementos. Smanla, Morup y Pajlor quedaron allí donde yacían, y los cinco escaladores continuaron la ascensión hasta coronar el pico a las 7:40.

11 de mayo de 1996, 7:30 h 7.900 metros

*Turning and turning in the widening gyre
The falcon cannot hear the falconer;
Things fall apart; the center cannot hold;
Mere anarchy is loosed upon the world,
The blood-dimmed tide is loosed, and everywhere
The ceremony of innocence is drowned.*

*«Girando en círculos cada vez más amplios
el halcón no oye ya al halconero;
todo se viene abajo, el centro no puede resistir;
la anarquía se ha adueñado del mundo,
desbordado por la marea turbia de sangre, y no hay lugar
donde no perezca ahogada la ceremonia de la inocencia.*

*William Butler Yeats
The Second Coming*

Cuando en la mañana del sábado 11 de mayo, sobre las 7:30, volví tambaleándome al campamento IV, lo que había ocurrido (lo que estaba ocurriendo aún) empezaba a calar en mí con fuerza irresistible. Estaba física y emocionalmente destrozado después de una hora de recorrer el collado Sur de punta a punta en busca de Andy Harris, a quien finalmente daba por muerto. Las llamadas de Rob Hall desde la Antecima interceptadas por Stuart Hutchison dejaban claro que el jefe de nuestra expedición atravesaba momentos desesperados y que Doug Hansen estaba muerto. Miembros del equipo de Scott Fischer que habían pasado buena parte de la noche perdidos en el collado dijeron que Beck Weathers y Yasuko Namba habían muerto también. Y se creía que Scott Fischer y Makalu Gau se hallaban al borde de la muerte, unos trescientos cincuenta metros más arriba de las tiendas.

Mi mente, ante semejante balance, se refugió en un extraño y casi robótico estado de distanciamiento. Me sentía emocionalmente anestesiado y a la vez superconsciente, como si me hubiera parapetado dentro de mi cerebro y desde una pequeña rendija convenientemente blindada estuviese mirando el desastre que me rodeaba. Cuando miraba aturcido al cielo, me parecía verlo teñido de un azul pálido y preternatural, exento de todo residuo de color. En el horizonte, las montañas parecían delineadas por un relampagueo que vibraba ante mis ojos. Me pregunté si habría iniciado el descenso en espiral hacia el atormentado mundo de la locura.

Tras una noche a 7.900 metros de altitud sin el auxilio de una botella de oxígeno, me sentía más débil y cansado aún que la tarde anterior al bajar de la cima. Si no conseguimos más botellas o descendíamos a un campamento inferior, mis compañeros y yo seguiríamos deteriorándonos a pasos agigantados.

El programa de aclimatación rápida seguido por Hall y por la mayoría de los alpinistas modernos es realmente eficaz: permite al escalador emprender el asalto a la cima tras un periodo relativamente breve de cuatro semanas por encima de los 5.200 metros de altitud (con una única salida para pernoctar a 7.500 metros²⁶). Sin embargo, esta estrategia se basa en la suposición de que todo el mundo dispondrá de suministro continuo de oxígeno embotellado por encima de los 7.500 metros. Si esto falla, estás perdido.

Buscando al resto de los compañeros encontré a Frank Fischbeck y Lou Kasischke tumbados en una tienda cercana. Lou deliraba y estaba cegado por la nieve, no veía nada, no podía valerse por sí mismo y murmuraba incoherencias. Frank parecía haber alcanzado un estado de shock, pero hacía lo posible por cuidar de Lou. En otra tienda estaban John Taske y Mike Groom, ambos dormidos o inconscientes. Aunque yo apenas podía mantenerme en pie de la debilidad, era evidente que a excepción de Stuart Hutchison todo el mundo estaba peor que yo.

Fui de tienda en tienda comprobando los envases de oxígeno que encontraba, pero todos estaban vacíos. La hipoxia, sumada a la profunda fatiga, exacerbaba la sensación de caos y desesperación. El nailon restallaba de tal manera a merced del viento que era imposible comunicarse de una tienda a otra.

Las pilas de la única radio que teníamos estaban casi agotadas. Una atmósfera de entropía terminal invadió el campamento, sumada al hecho de que nuestro equipo —al que en las semanas anteriores se le había inculcado una fe ciega en sus guías— se encontraba de repente sin jefe: Rob y Andy habían muerto, y aunque contábamos con Groom, éste pagaba ahora el precio de la terrible noche anterior: inconsciente en su tienda y con graves congelaciones, por el momento ni siquiera era capaz de hablar.

Privados de guías, fue Hutchison quien vino a llenar ese vacío de poder. Impresionable y ensimismado, Stuart procedía de la capa alta de la sociedad angloparlante de Montreal y era un joven y brillante investigador médico. Participaba en una expedición de altos vuelos cada dos o tres años, pero no podía dedicar mucho más tiempo a la escalada. Ante una situación cada vez más crítica en el campamento IV hizo todo lo que pudo para estar a la altura de las circunstancias.

Mientras yo trataba de recuperarme de la infructuosa búsqueda, Hutchison organizó un equipo de cuatro sherpas para localizar los cuerpos de Weathers y Namba, que habían quedado en el collado cuando Anatoli Boukreev rescató a Charlotte Fox, Sandy Pittman y Tim Madsen. El grupo, encabezado por Lhakpa Chhiri, partió antes que Hutchison, ya que éste estaba tan aturrido de cansancio que en lugar de ponerse las botas había salido de la tienda calzado con sus botines. Lhakpa le hizo reparar en ello para que Hutchison volviera en busca de sus botas. Siguiendo las instrucciones de Boukreev, los sherpas no tardaron en encontrar los dos cadáveres en una cuesta de hielo gris salpicada de cantos rodados, junto al límite de la cara del Kangshung. Los sherpas, tradicionalmente muy supersticiosos con los muertos, se detuvieron a unos quince metros y esperaron que llegara Hutchison.

«Estaban los dos semienterrados —recuerda Hutchison—. Sus mochilas habían quedado una treintena de metros cuesta arriba. Tenían la cara y el torso cubiertos de nieve; sólo asomaban las manos y los pies. El viento aullaba con furia en el collado». El primer cuerpo que encontré resultó ser el de Yasuko Namba, pero Hutchison no logró identificarla hasta que se arrodilló para arrancarle de la cara un caparazón de siete centímetros de hielo. Descubrió pasmado que Namba respiraba todavía. Sus manoplas no estaban por allí, y tenía las manos duras como el hielo. Sus ojos estaban dilatados, y su tez, blanca como la porcelana. “Fue horrible —recuerda Hutchison—. Aquello me impresionó mucho. Yasuko estaba casi muerta y yo no sabía qué hacer”.

Luego se acercó a Beck Weathers, tendido unos seis metros más allá. También tenía la cabeza recubierta de un grueso blindaje de nieve

helada. Bólitos de hielo grandes como granos de uva se le habían pegado al pelo y los párpados. Tras retirar de la cara de Beck los detritos helados, Hutchison descubrió que el texano también vivía: «Beck murmuraba algo, creo, pero no conseguí entender qué intentaba decirme. Faltaba su guante derecho y tenía la mano congelada. Traté de incorporarlo, pero Beck casi no podía moverse. Estaba prácticamente muerto, sólo que aún respiraba».

Muy afectado, Hutchison decidió pedir consejo a los sherpas. Lhakpa, un veterano escalador muy respetado por sherpas y sahibs debido a su experiencia montañera, lo exhortó a que dejara a Beck y Namba donde estaban. Aunque pudieran llevarlos con vida hasta el campamento IV sin duda morirían antes de bajarlos al campamento base, e intentar un rescate pondría en peligro la vida de los escaladores que estaban en el collado, la mayoría de los cuales ya tendrían bastantes problemas para bajar sin novedad.

Hutchison aceptó que Lhakpa llevaba razón. Sólo había una alternativa, por dura que fuese: dejar que la naturaleza siguiera su inevitable curso con Beck y Yasuko y ahorrar recursos para ayudar a quienes aún podían salvarse. Fue una decisión salomónica. Hutchison, abatido, regresó al campamento. A punto de echarse a llorar, nos dijo que despertásemos a Taske y a Groom, y nos reunimos todos en su tienda para resolver qué hacer con Beck y Yasuko. La conversación fue angustiada, titubeante. Todos evitábamos mirarnos a los ojos. Sin embargo, al cabo de cinco minutos los cuatro allí reunidos estuvimos de acuerdo en que lo más adecuado era dejar a Beck y Yasuko donde estaban, tal como proponía Hutchison.

Se discutió también si bajaríamos esa misma tarde al campamento II, pero Taske dijo que no quería ni oír hablar del asunto mientras Hall estuviera en la cima Sur. «No pienso irme sin él», manifestó. De todas maneras, discutirlo estaba fuera de lugar: Kasischke y Groom se encontraban tan mal que por el momento era imposible ir a ninguna parte.

«Me veía venir una repetición de lo que había sucedido en el K2 en 1986», dice Hutchison. El 4 de julio de aquel año, siete veteranos del Himalaya —incluido el legendario austríaco Kurt Diemberger— atacaron la cumbre del segundo pico más alto del mundo. Seis de los siete escaladores hicieron cima, pero durante el descenso por las pendientes superiores se vieron sorprendidos por una fuerte tormenta que los dejó inmobilizados a 8.000 metros, en el último campamento. La ventisca se prolongó durante casi cinco días, debilitando cada vez más a los alpinistas. Cuando por fin despejó, sólo Diemberger y otra persona lograron bajar con vida.

El sábado por la mañana, mientras decidíamos qué hacer con Namba y Weathers y si bajábamos o no, Neal Beidleman ya estaba sacando de sus tiendas a los miembros del grupo de Fischer y exhortándolos a iniciar el descenso. «Estaban todos tan derrengados que fue realmente difícil despertarlos y hacerlos salir de las tiendas; a algunos prácticamente tuve que pegarlos para que se calzaran las botas —asegura Beidleman—. Pero no quise ceder: había que ponerse en camino de inmediato. Yo creo que estar a ocho mil metros más tiempo del necesario son ganas de buscarse problemas. Sabía que había equipos de rescate buscando a Scott y a Rob, así que me propuse sacar a los clientes del collado y bajar a un campamento inferior».

Mientras Boukreev esperaba la llegada de Fischer en el campamento IV, Beidleman inició el lento descenso con su grupo. Cuando llegaron a la cota 7.500, se detuvo para aplicar otra inyección de dexametasona a Sandy Pittman, luego todos se detuvieron en el campamento III para descansar y rehidratarse. «Cuando los vi llegar —recuerda David Breashears, que estaba allí en el momento en que apareció el grupo— me quedé de una pieza. Era como si hubiesen vuelto de cinco meses de guerra. Sandy se vino abajo, no paraba de gritar: "¡Ha sido horrible! ¡Había tirado la toalla, dispuesta a morir!" Todos parecían estar bajo los efectos de un grave shock».

Descendiendo por el hielo del escarpado tramo inferior de la cara del Lhotse, a ciento cincuenta metros del pie de las cuerdas fijas, los rezagados de Beidleman se encontraron con varios sherpas de una expedición nepalí de limpieza que había subido para ayudarlos. Al reanudar el descenso, una lluvia de piedras grandes como naranjas se desprendió de la pared y una de ellas dio en la nuca de un sherpa. «La piedra lo dejó noqueado», cuenta Beidleman, que observó el incidente desde un poco más arriba.

«Fue espantoso —recuerda Klev Schoening—. Sonó como si le hubieran dado con un bate de béisbol». La fuerza del impacto le arrancó un trozo de cráneo, lo dejó sin sentido y le produjo una parada cardiorrespiratoria. Al ver que el sherpa se desplomaba y empezaba a resbalar por la pendiente, Schoening saltó delante de él y consiguió frenar su caída. Pero un momento después, mientras Schoening cogía al sherpa en brazos, una segunda piedra cayó encima de éste y volvió a golpearlo en la nuca.

Pese a este segundo cogotazo, el herido boqueó y empezó a respirar de nuevo pasados unos minutos. Beidleman consiguió bajarlo hasta el pie de la cara del Lhotse, donde una docena de compañeros del sherpa lo transportaron al campamento II. En ese momento, dice Beidleman, «Klev y yo nos miramos estupefactos, pensando: "Pero ¿qué pasa aquí? ¿Qué hemos hecho para que la montaña se enfade tanto?"»

Durante todo el mes de abril y primeros de mayo, Rob Hall había expresado su preocupación de que algún equipo poco competente pudiera meterse en un grave aprieto, obligándonos a ir en su rescate y arruinando así nuestros intentos de conquistar la cima. Paradójicamente, era la expedición de Hall la que estaba en graves aprietos, y otros equipos los que tenían que acudir en su ayuda. Sin asomo de rencor, tres de estos grupos —la expedición Alpine Ascents International, de Todd Burleson, la expedición IMAX, de David Breashears, y la expedición comercial de Mal Duff— aplazaron de inmediato sus planes de ir a la cumbre a fin de asistir a los heridos.

El día antes —viernes 10 de mayo—, mientras los equipos de Hall y Fischer íbamos camino de la cumbre, desde el campamento IV la expedición Alpine Ascents International, liderada por Burleson y Pete Athans, llegaba al campamento III. El sábado por la mañana, tan pronto tuvieron noticia de la catástrofe, Burleson y Athans dejaron a sus clientes a 7.200 metros de altitud, al cuidado del tercer guía, Jim Williams, y se apresuraron hacia el collado Sur.

A la sazón, Breashears, Ed Viesturs y el resto del equipo de IMAX se encontraban en el campamento II; Breashears suspendió la filmación a fin de dedicar todos los recursos de su expedición al rescate de los escaladores. Primero me envió un mensaje diciendo que había pilas de recambio en una de las tiendas que IMAX tenía en el collado; logré dar con ellas a media tarde, y así pudimos restablecer el contacto por radio con los campamentos inferiores. Breashears ofreció también sus provisiones de oxígeno —cincuenta botellas que habían sido transportadas con mucho esfuerzo hasta los 7.800 metros— a los alpinistas enfermos y a quienes intervinieran en el rescate. Aunque ello ponía en peligro un proyecto cinematográfico de cinco millones y medio de dólares, Breashears nos proporcionó el vital elemento sin dudarle un instante.

Athans y Burleson llegaron al campamento IV a media mañana. De inmediato empezaron a repartir las botellas de oxígeno de IMAX a quienes más lo necesitaban, y luego se quedaron a esperar la llegada de los sherpas que habían ido al rescate de Hall, Fischer y Gau. A las 16:35, Burleson estaba fuera de la tienda cuando vio que alguien caminaba, envarado y a paso lento, hacia el campamento. «Eh, Pete —le dijo a Athans—. Mira eso. Viene alguien». La mano derecha del hombre, desnuda al viento glacial y grotescamente congelada, pareció estirarse en una especie de saludo espeluznante. Quienquiera que fuese, le recordó a Athans aquellas momias de las películas baratas de terror. Al aproximarse la *momia*, Burleson vio con sorpresa que se trataba nada menos que de Beck Weathers, resucitado de entre los muertos.

La noche anterior, acurrucado junto a Groom, Beidleman, Namba y los otros miembros de ese grupo, Weathers había notado que «cada vez tenía más frío. Había perdido el guante derecho. La cara se me estaba congelando, igual que las manos. Noté que todo mi cuerpo se entumecía, me costaba mucho concentrar la atención, y al final caí en una especie de amnesia».

Durante el resto de la noche y parte de la mañana siguiente, Beck estuvo tumbado en el hielo, expuesto al implacable viento, cataléptico y medio muerto. No recuerda que Boukreev fuera a buscar a Pittman, Fox y Madsen; ni se acuerda de cuando Hutchison lo encontró por la mañana y le quitó el hielo que le cubría la cara. Estuvo comatoso durante más de doce horas. Pero el sábado a media tarde, nadie sabe cómo, alguna chispa debió de prender en la médula de su cerebro inanimado, pues Beck recuperó el sentido.

«Al principio creí que se trataba de un sueño —recuerda Weathers—. Cuando volví en mí, pensé que estaba en la cama. No sentía frío ni nada. Me puse de lado, abrí los ojos y vi la mano derecha delante de mi cara. Entonces reparé en lo congelada que estaba y eso me ayudó a reaccionar. Al final, desperté lo suficiente como para darme cuenta de que estaba hecho mierda y de que la caballería no vendría a salvarme; de modo que tenía que espabilarme por mí mismo».

Aunque Beck había perdido la visión del ojo derecho y con el izquierdo sólo veía en un radio de apenas un metro, echó a andar contra el viento, deduciendo acertadamente que el campamento estaba en aquella dirección. Si se hubiera equivocado, habría caído sin remedio por la cara del Kangshung, cuyo borde quedaba a sólo nueve metros en dirección contraria. Una hora y media después, Beck encontró «unas rocas extrañamente lisas y de un tono azulado» que resultaron ser las tiendas del campamento IV

Hutchison y yo estábamos en nuestra tienda escuchando una conexión de Hall desde la cima Sur cuando Burleson llegó corriendo. «¡Doctor! ¡Rápido! —gritó a Stuart desde la puerta—. Coge tus cosas. ¡Beck acaba de llegar y está muy mal!» Atónito por la milagrosa resurrección de Beck, Stuart salió a toda prisa de la tienda para atenderlo.

Hutchison, Athans y Burleson llevaron a Beck a una tienda desocupada, lo arrojaron en dos sacos de dormir y le aplicaron una mascarilla de oxígeno a la cara. «Ninguno de nosotros —confiesa Hutchison— pensaba entonces que Beck sobreviviese a aquella noche. Apenas le notaba el pulso de la arteria carótida, que es el último que se pierde antes de morir. Su estado era crítico. Y aunque aguantara hasta el día siguiente, no se me ocurría cómo íbamos a bajarlo».

Los sherpas que habían subido a rescatar a Fischer y Makalu Gau estaban ya de regreso en el campamento con este último; habían dejado a Fischer en una cornisa, a 8.300 metros, convencidos de que no tenía salvación. No obstante, al ver a Beck, que también había sido dado por muerto, Boukreev no quiso tachar a Fischer de la lista, y a las cinco de la tarde se enfrentó solo a la tormenta para tratar de rescatarlo.

«Encontré a Scott a las siete, o quizá fuese cerca de las ocho —dice Boukreev—. Ya había oscurecido. La tormenta no amainaba. Scott tenía puesta la mascarilla, pero la botella estaba vacía. Las manos estaban destapadas, sin manoplas. La chaqueta tenía la cremallera bajada y estaba echada hacia atrás, un hombro y un brazo le salían de la prenda. No pude hacer nada. Scott estaba muerto». Anonadado, Boukreev le tapó la cara con su mochila y lo dejó tal como estaba. Luego recogió la cámara, el piolet y la navaja favorita de Fischer (que luego el hijo de éste, de nueve años, recibiría en Seattle de manos de Beidleman) y descendió en medio de la tempestad.

El vendaval que se desató aquel sábado por la tarde fue aún más violento que el que había soplado la noche anterior. Cuando Boukreev consiguió llegar a las tiendas, la visibilidad se había reducido a unos pocos metros y a punto estuvo de no encontrar el campamento.

Respirando oxígeno en botella por primera vez en treinta horas (gracias al grupo de IMAX), me sumí en un sueño angustioso e intermitente pese al ruido infernal que producía el viento al azotar la tienda. Pasada la medianoche, estaba yo en plena pesadilla —Andy caía por la cara del Lhotse agarrado a una cuerda mientras me preguntaba por qué no había sujetado yo el otro extremo— cuando Hutchison me despertó. «Jon —gritó sobre el rugir de la tempestad—, me preocupa esta tienda. ¿Tú crees que aguantará?»

Haciendo esfuerzos por salir de las profundidades de mi alucinación onírica como el ahogado que asoma a la superficie del mar, tardé un minuto en ver por qué Stuart estaba tan preocupado: el viento había aplastado media tienda, que se mecía violentamente con cada ráfaga. Varios palos estaban muy torcidos, y gracias a la luz de la lámpara del casco vi que las costuras principales corrían inminente peligro de saltarse. Finas partículas de nieve estaban llenando de blanca escarcha todo el interior de la tienda. Nunca había visto soplar el viento con tanta fuerza, ni siquiera en la Patagonia, que se considera el lugar más ventoso del planeta. Si la tienda se venía abajo antes de la mañana, nos encontraríamos con un serio problema.

Stuart y yo recogimos las botas y toda nuestra ropa y nos situamos en el lado de barlovento. Apoyando la espalda y los hombros contra los palos dañados, y pese a nuestro cansancio abrumador, permanecimos las tres horas siguientes sosteniendo la cúpula de nailon como si en ello nos fuera la vida. Me imaginé a Rob en la cima Sur a 5.750 metros, sin oxígeno, expuesto a la ferocidad de la tormenta sin refugio de ninguna clase; pero resultaba tan inquietante que procuré no pensar más en ello.

Al alba del domingo 12 de mayo, a Stuart se le acabó el oxígeno. «Empecé a notar que me iba quedando frío e hipotérmico —dice—. Fui perdiendo la sensibilidad en las manos y los pies. Pensé que estaba llegando mi hora, que no conseguiría salir del collado, y que si no me decidía a bajar cuanto antes, posiblemente no lo contaría». Le di mi botella de oxígeno a Stuart y empecé a buscar hasta que encontré otra que aún tenía un poco; luego empezamos a prepararnos para el descenso.

Cuando me atreví a salir, vi que al menos una de las tiendas desocupadas había desaparecido del collado. Entonces reparé en Ang Dorje, que aguantaba estoicamente la ventolera llorando desconsolado por la pérdida de Rob. Después de la expedición, cuando se lo conté a su amiga canadiense Marion Boyd, ella me comentó: «Ang Dorje considera que su misión en este mundo es procurar que a nadie le pase nada; es algo que hemos hablado a menudo. Para él se trata de algo importantísimo, pues sus creencias religiosas contemplan la reencarnación³⁶. Aunque el jefe de la expedición era Rob, Ang Dorje consideraba que era su responsabilidad salvar la vida de Hall, Doug Hansen y los demás. Y cuando murieron, no pudo sino culparse a sí mismo».

Preocupado por que Ang Dorje pudiera sentirse tan mal como para negarse a abandonar el collado, Hutchison le suplicó que bajara de inmediato. A las 8:30 —creyendo que Rob, Andy, Doug, Scott, Yasuko y Beck habían muerto ya— Mike Groom salió de su tienda medio congelado, reunió a Hutchison, Taske, Fischbeck y Kasischke y empezó a guiarlos valientemente montaña abajo.

A falta de otros guías, me ofrecí voluntario para cubrir la vacante y ocuparme de la retaguardia. Mientras el precario grupo dejaba el campamento IV camino del Espolón de los Ginebrinos, me decidí a hacer una última visita a Beck, quien, suponía yo, habría muerto por la noche. Localicé su tienda, desencajada por el huracán, y vi que las puertas habían quedado abiertas. Cuál no sería mi sorpresa al mirar dentro y descubrir que Beck aún estaba con vida.

Temblaba convulsivamente, tumbado en el suelo del desmoronado refugio. Tenía la cara horriblemente hinchada, las manos y la nariz cubiertas de manchas negras de congelación. El viento le había arrancado del cuerpo los dos sacos de dormir, y Beck, con las manos heladas, había sido incapaz de cubrirse otra vez con ellos o bajar la cremallera de la tienda. «¡Joder! —gimió al verme, contorsionado el rostro en un gesto de desesperación y agonía—. ¿Qué mierda hay que hacer aquí para que vengan a ayudarte?» Llevaba dos o tres horas pidiendo auxilio, pero la tormenta había ahogado sus gritos.

Al despertar en mitad de la noche, Beck había visto que «el vendaval hacía bailar la tienda y estaba a punto de arrancarla de cuajo. La tela, empujada por el viento, se me había pegado a la cara, de forma que casi no podía ni respirar. Se apartaba un segundo y volvía a aplastarme el pecho y la cara, dejándome sin aliento. Por si fuera poco, se me había hinchado el brazo derecho, y yo, estúpido de mí, llevaba puesto un reloj, así

que el brazo se me iba hinchando y el reloj me apretaba cada vez más. La sangre casi no me llegaba a la mano. Pero tal como tenía las dos, me era imposible quitarme el maldito reloj. Chillé todo lo que pude, pero no vino nadie. Fue una noche larguísima. No sabes qué alegría sentí al ver tu cara asomando por la puerta».

La visión de Beck en aquel estado me dejó tan estupefacto —por no mencionar nuestra imperdonable negligencia hacia él—, que casi me eché a llorar. «Todo irá bien —mentí, reprimiendo un sollozo mientras le tapaba con los sacos, cerraba la cremallera de la puerta e intentaba apuntalar el maltrecho refugio—. No te preocupes, amigo. Está todo controlado».

En cuanto tuve a Beck más o menos acomodado, llamé por radio a la doctora Mackenzie.

Caroline! —clamé histérico—. ¿Qué he de hacer con Beck? Todavía vive, pero no creo que pueda durar mucho más. ¡Está muy mal!

—Procura calmarte, Jon —respondió ella desde el campamento base—. Tienes que ir bajando con Groom y los demás. ¿Dónde están Pete y Todd? Pídeles que cuiden de Beck y empieza a bajar.

Fui a despertar a Athans y Buleson, que corrieron a la tienda de Beck con una cantimplora llena de té. Mientras me apresuraba a dejar el campamento y alcanzar a mis compañeros, Athans se disponía a inyectar 4 miligramos de dexametasona en el muslo de Beck. Era un gesto muy loable, pero costaba imaginar que le sirviera de gran cosa al moribundo texano.

ESPOLÓN DE LOS GINEBRINOS

12 de mayo de 1996, 9:45 h 7.900 metros

La única gran ventaja que la inexperiencia aporta al montañero novato es que ni la tradición ni los precedentes pueden absolverlo. Para él todo es simple, y siempre escoge soluciones directas a los problemas. A menudo, claro está, la inexperiencia defrauda sus esperanzas de éxito y a veces tiene resultados trágicos, pero él no lo sabe cuando inicia su aventura. Ni Maurice Wilson, ni Earl Denman, ni Klaus Becker Larsen sabían gran cosa de escalada o no habrían hecho lo que hicieron, y, no obstante, sin los impedimentos de la técnica, llegaron muy lejos a fuerza de determinación.

Walt Unsworth
Everest

Quince minutos después de abandonar el collado Sur la mañana del domingo 12 de mayo, alcancé a mis compañeros mientras descendían de la cresta del Espolón de los Ginebrinos. El espectáculo era penoso: estábamos todos tan débiles que hubo que emplear un tiempo increíblemente largo para bajar los pocos metros que nos separaban de la pendiente inmediatamente inferior. Lo más espantoso, sin embargo, eran las cifras: tres días antes, al pasar por aquel tramo, el grupo lo formaban once personas; ahora sólo éramos seis.

Stuart Hutchison, que cerraba la marcha, aún estaba en lo alto del espolón cuando lo alcancé. Se disponía a bajar rapelando por las cuerdas fijas. Advertí que no llevaba sus gafas de nieve. Aunque el día estaba nublado, a esa altitud la fortísima radiación ultravioleta podía dejarlo ciego en muy poco tiempo.

—¡Stuart! —grité para vencer el ruido del viento—. ¡Las gafas!

—Es verdad —repuso con voz cansina—. Gracias por recordármelo. Oye, ya que estás aquí, ¿por qué no me miras el arnés? Estoy tan cansado que no sé lo que hago. Te agradecería que me vigilaras de vez en cuando.

Al examinar su arnés, advertí que la hebilla estaba mal cerrada. Si se hubiera enganchado a la cuerda con el descensor, el cinturón habría cedido al peso de su cuerpo y Stuart habría caído a plomo por la cara del Lhotse. Cuando se lo dije, observó:

—Sí, ya me lo parecía, pero tengo las manos demasiado frías para hacerlo bien.

Me quité los guantes, le ajusté rápidamente el arnés alrededor de la cintura y lo mandé hacia abajo.

Para engancharse a la cuerda fija, Hutchison tiró el piolet, y luego lo dejó sobre la roca cuando se disponía a hacer el primer rapel.

—¡Stuart! —chillé—. ¡El piolet!

—Ya no puedo con él —gritó—. Déjalo correr.

Me sentía tan exhausto que no quise discutir. Dejé el piolet donde estaba, me enganché a la cuerda y empecé a bajar por el escarpado flanco del espolón.

Una hora más tarde llegábamos a las Bandas Amarillas. Uno a uno procedimos a descender cautelosamente por la pared vertical de piedra caliza, lo que provocó un atasco. Yo estaba esperando al final de la cola cuando varios sherpas de Scott Fischer nos alcanzaron. Lopsang Jangbu, medio loco de pena y extenuación, se encontraba entre ellos. Le puse una mano en el hombro y le dije que sentía mucho lo de Scott. Él se golpeó el pecho y exclamó con lágrimas en los ojos: «Traigo muy mala suerte, muy mala suerte. Scott está muerto; la culpa es mía. Traigo mala suerte. La culpa es mía. Muy mala suerte».

Mi pobre esqueleto llegó al campamento II alrededor de las 13:30. Aunque todavía estábamos a gran altura —6.500 metros— aquello era muy distinto del collado Sur. El viento había amainado por completo. En vez de tiritar preocupado por las congelaciones, ahora sudaba copiosamente bajo un sol abrasador. Ya no parecía que mi vida pendiese de un frágil hilo.

Nuestra tienda comedor había sido transformada en improvisado hospital de campo. Henrik Jessen Hansen, un médico danés del equipo de Mal Duff, y Ken Kamler, también médico y cliente de la expedición de Bureson, dirigían las operaciones. A las 15:00, mientras me tomaba un té, seis sherpas entraron en la tienda con Makalu Gau, y los médicos se pusieron manos a la obra de inmediato.

Estiraron a Makalu, le quitaron la ropa y le aplicaron un suero intravenoso en el brazo. Al examinarle las manos y los pies, que tenían un lustre opaco y blancuzco, como de lavabo sucio, Kamler dijo en tono sombrío: «Es el peor caso de congelamiento que he visto en mi vida». Cuando preguntó a Gau si podía fotografiarle las extremidades para fines médicos, el taiwanés consintió con una gran sonrisa; parecía casi orgulloso de sus lesiones, como un soldado que luciese sus heridas de guerra.

Una hora y media después, mientras los doctores seguían atendiendo a Makalu, oímos la voz de David Breashears en el receptor de radio: «Estamos bajando con Beck. Llegaremos al campamento II al anochecer».

Tardé un rato en comprender que no estaba hablando de acarrear un cadáver montaña abajo; Breashears y los otros bajaban a Beck con vida. No me lo podía creer. Apenas siete horas atrás, cuando lo había dejado en el collado Sur, había pensado con horror que estaba a punto de morir.

Dado por muerto una vez más, Beck se había negado a rendirse. Más tarde me enteré por Pete Athans de que al rato de inyectarle dexametasona, el texano experimentó una sorprendente mejoría. «A eso de las 10:30 lo hicimos vestir, le pusimos el arnés y descubrimos que podía tenerse en pie y andar. Nadie daba crédito a su recuperación».

Empezaron a descender. Athans iba justo delante de Beck, diciéndole dónde tenía que pisar. Entre Athans, sobre cuyos hombros se apoyaba Beck, y Bureson, que lo agarraba fuertemente del cinturón por detrás, empezaron a bajar con mucho cuidado. «Había veces que teníamos que ayudarlo bastante —dice Athans—, pero la verdad es que marchaba muy bien».

A 7.600 metros, justo sobre los riscos calcáreos de las Bandas Amarillas, se encontraron con Ed Viesturs y Roben Schauer, que bajaron a Beck sin problemas por la escarpada pared. Ya en el campamento III, fueron asistidos por Breashears, Jim Williams, Veikka Gustafsson y Araceli Segarra; entre los ocho que estaban sanos consiguieron bajar al maltrecho Beck en bastante menos tiempo del que mis compañeros y yo habíamos invertido esa misma mañana.

Cuando supe que Beck estaba bajando, fui hasta la tienda, me puse las botas de escalada y empecé a subir fatigosamente para recibir al grupo de rescate, esperando encontrarlos en las estribaciones de la cara del Lhotse. A los veinte minutos de ascensión, sin embargo, me llevé una sorpresa al topar con el grupo al completo. Aunque lo retenían mediante una cuerda, Beck marchaba por su propio pie; Breashears y los demás bajaban por el glaciar a tal velocidad que yo, en mi penoso estado, casi no podía seguirlos.

Pusieron a Beck al lado de Gau en la tienda hospital, y los médicos empezaron a quitarle ropa. «¡Santo Dios! —exclamó Kamler cuando vio

la mano derecha de Beck—. Está más congelado que Makalu». Tres horas después, cuando me metí en el saco de dormir, los médicos todavía estaban descongelando con sumo cuidado las extremidades de Beck, con agua tibia, trabajando a la luz de sus focos.

A la mañana siguiente —lunes 13 de mayo— dejé el campamento de madrugada y recorrí cuatro kilómetros del Cwm Occidental hasta el borde de la Cascada de Hielo. Una vez allí, siguiendo las instrucciones que Guy Cotter me había transmitido por radio desde el campamento base, registré el terreno en busca de una zona llana que pudiera servir de pista de aterrizaje a un helicóptero.

Desde hacía días, Cotter machacaba el teléfono para organizar una evacuación desde el extremo inferior del Cwm, a fin de que Beck no hubiera de descender por las traicioneras escalas de la cascada, lo que habría resultado extremadamente peligroso con las manos tan dañadas. En 1973 habían aterrizado helicópteros en el Cwm, cuando una expedición italiana empleó un par de ellos para llevar material desde el campamento base. Era, de todos modos, un vuelo muy peligroso, ya en el límite del radio de acción del aparato, y uno de los helicópteros italianos se había estrellado contra el glaciar. Desde entonces, nadie había vuelto a tomar tierra más arriba de la Cascada de Hielo.

Sin embargo, Cotter se obstinó y, gracias a sus denodados esfuerzos, la embajada estadounidense convenció al ejército nepalés de que enviara al Cwm un helicóptero de rescate. El lunes por la mañana, a eso de las ocho, mientras yo buscaba en vano un posible helipuerto entre los seracs de la cascada, oí la voz de Cotter en mi radio: «El helicóptero va de camino, Jon. Llegará ahí en cualquier momento. Será mejor que te des prisa en buscar un sitio adecuado para que aterrice». Confiando en encontrar terreno llano un poco más arriba, pronto topé con Beck, que bajaba ayudado por Athans, Burleson, Gustafsson, Breashears, Viesturs y el resto del equipo de IMAX.

Breashears, que tenía experiencia con helicópteros a raíz de su larga y distinguida carrera cinematográfica, encontró al momento un sitio adecuado entre dos profundas grietas, a 6.000 metros de altitud. Até un kata de seda a una vara de bambú para que sirviera de indicador de viento, mientras Breashears —con el contenido de una botella de concentrado de grosella— dibujaba una equis gigante en la nieve para señalar el centro de la zona de aterrizaje. Pocos minutos después apareció Makalu Gau, que había sido arrastrado glaciar abajo por media docena de sherpas sobre un trozo de plástico. Al cabo de un rato oímos el sonido característico del rotor de un helicóptero removiendo el aire enrarecido.

Pilotado por el teniente coronel del ejército nepalés Madan Khatri Chhetri, el B2 Squirrel de color aceituna —con sólo el combustible y el equipo absolutamente necesarios— hizo dos pasadas sin llegar a aterrizar en el último momento. A la tercera intentona, sin embargo, Madan consiguió posar el helicóptero en el glaciar con la cola suspendida sobre una grieta abismal. Dejando los rotores a la máxima potencia y sin quitar los ojos del panel de control, Madan levantó un dedo para indicar que sólo podía llevar un pasajero; a semejante altitud, cualquier peso adicional podía provocar un accidente en el despegue.

Como a Gau le habían descongelado los pies en el campamento II y no podía andar ni sostenerse, Breashears, Athans y yo convinimos en que fuera el escalador taiwanés el que utilizara el helicóptero. «Lo siento —le grité a Beck sobre el bramido de las turbinas—. Con un poco de suerte volverá otra vez». Beck asintió con aire resignado.

Izamos a Gau a la parte trasera del helicóptero y éste se elevó pesadamente. Tan pronto como los patines despegaron del glaciar, Madan dirigió el aparato hacia adelante, se precipitó como una piedra por el borde de la cascada y desapareció en las sombras. El valle quedó sumido en un gran silencio. Treinta minutos después seguíamos en la zona de aterrizaje hablando de cómo bajar a Beck, cuando de abajo nos llegó un débil tac-tac-tac. Poco a poco, el ruido cobró fuerza y finalmente el pequeño helicóptero verde apareció ante nuestros ojos. Madan sobrevoló el valle antes de virar con el morro apuntando cuesta abajo. Luego, sin dudarlo un instante, depositó el Squirrel nuevamente sobre la equis pintada en el hielo y Breashears y Athans subieron a Beck a bordo. Pocos segundos después el helicóptero se elevaba, dejando atrás la vertiente oeste del Everest como una estrafalaria libélula de metal. Al cabo de una hora, Beck y Makalu Gau eran atendidos en un hospital de Katmandú.

Una vez dispersado el equipo de rescate, me quedé a solas sentado en la nieve, mirándome las botas y esforzándome por asimilar lo sucedido en las anteriores 72 horas. ¿Cómo podían haberse torcido tanto las cosas? ¿Cómo era posible que Andy, Rob, Scott, Doug y Yasuko estuvieran muertos? Por más que lo intentaba, las respuestas no acababan de llegar. La magnitud de la tragedia me superaba de tal modo que mi cerebro sufrió un cortocircuito y se apagó por completo. Abandonando toda esperanza de comprender lo ocurrido, me cargué la mochila a la espalda y, más nervioso que un gato, empecé a bajar por la helada Cascada de Hielo, la última vez que cruzaba aquel peligroso laberinto de seracs.

CAMPAMENTO BASE

13 de mayo de 1996 5.400 metros

Se me pedirá sin duda un juicio sereno sobre la expedición, lo cual es imposible cuando todos estábamos cerca de conseguirlo. [...] Por un lado, Amudsen había llegado allí el primero y había vuelto sin sufrir una sola baja y sin haber sometido a sus hombres ni a sí mismo a mayores esfuerzos que los propios de una exploración polar. Por otro lado, nuestra expedición, después de los grandes riesgos que corrimos, los prodigios de resistencia sobrehumana realizados, el renombre universal conmemorado con sermones catedralicios y estatuas públicas, llegaba al polo para descubrir, sin embargo, que nuestro terrible periplo había sido superfluo, que nuestros mejores hombres habían muerto en el hielo. Pasar por alto este contraste sería ridículo, y escribir un libro sin dar razón de ello, una pérdida de tiempo.

Apsley Cherry-Garrard

The Worst journey in the World, crónica de la fracasada expedición al Polo Sur de Robert Falcon Scott en 1912

Cuando el lunes por la mañana llegué al pie de la Cascada de Hielo, encontré a Ang Tshering, Guy Cotter y Caroline Mackenzie esperándome al borde del glaciar de Khumbu. Guy me pasó una cerveza, Caroline me dio un abrazo, y un momento después me sentaba en el hielo con la cara entre las manos, llorando como no lo había hecho desde que era niño. Por fin a salvo, y despojado de la insoportable tensión de los días precedentes, lloraba a mis compañeros muertos, lloraba porque me alegraba de estar vivo, lloraba porque me sentía mal al saber que otros habían muerto.

El martes por la tarde, Neal Beidleman presidió un funeral en el recinto de Mountain Madness. El padre de Lopsang Jangbu, Ngawang Sya Kya (lama ordenado), quemó incienso de enebro y cantó salmos budistas bajo un cielo gris metálico. Neal pronunció unas palabras, Guy habló también, Anatoli Boukreev lamentó la pérdida de Scott Fischer. Yo me levanté para balbucir algunos recuerdos que tenía de Doug Hansen. Pete Schoening trató de levantar la moral instándonos a mirar siempre hacia delante. Pero cuando la ceremonia concluyó y todos volvimos a nuestras tiendas, un fúnebre pesimismo se había apoderado del campamento.

A la mañana siguiente llegó otro helicóptero para evacuar a Charlotte Fox y Mike Groom, ambos con los pies congelados, por lo que requerían atención médica inmediata. John Taske, que era médico, subió a bordo para tratar a Charlotte y Mike durante el viaje. Hacia el mediodía, mientras Helen Wilton y Guy Cotter supervisaban el desmantelamiento del recinto de Adventure Consultants, Lou Kasischke, Stuart Hutchison, Frank Fischbeck, Caroline y yo partimos del campamento base.

El jueves 16 de mayo, fuimos trasladados en helicóptero de Pheriche a la aldea de Syangboche, cerca de Namche Bazaar. Mientras cruzábamos la pista de tierra a la espera de un segundo vuelo con destino a Katmandú, tres pálidos japoneses nos abordaron a Stuart, a Caroline y a mí. El primero dijo llamarse Muneo Nukita —un escalador curtido en el Himalaya que había coronado dos veces el Everest— y nos explicó educadamente que actuaba como guía e intérprete de los otros dos, a los que presentó como el marido de Yasuko Namba, Kenichi Namba, y el hermano de ésta. Estuvieron haciéndonos preguntas durante tres cuartos de hora, pero yo no pude darles muchas respuestas.

La muerte de Yasuko era noticia de primera plana en todo Japón. Efectivamente, el 12 de mayo —cuando no habían pasado ni 24 horas de su fallecimiento en el collado Sur— un helicóptero había tomado tierra en el campamento base y dos periodistas japoneses habían saltado del aparato provistos de mascarillas de oxígeno. Abordaron a la primera persona que se les acercó —Scott Darsney, un escalador estadounidense— y le pidieron información sobre Yasuko Namba. Ahora, cuatro días después, Nukita nos advertía que un enjambre de periodistas ávidos de noticias nos esperaba en Katmandú.

Aquella tarde subimos a un gigantesco helicóptero Mi-17 y despegamos por una brecha abierta entre las nubes. Una hora más tarde el aparato se posaba en el aeropuerto internacional de Tribhuvan, donde nos esperaba un verdadero bosque de micrófonos y cámaras de televisión. Como periodista que soy, me resultó instructivo ver las cosas desde el otro lado de la barrera. Los reporteros, en su mayoría japoneses, querían una versión minuciosa de la catástrofe, a poder ser con héroes y villanos. Pero el caos y el sufrimiento que habíamos presenciado en la montaña no se dejaban reducir a cuatro frases pegadizas. Tras unos minutos de intenso interrogatorio en el asfalto, fui rescatado por el cónsul de la embajada estadounidense, David Schensted, quien me llevó al hotel Garuda.

Aún nos entrevistarían más veces, primero otros periodistas y después un grupo de ceñudos funcionarios del Ministerio de Turismo. El viernes por la noche, paseando por las callejuelas del barrio de Thamel en Katmandú, busqué refugio para no deprimirme. A cambio de unas cuantas rupias, un escuálido muchacho nepalés me entregó una cajita envuelta en papel que llevaba dibujado un tigre gruñón. De regreso en mi habitación abrí el paquete y desmenucé el contenido sobre una hoja de papel de fumar. Los brotes de color verde estaban pegajosos de resina y oían a fruta pasada. Lié un canuto, lo apuré al máximo, lié otro más gordo y me fumé la mitad hasta que la habitación empezó a dar vueltas y tuve que apagarlo.

Me tumbé en la cama, desnudo, y escuché los sonidos de la noche que entraban por mi ventana. Los timbrazos de las jirickishas se mezclaban con los cláxones de los coches, las voces de los buhoneros, la risa de una mujer, la música de un bar cercano. Boca arriba, demasiado colocado para moverme, cerré los ojos y dejé que el viscoso calor premonzónico me cubriera como un bálsamo; sentí que me derretía sobre el colchón. Un desfile de intrincadas girándulas y narigudos personajes de dibujos animados flotaba por detrás de mis párpados en colores de neón.

Al volver la cabeza hacia un lado, rocé algo húmedo con la oreja; noté que tenía la cara bañada en lágrimas y que había empapado la sábana. Sentí hincharse muy dentro de mí una burbuja de dolor y vergüenza que me subía por la espina dorsal. Al primer sollozo, acompañado de un aluvión de mocos, le siguió otro y otro más, y ya no pude pararlos.

El 19 de mayo regresé a Estados Unidos. Entre mi equipaje había dos bolsas grandes con pertenencias de Doug Hansen que pensaba devolver a sus seres queridos. En el aeropuerto de Seattle me recibieron sus hijos, Angie y Jaime; su novia, Karen Marie, y otros parientes y amigos. Me sentí estúpido y absolutamente impotente ante sus lágrimas.

Respirando aquel denso aire marino con perfume de marea baja, me maravilló la fecundidad de la primavera en Seattle y disfruté como nunca de sus húmedos y musgosos encantos. Poquito a poco, Linda y yo reiniciamos el proceso de conocernos el uno al otro. Los placeres normales de la vida doméstica —desayunar con mi esposa, ver ponerse el sol por Puget Sound, poder levantarme por la noche e ir descalzo a un cuarto de baño caldeado— me producían destellos de alegría rayanos en el éxtasis. Pero tales momentos quedaban atemperados por la larga penumbra del Everest, que no parecía extinguirse con el paso del tiempo.

Ensimismado en mi propia culpabilidad, fui aplazando el momento de telefonear a la compañera de Andy Harris, Fiona McPherson, y a la esposa de Rob Hall, Jan Arnold, y al final fueron ellas las que me llamaron desde Nueva Zelanda. No pude decir nada para aplacar la ira o la

perplejidad de Fiona. En cuanto a Jan, tuve yo más consuelo que el que ella recibió de mí.

Siempre había sabido que escalar montañas era una empresa muy arriesgada. Aceptaba que el peligro era una parte esencial del deporte; sin ese valor añadido, la escalada no diferiría demasiado de otras muchas diversiones. Resultaba estimulante rozar el enigma de la mortalidad, atisbar en sus fronteras prohibidas. Escalar era algo estupendo, a mi modo de ver, y no pese a sus peligros intrínsecos, sino precisamente por ellos.

Sin embargo, jamás había visto la muerte tan de cerca hasta que estuve en el Himalaya. Qué diablos, antes de ir al Everest ni siquiera había estado en un funeral. Para mí la mortalidad era un concepto lejano e hipotético, una idea que ponderar en abstracto. Tarde o temprano, era inevitable que esa inocencia privilegiada fuese expropiada, pero cuando esto se produjo, el impacto fue aún mayor debido a la mera enormidad de la carnicería: aquella primavera, el Everest se cobró las vidas de doce personas, entre hombres y mujeres, el peor saldo en una sola temporada desde que los primeros escaladores hollaron el pico en el año 1921.

De los seis alpinistas del grupo de Hall que llegamos a la cima, sólo Mike Groom y yo bajamos sanos y salvos: cuatro compañeros de equipo, con los que había reído, vomitado y mantenido largas conversaciones, perdieron la vida. Mi intervención —o la falta de ella— desempeñó un papel decisivo en la muerte de Andy Harris. Y mientras Yasuko Namba agonizaba en el collado Sur, yo estaba a trescientos cincuenta metros de allí, acurrucado en una tienda, ajeno a sus sufrimientos y preocupado únicamente por mi supervivencia. La mancha que ello ha dejado en mi conciencia no es algo que pueda borrarse con unos meses de aflicción y remordimiento.

Finalmente me decidí a confiar mis inquietudes a Klev Schoening, cuya casa no quedaba lejos de la mía. Klev dijo que también él se sentía muy desgraciado por la pérdida de tantas vidas, pero que, a diferencia de mí, no experimentaba la «culpa del superviviente». «Aquella noche, en el collado —me explicó—, hice lo imposible por salvarme a mí mismo y a los que estaban conmigo. Cuando conseguimos llegar a las tiendas, ya no podía más. Tenía una córnea congelada y estaba casi ciego, hipotérmico, deliraba, temblaba sin poder remediarlo. Fue terrible perder a Yasuko, pero he hecho las paces conmigo mismo porque sé a ciencia cierta que no pude hacer nada más para salvarla. No deberías ser tan duro contigo mismo. La tormenta fue terrible. En el estado en que te encontrabas, ¿qué podrías haber hecho por Yasuko?».

Tal vez nada, admití. Pero nunca estaré del todo seguro. Y la inencontrable paz de que habla Schoening, a mí se me escapa.

La proliferación de escaladores inexpertos en el Everest presagiaba sin duda que podía producirse una tragedia de gran magnitud. Sin embargo, nadie imaginaba que en el centro de la misma iba a estar una expedición dirigida por Rob Hall, la más compacta y segura de cuantas expediciones se hayan aventurado en esa montaña. Hombre compulsivamente metódico, Hall había elaborado sistemas concretos para prevenir una catástrofe así. ¿Qué pasó entonces? ¿Cómo explicarlo, no sólo a los seres queridos sino también a un público hipercrítico?

Algo tuvo que ver la arrogancia, probablemente. Hall tenía tanta práctica en llevar clientes de toda condición a la cima del Everest y bajarlos otra vez, que quizá se volvió un poco engreído. En más de una ocasión había alardeado de que podía hacer que cualquier persona más o menos en forma coronase, y sus antecedentes así parecían confirmarlo. Además, había demostrado una gran maestría para superar la adversidad.

En 1995, por ejemplo, Hall y sus guías no sólo habían salido adelante con los problemas de Hansen en el tramo final, sino que también habían lidiado el colapso de Chantal Mauduit, cliente y célebre alpinista francesa que intentaba su séptimo asalto a la cima sin oxígeno. Mauduit perdió el conocimiento a 8.750 metros y tuvo que ser trasladada de la Antecima al collado Sur «como si fuera un saco de patatas», en palabras de Guy Cotter. El hecho de que todos los clientes sobrevivieran a aquel intento, quizás hizo pensar a Hall que prácticamente no había problema que no pudiera solventar.

Antes de 1996, sin embargo, Hall siempre había tenido mucha suerte con el tiempo, y eso probablemente lo indujo a error. «Temporada tras temporada —confirmaba Breashears, que ha participado en más de una docena de expediciones al Himalaya y escalado tres veces el Everest— Rob disfrutó de un tiempo magnífico el día que tocaba atacar la cima». De hecho, el vendaval del 10 de mayo, pese a toda su furia, no era nada extraordinario; puede considerarse una turbonada típica del Everest. Si la tormenta hubiera descargado dos horas después, tal vez no hubiese muerto nadie. Por el contrario, si hubiera llegado tan sólo una hora antes, es muy posible que hubiera matado a una veintena de alpinistas, yo incluido.

El tiempo cronológico pesó tanto en la tragedia como el tiempo atmosférico, y no hacer caso del reloj es algo que nadie puede achacar a la mano de Dios. Las demoras en las cuerdas fijas eran previsibles y podían haberse evitado. Nadie hizo el menor caso del plazo previsto para dar media vuelta.

La prolongación de ese plazo pudo deberse hasta cierto punto a la rivalidad entre Fischer y Hall. Fischer no había guiado ninguna expedición al Everest antes de 1996. Por aquello del negocio, se veía sometido a una gran presión: tenía que hacerlo bien, especialmente cuando entre los clientes que intentaban escalar la montaña se encontraba una celebridad como Sandy Hill Pittman. Del mismo modo, el haber fracasado en llevar a sus clientes a la cima el año anterior era una mal precedente para Hall en relación con la expedición de 1996, sobre todo si Fischer lo conseguía. Scott era un líder carismático, y Jane Bromet se había encargado de promocionar ese carisma de manera agresiva. Fischer trataba por todos los medios de ganarle la partida a Hall, y éste lo sabía. Dadas las circunstancias, la perspectiva de hacer volver a sus propios clientes mientras los de su competidor seguían subiendo pudo ser lo bastante desagradable como para que Hall perdiera el sentido común.

Nunca se insistirá bastante en que Hall, Fischer y el resto de nosotros fuimos obligados a tomar decisiones críticas bajo los efectos de la hipoxia. Es imprescindible tener presente que a 8.800 metros de altitud es casi imposible pensar con lucidez.

Los hechos siempre preceden a la prudencia. Desconcertados por el precio en vidas humanas, algunos críticos se han apresurado a sugerir políticas y medidas destinadas a garantizar que no se repitan las calamidades de aquella temporada. Se ha propuesto, por ejemplo, establecer el criterio de un guía por cliente en el Everest, de manera que cada cliente suba en todo momento atado a su propio guía.

La manera más simple de reducir el número de futuras tragedias sería, quizá, prohibir el oxígeno embotellado a no ser para uso médico de urgencia. Algún que otro insensato moriría tal vez tratando de lograr la cumbre sin oxígeno, pero un buen número de escaladores sin probada competencia se vería forzado a dar media vuelta por sus propias limitaciones físicas antes de llegar a altitudes problemáticas. Y una normativa antioxígeno tendría como derivación el reducir automáticamente los desechos y los atascos, pues muy pocas personas intentarían escalar el pico si supieran que no existe la opción del oxígeno adicional.

Pero el negocio de las agencias de guías carece de una reglamentación adecuada y está administrado por bizantinas burocracias tercermundistas totalmente incapaces de valorar la idoneidad de guías o clientes. Es más, los dos países que controlan el acceso al Everest —Nepal y China— son asombrosamente pobres. Avidos de divisas fuertes, los gobiernos de ambos países tienen un interés particular en conceder tantos permisos de escalada como pueda respaldar el mercado, y no es probable que ninguno de los dos promulgue una legislación que limite sustancialmente sus ingresos.

Analizar los errores cometidos en el Everest es una empresa útil; sin duda evitaría algunas muertes. Pero creer que el hecho de diseccionar los trágicos acontecimientos de 1996 va a reducir el índice de mortalidad de manera sensible es ya una quimera. Las prisas por catalogar las

innumerables meteduras de pata a fin de aprender de los errores no son sino una muestra de autoengaño. El que crea que Rob Hall murió por una serie de estúpidas equivocaciones y que sólo un tonto volvería a incurrir en ellas, que intente escalar el Everest y verá lo que es bueno.

De hecho, el sangriento balance de 1996 fue en muchos sentidos algo puramente redundante. Aunque en la temporada de primavera se produjo un número récord de víctimas, los doce muertos son apenas el 3 % de los 398 escaladores que subieron más arriba del campamento base (porcentaje ligeramente inferior al índice histórico de víctimas, situado en el 3,3 %). Se puede mirar de otro modo: entre 1921 y mayo de 1996 murieron 144 personas y el pico fue coronado unas 630 veces, lo que supone una proporción de uno a cuatro. La primavera de 1996, murieron 12 escaladores y 84 lograron la cima; una proporción de uno a siete. Comparado con estas cifras, 1996 fue un año más tranquilo que el término medio.

A decir verdad, escalar el Everest es una empresa extraordinariamente peligrosa y sin duda lo será siempre, tanto si los implicados son neófitos del Himalaya que escalan el pico con ayuda de guías como si son alpinistas de categoría mundial. Merece la pena destacar que antes de que la montaña se cobrara las vidas de Hall y Fischer, ya había borrado del mapa todo un ejército de alpinistas de élite, entre los que citaré a Peter Boardman, Joe Tasker, Marty Hoey, Jake Breitenbach, Mick Burke, Michel Parmentier, Roger Marshall, Ray Genet y George Leigh Mallory.

Del contingente que pagó por escalar el pico en 1996, estaba claro que muy pocos clientes (y entre ellos me incluyo) valoraban la gravedad de los riesgos potenciales —la fragilidad de la vida humana por encima de los 7.500 metros de altitud—. Los que sueñan con llegar a la cima del Everest deben tener presente que cuando las cosas van mal en la Zona de la Muerte —cosa que ocurre antes o después—, hasta los guías más fuertes pueden verse impotentes para salvar la vida de un cliente, e incluso, como demostraron los hechos en 1996, la propia. Cuatro de mis compañeros murieron no tanto porque el sistema de Rob Hall tuviera fallos —es más, no había otro mejor—, cuanto porque en el Everest cuando algo se viene abajo lo hace con creces.

Entre todos los razonamientos surgidos a posteriori, es fácil perder de vista el hecho de que escalar montañas nunca será una actividad segura, predecible ni sujeta a normas. La escalada mitifica el riesgo; las estrellas de este deporte han sido siempre aquellos que salieron indemnes después de jugarse el todo por el todo. El escalador, como especie, no se distingue precisamente por su prudencia. Y eso es aún más cierto en el caso del Everest: la historia demuestra que ante la posibilidad de conquistar el pico más alto del planeta, la gente pierde el sentido común con una rapidez asombrosa. «Lo que ocurrió en el Everest —advierte Tom Hornbein, treinta y tres años después de su ascensión por la arista Oeste—, seguro que volverá a ocurrir».

Para comprobar que se aprendió muy poco de los errores del 10 de mayo, sólo hay que echar un vistazo a lo que pasó en el Everest en las semanas inmediatamente posteriores a esa fecha.

El 17 de mayo, dos días después de que el grupo de Hall dejara el campamento base, un austriaco de nombre Reinhard Wlasich y un compañero húngaro ascendieron sin oxígeno por la vertiente tibetana hasta el campamento IV situado a 8.300 metros en la arista Noreste, donde ocuparon una tienda abandonada por la abortada expedición india. A la mañana siguiente, Wlasich dijo no encontrarse bien y perdió el conocimiento; un médico noruego que se encontraba casualmente allí le diagnosticó edemas pulmonar y cerebral. Aunque le administró oxígeno y medicamentos, Wlasich moría alrededor de medianoche.

Mientras tanto, en el lado de Nepal, la expedición de IMAX encabezada por David Breashears se reagrupaba para sopesar sus opciones. Los cinco millones y medio de dólares invertidos en el proyecto eran incentivo suficiente para permanecer en el Everest e intentar la conquista del pico. Con Breashears, Ed Viesturs y Robert Schauer, el equipo de IMAX era sin lugar a dudas el más competente de cuantos había ese año en la montaña. Y pese a haber regalado la mitad de sus reservas de oxígeno a los escaladores necesitados, lograron recuperar la mayor parte del oxígeno cedido con botellas procedentes de las expediciones que se marchaban.

Paula Barton Viesturs, la mujer de Ed, había estado junto a la radio en calidad de responsable del campamento base de IMAX cuando el desastre del 10 de mayo. Paula era amiga de Hall y de Fischer y había quedado muy afectada; daba por hecho que tras la devastadora tragedia el equipo de IMAX recogería sus cosas y volvería a casa. Pero entonces captó una conversación entre Breashears y otro cliente, en la que aquél afirmaba sin más que su grupo tenía intención de descansar un poco en el campamento base antes de intentar conquistar la cima.

«Después de lo que sucedió, no podía creer que quisieran subir allá arriba —confiesa Paula—. Cuando lo oí, me puse hecha una fiera». Se fue del campamento base y estuvo cinco días en Tengboche, hasta que se le pasó el enfado.

El miércoles 22 de mayo el equipo de IMAX llegaba al collado Sur con tiempo espléndido, y esa misma noche iniciaba el asalto a la cumbre. Ed Viesturs, que era el protagonista del documental, coronó a las 11:00 del jueves, sin emplear oxígeno²⁷.

Breashears llegó veinte minutos después seguido de Araceli Segarra, Robert Schauer y el sherpa Jamling Norgay (hijo del primer sherpa que llegó a la cima, llamado Tenzing Norgay, y noveno miembro de la saga Norgay que escalaba el monte). En conjunto, aquel día coronaron 16 alpinistas, incluidos Göran Kropp, el sueco que había ido en bicicleta de Estocolmo a Nepal, y el sherpa Ang Rita, que con ésta hacía su décima ascensión.

De subida, Viesturs había dejado atrás los cadáveres de Fischer y Hall. «Tanto Jean —la mujer de Fischer— como Jan —la mujer de Hall— me habían pedido que recuperase para ellos algunos efectos personales —dice tímidamente Viesturs—. Ya sabía que Scott llevaba el anillo de boda colgado del cuello y quise bajárselo a Jeannie, pero no fui capaz de tocar el cuerpo. Fue superior a mí». En vez de reunir recuerdos, Viesturs prefirió sentarse junto a Fischer en el descenso y estar unos minutos a solas con él. «Bueno, Scott, ¿cómo va eso? —le preguntó tristemente a su amigo—; pero ¿qué ha pasado, hombre?».

El viernes 24 de mayo, por la tarde, mientras los de IMAX se dirigían al campamento II, encontraron al resto del equipo surafricano —lan Woodall, Cathy O'Dowd, Bruce Herrod y tres sherpas— en la Banda Amarilla; iban camino del collado Sur para intentar la fase final de la ascensión. «Bruce tenía buen aspecto, se le veía fuerte —recuerda Breashears—. Me estrechó la mano con auténtico brío, nos dio la enhorabuena y dijo que se encontraba en plena forma.

Una media hora más abajo venían lan y Cathy, encorvados sobre sus piolets y pasando un verdadero calvario. Quise quedarme un rato con ellos. Sabía que apenas tenían experiencia, así que les dije: Tened mucho cuidado. Ya visteis lo que pasó arriba a primeros de mes. Llegar a la cima es la parte más fácil; lo duro es bajar».

Los surafricanos partieron hacia la cumbre aquella misma noche. O'Dowd y Woodall dejaron las tiendas a las 00:20; los sherpas Pemba Tendi, Ang Dorje' y Jangbu les llevaban las botellas de oxígeno.

Parece que Herrod dejó el campamento con unos minutos de antelación, pero empezó a rezagarse cada vez más a medida que ascendían. El sábado 25 de mayo, a las 9:50, Woodall llamó a Patrick Conroy, el radiotelegrafista del campamento base, para informar de que ya se encontraba en la cima con Pemba y que O'Dowd llegaría en un cuarto de hora acompañada de Ang Dorje²⁸ y Jangbu. Woodall añadió que Herrod, que no llevaba transmisor, estaba más abajo a una distancia desconocida.

Yo había hablado con Herrod en varias ocasiones. Era un tipo afable de treinta y siete años y fuerte como un oso. Aunque no tenía

experiencia previa en grandes alturas, era un montañero competente que había pasado un año y medio en los hielos de la Antártida trabajando como geofísico (era de lejos el alpinista más completo de cuantos quedaban en la expedición surafricana). Desde 1988 había trabajado de firme para salir adelante como fotógrafo independiente, y esperaba que escalar el Everest diese a su carrera el empuje que necesitaba.

De hecho, cuando Woodall y O'Dowd llegaban a la cima, Herrod se encontraba mucho más abajo, afanándose él solo por la arista Sureste a un ritmo peligrosamente lento. Hacia las 12:30 se cruzó con Woodall, O'Dowd y los tres sherpas, que bajaban. Ang Dorje le entregó una radio y le explicó dónde le había dejado una botella de oxígeno. Herrod continuó solo hacia la cumbre. No la alcanzó hasta pasadas las 17:00, siete horas después que los demás, cuando Woodall y O'Dowd ya estaban en su tienda del collado Sur.

Casualmente, en el momento en que Herrod llamaba por radio al campamento base para decir que estaba en la cima, su novia, Sue Thompson, estaba llamando a Conroy vía satélite desde su casa en Londres. «Cuando Patrick me dijo que Bruce había coronado —recuerda Thompson—, yo exclamé: ¡Mierda! Es demasiado tarde para estar allá arriba; ¡son las cinco y cuarto! Esto no me gusta nada». Momentos después, Conroy pasó a Herrod la llamada de Sue Thompson. «Bruce me pareció bastante entero —prosigue ésta—. Era consciente de que había tardado mucho en llegar arriba, pero su voz sonaba todo lo normal que es posible a semejante altitud, aparte de que se había quitado la mascarilla para hablar. Ni siquiera me pareció que jadeara mucho».

Sin embargo, Herrod había necesitado 17 horas para ascender desde el collado Sur. Aunque apenas soplaba el viento, la parte alta del pico ya se encontraba envuelta en nubes, y la oscuridad se cernía rápidamente. A solas en el techo del mundo, muy fatigado, Herrod debía de hallarse casi sin oxígeno. «Que estuviera en la cumbre a aquellas horas, y solo, era una locura —dice su ex compañero de equipo, Andy de Klerk—. Sencillamente no me cabe en la cabeza».

Herrod había estado en el collado Sur entre la tarde del 9 de mayo y el 12 del mismo mes. Había conocido la ferocidad de aquella ventisca, oído los mensajes pidiendo ayuda, visto a Beck Weathers lisiado por horribles congelaciones. Durante su ascensión del 25 de mayo, tuvo que ver por fuerza el cadáver de Scott Fischer, y varias horas después tendría que pasar sobre las piernas inertes de Rob Hall al llegar a la cima Sur. Aparentemente, sin embargo, la visión de aquellos dos cuerpos no debió de afectar mucho a Bruce, pues pese a su lentitud y a lo avanzado de la hora insistió en seguir subiendo.

Después de la transmisión desde la cima a las 17:15 ya no hubo más noticias de Herrod. «Estuvimos esperándolo en el campamento IV con la radio abierta —explica O'Dowd en una entrevista que publicó el *Mail A Guardian* de Johannesburgo—. Estábamos cansadísimo y al final nos quedamos dormidos. Cuando desperté, hacia las cinco de la madrugada, y vi que Bruce no nos había llamado, supe que lo habíamos perdido».

Si Bruce Herrod había muerto, como todo parecía indicar, se había convertido en la duodécima víctima de aquella temporada.

29 de noviembre de 1996 80 metros

Ahora sueño con la suave piel de las mujeres, con los trinos de los pájaros, el olor de la sierra que desmenuzo entre mis dedos y el verde intenso de las plantas que me aplico en cuidar. Quiero comprar unas tierras para llenarlas de venados y jabalíes y pájaros y álamos y sicomoros, y hacer un estanque al que acudirán los patos y del que al atardecer saltarán los peces para cazar insectos. Habrá senderos en este bosque y tú y yo nos perderemos en las suaves ondulaciones del terreno. Iremos hasta el borde del agua y nos tumbaremos en la hierba y habrá un pequeño rótulo, nada llamativo, que rezará ESTO ES EL MUNDO REAL, MUCHACHOS, Y TODOS ESTAMOS EN ÉL. B. RAVEN.

Charles Borden
Blood Orchid

Varias personas que estuvieron en el Everest aquel mes de mayo me han dicho que han encontrado la manera de superar la tragedia. A mediados de noviembre recibí una carta de Lou Kasischke en la que escribía:

Me llevó varios meses empezar a ver los aspectos positivos de la tragedia. Pero los hay. El Everest ha sido la peor experiencia de mi vida. Pero eso pasó. Ahora es ahora. Procuero centrarme en lo positivo. He aprendido cosas importantes sobre la vida, los demás y yo mismo. Creo que ahora tengo un punto de vista más claro sobre la vida. Hoy veo cosas que antes no veía.

Lou volvía de pasar un fin de semana en Dallas con Beck Weathers. Tras ser evacuado en helicóptero del Cwm Occidental, Beck había sufrido la amputación de medio brazo derecho, así como de todos los dedos de la mano izquierda. Le extirparon la nariz para reconstruirla con tejido de la oreja y la frente. Lou pensaba que visitar a Beck:

fue a la vez triste y glorioso. Es duro verlo en ese estado, la nariz, las cicatrices, la invalidez... Por si fuera poco, Beck todavía se pregunta si podrá volver a ejercer la medicina. En fin. Pero fue extraordinario ver cómo un hombre puede aceptar todo estoy prepararse para seguir adelante en la vida. Lo está superando. Saldrá victorioso. Beck sólo tuvo palabras agradables para todos. No se dedica a buscar culpables. Es posible que no compartas sus ideas políticas, pero habrías compartido mi orgullo al ver de qué modo se ha tomado las cosas. Algún día, todo esto tendrá para Beck un saldo positivo.

Me anima saber que Beck, Lou y otros son capaces de ver el lado positivo de la experiencia..., y me da envidia. Quizá cuando haya pasado más tiempo, también yo pueda apreciar el beneficio de tanto sufrimiento, pero por ahora me resulta imposible. En el momento de escribir estas líneas ha transcurrido medio año desde que volví de Nepal, y a lo largo de estos seis meses no ha pasado un solo día sin que el Everest monopolizara mis pensamientos durante dos o tres horas. Ni siquiera cuando duermo hallo respiro: las imágenes de la ascensión y sus secuelas siguen poblando mis sueños.

A raíz de la publicación de mi artículo en el número de septiembre de *Outside*, la revista recibió una avalancha de cartas al respecto. Gran parte de la correspondencia expresaba apoyo moral hacia quienes habíamos regresado, pero también abundaban las críticas mordaces. Por ejemplo, un abogado de Florida escribía:

Sólo puedo añadir que estoy de acuerdo con el señor Krakauer cuando dice: «Mi intervención —o la ausencia de ella—desempeñó un papel decisivo en la muerte de Andy Harris». Y lo mismo cuando afirma que «estaba a trescientos cincuenta metros de distancia, metido en la tienda, sin hacer absolutamente nada...» No sé cómo no se ha suicidado.

Algunas de las misivas más airadas —y cuya lectura fue verdaderamente inquietante— procedían de familiares de las víctimas. La hermana de Scott Fischer, Lisa Fischer-Luckenbach, escribió:

Dueño de la palabra escrita, ahora parece tener usted la extraña capacidad de saber con exactitud lo que había en la mente y en el corazón de todos los individuos que participaron en aquella expedición. Ahora que está usted en casa, sano y salvo, se dedica a juzgar las opiniones de los demás, a analizar sus intenciones, comportamientos, personalidades y motivaciones. Ha hablado de lo que deberían haber hecho los jefes, los sherpas, los clientes, y ha lanzando arrogantes acusaciones sobre sus pecados. Todo según Jon Krakauer, que en cuanto las cosas comenzaron a torcerse regresó a su tienda para ponerse a salvo sin preocuparse de nada más...

Fíjese en lo que pasa por creer que uno lo sabe todo. Su hipótesis de que lo sucedido a Andy Harris generó gran dolor entre sus amigos y familiares ha resultado ser falsa. Y ahora ha hecho quedar mal a Lopsang con los chismes que cuenta acerca de él. Lo que leo no es más que el frenético esfuerzo de su ego por buscarle un sentido a lo que pasó. Por más que analice, critique, juzgue o teorice, nunca encontrará esa paz que persigue. No hay respuestas. La culpa no es de nadie. No hubo fallos. Todo el mundo hizo lo que pudo, en el momento y en las circunstancias dadas.

Nadie quería hacer daño a nadie. Nadie quería morir.

Esta carta fue especialmente inquietante porque la recibí poco después de que Lopsang Jangbu hubiera engrosado la lista de víctimas. En agosto, tras la retirada del monzón de las cotas altas del Himalaya, Lopsang había vuelto al Everest para guiar a un cliente japonés por la ruta del collado Sur. El 25 de septiembre, mientras subían del campamento III al IV a fin de preparar el asalto a la cima, un alud de placa se abatió sobre Lopsang, otro sherpa y un escalador francés a la altura del Espolón de los Ginebrinos, y los despeñó por la cara del Lhotse. Lopsang dejaba en Katmandú una esposa joven y un bebé de dos meses.

Ha habido otras malas noticias. El 17 de mayo, tras un descanso de sólo dos días, Anatoli Boukreev escaló en solitario el pico del Lhotse. «Estoy cansado —me dijo—, pero lo hago por Scott». Continuando su reto de escalar los catorce ochomiles del planeta, en septiembre se

trasladó a Tíbet y coronó el Cho Oyu y el Shisha Pangma (8.040 metros). Pero mediado el mes de noviembre, durante una visita a su casa en Kazajistán, el autobús en que viajaba sufrió un accidente. El conductor murió en el acto y Anatoli recibió varias heridas en la cabeza, incluso con el riesgo de perder un ojo.

El 14 de octubre de 1996, como parte de un foro de debate surafricano sobre el Everest, apareció en Internet el siguiente mensaje:

Soy un huérfano sherpa. Mi padre murió a finales de los años sesenta en la Cascada de Hielo del Khumbu mientras trabajaba de porteador para una expedición. Mi madre murió cerca de Pheriche, en 1970. Su corazón no pudo resistir el peso que acarreaba para otra expedición. Tras el fallecimiento, por causas diversas, de tres de mis hermanos, mi hermana y yo fuimos enviados a casas de adopción en Europa y Estados Unidos.

Jamás he vuelto a mi país porque creo que está maldito. Mis antepasados llegaron a la región de Solo-Khumbu huyendo de las tierras bajas. Allí encontraron un refugio a la sombra de Sagarmathaji, la diosa madre de la Tierra. A cambio, debían proteger de los intrusos el santuario de la diosa.

Pero mis paisanos hicieron lo que no debían. Facilitaron el camino a los forasteros y violaron hasta el último miembro del cuerpo de la diosa hollando su cima, graznando con aire triunfal, ensuciando y contaminando su seno. Algunos han tenido que entregar su vida en sacrificio, otros se escaparon por los pelos, u ofrecieron a cambio vidas ajenas...

Yo creo que incluso los sherpas son culpables de la tragedia que acaeció en la montaña en 1996. No me arrepiento de no haber vuelto, sé que la gente de la región está condenada, lo mismo que esos ricos y arrogantes intrusos que creen poder conquistar el mundo. Acordaos del Titanic. Parecía imposible, pero se hundió. ¿Y qué son unos necios mortales como Weathers, Pittman, Fisher, Lopsang, Tenzing, Messner, Bonington delante de la Diosa Madre? Por eso he jurado no regresar jamás a casa para participar en este sacrilegio.

El Everest parece haber emponzoñado muchas vidas. La esposa de una de las víctimas fue ingresada por depresión. La última vez que hablé con uno de mis compañeros, supe que su vida se había convertido en un infierno. Me dijo que la tensión originada por los efectos secundarios de la expedición amenazaba con romper su matrimonio. No podía concentrarse en su trabajo, afirmó, y había sido objeto de insultos y pullas por parte de desconocidos.

De regreso en Manhattan, Sandy Pittman descubrió que se había convertido en el pararrayos de buena parte de las críticas suscitadas por lo ocurrido en el Everest. La revista *Vanity Fair* publicó un mordaz artículo sobre ella en el número de agosto de 1996. Las cámaras del programa sensacionalista *Hard Copy* asediaron su apartamento. El escritor Christopher Buckley se valió de las tribulaciones de Pittman en la montaña para rematar un chiste en la contraportada del *New Yorker*. En otoño, las cosas habían llegado a tal extremo que Pittman le confesó a una amiga que su hijo, alumno de una escuela de élite, estaba siendo sometido a burlas y excluido por sus compañeros de clase. La intensidad de la indignación colectiva por lo ocurrido —y el hecho de que buena parte de la misma la tuviera a ella como blanco— pilló a Pittman totalmente por sorpresa.

En cuanto a Neal Beidleman, que contribuyó a salvar la vida de cinco clientes guiándolos montaña abajo, no ha conseguido librarse del acoso de una muerte que no pudo evitar, la de una clienta que no era de su equipo y que, por lo tanto, no estaba oficialmente bajo su responsabilidad.

Charlé con Beidleman después de que ambos nos hubiéramos aclimatado de nuevo a nuestros respectivos lugares de residencia. Neal recordaba lo que hubo de pasar en el collado Sur, luchando contra el viento e intentando hacer todo lo posible para que nadie perdiera la vida. «En cuanto el cielo se despejó un poco y pudimos tener una idea de dónde estaban las tiendas —explicaba—, me dije que era mejor largarse cuanto antes porque aquello tal vez no duraría mucho. Grité a todo el mundo que se pusiera en movimiento, pero estaba claro que algunos ya no tenían fuerzas para andar o aun para tenerse en pie.

»La gente lloraba. "¡No quiero morir aquí!", gritó alguien. No había vuelta de hoja: era ahora o nunca. Traté de poner en pie a Yasuko. Se me agarró del brazo, pero estaba tan débil que no podía ni estirar las piernas. Empecé a andar y la arrastré dos o tres pasos, pero entonces ella se soltó y cayó al suelo. Tuve que seguir adelante. Era necesario que uno de nosotros llegara a las tiendas en busca de ayuda, de lo contrario todos moriríamos».

Beidleman hizo una pausa. «Pero no puedo quitarme a Yasuko de la cabeza —añadió—. Era tan menuda... Todavía noto sus dedos resbalando por mi brazo, soltándose por completo. Ni siquiera me volví para mirarla».

NOTA DEL AUTOR

El artículo publicado en *Outside* irritó a varias de las personas aludidas e hirió la sensibilidad de amigos y parientes de algunas víctimas. Lo lamento sinceramente; no me proponía hacer daño a nadie. Mi intención en aquel artículo, y todavía más en este libro, era contar lo que ocurrió en el Everest con la máxima precisión y honestidad posibles, y hacerlo de manera respetuosa. Creo firmemente que alguien tenía que contar la historia. Es obvio que no todo el mundo opina lo mismo, y quiero disculparme ante quienes se sintieron heridos por mis palabras.

Por añadidura, deseo expresar mi profunda condolencia a Fiona McPherson, Ron Harris, Mary Harris, David Harris, Jan Arnold, Sarah Arnold, Eddie Hall, Millie Hall, Jaime Hansen, Angie Hansen, Bud Hansen, Tom Hansen, Steve Hansen, Diane Hansen, Karen Marie Rochel, Kenichi Namba, Jean Price, Andy Fischer-Price, Katie Rose Fischer-Price, Gene Fischer, Shirley Fischer, Lisa Fischer-Luckenbach, Rhonda Fischer Salerno, Sue Thompson y Ngawang Sya Kya.

En la confección de este libro recibí la inapreciable ayuda de muchas personas, pero Linda Mariam Moore y David S. Roberts merecen una mención especial. No sólo por su experto asesoramiento, crucial para esta obra, sino por el apoyo y el ánimo sin los cuales yo no habría intentado la dudosa aventura de escribir para ganarme la vida, ni seguir con ello andando el tiempo.

En el Everest me beneficié de la camaradería de Caroline Mackenzie, Helen Wilton, Mike Groom, Ang Dorje, Lhakpa Chhiri, Chhongba, Ang Tshering, Kami, Tenzing, Arita, Chuldum, Ngawang Norbu, Pemba, Tendi, Beck Weathers, Stuart Ilutchison, Frank Fischheck, Lou Kasischke, John Taske, Guy Cotter, Nancy Ilutchison, Susan Allen, Anatoli Boukreev, Neal Beidleman, Jane Bromet, Ingrid Ilunt, Ngima Kale, Sandy Iill Pittman, Charlotte Fox, Tim Madsen, Pete Schoening, Klev Schoening, Lene Gammelgaard, Martin Adams, Dale Kruse, David Breashears, Robert Schauer, Ed Viesturs, Paula Viesturs, Liz Cohen, Araceli Segarra, Sumiyo Tsuzuki, Laura Ziemer, Jim Litch, Peter Athans, Todd Burleson, Scott Dar:sney, Brent Bishop, *Andy* de Klerk, Ed February, Cathy O'Dowd, Deshun Deysel, Alexandrine Gaudin, Philip Woodall, Makalu Gau, Ken Kamler, Charles Corfield, Becky Johnston, Jim Williams, Mal Duff, Mike Trueman, Michael Burns, Henrik Jessen Hansen, Veikka Gustafsson, Henry Todd, Mark Pfetzer, Ray Door, Göran Kropp, Dave Hiddleston, Chris Jillet, Dan Mazur, Jonathan Pratt y Chantal Mauduit.

Estoy en deuda con David Rosenthal y Ruth Fecych, mis incomparables editores de Villard Books/Random House. Gracias también a Adam Rothberg, Annik LaFarge, Dan Rembert, Diana Frost, Kirsten Raymond, Jennifer Webb, Melissa Milsten, Dennis Ambrose, Bonnie Thompson, Brian McLendon, Beth Thomas, Caroline Cunningham, Dianne Russell, Katie Mehan y Suzanne Wickham. Randy Rackliff es el autor de las extraordinarias xilografías.

Este libro partió de un encargo de la revista *Outside*. Debo un especial agradecimiento a Mark Bryant, que viene editando mis cosas con gran inteligencia y sensibilidad desde hace ya quince años; y a Larry Burke, que publica mis trabajos desde hace aún más tiempo. Contribuyeron también al artículo sobre el Everest: Brad Wetzler, John Alderman, Katie Arnold, John Tayman, Sue Casey, Greg Cliburn, Hampton Sides, Amanda Stuermer, Lorien Warner, Sue Smith, Cricket Lengyel, Lolly Merrell, Stephanie Gregory, Laura Hohnhold, Adam Horowitz, John Galvin, Adam Hicks, Elizabeth Rand, Chris Czmyrid, Scott Parmalee, Kim Gattone y Scott Mathews.

Estoy en deuda con mi estupendo agente literario, John Ware. Mi agradecimiento también para David Schensted y Peter Bodde, de la embajada estadounidense en Katmandú; Lisa Choegyal, de Tiger Mountain, y Deepak Lama, de Wilderness Experience Trekking, por su ayuda después de la tragedia.

Por su inspiración, hospitalidad, amistad, información y sabios consejos, quiero dar las gracias a Tom Hornbein, Bill Atkinson, Madeleine David, Steve Gipe, Don Peterson, Martha Kongsgaard, Peter Goldman, Rebecca Roe, Keith Mark Johnson, Jim Clash, Muneo Nukita, Helen Trueman, Steve Swenson, Conrad Anker, Alex Lowe, Colin Grissom, Kitty Calhoun, Peter Hackett, David Shlim, Brownie Schoene, Michael Chessler, Marion Boyd, Graem Nelson, Stephen P. Martin, Jane Tranel, Ed Ward, Sharon Roberts, Matt Hale, Roman Dial, Peggy Dial, Steve Rottler, David Trione, Deborah Shaw, Nick Miller, Dan Cauthorn, Greg Collum, Dave Jones, Fran Kaul, Dielle Havis, Lee Joseph, Pat Joseph, Pierret Vogt, Paul Vogt, David Quammen, Tim Cahill, Paul Theroux, Charles Bowden, Alison Lewis, Barbara Detering, Lisa Anderheggen-Leif, Helen Forbes y Heidi Baye.

Conté también con los esfuerzos de autores y periodistas como Elizabeth Hawley, Michael Kennedy, Walt Unsworth, Sue Park, Dile Seitz, Keith McMillan, Ken Owen, Ken Vernon, Mike Loewe, Keith James, David Beresford, Greg Child, Bruce Barcott, Peter Potterfield, Stan Armington, Jennet Conant, Richard Cowper, Brian Blessed, Jeff Smoot, Patrick Morrow, John Colmey, Meenakshi Ganguly, Jennifer Martos, Simon Robinson, David Van Biema, Jerry Adler, Rod Nordland, Tony Clifton, Patricia Roberts, David Gates, Susan Miller, Peter Wilkinson, Claudia Glenn bowling, Steve Kroft, Joanne Kaufman, Howie Masters, Forrest Sawyer, ibm Brokaw, Audrey Salkeld, Liesl Clark, Jeff Herr, Jim Curran, Alex Heard y Lisa Chase.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

- Armington, Stan, *Trekking in the Nepal Himalaya*, Lonely Planet, Oakland, California, 1994.
- Bass, Dick y Frank Wells con Rick Ridgeway, *Seven Summits*, Werner Books, Nueva York, 1986.
- Baume, Louis C., *Sivalaya: Exploration of the 8.000-Metre Peaks of the Himalaya*, The Mountaineers, Seattle, 1979.
- Cherry-Garrard, Apsley, *The Worst Journey in the World*, Carroll & Graf, Nueva York, 1989.
- Dyrenfurth, G. O., *To the Third Pole*, Werner Laurie, Londres, 1955.
- Fisher, James F., *Sherpas: Reflections on Change in Himalayan Nepal*, Universidad de California, Berkeley, 1990.
- Holzel, Tom, y Audrey Salkeld, *The Mystery of Mallory and Irvine*, Henry Holt, Nueva York, 1986.
- Hornbein, Thomas F., *Everest: The West Ridge*, The Sierra Club, San Francisco, 1966.
- Hunt, John, *La ascensión al Everest*, Juventud, Barcelona, 1980.
- Long, Jeff, *The Ascent*, William Morrow, Nueva York, 1992.
- Messner, Reinhold, *Everest, en solitario*, RM, Barcelona, 1983.
- Morris, Jan, *Coronation Everest: The First Ascent and the Scoop That Crowned the Queen*, Boxtree, Londres, 1993.
- Roberts, David, *Moments of Doubt*, The Mountaineers, Seattle, 1986.
- Shipton, Eric, *The Six Mountain-Travel Books*, The Mountaineers, Seattle, 1985.
- Unsworth, Walt, *Everest*, GraftonBooks, Londres, 1991.

POST SCRIPTUM

En noviembre de 1997 salió a la venta un libro titulado *The Climb. Everest 1996*, El Desnivel, la versión de Anatoli Boukreev sobre el desastre de 1996 en el Everest contada a un estadounidense llamado G. Weston DeWalt. Boukreev se había molestado mucho por el modo en que era retratado en *Mal de altura*, motivo por el cual una parte importante de *The Climb* está dedicada a defender la actitud del escalador ruso en el Everest, a poner en tela de juicio mi versión y a difamarme por falta de integridad periodística. Pese a que fue fascinante revisar los hechos de 1996 desde la perspectiva de Boukreev, ya que algunos pasajes del libro me emocionaron de verdad, *The Climb* me pareció una exposición no muy honrada de la tragedia. Para no crear problemas a Boukreev ni a DeWalt, tomé la decisión de renunciar a una refutación pública. Sí escribí, en cambio, una serie de cartas a DeWalt y a St Martin's Press, señalando, con los documentos oportunos, varios de los numerosos errores del libro. Un portavoz de la editorial me aseguró que en futuras reimpresiones se efectuarían las correcciones pertinentes.

En julio de 1998 St Martin's publicó *The Climb* en edición de bolsillo. Cuál no sería mi sorpresa al descubrir que la mayor parte de los errores señalados por mí siete meses antes no habían sido enmendados. El aparente desdén de DeWalt y sus editores por la veracidad me convenció de que debía romper mi silencio y defender la fidelidad e integridad de *Mal de altura*. Por desgracia, el único modo de hacerlo es destacar algunas de las deficiencias de *The Climb*.

De los seis guías profesionales que quedaron atrapados en lo alto del Everest cuando se desató la tempestad el 10 de mayo de 1996, sólo sobrevivieron tres: Boukreev, Michael Groom y Neal Beidleman. Un periodista escrupuloso que intentara describir la tragedia con la mayor exactitud, en toda su complejidad, habría entrevistado sin duda a cada uno de ellos (cosa que yo sí hice para mi libro). A fin de cuentas, las decisiones de esos guías influyeron mucho en las consecuencias del desastre. Inexplicablemente, DeWalt entrevistó a Boukreev pero no a Groom ni a Beidleman.

Igual de sorprendente fue el que DeWalt no se pusiera en contacto con Lopsang Jangbu, el sirdar de escalada de Scott Fischer. El papel de Lopsang en la tragedia fue uno de los más cruciales y controvertidos. El remolcó a Sandy Hill Pittman, estuvo con Fischer cuando el jefe de Mountain Madness se derrumbó durante el descenso y fue el último que habló con Fischer antes de la muerte de éste. Y Lopsang fue también el último que vio a Rob Hall, Andy Harris y Doug Hansen con vida. Sin embargo, DeWalt no se puso en contacto con él, y eso que el sherpa pasó gran parte del verano de 1996 en Seattle y era fácilmente localizable por teléfono.

Los motivos de tan notables deslices pertenecen al terreno de la especulación, pero el resultado final es una obra muy acomodaticia. Quizás esto guarde relación con el hecho de que DeWalt —cineasta aficionado que supervisó la documentación y fue quien redactó realmente *The Climb*— carecía de conocimientos de alpinismo, jamás había pisado las montañas de Nepal y tenía escasa experiencia en periodismo de investigación. Sea como fuere, Beidleman se mostró tan desencantado al leer el libro, que en diciembre de 1997 escribió una carta a DeWalt en la que decía: «Creo que *The Climb* es una descripción falaz de la tragedia de mayo [...] Ni usted ni ningún miembro de su equipo se molestó en llamarme para cotejar un solo detalle conmigo».

Aunque el hecho de no entrevistar a Groom, Beidleman y Lopsang Jangbu constituye un desconcertante descuido, DeWalt tampoco entrevistó a ninguno de los otros sherpas implicados, a tres de los ocho clientes que formaban el equipo de Boukreev, ni a varios alpinistas cuya participación en la tragedia y/o en las labores de rescate fue crucial. Puede que se trate de una simple coincidencia, pero la mayoría de aquellos a quienes DeWalt decidió dejar al margen han censurado el comportamiento de Boukreev en el Everest.

En *The Climb* se cita frecuentemente a Klev Schoening, Neal Beidleman y Lopsang Jangbu, pero todas las citas están sacadas de las *cintas de interrogatorio* que Sandy Pittman grabó en el campamento base el 15 de mayo de 1996. DeWalt no corroboró ninguna de las declaraciones hechas por Kruse, Beidleman, Lopsang, Klev Schoening o Pete Schoening. Beidleman y Klev me dijeron que sus palabras —tal como las grabó Pittman— eran presentadas fuera de contexto y muy tergiversadas en el libro de DeWalt, y que no reflejan el verdadero significado de lo que se había dicho.

Esta falta de rigor hace que abunden en *The Climb* los errores de hecho. Por citar sólo un ejemplo entre muchos: el piolet de Andy Harris —cuya localización da una importante pista sobre el modo en que éste encontró la muerte— no fue hallado donde dice DeWalt que lo fue. La indiferencia mostrada por DeWalt y su editor al no corregir en la edición de bolsillo éste y otros errores, que yo señalé tras la publicación de *The Climb*, es un insulto a quienes quedamos afectados por el desastre y seguimos intentando dilucidar qué pasó realmente allá arriba. Está claro que para la familia de Andy Harris el lugar donde fue encontrado su piolet no es un detalle que carezca de trascendencia.

Pero lo más inquietante es que varios de los errores del libro parecen no ser producto de la mera negligencia, sino distorsiones deliberadas de la verdad con el objeto de desautorizar mi investigación. Por ejemplo, DeWalt afirma en *The Climb* que varios detalles importantes del artículo que escribí para *Outside* no fueron confrontados, a pesar de que sabía que John Alderman, un redactor de la revista, se entrevistó largamente con Boukreev en la redacción de *Outside* en Santa Fe para confirmar la exactitud de mi original antes de que éste fuera a máquinas. Aparte, yo, personalmente, mantuve a lo largo de dos meses varias conversaciones con Boukreev en las que me esforcé al máximo por aclarar la verdad.

La versión Boukreev/DeWalt de la tragedia difiere, en efecto, de la que yo consideré fidedigna, pero *Outside* publicó lo que la revista y un servidor creíamos que era la versión objetiva, no la de Boukreev. A lo largo de mis numerosas entrevistas con éste, descubrí que su relato de ciertos hechos cambiaba significativamente de un día para otro, lo que me hacía desconfiar de su memoria. Y otros testigos, entre quienes destaco a Dale Kruse, Klev Schoening, Lopsang Jangbu, Martin Adams y Neal Beidleman, demostraron más adelante que las versiones dadas por Boukreev de ciertos acontecimientos importantes eran falsas. Resumiendo, los recuerdos de Boukreev resultaban particularmente poco fiables.

La falsificación más preocupante de cuantas se leen en *The Climb* tiene que ver con la conversación mantenida por Scott Fischer y Jane Bromet (publicista y confidente de Fischer a quien acompañó hasta el campamento base), según una cita de Bromet que aparece en las páginas 222-223 (255-256 en la edición de bolsillo). DeWalt corrige las palabras de Bromet para dar a entender que Fischer había planeado que Boukreev bajara rápidamente una vez alcanzada la cima, dejando a sus clientes. DeWalt insinúa asimismo que el que yo no mencionara este supuesto plan en *Mal de altura* fue un vil intento de encubrir la verdad.

De hecho, no mencioné este plan en mi libro porque encontré pruebas concluyentes de que no existía tal cosa. Beidleman me dijo que si hubo un plan semejante, él desde luego no estaba al corriente del mismo cuando el equipo de Mountain Madness atacó la cima el 10 de mayo, y le consta que Boukreev tampoco sabía nada. Durante el año que siguió a la tragedia, Boukreev explicó numerosas veces —en televisión, por Internet, en periódicos y revistas— su decisión de iniciar el descenso antes que sus clientes. Sin embargo, en ninguna de estas ocasiones indicó que hubiera actuado de acuerdo a un plan. En efecto, en el verano de 1996, el propio Boukreev afirmó que no existía tal plan en el transcurso de

una entrevista grabada en vídeo para ABC News. Como explicó Boukreev al corresponsal Forrest Sawyer, hasta que llegó a la cumbre «no sabía cuál era mi plan. Tenía que ver la situación y luego decidir... Porque nosotros no hicimos ningún plan».

Por lo visto, Sawyer no acababa de entender a Boukreev, pues al cabo de un rato le preguntó: «Entonces, su plan, una vez que adelantó a todo el mundo, era que usted esperaría en la cima a que llegara el grupo al completo».

En tono burlón, Boukreev reiteró que no había nada previsto de antemano: «En realidad, no trazamos plan alguno, pero yo tenía que ver la situación, y luego decidir qué era lo mejor».

Al escribir *The Climb*, DeWalt decidió hacer caso omiso de que la única prueba que avalaba su conjetura acerca de un plan predeterminado era lo que Bromet recordaba de una conversación con Fischer. Es más, la propia Bromet nos recalcó tanto a DeWalt como a mí, antes de publicarse nuestros respectivos libros, que era erróneo suponer que los comentarios de Fischer indicasen la existencia de un plan predeterminado. Antes de que se publicara *The Climb*, Bromet envió una carta a DeWalt y St Martin's Press lamentando que hubieran tergiversado sustancialmente sus palabras. Señalaba en dicha carta que DeWalt había manipulado su cita a fin de dar la impresión de que la conversación entre ella y Fischer había tenido lugar unos días antes del ataque a la cima, cuando en realidad aconteció tres semanas antes de la misma, una discrepancia en absoluto superficial.

Como afirmaba Bromet en su carta a DeWalt, la versión que aparece corregida en *The Climb* es «¡totalmente falsa! Eso podría inducir a los lectores a sacar una falsa conclusión sobre muchos de los importantes factores que condujeron al accidente. Porque debido a esta distorsión [...] el lector podría creer erróneamente que el descenso de Boukreev [por delante de sus clientes] obedeció a un plan en firme [...] Tal como se ha escrito esa cita, habría pensar que forma parte de un análisis distorsionado y premeditado del accidente cuyo único objeto es absolver de toda culpa a Anatoli Boukreev tratando de hacer responsable del mismo a otros [...] Se dio demasiada importancia a esa cita al reconstruir las fases del accidente [...] Scott no volvió a mencionar este plan ni una sola vez. Es más, él era una persona muy comunicativa. Si el plan hubiera sido idea suya, se lo habría comentado a Neal y Anatoli. ¡En conversaciones posteriores, Neal me dijo que Scott no le comunicó nada parecido! Yo creo que esa cita, tal como se publicó, induce claramente a error».

Los hechos cruciales siguen siendo incuestionables. Boukreev decidió no emplear oxígeno adicional el día de la cima, y después de alcanzar ésta bajó solo con varias horas de antelación respecto de sus clientes, desafiando una práctica habitual entre los guías profesionales del mundo entero. Lo que no se ha tenido en cuenta en la polémica sobre si actuó o no con la aprobación de Fischer es que el hecho de que Boukreev decidiera guiar a sus clientes sin oxígeno adicional facilitó su posterior decisión de abandonarlos en la cima y bajar a toda prisa. Al optar por una escalada sin oxígeno, Boukreev se había tendido una trampa a sí mismo. La única alternativa razonable era bajar cuanto antes de la cima, al margen de que Fischer le diera o no permiso para eso o para cualquier otra cosa.

El quid, por otra parte, no fue la fatiga, sino la temperatura corporal. Es conocida la importancia del oxígeno embotellado como medio para protegerse de la extenuación, el mal de altura y la confusión mental. Lo que ya no sabe tanta gente es que el oxígeno desempeña un papel igual de importante, si no más, a la hora de evitar los paralizantes efectos del frío a gran altura.

El 10 de mayo, cuando empezó a bajar de la Antecima por delante de los demás, Boukreev ya había estado tres o cuatro horas por encima de los 8.750 metros sin recurrir al oxígeno. Durante la mayor parte de ese tiempo estuvo esperando sentado en medio de un gélido vendaval, acumulando cada vez más frío, como le habría ocurrido a cualquier alpinista en su situación. En declaraciones a *Men's journal*, afirmaba Boukreev:

Permanecí en la cima cerca de una hora [...] Hacía mucho frío, claro está, y eso te deja sin fuerzas [...] Lo que pensé fue que no me convenía estar allí esperando, muerto de frío [...] Si te quedas quieto a esa altura vas perdiendo las energías, y luego ya no eres capaz de hacer nada.

Ante el peligro de congelaciones e hipotermia a causa del frío, Boukreev se vio forzado a bajar; de modo que no lo hizo por cansancio, sino debido a la inclemencia del clima.

Para hacernos una idea de hasta qué punto afecta el viento helado a gran altura cuando el alpinista no está utilizando oxígeno adicional, veamos lo que le pasó a Ed Viesturs trece días después del desastre, al conseguir la cima con el equipo de IMAX. Viesturs partió del campamento IV a primera hora del 23 de mayo, unos veinte o treinta minutos por delante de sus compañeros. Si emprendió el camino antes que nadie fue porque, al igual que Boukreev, subía sin oxígeno embotellado (Viesturs, que protagonizaba el documental del IMAX, no estaba contratado como guía en 1996) y le preocupaba no poder seguir el ritmo del equipo de filmación, cuyos miembros utilizaban oxígeno.

Pero Viesturs estaba tan fuerte que nadie consiguió acercársele, a pesar de que él iba abriendo camino con la nieve por las rodillas. Consciente de que para David Breashears era indispensable filmarlo durante el asalto a la cima, Viesturs hizo varias paradas a la espera de que el equipo de filmación le diese alcance. Pero cada vez que se detenía empezaba a sentir de inmediato los efectos debilitadores del frío, y eso que el 23 de mayo fue más caluroso que el día 10. El miedo a sufrir congelaciones o algo peor lo decidió cada vez a reanudar su ascensión antes de que sus compañeros se hubieran acercado lo suficiente para filmarlo subiendo. «Ed es tan fuerte como Anatoli, si no más —explicaba Breashears un mes después de la tragedia—, pero sin oxígeno, cada vez que paraba a esperarnos le entraba frío». En consecuencia, Breashears se quedó sin poder filmar a Viesturs más allá del campamento IV (las imágenes del asalto a la cima que aparecen en la película fueron filmadas en fecha posterior). Lo que trato de decir es que Boukreev tuvo que ponerse en movimiento por la misma razón que Viesturs: para no quedarse helado. Sin oxígeno adicional nadie —ni siquiera los alpinistas más fuertes— puede quedarse atrás en los tramos superiores del Everest.

«Yo lo siento —insiste Breashears—, pero fue una increíble irresponsabilidad por parte de Anatoli subir sin oxígeno. Por más fuerte que uno sea, escalar el Everest de esa forma lo pone a uno al límite de sus esfuerzos. Así no se ayuda a los clientes. Anatoli es un hipócrita cuando dice que el motivo de que bajara es que Scott lo mandó a preparar té. Para eso ya había sherpas en el collado Sur. El único sitio donde debe estar un guía es con sus clientes o justo detrás de ellos, respirando oxígeno embotellado y listo para asistir al que lo necesite».

Que nadie se llame a engaño: existe un fuerte consenso entre los guías de alta montaña más respetados, así como entre los expertos en el esotérico campo de la medicina/fisiología de alta montaña, sobre la irresponsabilidad de guiar clientes al Everest sin emplear oxígeno embotellado. De hecho, durante su proceso de documentación para *The Climb*, DeWalt pidió a un ayudante que llamara al doctor Meter Hackett, una autoridad mundial en los efectos debilitadores de la altitud extrema, a fin de solicitar su opinión profesional sobre el asunto del oxígeno. Hackett —que coronó la cima del Everest en 1981 formando parte de una expedición médica— dice que él respondió de manera inequívoca que en su opinión era peligroso y desaconsejable guiar en el Everest sin ayuda de oxígeno adicional, incluso en el caso de un alpinista físicamente tan dotado como Boukreev. Curiosamente, después de recabar la opinión del doctor Hackett, DeWalt no hizo mención de ella en *The Climb*.

En numerosas ocasiones durante la promoción de su libro, Boukreev y DeWalt afirmaron que Reinhold Messner —el alpinista más completo

y respetado de la era moderna— aprobó la actuación de Boukreev en el Everest, incluida su decisión de no usar oxígeno embotellado. En noviembre de 1997 Boukreev me aseguró, cara a cara: «Messner dice que yo hice lo correcto». En la página 231 de *The Climb*, refiriéndose a mis críticas sobre su comportamiento en la cima, DeWalt cita a Boukreev con estas palabras:

Me sentí injustamente maltratado por las pocas voces que habían conseguido conquistar la imaginación de la prensa estadounidense. Si no llega a ser por el respaldo de colegas europeos como [...] Reinhold Messner, me habría dejado deprimir por lo que piensan los americanos que yo puedo ofrecer a la profesión.

Lamentablemente, como tantas otras afirmaciones leídas en *The Climb*, la de Boukreev/DeWalt sobre la aprobación de Messner ha resultado ser falsa.

En febrero de 1998, durante un encuentro que mantuvimos en Nueva York, Messner afirmó sin ambigüedades ante el micrófono de una grabadora que para él había sido una equivocación que Boukreev bajase antes que sus clientes. Messner especulaba, a micrófono abierto, que si Boukreev hubiera permanecido con sus clientes, la tragedia habría tenido un resultado muy distinto. Añadió que nadie debería guiar en el Everest sin oxígeno embotellado, y que Boukreev se equivocaba al pensar que Messner aprobaba su comportamiento.

Muchos de los que estuvimos allí aquel mes de mayo cometimos errores. Como ya he indicado más arriba, mis propios actos tal vez contribuyeron a la muerte de dos de mis compañeros de equipo. No me cabe duda de que Boukreev tenía buenas intenciones el día del asalto a la cima. Lo que me inquieta, sin embargo, es su negativa a aceptar la posibilidad de que tomara al menos una decisión poco acertada. Nunca llegó a sugerir que tal vez no fue muy buena idea subir sin oxígeno o bajar antes que sus clientes. Y se obcecaba en decir que en similares circunstancias volvería a tomar las mismas decisiones.

Aunque yo he criticado algunos aspectos de la actuación de Boukreev, siempre me he apresurado a recalcar que se comportó heroicamente en las primeras horas del 11 de mayo. Nadie pone en duda que Anatoli Boukreev salvó la vida de Sandy Pittman y de Charlotte Fox, arriesgando la suya propia; eso lo he dicho en numerosas ocasiones y en distintos lugares. Admiro enormemente a Boukreev por aventurarse solo en la tormenta cuando todos los demás estábamos incapacitados en nuestras tiendas, y por rescatar a los escaladores extraviados. Pero algunas decisiones que tomó aquel mismo día y en días anteriores son preocupantes, y un periodista decidido a escribir un relato sincero y completo de la tragedia no podía pasarlas por alto.

A decir verdad, en el Everest presencié muchas cosas inquietantes, y lo habrían sido aun cuando el desastre no se hubiera producido. Fui enviado a Nepal con el encargo de escribir acerca de las expediciones guiadas a la montaña más alta del mundo. Mi obligación, como profesional, era valorar la aptitud de guías y clientes, y proporcionar al público lector una visión clara y de primera mano sobre cómo se desarrollan esas experiencias. Estoy convencido, además, de que tenía el deber —para con los otros supervivientes, para con las familias afectadas y para con mis compañeros que no volvieron a casa— de aportar un informe completo sobre lo que sucedió en el Everest en 1996, al margen de la recepción que pudieran tener mis palabras. Y eso es lo que hice, basándome en mi amplia experiencia como periodista y montañero a fin de escribir el relato más honesto y preciso posible.

La polémica en torno a lo ocurrido en 1996 tomó un giro terrible cuando el día de Nochebuena de 1997, seis semanas después de publicarse *The Climb*, Anatoli Nikolaevich Boukreev moría en el Annapurna, el décimo pico más alto del mundo, a causa de un alud. Su pérdida fue llorada en el mundo entero. A sus treinta y nueve años, Boukreev era un espléndido atleta dotado de un tremendo coraje. A decir de todos, fue un hombre extraordinario y muy complejo.

Boukreev se había criado en una mísera población minera soviética al sur de los montes Urales. Según el periodista británico Peter Gillman, que escribe para el London Mail, cuando Boukreev era un muchacho su padre

se ganaba la vida a duras penas haciendo zapatos y reparando relojes. Eran cinco hijos en una pobre casa de madera sin sanitarios [...] Boukreev soñaba con huir de allí. La montaña le brindó la oportunidad que esperaba.

Boukreev aprendió a escalar a la edad de nueve años, y pronto empezó a destacar por sus inusuales dotes físicas. Con dieciséis años ganó una codiciada vacante en un campamento de montañeros soviéticos situado en los montes de Tian Shan, en Kazajistán. A los veinticuatro fue seleccionado para formar parte del equipo nacional de alpinismo, un grupo de élite, lo cual le valió unos buenos estipendios, mucho prestigio y otros beneficios tangibles y no tangibles. En 1989 escaló el Kanchenjunga, el tercer pico más alto del mundo, como miembro de una expedición soviética, y a su regreso a su casa en Almaty, Kazajistán, fue condecorado por el entonces presidente Mijail Gorbachov.

Debido a los conflictos que acompañaron al nuevo orden mundial, esta halagüeña situación no duró mucho tiempo. Como explica Gillman.

La Unión Soviética se desintegraba. Dos años después Gorbachov dimitió y Boukreev —que había coronado recientemente el Everest— vio desvanecerse su estatus y sus privilegios. «No teníamos nada —le dijo a [Linda] Wylie, su novia estadounidense—. No había dinero, tenías que hacer cola para el pan...» Boukreev decidió no sucumbir; si el sistema comunista había desaparecido, él se adaptaría al nuevo mundo de la empresa privada utilizando para ello su pericia de escalador y su determinación.

En un recordatorio de Boukreev pasado por Internet a principios de 1997, su amiga Fran Distefano-Arsentiev recordaba:

Fue una época desesperada para Boukreev; el mero hecho de poder comprar comida era ya un lujo... La única oportunidad que un alpinista soviético tenía de ir al Himalaya era competir dentro del sistema y conquistar ese privilegio. Poder viajar libremente al Himalaya, dejando a un lado que fueras o no competente como escalador, no era una opción, sino un sueño [...] Antes de que Buka se hiciera famoso, hubo un tiempo en que nada le resultaba fácil, pero porfió en sus sueños con una tenacidad y un vigor como no he visto en ninguna otra persona.

Boukreev se convirtió en una especie de nómada en busca de montañas y de dinero con que salir adelante. A fin de ganarse la vida, trabajó como guía en el Himalaya, Alaska y Kazajistán; hizo demostraciones en tiendas de montañismo estadounidenses, y alguna que otra vez realizó trabajos corrientes. En todo ese tiempo, sin embargo, no dejó de acumular un extraordinario récord de grandes ascensiones, acercándose cada vez más a su objetivo de coronar los catorce ochomiles.

Aunque adoraba escalar y le encantaba estar en la montaña, Boukreev nunca fingió que le gustara guiar. En *The Climb* hablaba con mucha

ingenuidad al respecto:

Ojalá pudiera ganarme la vida de otra manera [...]. Ya no estoy a tiempo de encontrar otro sistema para financiar mis objetivos personales; sin embargo, aun con muchas reservas trabajo para llevar a personas sin experiencia a ese mundo [el del peligroso alpinismo de alta montaña].

Así que continuó llevando novatos a los grandes picos, incluso después de haber pasado por los horrores del desastre de 1996.

En la primavera de 1997, justo un año después, Boukreev accedió a guiar a un equipo de oficiales del ejército indonesio que esperaban convertirse en los primeros de esa nación isleña en ascender al Everest (ninguno de ellos tenía la menor experiencia en escalada ni, a decir verdad, había visto jamás la nieve con sus propios ojos). Como ayudantes, Boukreev contrató a dos avezados alpinistas rusos, Vladimir Bashkirov y Eugeni Vinogradski, y al sherpa Apa, que había subido siete veces al Everest. En 1997, a diferencia del año anterior, todos los miembros del equipo contaron con botellas de oxígeno para intentar la conquista de la cima, incluido Boukreev —a pesar de su insistencia en que para él era más seguro «subir sin oxígeno adicional para evitar así la súbita pérdida de aclimatación que se da cuando se agotan las existencias»—. Hay que resaltar también que en 1997 Boukreev apenas se alejó unos pasos de sus clientes el día del ataque a la cumbre.

El equipo partió del collado Sur pasada la medianoche del 26 de abril. A eso del mediodía, Apa, que iba en cabeza, llegó al escalón Hillary, donde encontró el cuerpo de Bruce Herrod²³ colgando de una vieja cuerda fija. Gateando sobre el fotógrafo muerto, Apa, Boukreev y el resto del equipo indonesio siguieron arista arriba.

Eran ya las 15:30 cuando Asmujiono Prajurit, el primer indonesio, siguió a Boukreev hasta la cima. Permanecieron allí sólo diez minutos antes de bajar, y fue entonces cuando Boukreev obligó a los otros dos indonesios a dar marcha atrás, pese a que uno de ellos estaba apenas a treinta metros de la cumbre. El grupo sólo pudo bajar hasta el Balcón aquella noche. Allí vivaquearon en malas condiciones a 8.500 metros, pero gracias a la dirección de Boukreev y a una insólita noche sin viento, todo el mundo bajó sin novedad hasta el collado Sur el 27 de abril. «Tuvimos suerte», admitió el alpinista ruso.

Boukreev y Vinogradski se detuvieron en el descenso al campamento IV para cubrir de piedras y nieve el cuerpo de Scott Fischer, a 8.400 metros. «Fue un último gesto de respeto por un hombre al que yo consideraba la mejor y más brillante expresión de la persona estadounidense —afirmaba Boukreev en *The Climb*—. Recuerdo a menudo su amplia sonrisa y su actitud positiva. Soy un tipo complicado y confío en recordarle siempre tratando de seguir un poco su ejemplo». Al día siguiente Boukreev recorrió el collado Sur hasta la cara del Kangshung, donde localizó el cadáver de Yasuko Namba, lo cubrió de piedras como mejor pudo y reunió algunas de sus pertenencias para hacerlas llegar a la familia.

Un mes después de haber escalado el Everest con los indonesios, Boukreev intentó una travesía rápida del Lhotse y el Everest junto a un brillante alpinista italiano de treinta años llamado Simone Moro. Boukreev y Moro partieron hacia la cumbre del Lhotse el 26 de mayo, acompañando a ocho miembros de un equipo ruso independiente en el que estaba Vladimir Bashkirov (amigo de Boukreev que había ayudado a éste a guiar la anterior expedición). Los diez escaladores ganaron la cima sin oxígeno adicional, pero muchos de ellos no lo lograron hasta la tarde: eran las 16:00 cuando Moro y Boukreev finalmente consiguieron lograrlo.

Para entonces tanto Boukreev como Bashkirov sufrían de mal de altura. A media tarde Boukreev llamó por radio diciendo que Bashkirov se había desmayado y que necesitaba oxígeno con urgencia. Dos compañeros rusos partieron de inmediato de su campamento de altura con botellas de emergencia, pero fue demasiado tarde. Bashkirov murió en el tramo final del Lhotse.

Boukreev acababa de perder un nuevo amigo a causa de la altura, pero eso no lo disuadió de seguir intentando escalar todos los ochomiles. Seis semanas después de fallecer Bashkirov, el 7 de julio de 1997, Boukreev ascendió en solitario el Broad Peak paquistaní, y justo una semana más tarde completó una ascensión rápida del cercano Gasherbrum II. Para culminar su gesta, sólo le quedaban tres cimas: el Nanga Parbat, el Hidden Peak y el Annapurna.

Aquel mismo verano Boukreev invitó a Reinhold Messner a reunirse con él en el Tian Shan para una escalada recreativa. Durante la visita de Messner, Boukreev pidió consejo al legendario alpinista italiano acerca de su carrera profesional. Desde su primer viaje al Himalaya en 1989, Boukreev había acumulado un asombroso récord de ascensiones a los picos más altos. Sin embargo, en todas excepto en dos de ellas había seguido rutas tradicionales que presentaban pocos desafíos técnicos. Messner le dijo que si quería que se le incluyera entre los escaladores verdaderamente grandes, tendría que centrar sus esfuerzos en vías muy difíciles y no escaladas previamente.

Boukreev se lo tomó al pie de la letra. Decidió intentar el Annapurna por una ruta de su inmensa cara Sur, que muchos han intentado escalar sin conseguirlo. De pasada, haría un notable pico satélite, el Fang. Y para subir aún más el listón, decidió hacerlo en invierno. Sería una empresa increíblemente osada y peligrosa, tanto por la extremada pericia técnica necesaria cuanto por las condiciones inimaginables de viento y frío. La ascensión al Annapurna, cualquiera que sea la vía utilizada, está considerada una de las más peligrosas del mundo: de cada dos alpinistas que han alcanzado la cima, uno ha muerto. Si Boukreev salía airoso del intento, habría realizado una de las ascensiones más temerarias de toda la historia del alpinismo en el Himalaya. Como compañero de escalada reclutó a Simone Moro —el mismo italiano joven y fuerte que le había acompañado al Lhotse—, porque contaba con la experiencia técnica que a Boukreev le faltaba.

A fines de noviembre, reciente aún la publicación de *The Climb*, Boukreev y Moro viajaron a Nepal y se trasladaron en helicóptero al campamento base del Annapurna acompañados de Dimitri Sobolev, un cineasta de Kazajistán. El invierno se había adelantado, y encontraron grandes e inesperadas acumulaciones de nieve que dificultaron su ascensión con el riesgo añadido de un alud. De mala gana, decidieron abandonar el plan original y atacar el pico por una ruta mucho más fácil —pero igualmente peligrosa— en el límite de la cara Sur de la montaña.

Una vez montado el campamento I a 5.200 metros de altitud, al pie de la primera de las dificultades importantes, Boukreev, Moro y Sobolev salieron de su tienda al amanecer del día de Navidad, con la intención de instalar cuerdas fijas a lo largo de un barranco hasta una arista que se elevaba algo más de ochocientos metros por encima del campamento. A mediodía, Moro, que iba en cabeza, había llegado a unos sesenta metros de la cresta. A las 12:27, cuando se detuvo para sacar algo de la mochila, oyó un fuerte estruendo. Al levantar la vista vio venir hacia él un alud de enormes bloques de hielo. Moro consiguió gritar avisando a Boukreev y Sobolev, que subían por el barranco unos doscientos metros más abajo, justo antes de que el desprendimiento de nieve y hielo lo levantara en vilo y se lo llevara ladera abajo.

Moro hizo un intento de frenar su caída agarrándose a la cuerda fija, lo que le quemó las palmas y los dedos de las manos, pero fue en vano. Se precipitó ochocientos metros metido en la cascada de hielo y perdió el sentido, pero cuando aquélla se detuvo en una pequeña cuesta muy cerca del campamento I, Moro quedó casualmente en lo alto de la nieve desprendida. Al volver en sí buscó como un loco a sus compañeros, pero no vio rastro de ellos. Tampoco hubo suerte en los intentos de rescate realizados por tierra y aire durante la semana siguiente. Boukreev y Sobolev debían de haber muerto.

Las noticias sobre Boukreev fueron recibidas con asombro e incredulidad en varios continentes. Boukreev viajaba muchísimo y tenía amigos

en todo el mundo. Un gran número de personas lloró su muerte, entre ellas la mujer con quien había compartido su vida, Linda Wylie, de Santa Fe (Nuevo México).

También a mí me afectó extraordinariamente la muerte de Boukreev, por un sinfín de razones. A raíz del accidente en el Annapurna, la polémica sobre lo que sucedió en el Everest en 1996 empezó a parecerme insignificante y fuera de lugar. Traté de entender por qué mi relación con aquel hombre se había deteriorado de semejante modo. Como ambos éramos tozudos y orgullosos y detestábamos renunciar a la pelea, nuestro desacuerdo había llegado a adquirir proporciones exageradas.

¿Significa esto que desearía haber pintado a Boukreev en mi libro de manera distinta? Creo que no. Nada de lo que he sabido desde la publicación de *Mal de altura* o *The Climb* me hace pensar que me equivoqué en mi interpretación. Lo que sí desearía, quizá, es haber sido algo menos escandaloso en el sonado intercambio epistolar habido entre Boukreev y yo que apareció en Internet poco después de la publicación de mi artículo sobre el Everest en septiembre de 1996. Aquella disputa online estableció un tono desafortunado que se intensificó en los meses siguientes y polarizó totalmente la discusión.

Aunque las críticas que dirigí a Boukreev en mi artículo para *Outside* y luego en *Mal de altura* son bastante comedidas —y compensadas por elogios sinceros—, Anatoli se sintió muy ultrajado por mis comentarios. Él y DeWalt reaccionaron poniendo en duda mi credibilidad y presentando una interpretación de los hechos realmente singular. Para defender mi honestidad, me vi obligado a revelar material que había guardado en el cajón para no herir innecesariamente a Boukreev. La respuesta de éste, DeWalt y St Martin's Press fue intensificar sus ataques personales, y de la noche a la mañana la polémica se convirtió en una desagradable guerra de palabras.

La disputa alcanzó su punto más bajo a primeros de noviembre de 1997 en la Feria del Libro de Banff Mountain. Boukreev participaba en un foro con otros alpinistas famosos. Yo había declinado una invitación a intervenir, pues temía que el debate terminara en una pelea a gritos, pero cometí el error de asistir como uno más entre el público. El caso es que en un momento dado mordí el anzuelo de Boukreev; lo que siguió fue un acalorado e imprudente intercambio de palabras en medio de una sala abarrotada.

Lamenté mi exabrupto de inmediato. Concluido el foro y con la sala vacía, corrí en busca de Anatoli y lo encontré en compañía de Linda Wylie cruzando el recinto del Banff Centre. Les dije que pensaba que debíamos hablar un rato en privado e intentar aclarar un poco las cosas. Al principio Anatoli se resistió, aduciendo que llegaba tarde a otro acto de la feria, pero ante mi insistencia, finalmente se avino a concederme unos minutos. Durante media hora él, Wylie y yo estuvimos allí de pie en la fría mañana canadiense hablando con sinceridad, pero con calma, de nuestras diferencias.

En un momento dado, Anatoli me puso la mano en el hombro y dijo: «No estoy enfadado contigo, Jon, pero es que tú no lo entiendes». Cuando terminamos de hablar y cada cual se fue por su lado, habíamos llegado a la conclusión de que tanto Anatoli como yo debíamos hacer un esfuerzo por moderar el tono del debate. Coincidimos en que no había ninguna necesidad de que el ambiente estuviera tan emocionalmente cargado entre los dos. Pactamos que no había acuerdo sobre ciertos puntos —sobre todo en lo tocante a la pertinencia de guiar sin oxígeno en el Everest y en lo que se dijeron Boukreev y Fischer durante aquella última conversación en lo alto del escalón Hillary—, pero ambos nos dimos cuenta de que en casi todo lo demás estábamos completamente de acuerdo.

Aunque el señor DeWalt continuó avivando a placer las llamas de la disputa, salí de mi encuentro con Anatoli en Banff con la esperanza de haber hecho las paces con él. Empezaba a ver un final a todo aquel embrollo. Pero siete semanas después, Anatoli perdió la vida en el Annapurna y yo comprendí que mis esfuerzos conciliatorios habían empezado demasiado tarde.

JON KRAKAUER
Boulder (Colorado), agosto de 1998

notes

Notas a pie de página

- No todos los que estaban en el Everest por esas fechas aparecen en la relación
- Así bautizado por George Leigh Mallory, el primer hombre que lo vio durante la expedición al Everest de 1921 desde el Lho La, un paso situado en la frontera entre Nepal y Tibet. Cwm (pronúnciese «cum») es palabra galesa que significa «valle» o «circo». Se le conoce también como valle del Silencio.
- El láser y las trasmisiones via satélite Doppler han permitido reavisar las mediciones iniciales hasta situar la altitud en 8.848 metros
- Koufax y Unitas fueron estrellas del béisbol y el fútbol americano, respectivamente, durante los años sesenta. (N. Del Tl).
- Los picos más altos de cada uno de los siete continentes son: Everest, 8.848 m (Asia); Aconcagua, 6.959 m (Sudamérica); McKinley, 6.198 m (Norteamérica); Kilimanjaro, 5.895 m (África); Elbrus, 5.642 m (Europa); Monte Vinson, 5.140 m (Antártida); Kosciusko, 2.230 m (Oceania). Después de Bass escalara estos siete picos, un alpinista canadiense llamado Patrick Morrow argumentó que como el punto más alto de Oceanía no es el Kosciusko australiano sino la mucho más difícil cima del Carstensz (5.029 metros) en la provincia indonesia de Irian Barat, no era Bass sino él, Morrow, el primero en lograr la hazaña. El concepto mismo de las Siete Cimas ha sido objeto de críticas basándose en que sería mucho más meritorio escalar el segundo pico más alto de cada continen, que en varios casos son mucho más arriesgados.
- De 4.394 metros de altitud, está situado en el estado de Washington.
- Bass tardó cuatro años en conquistar las Siete Cimas.
- Monumento religioso, por lo general hecho de roca, donde suelen guardarse reliquias sagradas; llamado también stupa.
- Pequeñas rocas planas que han sido talladas meticulosamente con símbolos sánscritos que representan la invocación budista tibetana Om mani padme bum y que se encuentran amontonadas en medio de los senderos, formando largos muretes mani. El protocolo budista prescribe que los viajeros deben pasar siempre los muros mani por el lado izquierdo.
- Técnicamente hablando, la gran mayoría de yaks que se ven en el Himalaya son en realidad híbrido de yak y vaca. Por lo demás, la hembra de yak, cuando es de pura sangre, recibe el nombre de nak. Los occidentales, sin embargo, suelen tener grandes problemas para diferenciar a estos lanudos animales, y llaman yak a todos.
- A diferencia del tibetano, con el que está emparentado, el sherpa no es una lengua escrita, y los occidentales se ven obligados a recurrir a las traducciones fonéticas. Como consecuencia, existe poca uniformidad en la ortografía de las palabras o nombres sherpas; Tengboche, por ejemplo, aparece escrito como Tengenpoche o Thyangboche.
- Aunque el nombre tibetano de la montaña es Yomolungma y el nepalí es Sagamatha, muchos sherpas se refieren a ella como «Everest» en la conversación cotidiana, incluso hablando con otros sherpas.
- Ya desde los primeros intentos al Everest, las expediciones —comerciales y no comerciales por igual— han delegado en los sherpas la misión de transportar la mayoría del cargamento. Pero como clientes de una ascensión guiada, nosotros no llevábamos más peso que una pequeña cantidad de objetos personales y en este sentido nos diferenciábamos sustancialmente de las expediciones no comerciales de antaño.
- Aunque empleo la palabra «comercial» para toda expedición organizada como iniciativa de lucro, no todas las expediciones comerciales son guiadas. Por ejemplo, Mal Duff —que cobraba a sus clientes bastante menos que Hall y Fischer— proporcionaba la infraestructura esencial necesaria para escalar el Everest (comida, tiendas, botellas de oxígeno, cuerdas fijas, personal sherpa, etcétera), pero no contemplaba actuar como guía; se suponía que los alpinistas de su equipo tenían suficiente pericia para coronar solos la cima y volver a bajar sin problemas.
- Para anclar cuerdas y escalas a las pendientes nevadas se empleaban unas estacas de aluminio de noventa centímetros; cuando el terreno era de hielo duro, se recurría a pilones de roca, unos tubos huecos de veinticinco centímetros de largo que se enroscaban al glaciar.
- Aunque lo había usado antes en sus ascensiones al Aconcagua,al McKinley, el Elbrus y el Vinson, en ninguno de estos casos se trataba de auténtica escalada en hielo: el terreno consistía principalmente en pendientes relativamente suaves de nieve y/o pedregales así como de grava.
- Aunque la expedición constaba como aventura «en solitario», Neby había contratado a dieciocho sherpas para que le llevaran los fardos, fijaran cuerdas, montaran su campamento y le guiaran montaña arriba.
- Sólo los alpinistas que constan en la lista oficial —al precio de 10.000 dólares por cabeza— tienen autorización para pasar del campamento base. Es una norma severamente vigilada, y sus infractores se arriesgan a multas prohibitivas y a la expulsión de Nepal.
- No debe confundirse con el sherpa del equipo surafricano, Ang Dorje —como Pema, Lhakpa, Ang Tshering, Ngawang, Dawa, Nima y Pasang— es un patronímico muy común entre los sherpas; el que dos o más compartieran el mismo nombre lo mismo que otra confusión. El *sirdar* es el jefe de los sherpas. La expedición de Hall tenía un *sirdar* en el campamento base, Ang Tshering, cuya misión era supervisar a todos los sherpas contratados para la expedición, Ang Dorje, el *sirdar* de escalada, dependía de Ang Tshering, pero controlaba a los escaladores sherpas cuando estaban más arriba del campamento base.
- Se cree que la raíz del problema está en la merma de oxígeno que, combinada con la alta presión en las arterias pulmonares, van filtrando líquido a los pulmones.
- Pese al conocido reveluo sobre los «vínculos directos e interactivos entre el Monte Everest y la World Wide Web», las limitaciones tecnológicas impedian conectarse directamente a la red desde el campamento base. Los corresponsales tenían que usar el teléfono vía satélite para hablar o enviar por fax sus crónicas, las cuales eran posteriormente tecladas en ordenador para su divulgación a Internet por redactores de Nueva York, Seattle y Boston. Los e-mails eran recibidos en Katmandú, y una vez impresa, la copia era transportada por yak hasta el campamento base. Igualmente, todas las fotos que circulaban en Internet habían sido antes enviadas por yak y luego por correo aéreo a Nueva York.
- Varios periódicos y revistas han publicado equivocadamente que yo era un corresponsal de Outside Online. La confusión partía del hecho de que Jane Bromet me entrevistó en el campamento base y pasó una transcripción de la entrevista en la página web de Outside Online. Yo, sin embargo, no tenía ningún vínculo con Outside Online. Había sido enviado al Everest por la revista Outside, una entidad independiente con sede en Santa Fe (Nuevo México) que trabajaba en no muy estrecha colaboración con Outside Online, cuya redacción está en el área de Seattle, para publicar una versión cibernética de la revista. Pero Outside y Outside Online son hasta tal punto autónomas que yo ni siquiera supe que ésta última había enviado un corresponsal al Everest hasta que llegué al campamento base.
- Los banderines llevan inscritas invocaciones budistas —normalmente Om mani padme hum—, que son enviadas a Dios cada vez que el estandarite aletea. Otros banderines portan la imagen de un caballo alado además de las plegarias escritas; los caballos son animales sagrados en la cosmología sherpa, y se cree que llevan las oraciones al cielo con especial celeridad. Los sherpas llaman a sus banderines de oración lung ta, que significa literalmente caballo de viento.
- A mediados de abril Bromet había regresado a Seattle, desde donde siguió enviando, via Internet, informes a Outside Online sobre la expedición de Fischer; las llamadas regulares de éste eran su principal fuente de información.
- Las botellas de oxígeno que ampuñan el collado Sur se han venido acumulando desde los años cincuenta, pero gracias a un programa de retirada de desperdicios promovido por Scott Fischer en 1994 bajo el nombre de Sagarmatha Environmental Expedition, hay muchos menos envases de los que solía haber. Gran parte del mérito corresponde a Brent Bishop (hijo del malogrado Barry Bishop, el eminente fotógrafo de National Geographic que coronó el Everest en 1963), miembro de la citada expedición que puso en marcha una exitosa política, avalada por la empresa Nike, consistente en pagar a los sherpas un plus en metálico por cada botella de oxígeno que bajan del collado Sur. Entre las agencias de guías al Everest, Adventure Consultants de Rob Hall, Mountain Madness de Scott Fischer y Alpine Ascents International de Todd Burleson acogieron con entusiasmo la iniciativa de Bishop; de 1994 a 1996 se retiraron más de ochocientas bombonas de oxígeno del tramo alto de la montaña.
- Del grupo final de Fischer faltaban los dientes Dale Kruse, que había quedado en el campamento base tras su última recalda, y Pete Schoening, el célebre veterano de sesenta y ocho años, que había elegido no subir más allá del campo III después de que un electrocardiograma practicado por los doctores Hutchison, Taskie y Mackenzie indicara la presencia de una grave anomalía en su pulso cardíaco.
- La mayoría de los escaladores sherpas presentes en el Everest en 1996 quería tener la oportunidad de hacer cima. Sus motivos no eran menos variopintos que los de los escaladores occidentales, pero una parte al menos del aliciente era la seguridad laboral; como explicaba Lopsang: «Cuando un sherpa escala el Everest le resulta fácil encontrar trabajo. Todo el mundo quiere contratarlo».
- Pittman y yo hablamos de este y otros asuntos durante una conversación tele-fónica de seletna minutos a los seis meses de regresar del Everest. Salvo para aclarar ciertos puntos del incidente con Lopsang, Pittman me pidió que no citara ninguna parte del diálogo que mantuvimos, y he mantenido mi promesa.
- Intervención que consiste en practicar una serie de incisiones, a modo de radios, desde el borde hacia el centro de la córnea, al objeto de alisarla.
- Aunque un escalador dotado puede necesitar tres horas para ascender trescientos metros en vertical, en este caso se trataba de un tereno bastante llano que el grupo habría podido cubrir en unos quince minutos de haber sabido dónde estaban las tiendas.
- Hasta que entrevisté a Lopsang en Seattle el 25 de julio de 1996, no supe que él había visto a Harris la tarde del 10 de mayo. Aunque había hablado brevemente con Lopsang en varias ocasiones, no se me ocurrió preguntarle si se había topado con Harris en la Antecima, porque por entonces yo aún estaba seguro de haber visto a éste en el collado Sur, seiscientos metros más abajo, a las 18:30. Es más, Guy Cotter sí había preguntado al sherpa si había visto a Andy, y por alguna razón —tal vez porque entendió mal la pregunta— Lopsang dijo que no.
- Al día siguiente de buena mañana, mientras recorría el collado en busca de Andy Harris, topé con las huellas de los crampones de Lopsang, que iban hacia el precipicio, y creí equivocadamente que eran las huellas que Harris había deja-do antes de despeñarse (de ahí que pensara que Harris había caído al abismo).
- Yo había afirmado con absoluta certeza que había visto a Harris en el collado Sur a las 18:30 del 10 de mayo en la cima Sur. Cuando Hall dijo que Harris estaba con él en la cima Sur —novecientos metros más arriba de donde yo había asegurado haberlo visto—, la gente, gracias a mi error, supuso que las afirmaciones de Hall no eran sino los desvaríos de un hombre extenuado y gravemente hipóxico.
- Para evitar confusiones, todas las horas citadas en este capítulo han sido convertidas al horario de Nepal, aunque los acontecimientos descritos ocurrieron en Tibet. Los relojes de este país reflejan el huso horario de Pekín, que lleva dos horas y quince minutos de adelanto sobre el huso horario nepalí; por ejemplo, las 6:00 en Nepal son los 8:15 en Tibet.
- En 1996 el grupo de Rob Hall pasó tan sólo ocho noches en el campamento II (6.500 metros) o más arriba antes de partir hacia la cima desde el campamento base, lo que actualmente se considera un período típico de aclimatación. Antes de 1990, los escaladores solían pasar bastante más tiempo en el campamento II—aparte de al menos una salida de aclimatación hasta los 7.900-antes del asalto final. Aunque la conveniencia de la aclimatación cerca de los 8.000 metros es discutible (los efectos perjudiciales de permanecer más tiempo del previsto a esa altitud pueden muy bien contrarrestar sus ventajas), nadie duda de que ampliar las ocho o nueve noches de aclimatación entre 6.500 y 7.500 metros daría un mayor margen de seguridad.
- Los budistas devotos creen en el sonam, un cómputo de actos virtuosos que eventualmente permite escapar al ciclo de nacimiento y reencarnación y trascender así este mundo de dolor y sufrimiento.
- Viesturs había escalado ya el Everest en 1990 y 1991 sin oxígeno. En 1994 lo hizo por tercera vez, con Rob Hall; en esta ocasión sí utilizó oxígeno, porque trabajaba de guía y le pareció una falta de responsabilidad no hacerlo.
- No hay que confundir al Ang Dorje del equipo surafricano con el Ang Dorje del grupo de Rob Hall.
- Herrod fue hallado boca abajo, suspendido de la cuerda. Al parecer había dado una vuelta de campana mientras rapelaba por el escalón Hillary la tarde del 25 de mayo de 1996, y no había logrado enderezarse, tal vez debido al cansancio o porque había perdido el conocimiento. En cualquier caso, Boukrev y los indonesios dejaron el cadáver como estaba. Un mes más tarde, el 23 de mayo, Pete Athans recuperó el cuerpo de Herrod en su ascensión a la cumbre como miembro de una expedición que estaba rodando una película para el programa NOVA de la PBS. Antes de cortar la cuerda, Athans rescató la cámara de Herrod y con ella su última instantánea: un autorretrato sobre la cima del Everest.

Table of Contents

MAL DE ALTURA	
INTRODUCCIÓN	
DRAMATIS PERSONAE	
CUMBRE DEL EVEREST	
10 de mayo de 1996 8.848 metros	
DEHRA DUN, INDIA	
1852 680 metros	
SOBREVOLANDO INDIA	
29 de marzo de 1996 9.000 metros	
PHAKDING	
31 de marzo de 1996 2.801 metros	
LOBUJE	
8 de abril de 1996 4.940 metros	
CAMPAMENTO BASE	
12 de abril de 1996 5.400 metros	
CAMPAMENTO I	
13 de abril de 1996 5.950 metros	
CAMPAMENTO I	
16 de abril de 1996 5.950 metros	
CAMPAMENTO II	
28 de abril de 1996 6.500 metros	
CARA DEL LHOTSE	
29 de abril de 1996 7.100 metros	
CAMPAMENTO BASE	
6 de mayo de 1996 5.400 metros	
CAMPAMENTO III	
9 de mayo de 1996 7.300 metros	
ARISTA SURESTE	
10 de mayo de 1996	
8.400 metros	
LA CIMA	
10 de mayo de 1996, 13:12 h 8.848 metros	
LA CIMA	
10 de mayo de 1996, 13:25 h 8.848 metros	
COLLADO SUR	
11 de mayo de 1996, 6:00 h 7.900 metros	
LA CIMA	
10 de mayo de 1996, 15:40 h 8.848 metros	
ARISTA NORESTE	
10 de mayo de 1996 8.700 metros	
COLLADO SUR	
11 de mayo de 1996, 7:30 h 7.900 metros	
ESPOLÓN DE LOS GINEBRINOS	
12 de mayo de 1996, 9:45 h 7.900 metros	
CAMPAMENTO BASE	
13 de mayo de 1996 5.400 metros	
SEATTLE	
29 de noviembre de 1996 80 metros	
NOTA DEL AUTOR	
BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA	
POST SCRIPTUM	
Notas a pie de página	